LOS HÉROES NO SE ESCONDEN EN LAS SOMBRAS

SKANDAR Y EL JINETE FANTASMA

A. F. STEADMAN

salamandra

A. F. STEADMAN

SKANDAR Y EL JINETE FANTASMA

Traducción del inglés de
Irene Oliva Luque

Para Popa,
que me enseñó que siempre
puedes cambiar de barco

LA ISLA
TIERRA SALVAJE
ZONA DEL FUEGO
BASTIÓN DE
PLATA
ESTADIO
Y COMPLEJO DEL
CAOS
EL
NIDAL
CASA DEL
ÁRBOL DE LOS
TROCADORES DE
SECRETOS
CUATROPUNTOS
ZONA DEL AIRE

N
O
E
S
ZONA DEL AGUA
CRIADERO
CALA DEL PESCADOR
COLINA DE LAS FLORES SILVESTRES
ACANTILADOS ESPEJO
ZONA DE LA TIERRA
TIERRA SALVAJE
IRLANDA
INGLATERRA
LA ISLA
GALES
El unicornio blanco, Uffington

Prólogo

Dos unicornios cruzaban una llanura cicatrizada por la batalla en una noche sin luna. El primer unicornio galopaba a través de la Tierra Salvaje, espoleado por un jinete enmascarado. El segundo caminaba al compás del corazón corrompido de su jinete. Era un latido lento, un latido constante, el ritmo de un corazón acostumbrado al caos.

El jinete enmascarado fue el primero en llegar al punto de encuentro, las llamas de sus ojos eran la única luz en la infinita oscuridad. Vio acercarse a la Tejedora; el pam-pam de los cascos putrefactos de su unicornio repiqueteaba sobre el polvo como un tambor fúnebre.

Los ojos del jinete parpadearon por el miedo cuando la criatura inmortal de la Tejedora lo rodeó. Siempre la había temido. Y eso lo hacía sentirse vivo.

La Tejedora percibió el terror que le infundía. Siempre la temerían. Y eso no le hacía sentir nada.

—Es hora de empezar.

La voz de la Tejedora no era del todo humana, sus palabras se descomponían en el aire, como las alas de su unicornio.

El espía de los ojos en llamas hizo una pequeña reverencia y regresó hacia Cuatropuntos a lomos de su unicornio.

La Tejedora lo observó mientras se alejaba, y un soplo de viento furioso hizo ondear su mortaja negra. No pensaba en la derrota que había sufrido ni en el hijo que la había traicionado. Sólo pensaba en el futuro.

Porque si no podía ganar la partida... cambiaría las reglas.

KENNA

La llamada a la puerta

La víspera del solsticio de verano, Kenna Smith estaba sentada en la playa viendo cómo el sol se hundía en el mar. Cuando las luces de Margate cobraron vida centelleando a sus espaldas, se sacó del bolsillo la carta de Skandar, se quedó mirando el sobre y la guardó de nuevo, sin abrirla. La tenía desde hacía tres días. Quería leerla. Tenía muchas ganas de leerla. Echaba tanto de menos a su hermano que, a veces, cuando estaba medio dormida, tomaba aliento para susurrarle algo en la oscuridad. Alguna tontería. Que estaba asustada. Algún secreto. Y entonces recordaba que su cama estaba vacía; que llevaba casi un año vacía. En vez de allí, él dormía en una de las casas del árbol y, durante el día, aprendía la magia de los elementos con su propio unicornio.

Ése era el problema de aquellas cartas. A Kenna le recordaban que nunca tendría un unicornio. Dos años antes había suspendido el examen de Cría que decidía si su destino era convertirse en jinete, lo que significaba que jamás se vincularía con un unicornio y jamás viviría en la Isla. Y ahora, después de haber visitado a Skandar unas semanas atrás y de haber conocido a su unicornio, Suerte del Pícaro, le costaba mucho leer las cartas de su hermano.

No podía dejar de pensar en la forma en que Skandar y Pícaro sincronizaban sus movimientos, como si estuvieran tallados de la misma alma. En la forma en que se habían tensado los músculos del cuello del unicornio negro, despidiendo chispas por las alas como motas de polvo de estrellas. En el intenso amor en los ojos de Skandar cuando miraba a Pícaro.

Aquél era un vínculo mucho más profundo que el de un hermano y una hermana. Un vínculo capaz de hacer magia.

Kenna se sacudió la arena de los pies y se puso de nuevo los zapatos del colegio. Sus amigos habían estado en la playa con ella. Los

nuevos, a los que no les importaban los unicornios. Cuando volvió a Margate después de la Prueba de los Principiantes en la que había participado Skandar, la exasperó tanto que todo el mundo le preguntara por la Isla que, con toda la malicia, anunció que era una versión empeorada del Continente y que los unicornios no eran más que caballos que daban miedo con unas alas muy feas. A la mayoría no le había gustado nada oír aquello, pero el grupo de los antiunicornios la había convertido en su nueva reina.

Durante el recreo, se habían apiñado en torno a ella y se habían reído mientras Kenna les contaba que a los jinetes los obligaban a vestirse con viejas chaquetas harapientas y a vivir en árboles. Y había atisbado un rayito de esperanza al pensar que, después de todo, podía con aquello, y que su lugar tal vez estuviera allí, en el Continente. Incluso se había negado a ver la Copa del Caos de ese año con su padre, y había fingido no reparar en su gesto de dolor cuando lo dejó a solas frente al televisor viendo la gran carrera de unicornios, de fama mundial. Se había prohibido a sí misma pensar en la desilusión que se habría llevado su madre, y en vez de eso había deambulado con sus nuevos amigos por el centro de la ciudad, completamente desierto.

Aquel día Kenna se había perdido el momento en que Nina Kazama se convertía en comodoro del Caos, la primera continental de la historia en ganar la Copa del Caos. Kenna había actuado como si no le importara, pero, después de encerrarse en su cuarto, había visto cientos de vídeos de Nina y Error del Rayo, su unicornio hembra, pasando por debajo del arco de meta, y se había dado cuenta de que en realidad su sitio no estaba junto a sus nuevos amigos, de que sólo estaba fingiendo.

Al llegar a casa pulsó el código que abría la puerta de entrada de Sunset Heights y se puso a pensar en las casas de los árboles que había divisado en la Isla. Le gustaría tanto vivir con Skandar y sus amigos en el Nidal y tener un unicornio como Suerte del Pícaro en los establos que había debajo...

Aunque hubieran pasado ya dos años, Kenna seguía queriendo un unicornio más que ninguna otra cosa en el mundo.

—¿Kenna?

—¡Hola, papá! —exclamó la joven al entrar en el piso 207.

Su padre ya estaba vestido para el turno de noche en la gasolinera, y Kenna se sintió aliviada. Algunos días tenía que convencerlo para ir a trabajar, y otras veces no había forma de persuadirlo... Pero hoy era un día fácil, uno de esos días de los que Kenna le hablaba a Skandar en sus cartas (los más difíciles se los guardaba para sí misma).

Se cruzaron y se rodearon en la entrada, la danza habitual de cada día. Ella colgó la chaqueta en el perchero detrás de la cabeza de su padre, mientras él se metía las llaves en el bolsillo delantero de la camisa.

—¿Has mirado el buzón? —preguntó su padre.

Lo que en realidad estaba preguntando era si había carta de Skandar.

—Sí, he mirado. Nada —mintió ella.

—Ah, bueno... No tardará. Espero. —Su padre le dio un beso en la coronilla—. Buenas noches, cariño. Hasta mañana por la mañana.

Cuando Kenna se retiró a su dormitorio, la carta de Skandar parecía arder en su bolsillo. Sabía que debería habérselo contado a su padre, pero no se sentía capaz de afrontarlo. Aquella noche no. Era la víspera del solsticio de verano. Ese día, los niños de trece años de todo el país habían hecho el examen de Cría, y todos ellos esperaban oír los cinco toques en la puerta a medianoche, con la esperanza de ser llamados a convertirse en jinetes de unicornio. Kenna estaba segura de que, si le hubiese contado a su padre que había carta, él sólo habría querido hablar de cómo el año anterior por aquellas fechas habían convocado a Skandar para ir a la Isla.

De hecho, de lo único de lo que su padre quería hablar siempre era de Skandar y de su unicornio, Suerte del Pícaro. Y Kenna tenía la sensación de que cualquier cosa que ella hiciera —sacar buena nota en un examen de matemáticas, hacer un nuevo amigo, quedarse dormida llorando...— ni siquiera merecía ser mencionada. Aunque tenía que admitir que le encantaba ver feliz a su padre, puesto que durante casi toda su infancia apenas lo había visto sonreír, así que Kenna se sentía atrapada entre sus propios sentimientos y los de él.

Pero su infelicidad no era lo único que le ocultaba a su padre. Kenna estaba convencida de que Skandar no les había contado toda la verdad sobre su extraño viaje a la Isla. Había peinado todos los libros de la biblioteca, todas las páginas web y todos los foros en busca de pruebas que demostraran que algunos niños tenían tanto talento que no se les exigía pasar el examen de Cría.

Pero no había encontrado nada. A todos los niños que cumplían trece años antes del solsticio de verano se les exigía presentarse al examen. Era parte del Tratado. Era la ley. Aunque, al parecer, la ley no se había aplicado en el caso de Skandar. Kenna se avergonzó de los malos pensamientos que revoloteaban en su cabeza: que ella siempre había sido más fuerte, más rápida, más inteligente. Que ella había ayudado a criar a Skandar y se habría dado cuenta de que era excepcional. Y que, por mucho que ella lo quisiera, no lo era.

Siempre la había necesitado, y eso significaba que su hermano estaba ocultando algo.

Se había hecho tarde. Se enroscó debajo del edredón y, con cuidado, colocó la carta de Skandar sobre la mesita de noche. La leería al día siguiente. Tal vez. Se quedó mirando al techo, deseando con todas sus fuerzas no esperar a la medianoche. Sería la tercera medianoche que no recibiría esa llamada en su puerta, la tercera que no recibiría una invitación para ir a la Isla. Intentó no imaginarse una vez más a su propio unicornio, como llevaba haciendo todos los solsticios de verano de su vida: su color, sus alas, su alianza elemental.

Toc, toc.

Kenna se incorporó de un salto en la cama. ¿Acaso su padre se había olvidado las llaves? No, eso no era posible. Había visto cómo se las metía en el bolsillo...

Toc, toc.

No estaba soñando. Sin duda estaba despierta.

Fue de puntillas hasta la puerta principal y se quedó allí, dudando. Si llamaban otra vez, respondería. Si no, sería sensata. Volvería a acostarse.

¡TOC!

Con el corazón latiéndole a mil por hora, Kenna abrió la puerta del piso 207 y se encontró delante de un hombre pálido vestido completamente de negro. Sus ojos verdes echaron un rápido vistazo a derecha e izquierda, y luego se posaron en ella. Kenna sintió un estremecimiento. Los pómulos de aquel hombre parecían peligrosamente afilados bajo la luz del pasillo, y un extraño destello de plata salió despedido de su lengua cuando abrió la boca para hablar.

—Dorian Manning. —El hombre le tendió una delgada mano.

Kenna no se la estrechó.

—Presidente del Criadero y líder del Círculo de Plata. —Carraspeó, dándose aires de importancia y arrugando exageradamente la nariz, como si esperara que ella dijera algo. Su rostro recordaba al de una rata de alcantarilla.

—Ajá... —El corazón de Kenna se desbocó al oír la palabra «Criadero», pero logró mantener el tono de voz mientras se recogía un mechón de pelo castaño detrás de la oreja—. ¿Y qué hace usted aquí?

—He venido a proponerte un trato —anunció él con tono pomposo.

Kenna empezó a cerrar la puerta. Saltaba a la vista que aquel hombre era una especie de chiflado de los unicornios. Era sólo una casualidad que hubiera llamado a su puerta durante los primeros

minutos del solsticio de verano. Aquella desilusión se sumó a todas las demás que Kenna ya se había llevado y le endureció el corazón una pizca más.

Pero la puerta no se cerraba. Dorian Manning la había bloqueado con la punta de su reluciente bota negra.

—¿No te interesa encontrar al unicornio que el destino ha reservado para ti, Kenna Smith?

1

Un pícnic sangriento

Skandar Smith miró a su unicornio negro, Suerte del Pícaro, que estaba limpiándose la sangre de los dientes. Era un día precioso para ir de pícnic. El cielo de agosto era más azul que la magia del agua, y el calor del sol posponía con determinación el frío otoñal para el futuro.

—¿Adónde han ido a parar todos los sándwiches? —preguntó Mitchell Henderson, con las gafas marrones medio bajadas sobre la nariz.

El muchacho se puso de rodillas y empezó a rebuscar metódicamente dentro de una cesta de mimbre.

—Me los he comido yo, por supuesto —respondió Bobby Bruna, tumbada sobre la manta y sin molestarse en abrir los ojos.

—¡Se suponía que eran para todos! —exclamó Mitchell—. Los he repartido de forma equitativa precisamente para que esto no ocurriera...

Bobby se apoyó sobre un codo.

—Creía que esto era un pícnic. ¿No se supone que comer sándwiches es justo lo que hay que hacer?

—Toma, Mitchell. —Flo Shekoni se acercó a él arrastrándose por la manta sobre la que estaban sentados. Coge uno de los míos, los saqué antes de la bolsa.

Las discusiones eran lo que menos le gustaba a Flo, así que no era de extrañar que estuviera dispuesta a renunciar a uno de sus sándwiches con tal de mantener la paz.

—¿Éste lo ha hecho Bobby? —Mitchell mordisqueó con desconfianza el borde del triángulo que Flo le había dado.

Su amiga se echó a reír.

—No lo sé, pero ¡ahora ya no me lo devuelvas! Dáselo a Roja si no lo quieres.

Skandar estaba echado sobre el costado de Pícaro, y las plumas de una de sus alas le hacían cosquillas en el cuello. Desde que llegó a la Isla, hacía ya más de un año, jamás se había sentido tan relajado como ahora. Y era feliz, ¿cómo no iba a serlo? Por fin había encontrado su lugar. Estaba vinculado a un unicornio, tenía amigos —Bobby, Flo y Mitchell— que querían ir de pícnic con él, y los cuatro componían un cuarteto, lo que significaba que compartían una casa del árbol en la escuela de entrenamiento para jinetes conocida como el Nidal. Todos habían pasado la Prueba de los Principiantes al final de su primer curso como cascarones, y ahora estaban a punto de empezar las clases como pichones.

El corazón de Skandar se aceleró al recordar el día de la Prueba de los Principiantes, y Pícaro emitió un ruido sordo y profundo, tratando de calmarlo. Después de acabar la carrera por los pelos, Skandar y sus amigos se habían enfrentado cara a cara con un enemigo mortal, la Tejedora, y habían luchado para que su ejército de unicornios salvajes no atacara el Continente.

Skandar había intentado no pensar en la Tejedora desde entonces... Intentaba no pensar en la aterradora verdad que había descubierto: que la Tejedora era su madre. Intentaba no revivir el momento en que ella había avanzado hacia él y Pícaro a lomos de su corrompido unicornio salvaje, e intentaba no pensar en que no le había contado a su hermana que su madre estaba viva. Hurgó en el bolsillo para comprobar que la carta que ella le había enviado justo antes del solsticio de verano seguía allí. No la sacó. Se limitó a pasarle el pulgar por el borde, como si eso pudiera acercarlo a ella; como si eso pudiera hacerlo sentir mejor sobre lo que le estaba ocultando.

—¿Os podéis creer que el entrenamiento empieza otra vez dentro de unas pocas semanas? —dijo Flo, nerviosa, mientras miraba a su unicornio, Puñal de Plata, beber agua del río unos metros más adelante.

—¡Por mí, ojalá empezáramos mañana! —comentó Bobby, emocionada. Las plumas de su mutación se estremecieron sobre sus brazos.

—Tú lo único que quieres es empezar a machacar a los demás con tus armas elementales —refunfuñó Mitchell.

Bobby esbozó una sonrisita amenazadora.

—Pues claro. ¡En eso consisten las justas! Como dicen los continentales, me lo voy a pasar mejor que una mosca en una feria.

Skandar sonrió al oír la expresión inventada por Bobby, que le guiñó un ojo.

—Yo preferiría quedarme aquí. —Mitchell se tumbó y cerró los

ojos—. Es más sencillo.

Skandar coincidía con él al cien por cien. Cuando llegó a la Isla, pensaba que sólo había cuatro elementos: fuego, agua, tierra y aire. Pero después de que Pícaro saliera del cascarón, había quedado claro que estaban aliados con un quinto elemento que era ilegal, el elemento espíritu, igual que la Tejedora. Con muchísima ayuda de su cuarteto, Skandar se las había arreglado para fingir ser diestro en agua durante casi todo su primer año. La verdad, sin embargo, había acabado saliendo a la luz, y ahora que todos —excepto Kenna y su padre— sabían que estaba aliado con el llamado «elemento muerte», los murmullos lo perseguían cada vez que cruzaba un puente colgante o subía una escalera. Aún tendría que pasar mucho tiempo antes de que el Nidal confiara en un diestro en espíritu.

—Nos pondrán monturas antes de empezar el entrenamiento —señaló Flo.

Skandar suspiró.

—A vosotros os pondrán monturas. No sé yo si algún guarnicionero querrá saber nada de mí.

Flo frunció el ceño.

—No dejas de decir eso, pero a Jamie no le importó que fueses diestro en espíritu. Si tu herrero no tiene ningún problema con ese detalle, ¿por qué iba a tenerlo un guarnicionero?

—Jamie me conoce. Es distinto.

—Y es buena gente —añadió Mitchell—. Dijo que mi pelo era guay. —Los mechones en llamas de su pelo brillaron con más fuerza, como si se pavoneara de su mutación.

—Hablando de la Ceremonia de las Monturas... —Bobby se había incorporado ya totalmente—. Me ha llegado el rumor de que Guarniciones Shekoni no elige a un jinete todos los años. Son tan famosos que sólo les ofrecen monturas a los jinetes que consideran que llegarán a la Copa del Caos... —Sus ojos se empañaron, como si soñara despierta—. Flo, tú eres literalmente una Shekoni, seguro que sabes algo al respecto, ¿no?

Flo negó con la cabeza, y el plateado de su negra melena afro reflejó la luz del sol.

—Mi padre no me cuenta nada. Dice que no sería justo, y yo creo que tiene razón...

—¡Justo, qué susto! Mira que eres diestra en tierra... —rezongó Bobby mientras se levantaba para cepillar el barro de la pata gris de Halcón. El unicornio hembra no le quitaba ojo a su jinete para asegurarse de que se lo limpiaba todo—. ¿Qué gracia tiene ser amiga de la hija de un guarnicionero si no suelta prenda?

Bobby no era la única que había estado dándole la lata a Flo en las últimas semanas para que les proporcionara información sobre los guarnicioneros. Y como a Flo no le gustaba defraudar a sus amigos jinetes, había empezado a esconderse en la casa del árbol para evitarlos. Skandar no podía culpar a los pichones por su interés. Conseguir un buen guarnicionero era fundamental para que un jinete tuviera éxito, por lo que todo el mundo se moría de ganas de saber si Guarniciones Shekoni estaría en la ceremonia. Olu Shekoni era el mejor guarnicionero de la Isla, pero también era el guarnicionero de la nueva comodoro del Caos, Nina Kazama. Skandar todavía no se creía que, a pesar de ser una continental como él, Nina hubiera ganado la Copa del Caos, y menos aún que ahora fuera comodoro, la persona más importante de toda la Isla.

Pícaro se puso de pie, golpeando a Skandar juguetonamente con una de sus alas, y en compañía de Halcón se dirigió hacia el río para unirse a Roja y Puñal. Empezaron a jugar a un juego que consistía en algo así como «qué unicornio es capaz de matar a más peces». Skandar ni siquiera estaba seguro de que los unicornios comieran peces, pero Pícaro y Roja parecían estar pasándoselo en grande sacándolos del agua con sus afilados dientes. Pícaro incluso logró ensartar uno con la punta de su cuerno negro. Al cabo de unas cuantas rondas, sin embargo, Halcón tuvo la picardía de congelar un tramo del río con una ráfaga elemental, y Roja y Pícaro chocaron con sus fauces contra el duro hielo. Puñal resopló imperiosamente, al parecer reprochándoles lo tontos que habían sido, y se quedó mirando cómo los peces nadaban con los ojos desorbitados bajo la superficie vítrea para ponerse a salvo.

Skandar se alegraba de que hubieran elegido la zona del agua para el pícnic. Aunque habían tardado menos de media hora en llegar volando desde el Nidal, el terreno era totalmente distinto. Los ríos y sus afluentes corrían como venas azules por la superficie plana, y la hierba crecía exuberante en torno a sus recodos. Por el camino habían sobrevolado unos sauces encorvados en los que los residentes de la zona construían sus casas de los árboles, y también habían avistado algún que otro barco pesquero que crujía bajo los puentes para peatones que cruzaban los canales.

Al pasar por el centro de la zona, Mitchell les había mostrado el famoso mercado flotante, en el que los comerciantes de toda la Isla instalaban sus puestos sobre el agua. Algunos clientes mantenían el equilibrio sobre nenúfares de madera para examinar el género, mientras otros navegaban río abajo con sus compras. Cerca de los recodos del río, el agua caía en cascada sobre unos lagos donde los

isleños podían nadar en aguas cristalinas y los animales sedientos podían beber, siempre y cuando los unicornios hambrientos no se los zamparan como aperitivo. La zona tenía incluso un tipo de olor distinto...

De pronto, a Skandar le dieron arcadas.

—¿Te has comido uno de los sándwiches de Bobby? —le preguntó Mitchell de inmediato, compadeciéndose de él—. Ya le advertí que los bocadillos de mermelada, queso y Marmite no le gustan a nadie, pero ella nunca escucha, ¡faltaría más!

—¿Es que tú no lo hueles? —preguntó Skandar con urgencia.

Los unicornios, que seguían junto al agua, empezaron a chillar muy fuerte. Pícaro retrocedió patinando para remontar la orilla, agitando con inquietud sus alas negras, y el miedo del joven unicornio se unió en espiral con el de Skandar en torno al vínculo de ambos.

«Aquí no —pensó Skandar—. Aquí no puede ser.»

Flo lo agarró del brazo.

—Skar, ¿qué pasa?

Una ráfaga de viento se alzó de repente. Los ojos de Flo se abrieron de par en par aterrorizados, y Skandar supo que el peligro no era producto de su imaginación. Ella también lo olía: aquel olor rancio a piel podrida, a heridas purulentas, a muerte. Sólo había una criatura que pudiera oler así.

—Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes. Si el olor es así de fuerte, ¡debe de estar cerca! —Skandar fue corriendo hacia Pícaro para huir volando con él antes de que el peligro cayera sobre ellos.

En la orilla del río, el cuello del unicornio estaba bañado en sudor. Le estaba chillando a algo que había en el agua, sus ojos cambiaban del negro al rojo y luego otra vez al negro. Skandar bajó la vista hacia el agua, y los demás se pusieron a su lado.

La sangre bullía en los oídos del muchacho. Oyó el chillido de Flo como a lo lejos, amortiguado. La maldición de Mitchell, el grito ahogado de Bobby.

Había un unicornio salvaje en el agua.

Y estaba muerto.

La mente de Skandar se bloqueó. Era imposible que aquello fuera real.

—No lo entiendo —graznó Mitchell. Era muy raro oírlo admitir algo así.

La sangre inmortal del unicornio se arremolinaba y daba vueltas en la corriente. Las rocas lisas y los juncos de los alrededores estaban bañados en ella, y las moscas ya revoloteaban en torno a una gran herida en el pecho del unicornio. Skandar se dijo que el cuerpo debía

de haber sido arrastrado corriente abajo antes de detenerse allí, en aquel recodo del río.

—¿Seguro que está muerto? —susurró Flo.

Mitchell se cruzó de brazos.

—Bueno, yo no voy a comprobarlo.

Skandar y Bobby saltaron desde la zona más baja de la orilla y se abrieron paso vadeando el río. El olor a descomposición era tan insoportable que se les saltaban las lágrimas. Pícaro chilló preocupado por encima de él, y su voz sonó como si acabara de salir del cascarón. Skandar trató de transmitirle seguridad a través del vínculo, pese a que hasta el último nervio de su cuerpo estaba en alerta total: preparado para regresar corriendo a la orilla ante el menor movimiento del unicornio salvaje. La boca de Bobby era una afilada línea de determinación cuando se arrodilló cerca del cuerno transparente de aquel unicornio castaño.

Negó con la cabeza y Skandar se agachó a su lado, con los pantalones ya empapados en agua sanguinolenta. Uno de los ojos rojos del unicornio salvaje quedaba a la vista en un lado de la cabeza, con la mirada perdida en el vacío. Skandar acercó una mano y, con delicadeza, cerró el arrugado párpado. Algo en sus tupidas pestañas, tan parecidas a las de su propio unicornio, lo sumió en una profunda tristeza. Desde la orilla le llegó un murmullo de aprobación de Pícaro.

—Creo que es uno muy joven —murmuró Bobby—. No es tan asqueroso como algunos de los que vimos en la Tierra Salvaje.

—¡Skandar! —La voz de Mitchell resonó por encima del delicado susurro del río—. ¡Tenemos que largarnos de aquí! ¿Un diestro en espíritu? ¿Un unicornio salvaje? Nadie puede verte cerca de esto.

Skandar pestañeó incrédulo hacia él y Roja, que lo miraban desde la orilla.

—Los diestros en espíritu no pueden matar unicornios salvajes.

—¡Nada puede matar unicornios salvajes! ¡Se supone que son inmortales e invencibles! Y aun así, ya ves lo que tienes delante. —Mitchell se pasó la mano por el pelo en llamas, nervioso.

—Venga, Skar. Larguémonos de aquí. —Flo estaba ya trepando como podía sobre el plateado lomo de Puñal—. Se me ocurren unas cuantas personas a las que les encantaría echarte la culpa de esto.

El rostro de Dorian Manning se materializó ante Skandar. A finales del año pasado, el líder del Círculo de Plata se había opuesto rotundamente a que un diestro en espíritu regresara al Nidal.

En cuanto Skandar estuvo a salvo a lomos de Pícaro, echó un último vistazo al cuerpo del unicornio salvaje que seguía allí abajo, en el río, y un estremecimiento reptó por su columna. Los unicornios

salvajes no morían. Se suponía que vivían para siempre, se suponía que eran indestructibles... Pero si podían matarlos, si existía alguna forma... ¿Qué oscuro poder le habría arrebatado la vida a un alma inmortal que se suponía que vivía, y moría, para siempre?

«¿Mamá?» Skandar intentó ahuyentar la respuesta más evidente. El simple hecho de pensar que ella ya hubiera recobrado las fuerzas necesarias para matar a una criatura inmortal era realmente espeluznante. Quería creer que su madre no era la responsable, que haría falta alguien más poderoso, más malvado, para cometer aquel imposible asesinato.

Pero a Skandar no se le ocurría nadie peor que la Tejedora.

2

El problema de la canción veraz

En cuestión de días, el Nidal bullía por el misterio de la muerte del unicornio salvaje. Mientras hacía su ronda, un centinela había encontrado el cuerpo pocas horas después de que el cuarteto de Skandar abandonara la zona del agua. Los monitores habían instado a los jóvenes jinetes a no precipitarse a sacar conclusiones sobre quién podría ser el responsable y a esperar a los resultados de la investigación que llevaría a cabo la comodoro Kazama. Aun así, abundaban los rumores respecto a la Tejedora, sobre todo porque, excepto los nuevos cascarones, todos los jinetes seguían de vacaciones de verano antes de retomar los entrenamientos. No tenían ninguna ocupación que los distrajera del unicornio salvaje o la Tejedora, y Skandar empezó a notar que cada vez se oían más cuchicheos a su alrededor.

Todo el mundo sabía que Skandar se había enfrentado a la Tejedora al final de su año como cascarón, aunque la mayoría no conocía los detalles. Pero desde que se había descubierto el asesinato del unicornio salvaje, el joven jinete no dejaba de oír conversaciones sobre la posibilidad de que él supiera algo al respecto.

En el Comedero, la casa del árbol donde comían, algunos incluso insinuaban que Skandar podía estar implicado, por algo estaba aliado con el elemento espíritu, igual que la Tejedora. Ser el único diestro en espíritu del Nidal siempre iba a ser difícil, eso lo tenía claro, pero Skandar no había contado con la misteriosa muerte de un unicornio salvaje. Y a ninguno de los presentes parecía importarle mucho que el elemento espíritu sólo pudiera matar unicornios vinculados, no salvajes.

—No les hagas caso —le aconsejó Flo días después de encontrar al unicornio muerto—. Pronto se olvidarán del asunto, ya lo verás.

—Yo no las tendría todas conmigo —repuso Mitchell.

Flo le lanzó una mirada de reproche.

—¡¿Qué?! —Mitchell se subió las gafas por la nariz con el dedo—. ¡Tienes que reconocer que es de lo más intrigante! ¿Cómo se mata a un monstruo al que es imposible matar?

—No es intrigante, ¡es horrible! —replicó Flo—. Y cazar unicornios salvajes va en contra de las leyes de la Isla, forman parte de este lugar tanto o más que los jinetes. ¡Llevan aquí más tiempo! Aunque no sean... en fin, aunque no sean muy agradables.

Bobby resopló.

—Sólo tú podrías describir a un unicornio salvaje como «no muy agradable», Flo. —Se volvió hacia Skandar, inclinándose en la silla sobre las patas traseras, en precario equilibrio—. ¿Por qué tu madre siempre quiere hacer cosas que nunca nadie ha hecho? —La joven jinete se puso a enumerar con los dedos—: Robar el unicornio más poderoso de la Copa del Caos, formar un ejército de unicornios salvajes, ahora matar a un...

Mitchell agarró la silla de Bobby y la empujó hacia delante, para que las patas volvieran a estar seguras en el suelo.

—No tenemos ninguna prueba de que la Tejedora esté detrás de esto. Al menos no todavía.

—¿Y quién más puede haber hecho algo así? —replicó Skandar, apesadumbrado.

Los cuatro amigos se quedaron callados unos instantes. Luego Flo empezó a hablar sobre lo preocupada que estaba por su primera reunión con el Círculo de Plata. Puñal, su joven unicornio, no sólo tenía un aspecto impresionante, con su pelaje que brillaba igual que la plata fundida, sino que era impresionante. Los plateados eran especiales en la Isla, eran los unicornios menos comunes y los más poderosos por naturaleza, y todo eso conllevaba una gran responsabilidad... y también peligro. Ahora que ella había pasado la Prueba de los Principiantes e iba a empezar el curso como pichón, su unicornio se estaba volviendo cada vez más fuerte, y ya iba siendo hora de que Flo empezara a asistir a las reuniones con los demás jinetes plateados para aprender su historia y, lo que era más importante, para desarrollar técnicas con las que controlar la magia de su unicornio.

—Lo único que quiero es no defraudarlos. ¡Soy la primera jinete plateada en muchos años! ¿Y si lo hago todo fatal? ¿Y si soy incapaz de aprender a controlar a Puñal? ¿Y si no les gusto?

—No seas ridícula, Flo —se burló Bobby—. ¡Tú le gustas a todo el mundo! Eres la persona más agradable del planeta... Aunque también eres agotadora, la verdad.

—¿En serio? —dijo Flo con un hilo de voz.

—En serio —Bobby, Skandar y Mitchell respondieron al unísono.

—¿De verdad creéis que va a salir bien? ¿Yo, entrenándome con los plateados del Círculo de plata?

Skandar sabía que aquella pregunta iba dirigida en especial a él. Los plateados y los diestros en espíritu tenían una larga historia de rivalidad, sobre todo porque los plateados eran los únicos unicornios vinculados demasiado poderosos para morir a manos de un diestro en espíritu como él.

Trató de sonreír para tranquilizar a su amiga.

—Lo harás genial, Flo.

—Eso sí, tal vez sea mejor que no hables demasiado de Skandar —le aconsejó Mitchell.

Mientras Flo continuaba contándoles lo que esperaba de su primera reunión del Círculo de Plata, Skandar se sintió agradecido por que la conversación se hubiera desviado de la Tejedora.

Llegó el final de agosto, y la noche antes de la Ceremonia de las Monturas Skandar, Bobby y Mitchell estaban en la casa del árbol, estresándose, básicamente. Mitchell estaba sentado en el puf pera de color rojo al lado de la estantería, pasando con decisión las páginas de un enorme volumen titulado *Manual completo sobre monturas* y soltando sin ton ni son datos al azar, como si creyera que les iban a hacer un examen: «El Nidal corre con los gastos de las monturas... ¿Sabíais que los guarnicioneros se pusieron en huelga en 1982?» Bobby, por su parte, iba murmurando tácticas para la carrera aérea que disputarían ante los guarnicioneros a la mañana siguiente, a la vez que preparaba uno de sus sándwiches de emergencia de queso, mermelada y Marmite, y Skandar estaba sentado junto a la estufa apagada, preocupado por la Tejedora y la Ceremonia de las Monturas, mientras releía la última carta que había recibido de Kenna, la que le había enviado justo antes del solsticio de verano:

Hola, Skar:

Gracias por preguntar, pero la verdad es que no hay mucho que pueda decirte. Estoy bien. Las clases van bien. Los amigos van bien. Papá va bien. El dinero va bien, gracias a su trabajo y a tu paga de jinete. En tu última carta decías que esperabas que estuviera contenta, pero creo que en realidad tú sabes la verdad. No dejo de pensar en subirme a lomos de Pícaro. Estoy triste por no estar destinada a tener un unicornio, Skar. Creo que siempre lo estaré. Estoy triste porque ya no podamos vernos, te echo muchísimo de menos y una vez al año sabe a muy poco, ¿no crees? Y estoy triste porque cuando éramos pequeños no teníamos secretos el uno para el otro. Sé que ahora probablemente estarás ocultándome cosas. Estoy segura de que tienes tus motivos, pero... No importa, supongo que

sólo tendré que esperar y que algún día volveré a estar contenta. Se me pasará, pero estoy tardando más de lo que pensaba. ¿Cómo va en el Nidal? ¿Cómo está Pícaro?

Te quiero.

Un beso,

Kenn

Skandar llevaba semanas releyendo las sinceras palabras de Kenna y todavía le dolía el estómago al hacerlo. Su hermana estaba triste. Tan triste que ni siquiera fingía estar bien, como hacía cuando eran más pequeños. Era como si se le hubiera agotado la energía para poner buena cara. Y de algún modo había adivinado que él estaba ocultándole cosas. Cuando Kenna había ido a la Isla en junio le había dicho: «Tiene que haber secretos; tiene que haber más.»

Él tenía muchas ganas de hablarle del elemento espíritu, de sus sospechas de que ella también pudiera ser diestra en espíritu y de que, por culpa de eso, se le hubieran cerrado injustamente las puertas del Criadero. También quería contarle que su madre estaba viva, pero no lo había hecho. Le preocupaba que aquello sólo empeorara las cosas para ella, y ahora se preguntaba si no se habría equivocado. Había respondido a su demoledora carta enseguida, haciéndole más preguntas sobre cómo se sentía, y Kenna llevaba ya más de dos meses sin enviarle una respuesta. Las cartas siempre tardaban un par de semanas en pasar por la Oficina de Enlace con los Jinetes, pero aquello ya pasaba de castaño oscuro... Nunca habían tardado tanto.

¡CRASH!

Flo prácticamente se dio de bruces al franquear la puerta de la casa del árbol, sonriendo de oreja a oreja. Medio lanzó y medio dejó cuatro grandes cubos en el suelo.

—¡Sorpresa!

Bobby miró los cubos con incredulidad.

—Sorpresa... ¿nos has traído mil litros de leche?

Mitchell levantó la vista de su libro.

—Florence, mañana tenemos un día muy importante...

Flo avanzó a zancadas hasta él y le cerró el libro en las narices. Mitchell pareció más ofendido que si le hubiera pegado un puñetazo.

—Escuchad —ordenó su amiga, mirándolos a todos uno a uno—. Entre el unicornio muerto y la Ceremonia de las Monturas de mañana, llevamos una racha muy estresante. He pensado que esta noche deberíamos hacer algo divertido. —Señaló los cubos—. Llevo siglos planeando esto... —añadió, un tanto dubitativa.

—Genial —dijo Skandar, avanzando hacia ella.

Bobby dejó su sándwich en la mesa, Mitchel devolvió el libro a su

estante y los cuatro se quedaron mirando los cubos. Dentro había un líquido repugnante, y cada uno contenía un color elemental distinto: rojo, amarillo, verde y azul.

—¿Es pintura? —preguntó Bobby.

Flo asintió con entusiasmo.

—Pero no es sólo pintura. Me lo ha preparado mi madre, y como es sanadora de unicornios ha puesto hierbas elementales para que tenga algunas cualidades mágicas. Ya se lo he preguntado a los monitores y dicen que no va en contra de las normas, así que estaba pensando que quizá podríamos pintar la casa del árbol por dentro. —Flo hablaba tan rápido que Skandar tardó un minuto en comprender lo que estaba proponiendo.

Bobby fue más rápida.

—¿Pintarla como queramos?

—¡Sí! —respondió Flo casi sin aliento—. He pensado que cada uno podría escoger una pared y pintarla del color de su elemento.

—¡Me encanta! —Bobby parecía genuinamente sorprendida.

Flo le entregó la pintura amarilla para el aire. Ahora que Skandar la veía más de cerca, su amiga parecía despedir chispas eléctricas.

—Fascinante. —Mitchell cogió el cubo rojo. La pintura burbujeaba como lava fundida y humeaba un poco.

Bobby se pidió la pared frente a la puerta; Mitchell, la de detrás de la estufa.

—Skar —dijo Flo, entregándole el cubo azul—. Lo siento muchísimo, pero no he podido conseguir pintura de espíritu. Mi madre no sabía muy bien cómo hacerla, y yo también pensé que probablemente no estaría permitida, así que...

—No te preocupes —Skandar intentó parecer animado—. Además, una pared blanca sería aburrida.

Flo pareció aliviada.

—¿Quieres pintar la pared de detrás de la estantería?

Skandar sonrió.

—Claro.

Aunque le encantaba dibujar, era la primera vez que Skandar pintaba una pared; ni siquiera les habían permitido decorar su piso de Sunset Heights. Hecho un manojo de nervios, hundió la brocha en el mejunje elemental de color azul. Salpicaba como el agua y también olía un poco a sal, y eso le dio una idea. Empezó a pintar un mar con olas ondulantes. El color despedía destellos azules, como el sol sobre el agua, y algunos trazos incluso aparecieron con brillantes escamas de peces color zafiro. Cuando Skandar acercó la cabeza, pudo oír el batir de las olas en una orilla lejana, como si estuviera sosteniendo una

caracola junto al oído.

Al dar un paso atrás para admirar el resultado final, se sorprendió al darse cuenta de que había pintado las vistas desde la playa de Margate. Kenna y él habían pasado horas y horas en aquella medialuna de arena, deseando un futuro distinto. Soñando con unicornios. La echaba muchísimo de menos. Pero al mirar aquellas vistas del mar, casi le parecía que ella estaba a su lado.

Los demás también habían acabado. La pared amarilla de Bobby era un burbujeo chisporroteante de caóticas espirales, con relámpagos afilados y ráfagas de tornados embravecidos. Había movimiento por todas partes y, de pie a su lado, Skandar casi podía sentir el viento azotándole el pelo. La pared de Mitchell estaba hecha con mucho más esmero. La había cubierto con intrincadas y flameantes llamas, la pintura roja chisporroteaba y humeaba, imitando las llamaradas reales en la estufa de leña que había debajo de ella. Y la pared de Flo, en la parte que daba a la fachada de la casa del árbol, era una jungla de plantas verdes entrelazadas: los árboles se veían rodeados de flores que crecían a sus pies, y la pintura elemental olía a tierra húmeda, con una textura rugosa y surcada como la de las hojas.

El cuarteto arrastró los cuatro pufs al centro de la casa del árbol, y todos se sentaron para admirar su trabajo.

—Ha sido una idea buenísima —dijo Skandar suspirando, con una sonrisa tonta en la cara.

—Sí —Mitchell abrió la boca en un largo bostezo—, me ha distraído por completo de...

—¡Eso es, las monturas! —Bobby se volvió hacia Flo—. Tú tienes que saber ya si Guarniciones Shekoni va a presentarse. ¡La ceremonia es mañana!

—Yo no sé nada —repuso Flo malhumorada—. Lo único que sé es que, si mi padre se presenta, no me escogerá a mí. Está claro que eso no sería justo. Además, se suponía que todo esto era para relajarnos, ¿recuerdas?

—Roberta —intervino Mitchell—, incluso si Guarniciones Shekoni aparece, nada te garantiza que el padre de Flo vaya a elegirte.

Bobby pareció ofenderse.

—¡Sí que lo hará! ¡Yo gané la Prueba de los Principiantes!

Skandar hizo una mueca y miró a Mitchell.

—Qué humilde, ¿eh?

—Si este año hay una montura Shekoni, llevará mi nombre escrito. Soy diestra en aire y continental, como Nina, y voy a ganar la carrera de la ceremonia porque soy la mejor. —Bobby se alisó las plumas grises en torno a la muñeca—. Tiene todo el sentido del mundo.

—El tamaño de tu ego es verdaderamente pasmoso... —El asombro de Mitchell era genuino.

—¡Gracias! —Bobby se levantó y fue hacia la pared azul de Skandar.

Él la siguió, con la extraña sensación de que tenía que proteger su pared.

—¿Qué vas a...?

Bobby se sacó un trozo de tiza blanca del bolsillo. La partió y le dio la mitad a Skandar. Escudriñó las crestas de las olas, y luego se detuvo para dibujar algo donde debería haber habido espuma blanca. A él no le hizo ninguna gracia, hasta que se dio cuenta de lo que su amiga estaba haciendo.

Bobby había dibujado cuatro círculos blancos que se interconectaban: el símbolo del elemento espíritu.

—A ver, tú no eres en realidad diestro en agua, ¿no? —Le guiñó el ojo.

A Skandar lo embargó la emoción al coger su tiza y dibujar otro símbolo donde debería haber estado la espuma de otra ola.

Mitchell y Flo se acercaron, y Bobby les entregó un trozo de tiza a cada uno: las olas no tardaron en volverse espumosas gracias a los símbolos blancos del elemento espíritu.

Cuando acabaron, Skandar respiró hondo.

—Gracias... por, ya sabéis, ser mi cuarteto y...

—Vale, ya basta con el rollo sensiblero —anunció Bobby mientras cogía su brocha.

—¿Qué haces? —preguntó Mitchell—. Ya hemos acabado con las paredes, ¿no?

Bobby lo salpicó de pintura amarilla en toda la cara.

—¡Eso por haberme llamado antes Roberta!

—¡Muy bien, tú lo has querido! —Mitchell cogió su propia brocha y le lanzó otro chorreón de pintura roja.

—¡Eh, parad, parad...! —exclamó Flo, aunque ya se estaba medio riendo.

Skandar esbozó una sonrisita, agarró su cubo y salpicó a Flo de pintura azul.

—¡Oye!

Su amiga contratacó con la verde, y en poco tiempo todos estaban intentando esquivar los chorreones de pintura que volaban, persiguiéndose alrededor del tronco central de la casa del árbol.

Al cabo de diez minutos, los cuatro y el tronco del árbol estaban cubiertos de una mezcla de salpicaduras elementales. Skandar notaba el cosquilleo de la pintura del aire, olía el frescor de la tierra, oía el

chisporroteo del fuego, saboreaba la sal del agua... Se derrumbaron sobre los pufs muertos de risa, con toda la piel embadurnada y la mirada puesta en el tronco.

—¿Creéis que deberíamos limpiarlo? —preguntó Flo.

Skandar se levantó, cogió la tiza blanca y empezó a pintarrajear aquí y allá entre los demás colores del tronco.

—Nah —dijo sonriendo—. Creo que deberíamos dejarlo así.

El día de la Ceremonia de las Monturas, el bosque del Nidal amaneció bañado por la luminosa luz matinal y un fuerte y fresco olor a pino. La maraña de puentes colgantes se mecía con suavidad, las casas de los árboles de los jinetes se acurrucaban plácidamente bajo la frondosa bóveda, y los rayos de luz chocaban con los árboles acorazados. Toda la escuela de entrenamiento resplandecía tan hermosa que Skandar debería haberse sentido eufórico, pero en vez de eso se marchó temprano del desayuno para ir al establo de Pícaro, incapaz de soportar el hervidero de conversaciones que bullían en el Comedero.

Normalmente disfrutaba mucho comiendo en aquellas mesas encaramadas sobre las plataformas enclavadas en los árboles, sobre todo dada la generosa abundancia de su alimento favorito: la mayonesa. Pero hoy las conversaciones sobre la Tejedora le molestaban más que nunca. ¿Era ella la responsable del asesinato del unicornio salvaje? ¿Cómo lo había hecho? ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué iba a hacer después?

«¿Qué iba a hacer después...?» Aquello lo obsesionaba más que ninguna otra cosa.

Pero hoy no podía pensar en nada de eso. En vez de preocuparse por si su madre había matado o no a un unicornio salvaje, tenía que concentrarse en la carrera que iba a llevarse a cabo delante de los guarnicioneros. Aquella carrera era la última oportunidad de los jinetes y los unicornios para impresionar a los guarnicioneros antes de que ellos tomaran su decisión final.

Se le escapó un grito. Pícaro acababa de darle una descarga de elemento aire porque se había detenido a mitad del cepillado.

—¿Era necesario? —Skandar enarcó las cejas mirando al unicornio, con el brazo todavía escociéndole.

Pícaro le enseñó los dientes imitando una sonrisa bobalicona. La mayoría de las personas habrían salido pitando para huir de los dientes de un unicornio sanguinario, pero Skandar era capaz de distinguir entre la expresión «Voy a morderte» de Pícaro y su expresión de «Te estoy tomando el pelo para animarte».

La alegría reverberó como una risa a lo largo del vínculo que unía

sus dos corazones. El vínculo jinete-unicornio era lo que diferenciaba a Pícaro del unicornio salvaje que el río había arrastrado corriente abajo. Aquel vínculo unía sus vidas para siempre, un unicornio vinculado no sobrevivía a la muerte de su jinete. Y también los conectaba emocionalmente: a medida que la relación se fortalecía, sus sentimientos podían desplazarse por el vínculo. Pícaro siempre sabía si Skandar estaba triste, y hacía todo lo que podía y más para que se sintiera mejor.

—¿Quieres una montura o vas a quedarte aquí escondido todo el día? —Bobby e Ira del Halcón asomaron la cabeza por encima de la puerta del establo de Pícaro.

—Me quedo aquí escondido todo el día —musitó Skandar, jugueteando con la manga de su chaqueta amarilla, que ahora llevaba cosido un segundo par de alas para mostrar que era un pichón. Estaba hecho un manojo de nervios. Sería la primera carrera de su vida en la que podría utilizar abiertamente su propio elemento.

—Vamos, chico espíritu —lo exhortó Bobby.

Mientras se dirigían juntos hacia el altiplano de los pichones, Skandar se fijó en que las crines grises de Halcón estaban trenzadas en una hilera de diminutos moños redondos que apenas se veían bajo la armadura de su cuello.

—Bobby, ¿qué has...?

—Ni me mientes el tema. Llevo despierta y peinándola desde las seis.

Bobby era probablemente la última persona que uno esperaría que madrugara para que su sanguinaria unicornio hembra estuviera guapa, pero a Halcón le importaba muchísimo su aspecto, hasta tal punto que luchaba con más ferocidad cuando se sentía bonita. Como a Bobby le gustaba decir: la belleza tiene premio.

Jamie, el herrero que había construido la armadura de Pícaro, se dirigió corriendo hacia Skandar en cuanto llegó al altiplano. No paró de hablar ni un segundo mientras seguían a Bobby hacia el tumulto de unicornios, jinetes y espectadores.

—Vale, pues lo que tienes que recordar es que el motivo por el que todos competís hoy es convencer a los guarnicioneros que todavía estén indecisos...

Frunciendo el ceño, Skandar miró a Jamie a través de los orificios de su casco.

—¿Indecisos?

—Sí, sí —respondió Jamie con impaciencia—. Algunos guarnicioneros se habrán decidido ya por un jinete el día de la Prueba de los Principiantes, pero otros tendrán una lista de tres finalistas, a

veces incluso más. Tendrán varias monturas preparadas. A algunos jinetes les presentan más de una y ellos tienen que escoger la que prefieren. La cosa puede estar bastante reñida.

—No creo que yo vaya a tener ese problema —musitó Skandar mientras se adentraban en el campo de entrenamiento.

Los guarnicioneros charlaban y se llamaban unos a otros mientras descargaban cajas y montaban pabellones acabados en punta para luego decorarlos con coloridas lonas que ondeaban con la brisa. Los colores de los pabellones, que iban del rosa frambuesa al índigo oscuro, se conjuntaban con las bandas individuales que cruzaban el pecho de los guarnicioneros y llevaban su nombre grabado en letras brillantes: HENNING-DOVE, MARTINA, REEVE, NIMROE, TAITING, BHADRESHA, GÓMEZ, HOLDER... Muchos de los guarnicioneros se paraban para mirar a Pícaro al pasar y cuchicheaban tapándose la boca con la mano.

Jamie no les hizo ningún caso y siguió dándole consejos a Skandar.

—Está claro que una guarnición Shekoni sería lo ideal, pero con todo el tema de ser diestro en espíritu creo que tal vez no apuesten por ti. Yo siempre he admirado las guarniciones de Martina. Aaah, y una Reeve también estaría bien, o una Bhadresha...

—Jamie, yo...

—Aunque hubo un gran revuelo porque su cuero fuera inflamable, así que tal vez sea mejor evitarlos si eres diestro en fuego, aunque ése no es tu caso...

—¡JAMIE! —medio gritó Skandar.

El herrero dejó de hablar un segundo y levantó la mirada hacia él, que iba montado en Pícaro.

—¿Qué ocurrirá si ningún guarnicionero me selecciona?

—Eso no va a ocurrir, Skar. No creo que sea algo que haya ocurrido nunca.

—Pero pongamos que ocurre...

—Creo que no ocurriría nada en particular... —dijo Jamie, pensativo—. Supongo que eso te pondría las cosas mucho más difíciles. Llamarías la atención, aunque no es que no lo hagas ya, con todo el tema de la mutación de esqueleto y ese unicornio tuyo con una marca de espíritu en la cabeza.

—Gracias —contestó Skandar con sarcasmo.

—Pero, Skar, este año aprenderás a competir en justas. Lo que básicamente significa que tendrás que intentar tirar a los demás jinetes de su unicornio atacándolos con armas elementales. Una montura te iría de perlas para no caerte. Sin una de esas monturas, dudo mucho que llegues al torneo de final de curso.

—¿Qué torn...? —intentó preguntar Skandar, pero Jamie continuó

como si no lo hubiera oído.

—Y, aunque lograras llegar, fuera del Nidal el guarnicionero es el aliado del jinete en el mundo. Tienen contactos con sanadores, proveedores de pienso para unicornios, patrocinadores... Algunos de los mejores guarnicioneros hasta forman parte del comité que supervisa las eliminatorias para la Copa del Caos.

—Entonces, básicamente me estás diciendo que necesito sí o sí que un guarnicionero nos elija...

Jamie se puso muy serio.

—Sé que te preocupa tu reputación, Skandar, pero los guarnicioneros son competitivos. Más que si has ayudado a matar a un monstruo inmortal, lo que les importa es que sus jinetes sean los mejores.

—¡Dime que no es eso lo que la gente va diciendo!

Jamie levantó una mano para acallarlo. Pícaro la olisqueó, de la nariz le salían volutas de humo.

—Nada de eso importa si hoy consigues ser el mejor, ¿lo entiendes? Vuelas rápido y, ahora que puedes usar el elemento espíritu, puede que incluso tengas una posibilidad de ganar la carrera... y entonces... —Jamie enarcó una ceja.

—Entonces puede que algún guarnicionero me quisiera de todas formas, aunque sea diestro en espíritu.

—Exacto... ¡Eh! ¡Mira eso!

Unas treinta personas pasaron a empujones junto a Jamie hacia una plataforma de madera situada a la izquierda de la barra de salida. A diferencia de los jinetes, que lucían chaquetas amarillas porque era la temporada del aire, todos los miembros del grupo iban vestidos de colores distintos. Pícaro resopló echando chispas mientras los veía formar un semicírculo sobre la plataforma, como si fueran a actuar. La plataforma estaba encima de un nido de enredaderas verdes que crecían a lo alto y a lo ancho, creando una bóveda floreada. Un hombre y una mujer saludaron con la mano a Jamie. El herrero puso mala cara.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Skandar.

—Mis padres —respondió Jamie, incómodo. Desde que había decidido hacerse herrero en vez de bardo, como el resto de su familia, Jamie y sus padres no pasaban precisamente por el mejor momento de su relación. En cuanto tenían la menor oportunidad, seguían intentando convencerlo para que se hiciera cantante.

—¿Van a empezar ya los bardos? —preguntó Mitchell sentado a lomos de Roja.

Flo y Puñal y Bobby y Halcón los flanqueaban.

—Sí —musitó Jamie.

—¿Es verdad que todos los años componen una canción nueva para la Ceremonia de las Monturas? —preguntó Flo, entusiasmada.

—Sí —dijo Jamie de nuevo, dando la impresión de querer que la tierra se lo tragara.

A Bobby no le interesaban nada los bardos. No dejaba de mirar hacia los pabellones de los guarnicioneros.

—Creo que mi padre no vendrá... —dijo Flo, dirigiéndose a Bobby con una voz apenas audible entre el entusiasmo de las personas y los unicornios, mientras todos los pichones, guarnicioneros, monitores y espectadores se congregaban delante del escenario—. No veo su pabellón naranja por ninguna parte.

—A lo mejor se le ha hecho tarde —gruñó Bobby.

—Si Guarniciones Shekoni no está aquí, entonces el mejor guarnicionero probablemente sea...

Mitchell se vio interrumpido bruscamente por una explosión de cánticos iniciada por los bardos. El muro de sonido batió contra la multitud congregada, y hasta los unicornios se quedaron callados, escuchando las melodías que se enlazaban unas con otras. Las notas descendían con brusquedad, caían en picado y volvían a elevarse, entretejiéndose juguetonamente. Era la música más hermosa que Skandar había oído jamás. De algún modo, la sinuosidad de las notas que subían y bajaban capturaba a la perfección cómo se sentía cuando Pícaro y él volaban juntos: la emoción y la alegría, y la mera diversión de estar volando. Los bardos se mecían, dejándose llevar por sus armonías, con el rostro embelesado por la misma felicidad que se reflejaba en todos los rostros del gentío. Las notas empezaron a escalar *in crescendo* hasta la más alta de las alturas, cuando, de pronto...

La música empezó a dar tumbos.

Algo ocurría en el escenario. Las notas estallaban y desaparecían como globos al explotar. Sólo unos cuantos bardos seguían cantando; los demás se habían dado la vuelta, distraídos por un anciano al que ayudaban a llegar al proscenio del escenario. Skandar abrió los ojos de par en par al ver salir una nube de vapor por las orejas de aquel hombre, con formas llameantes que silbaban por encima de su cabeza; alrededor de sus brazos, el aire despedía rayos y centellas. Y entonces el escenario tembló bajo sus pies.

—¿Qué ocurre? —susurraron Bobby y Skandar al unísono.

—La canción veraz. —Los ojos de Jamie estaban clavados en el viejo bardo.

—¿En serio? ¡¿En serio?! —Flo parecía encantada—. ¡Nunca he oído una!

—Pero ¿qué es una canción veraz? —preguntó Skandar entre dientes.

—¡Chist! —Las personas que rodeaban al grupo los instaron a callarse.

Ahora todos los bardos habían dejado de cantar. La multitud contuvo la respiración en medio del silencio, mientras observaba al anciano doblarse sobre el mismísimo borde del escenario. Y entonces, con los elementos danzando a su alrededor, el bardo se irguió y empezó a cantar:

Esta Isla pertenece a los inmortales,
así ha sido desde tiempos indecibles
Los inmortales pertenecen a esta Isla,
y yo os advierto de un crimen terrible:

Quitad la vida al que muere para siempre,
y la Isla su venganza comenzará.
Derramad la sangre del aliado de los elementos,
y los cinco para vengarse actuarán.

A los mortales nos queda una única esperanza
para expiar la muerte de un inmortal:
ganar la batalla por el último don del primer jinete,
obsequio de la reina en su aliento final.

Sólo entonces los truenos se acallarán,
sólo entonces los terremotos se detendrán.
Sólo entonces las inundaciones remitirán
y las llamas de los incendios se enfriarán.

Pero hay otra fuerza que crece en esta Isla:
del oscuro amigo del espíritu fiel sucesor.
Y la tormenta que traerá al despertar
acabará con todo lo conocido en su afán destructor.

Esta Isla pertenece a los inmortales,
así ha sido desde los albores del Nidal. L
os inmortales pertenecen a esta Isla,
dejadlos vivir para siempre jamás.

El bardo acabó de cantar, respiró estremeciéndose y se derrumbó, exhausto. Hubo algunos aplausos, pero casi todo el mundo empezó a murmurar con preocupación. Otros habían garabateado la letra de la canción y se la mostraban a sus amigos.

—¿«Venganza»? —dijo un tipo cerca de ellos—. ¿Cómo puede la

Isla buscar venganza?

—Ha dicho «una única esperanza», pero hace mucho que el primer jinete desapareció, ¿no?

—¿Habéis oído la parte sobre los incendios y los terremotos?

—¿Ha mencionado algo sobre el elemento espíritu?

—¿Por qué todo el mundo mira a Skandar en vez de al viejo que acaba de lanzar fuegos artificiales por la cabeza? —quiso saber Bobby.

—¿Qué son las canciones veraces? —preguntó de nuevo Skandar, aunque esta vez la respuesta lo inquietaba.

Mitchell resopló con desdén.

—Boñigas de unicornio en llamas, eso son las canciones veraces.

—Mitchell, no seas grosero —lo instó Flo en voz baja. Luego se volvió hacia Skandar—. Los bardos siempre están cantando, pero sólo una canción en toda su vida será su canción veraz.

—No lo pillo —dijo Bobby.

Fue Jamie quien respondió esta vez, y parecía preocupado.

—La letra de la canción veraz de un bardo nos revela cosas del pasado, del presente y del futuro que son ciertas, totalmente ciertas.

—Eso es más que discutible —murmuró Mitchell.

Bobby arrugó la nariz.

—¿Como si fueran adivinos que cantan?

—No me extraña que también haya gente en el Continente que se crea estas tonterías —repuso Mitchell.

Jamie levantó la vista y lo miró con acritud, y el pelo del joven jinete llameó de culpabilidad.

Skandar tragó saliva al notar los ojos de la muchedumbre clavados en él. Era evidente que se creían la canción, pero ¿qué es lo que decía exactamente? Sólo recordaba pequeños fragmentos.

—Ha dicho algo del espíritu, ¿verdad? —preguntó—. ¿De una venganza?

—No puedes pararte a pensar en eso justo ahora —respondió Jamie rápidamente, aunque a Skandar no se le escapó la mirada de preocupación que el herrero intercambió con Flo—. Tienes que ir hasta la barra de salida para la carrera.

Bobby y Halcón habían empezado a avanzar hacia los demás pichones.

—Los isleños se toman demasiado en serio las canciones veraces —rezongó Mitchell.

Pero Skandar estaba empezando a entrar en pánico y avanzó hasta ponerse a la altura de Halcón.

—Bobby, ¿tú has oído la canción? No entiendo...

—Skandar, no es el mejor momento. Tengo una carrera que

ganar... —Halcón le escupió granizo a Pícaro, que estornudó como represalia.

—Por favor, Bobby.

A través de los orificios del casco Skandar vio que su amiga ponía los ojos en blanco.

—En realidad no he entendido ni media palabra, pero está claro que hablaba de que matar a unicornios salvajes es mala idea, lalalá, de que habrá algún tipo de venganza, dubidú, dubidudá, de algo sobre un don del primer jinete, chachachá, y de no sé qué del oscuro amigo del espíritu.

—¿«El oscuro amigo del espíritu»? ¿Qué significa eso?

—¡Skandar, la barra! —gritó Bobby de repente, mientras Pícaro se aproximaba a la barra de metal que se alzaría para que comenzara la carrera.

El joven jinete viró bruscamente hacia la masa humeante y chispeante de unicornios que disparaban el primer elemento que les venía en gana y se abrían paso a empujones para hacerse con una buena posición. Todos los pichones estaban allí, no sólo los que habían sido cascarones en el grupo de entrenamiento de Skandar. Las crines de Pícaro se congelaron para luego derretirse de emoción, y acabaron empapando las manos y las rodillas de Skandar.

Reconoció a Alastair, que se movía de un lado a otro entre la fila de unicornios a lomos de Buscacrepúsculos. Estaba hablando con un par de jinetes que Skandar no conocía muy bien, Naomi y Divya, y señalaba hacia Skandar.

«No pienses en la canción. No pienses en el unicornio salvaje. No pienses en la Tejedora. Corre y punto», se dijo Skandar a sí mismo. Detrás de la barra, Puñal y Roja tomaron posiciones a ambos lados de Halcón y de Pícaro. La armadura color óxido de Roja rozó la cota de malla negra de Pícaro. El aire estaba tan cargado de restos de elementos que se arremolinaban, procedentes de los entusiasmados unicornios, que el pedo en llamas con el que Roja los saludó se perdió por completo en medio de la penetrante mezcla de olores de la magia.

—¿Qué está haciendo Alastair? —gritó Mitchell.

A Skandar no le sorprendió que Mitchell se hubiera dado cuenta; Alastair y sus amigos ya lo acosaban antes incluso de llegar al Nidal.

El joven jinete se encogió de hombros, convencido de que no sería nada bueno.

La monitora O'Sullivan recorrió la barra de salida a lomos de su unicornio, Avemarina Celeste, junto con la monitora Saylor y Pesadilla de la Brisa Boreal. Skandar oyó a la monitora O'Sullivan musitarle a la monitora del aire: —Esta ceremonia cada año es más complicada... ¿Y

ahora encima una canción veraz?

—A mí me parece preciosa. —La monitora Saylor sonrió con calidez a los pichones, con sus rizos color miel flotando por la brisa—. Me recuerda a cuando me pusieron mi propia montura.

—Pues esa canción veraz no me ha parecido precisamente preciosa. Más bien ha sonado a advertencia. —Los ojos de remolino de la monitora O'Sullivan, que no dejaban de dar vueltas, fueron a posarse en Skandar, que había estado aguzando el oído. Esquivó una ráfaga de fuego de Enigma Ecuatorial, el unicornio de Sarika, y se dirigió hacia él a lomos de Avemarina Celeste—. Pareces preocupado —le soltó sin más—. Cuéntame.

—Eeeh, no. Estoy bien —mintió Skandar.

—¿Dónde está tu insignia de espíritu? —preguntó la monitora, con un tono tan punzante como su pelo gris de punta.

Skandar se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Sacó la insignia dorada con sus cuatro círculos entrelazados y se la tendió a la monitora Sullivan para que la viera.

—No sé si hoy debería llevarla puesta —masculló Skandar, pensando en los murmullos de los guarnicioneros.

—Tonterías —sentenció la monitora O'Sullivan—. Puede que te haya permitido ser un diestro en agua honorario, pero aquí dentro eres un diestro en espíritu. —Se llevó la mano al corazón, donde estaba su vínculo—. Demuéstrales a los guarnicioneros lo orgulloso que estás de tu elemento.

Pícaro dio un chillido, y el sol de la mañana se reflejó en la brillante mancha blanca que surcaba el centro de su cabeza negra.

La monitora O'Sullivan sonrió al unicornio.

—Demuéstrales que no te avergüenzas. Está claro que Suerte del Pícaro no lo hace. ¿Y qué me dices de subirte también esa manga? Tu mutación es realmente una pasada.

O'Sullivan enarcó una ceja mientras esperaba.

Skandar no se atrevía a llevarle la contraria a su monitora, así que se subió la manga de la chaqueta amarilla, dejando a la vista la piel blanca traslúcida de su mutación de espíritu. Los tendones y los huesos brillaban a través de su brazo como un esqueleto a la luz del sol, desde el codo hasta la muñeca.

Mientras la veía galopar sobre Avemarina y alejarse de la barra de salida, Skandar no tenía muy claro si las palabras de la monitora lo habían hecho sentirse mejor o peor.

—¡Al tercer toque de silbato, se levantará la barra! —gritó O'Sullivan.

Meiyi y Rosal Silvestre Mimado se abrieron paso a empujones y

apartaron a Gabriel y a Valor de la Reina a varios unicornios de distancia. Después, la ráfaga de fuego de Rosal obligó a Niamh y a Nadanieves, y también a Zac y a Fantasma del Ayer, a salir de la fila, de modo que Kobi y Príncipe de Hielo y Alastair y Buscacrepúsculos pudieran ocupar sus puestos. Skandar se fijó en que faltaba la cuarta miembro del Cuarteto Amenaza. Amber y Ladrona Torbellino iban más atrás en la fila de unicornios.

—¡Para ti la carrera será pan comido, diestro en espíritu! —gritó Meiyi.

Alastair y Kobi se rieron a carcajadas, y Skandar intentó no hacerles caso.

Primer silbato. Pícaro rasgó el aire de lado a lado con su brillante cuerno negro, sus ojos cambiaban del rojo al negro y luego de nuevo al rojo. La atmósfera a lo largo de la barra de salida estaba cargada de energía, de músculos de unicornio apiñados, de cuernos chispeantes...

Segundo silbato. Skandar hundió las manos en las negras crines de Pícaro, listo para el despegue. No podía dejar de pensar en lo que la monitora O'Sullivan acababa de decirle: «Demuéstrales a los guarnicioneros lo orgulloso que estás de tu elemento.»

Tercer silbato.

«Demuéstrales que no te avergüenzas.»

3

La Ceremonia de las Monturas

La barra de salida chirrió y se abrió ruidosamente al salir despedida hacia arriba para comenzar la carrera. Como si supiera que aquélla era su oportunidad de mostrarles a los guarnicioneros lo rápido que podía llegar a ser, Pícaro despegó en menos de dos zancadas, y las articulaciones de sus alas estallaron al abrirse delante de las rodillas de Skandar. La hierba del altiplano se perdió de vista en un instante, y el viento fresco le humedeció los ojos. Eran los primeros en el aire. Iban en cabeza.

Un destello. Un golpe. Un grito.

Skandar volvió la cabeza y vio a Mabel y a Lamento Marítimo precipitarse contra el suelo. Luego, a través del humo de la batalla aérea, un unicornio hembra de color castaño avanzó hacia Pícaro, con el chisporroteo de una mutación de estrella en la frente de su jinete.

Amber y Ladrona Torbellino iban a por ellos, exactamente igual que en la Prueba de los Principiantes. Pero esta vez Skandar no estaba dispuesto a perder.

Conjuró el elemento espíritu a lo largo del vínculo y hacia la palma de su mano derecha, donde estaba la cicatriz de la herida que el cuerno de Pícaro le había hecho en el Criadero, hacía ya más de un año. La magia del espíritu le llenó la mano y refulgió de blanco cuando Ladrona le dio un empujón a Pícaro en el hombro derecho. El vínculo amarillo de Amber brilló intensamente entre su corazón y el de Ladrona, algo que sólo era visible para un diestro en espíritu como Skandar. Luego la palma de Amber refulgió de azul preparándose para un ataque de agua, y le cerró el paso a Pícaro.

El unicornio negro y la unicornio castaña se quedaron frente a frente en medio del aire, mientras otras batallas causaban estragos detrás de ellos por toda la colina del Nidal. Ladrona se encabritó, piafó en el cielo con sus cascos chispeantes y enseñó los dientes igual que su

jinete. Pícaro lanzó un chillido a su rival, y las puntas negras de sus alas se iluminaron de blanco al agitarse con fuerza sobre sus costados.

«Demuéstrales que no te avergüenzas...»

El aroma a canela y vinagre llenó las fosas nasales de Skandar, para él ése era el olor del elemento espíritu, pero forzó al elemento aire a entrar en el vínculo junto al elemento espíritu, hasta que su palma resplandeció de amarillo. Al mismo tiempo, un ataque de agua brotó de la palma de Amber como una auténtica fuente, y Ladrona disparó una ráfaga líquida desde su cuerno. Litros y litros de agua espumearon formando un remolino y se dirigieron hacia Skandar a través del cielo, con la suficiente fuerza como para derribarlo limpiamente del lomo desnudo de Pícaro.

«Demuéstrales...»

Antes de que el agua chocara contra ellos, mientras el elemento aire inundaba su vínculo, Pícaro empezó a transformarse del modo en que sólo un unicornio de espíritu podía hacerlo.

Primero las crines y luego la cola empezaron a chisporrotear de electricidad hasta que se impregnaron de rayos y el color negro fue escurriéndose como si fuera tinta. Luego el vientre, los cuartos traseros y el cuello del unicornio se volvieron magia pura hasta que Pícaro empezó a crepitar de energía esencial. Era como cabalgar sobre una tormenta eléctrica, el elemento espíritu le permitía a Pícaro transformarse en el elemento aire en sí. El unicornio negro emitió un chillido triunfal, y fue imposible distinguir dónde acababa su mandíbula y dónde empezaban los rayos.

Skandar había pasado tanto miedo la primera vez que todo el cuerpo de Pícaro se había convertido en fuego que no había intentado ningún ataque. Pero ahora tenía permitido emplear el elemento espíritu... y quería pelear. Quería ganar. Así que, con la palma derecha, lanzó un rayo directo al chorro de agua de Amber. Casi de forma simultánea, todos los músculos de Pícaro latieron y las cargas eléctricas explotaron desde el cuerpo chispeante del unicornio, para ir a chocar contra el torbellino de agua procedente de la palma de Amber y el cuerno de Ladrona.

—¡Bien hecho, chico! —gritó Skandar.

Amber gritó y Ladrona bramó cuando la corriente eléctrica las electrocutó a las dos, jinete y unicornio. Pero, en vez de contraatacar, se lanzaron en picado hacia el suelo.

—¡Cobarde! —le gritó Skandar.

Y entonces se fijó en los demás jinetes.

Uno a uno, los pichones iban retirándose del cielo. Y también de la competición. Pícaro empezó a recobrar su color negro habitual, pero

Skandar apenas se percató al ver que Kobi abandonaba su batalla aérea contra Flo en medio de una ráfaga de hielo y Puñal chillaba confundido mientras Príncipe de Hielo aterrizaba. Sarika y Mitchell se habían enzarzado en una violenta batalla de fuego, con el cielo en llamas entre ellos, pero de repente Enigma Ecuatorial había descendido. Skandar reconoció a Niamh y a Nadanieves, que viraban bruscamente para alejarse de Bobby y Puñal y unirse en el suelo al resto de su cuarteto: Farooq y Tomillo Tóxico, Art y Furioso Infierno, Benji y Susurro Maldito.

Para entonces, por delante de Skandar el cielo estaba completamente despejado. De humo, de restos de elementos, de unicornios. No quedaba nada salvo los tres jinetes que conformaban el cuarteto de Skandar.

Pícaro se unió a Puñal, a Halcón y a Roja mientras volaban hacia la línea de meta, dejando a los demás pichones en el altiplano que se extendía por debajo de ellos.

—¿Qué está pasando? —gritó Bobby entre el aleteo de los unicornios—. ¿Por qué no compiten? —Halcón dio un chillido para acompañar la rabia de su jinete mientras descendían hacia los guarnicioneros.

—¡Los descalificarán a todos! —dijo Mitchell, con el rostro surcado de ceniza—. Si un jinete aterriza antes de la meta, la descalificación es automática.

Cuando el cuarteto tocó tierra y cruzaron juntos la meta, se produjo un silencio de indignación. No hubo aplausos por parte de los guarnicioneros. Ni felicitaciones de los monitores, que simplemente miraban sin dar crédito a los demás pichones desperdigados por la pista.

El silencio, sin embargo, no duró mucho. Mientras los demás jinetes trotaban hacia la línea de meta y los pabellones de los guarnicioneros, los cuatro monitores empezaron a llamar a gritos a los diestros de sus respectivos elementos, pidiéndoles explicaciones por haber abandonado una carrera tan importante. Los guarnicioneros también alzaron la voz llenos de frustración, quejándose porque habían echado por tierra su última oportunidad para decidir qué pichón elegirían.

—¡Una vergüenza, eso es lo que es! —le decía el monitor Anderson a Meiyi, con las llamas brillándole alrededor de las orejas—. ¿Qué clase de broma es ésta? Los guarnicioneros han venido para veros competir, ¡no caer del cielo! Me entran ganas de declararos nómadas a todos y expulsaros del Nidal de inmediato.

Meiyi lanzó una mirada a Skandar y, en voz alta, respondió:

—Ninguno de nosotros se sintió cómodo compitiendo al ver que Skandar usaba su elemento. Sobre todo después de lo que dijo la canción veraz: ¿«El amigo oscuro del espíritu»? A ver, es que no puede estar más claro: Skandar es diestro en espíritu.

Skandar no podía creer lo que oía. ¿Así que todo aquello estaba planeado? Recordó la pulla de Meiyi al principio de la carrera, a Alastair yendo de acá para allá por la fila de jinetes. ¿Habían convencido a los demás pichones de que él era peligroso? Sintió que toda su vergüenza lo ahogaba de nuevo. La vergüenza que conllevaba intentar encajar y no conseguirlo.

Skandar se ruborizó y reprimió las lágrimas cuando Kobi dijo:

—No sabemos de lo que es capaz Skandar. ¿Y si fue él quien mató al unicornio salvaje, monitora O'Sullivan? ¿Y si no está en contra de la Tejedora, como asegura él, sino de su parte? ¿Y si ésa es la venganza de la que hablaba la canción veraz? ¿Y si luego pone el punto de mira en los unicornios de los pichones?

Flo saltó en defensa de su amigo.

—¡Skandar no está matando a los unicornios salvajes! —gritó, al mismo tiempo que Mitchell chillaba:

—Ésa no es una interpretación justificable de la canción veraz.

—Me has defraudado muchísimo —le espetó la monitora O'Sullivan a Kobi, y se dio la vuelta para alejarse mientras tocaba el silbato varias veces para pedir silencio—. Ya no hay tiempo para repetir la carrera —la monitora parecía un tanto confundida—. Estoy segura de que casi todos los guarnicioneros ya habían escogido a sus jinetes antes de hoy, así que... supongo que ahora tenemos que seguir con la ceremonia. ¡Poneos en fila delante de los pabellones, por favor! —Tocó el silbato una vez más, como si así la situación pudiera volverse menos incómoda.

Muchos de los pichones seguían cuchicheando, aunque Skandar no podía oír lo que decían, ya que habían dejado un enorme espacio vacío alrededor del cuarteto. Trató de respirar hondo para tranquilizarse.

Bobby, por su parte, no trataba de respirar hondo ni de tranquilizarse.

—¡No puedo creerlo! —gritó, mientras desmontaba y tiraba de Halcón hacia la fila—. No vernos competir en condiciones sin duda acabará influyendo en las decisiones de los guarnicioneros.

—Tú ganaste la Prueba de los Principiantes el año pasado, Bobby —farfulló Mitchell, también bastante exaltado—. Digo yo que a ti te irá bien.

—Pero ¡Guarniciones Shekoni no ha venido! —replicó Bobby

encolerizada—. Y son ellos los que quiero. ¡Quiero llevar la misma montura que la comodoro Kazama!

—Aquí hay un montón de otros grandes guarnicioneros... —trató de tranquilizarla Flo.

—Lo siento, Bobby. Es culpa mía —murmuró Skandar.

—No seas tonto —le espetó ella—. No es culpa tuya que seas diestro en espíritu. No es culpa tuya que a un viejo bardo le haya dado por cantar una profecía justo antes de la carrera. No es culpa tuya que seas un imán para los problemas cada vez que... —la joven se olvidó de su perorata cuando los guarnicioneros levantaron con solemnidad el toldo de sus pabellones para mostrar sus valiosos diseños.

Todas las monturas tenían la misma forma básica: dos faldones de cuero para vestir los dos costados de la columna del unicornio, un asiento que se curvaba en la parte posterior para dar apoyo al jinete y una perilla alta delante para poder agarrarse... pero cada montura tenía su propia personalidad. Algunas eran voluminosas y hablaban por sí solas, con pesadas cadenas de colores elementales que adornaban sus bordes, mientras que otras eran elegantes y sencillas, decoradas con bordados en vez de con accesorios metálicos. Los pichones contemplaron con avidez las creaciones que descansaban con orgullo sobre sus expositores, preguntándose qué guarnicionero los escogería a ellos. Unos cuantos seguían lanzando miradas de terror a Skandar. ¿De verdad le tenían miedo? Si no fuera así, no se habrían arriesgado a retirarse de una carrera tan importante, ¿no? ¿O se habían sentido presionados por Alastair, Kobi y Meiyi?

El volumen del ruido disminuyó de forma considerable cuando los guarnicioneros cogieron sus diseños y salieron en tropel hacia la fila de pichones. A Pícaro aquello no le gustó un pelo. Trató de retroceder, como si estuviera bajo un ataque, y por lo visto no era el único unicornio al que aquello lo espeluznaba. Romily, con la cara blanca, se lanzó hacia un lado cuando las crines negras de Estrella de Medianoche empezaron a llamear, y dos guarnicioneros tuvieron que agacharse para esquivar unas ráfagas de agua que iban dirigidas hacia ellos.

Skandar no podía culpar a los unicornios. Los guarnicioneros iban prácticamente corriendo hacia ellos, apartándose unos a otros a empujones.

En cuestión de minutos, no obstante, muchos de los jinetes y sus unicornios ya se habían emparejado con un guarnicionero. Flo había sido la primera en ser elegida por Guarniciones Martina, y la guarnicionera jefa gimoteaba mientras lo celebraban juntas en su pabellón azul vivo. Se encargaría de elaborar todas las monturas que

el unicornio plateado necesitara en toda su vida, y participaría de su éxito.

Ningún guarnicionero, sin embargo, se acercó al diestro en espíritu. A Skandar se le cayó el alma a los pies: ¿sería él el único jinete que se quedara sin montura?

Para más inri, a Mitchell se le habían acercado dos guarnicionerías, Nimroe y Taiting, y el joven jinete estaba intentando decidirse por una de ellas. Para Skandar era obvio que su amigo prefería la montura Nimroe, porque no dejaba de pasar la mano por el cuero color ceniza ni de juguetear con las llamitas doradas que tachonaban los faldones de cuero. Por algún motivo, no obstante, volvía una y otra vez al guarnicionero Taiting. Era extraño que Mitchell se mostrara indeciso, sobre todo cuando se trataba de algo sobre lo que había investigado tanto.

—Venga, quédate con la Nimroe, ¡está claro que es la que más te gusta! —le dijo Skandar con impaciencia.

«Y deja que los otros me ofrezcan una montura a mí», pensó para sus adentros.

—No es tan sencillo —murmuró Mitchell—. No debería quedarme con una montura Nimroe; mi padre... —Se quedó callado—. De todas formas, las Taiting también son buenísimas. Habrá quien diga otra cosa, pero mi familia lleva generaciones montando sobre ellas.

—Tú sabrás —repuso Skandar.

Desde que Mitchell había pasado la Prueba de los Principiantes, Ira Henderson le había estado enviando duras cartas a su hijo sobre la importancia de entrenarse con ahínco y de ser amigo de las personas correctas. Skandar suponía que él, un diestro en espíritu, no era una de esas personas correctas, así que decidió no inmiscuirse en el asunto. No quería empeorar las cosas.

Mitchell miró con anhelo la montura Nimroe.

—Me quedo con la Taiting.

La guarnicionera de Taiting sonrió de oreja a oreja.

—Igualito que Ira. Tu padre se sentirá orgullosísimo. Justo la semana pasada me contó que, después de tu actuación en la Prueba de los Principiantes, tiene muchas esperanzas de que un día llegues a ser comodoro. —La banda amarilla resbaló por su hombro al darle un fuerte y entusiasta apretón de manos a su nuevo jinete.

Mitchell no miró a Skandar a los ojos cuando abandonó la fila.

Amber Fairfax y Ladrona Torbellino eran ya la única pareja que quedaba. Después de que Mitchell le plantara batalla, Amber no se había clasificado demasiado bien en la Prueba de los Principiantes, pero Skandar no podía dejar de pensar que había algo más en juego.

Tal vez fuera el hecho de que a su padre, Simon Fairfax, que también era diestro en espíritu, lo habían pillado ayudando a la Tejedora el año anterior.

Pero entonces, como era previsible, la contrariada guarnicionería Nimroe eligió a Amber. Al fin y al cabo, a diferencia de Skandar, la joven sólo estaba emparentada con un diestro en espíritu, no entrenándose como una de ellos.

Ahora todos los demás jinetes y unicornios estaban celebrándolo a lo grande en los coloridos pabellones, con una profusión de brindis y corchos que salían despedidos de las botellas que abrían los guarnicioneros y que contenían líquidos burbujeantes, cuyos colores iban a juego con los de las lonas. Pero seguía sin haber ninguna guarnicionería que se acercase a Pícaro, ni siquiera las que no habían conseguido hacerse con un unicornio. La desilusión cayó como una losa sobre Skandar y la vergüenza le coloreó las mejillas. En cualquier caso, ¿qué esperaba? Después de que los demás pichones se hubieran retirado de las alturas en vez de competir con él, y después de que la canción veraz le recordara a todo el mundo el peligro del elemento espíritu, ¿qué guarnicionería querría que la asociaran con un jinete así?

Skandar estaba ya a punto de preguntarle a la monitora O'Sullivan si podía regresar al Nidal, cuando dos figuras cruzaron a toda mecha la cancela de entrada del altiplano. El joven jinete entornó los ojos para intentar adivinar quiénes eran aquellos desconocidos vestidos de naranja... Hasta que se dio cuenta de que no tenían nada de desconocidos.

Guarniciones Shekoni había llegado.

Olu Shekoni, el padre de Flo, y Ebb, el hermano gemelo de su amiga, montaron su pabellón naranja tranquilamente, como si todos los presentes en el campo de entrenamiento no estuvieran mirándolos. Ebb abrió la única caja que llevaban, y el crujido de la madera resultó ensordecedor en medio de aquel silencio lleno de asombro. Con su musculoso brazo, Olu sacó y levantó la montura, y luego, con paso firme, se dirigió hacia el único unicornio que quedaba.

Pícaro bramó al ver acercarse a Olu, pero él se limitó a reír, con una risa grave y profunda. Skandar no estaba prestando atención a su unicornio. La montura que cargaba Olu con sus oscuros brazos morenos era la más bonita que había visto en toda la mañana. El cuero, de un color negro tan brillante que podría haber sido mármol, resplandecía bajo el sol.

—Perdón por llegar tarde, hemos sufrido un retraso en el taller —explicó Olu.

A Skandar lo sorprendió la calidez de la sonrisa del padre de Flo, igual que cuando lo conoció después de la Prueba de los Principiantes.

Olu Shekoni colocó la montura justo detrás de las articulaciones de las alas de Pícaro, de forma que siguiera la curva de la espina dorsal del unicornio. Le sentaba como un guante.

El joven jinete tragó saliva.

—Señor Shekoni, no tiene que escogernos sólo porque seamos los únicos que quedamos...

Olu y Ebb soltaron una carcajada al unísono. Skandar no entendía nada.

—Skandar —logró decir Olu, casi sin aliento, entre una risotada y otra—, mi equipo lleva semanas trabajando en esta montura. Está hecha a medida para Suerte del Pícaro. Para ti. Cuando oí cómo habías salvado de la Tejedora a Escarcha de la Nueva Era... en fin, enseguida me dije que serías un jinete de Guarniciones Shekoni.

—Si te cuesta creerlo —intervino Ebb—, échale un vistazo a lo que lleva bordado. —El gemelo de Flo sonreía tan de oreja a oreja que en las mejillas se le marcaban unos profundos hoyuelos.

Con el corazón martilleándole con fuerza, Skandar se inclinó hacia la montura para aspirar el perfume del cuero...

Y entonces lo vio. En la silla de color negro habían bordado los símbolos de los cinco elementos con el blanco brillante de los diestros en espíritu.

—¡Bueno, ¿qué opinas?! —preguntó Ebb, jugueteando con uno de sus ensortijados rizos negros.

—Opino que, aunque hoy hubiera podido elegir entre todas las monturas, habría elegido ésta, sin lugar a dudas. —Skandar apenas daba crédito. ¡Guarniciones Shekoni hacía las monturas de la comodoro! ¡Jamie iba a alucinar!

Cuando Skandar y Pícaro pasaron por delante de la lona violeta oscuro del pabellón Henning-Dove, Bobby apareció en la puerta. No lo felicitó, ni siquiera hizo ninguna broma. Sus ojos marrones estaban clavados en la montura sobre el lomo de Pícaro, y se negaron a encontrarse con los de Skandar cuando él levantó la mano para saludarla. ¿Acaso estaba enfadada con él?

Al entrar en el pabellón de Guarniciones Shekoni, Skandar intentó olvidarse de la expresión del rostro de su amiga. Se bebió de un trago la bebida naranja que le ofrecieron.

—¿Vas a contarle por qué hemos llegado tarde, papá? —Ebb parecía a punto de estallar; no podía guardar el secreto más tiempo.

Olu enarcó las cejas.

—Bueno, pues no tenía la intención de preocuparlo con eso, pero

ahora no me queda otra, ¿no?

Ebb se encogió de vergüenza.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Skandar de inmediato.

El señor Shekoni se sentó pesadamente sobre la caja de madera de la montura, y en la frente se le dibujaron varias arrugas.

—Estábamos en el taller esta mañana, dándole los toques finales a tu montura, cuando oímos unos golpes. Pensé que venían de una de las tiendas de enfrente, así que mi hijo y yo seguimos trabajando, pero luego oímos los golpes otra vez y, cuando quise salir para ver qué pasaba, me di cuenta de que no podía abrir el portón. Fui a la puerta de atrás, no había quien la moviera, y todas las ventanas estaban oscuras.

—No entien...

—Alguien había tapiado con tablones las puertas y las ventanas del taller, clavando unos enormes trozos de pino que los cruzaban, así que Ebb y yo nos quedamos encerrados.

Skandar se quedó boquiabierto.

—¿Y cómo conseguisteis salir?

—Por suerte, Bronwyn, de Chollos para la Batalla, vio lo que estaba ocurriendo —respondió Ebb—. Estuvo increíble, ¿verdad, papá?

—Qué músculos tiene esa mujer, no te digo más. Arrancó de cuajo los tablones de una de las ventanas, y luego hizo añicos el cristal con el mango de su escoba. Empaquetamos nuestra montura y salimos corriendo, directos hacia aquí.

—Pero ¿quién iba a querer encerraros en vuestro taller?

Olu se encogió de hombros.

—Está claro que, con los años, la Ceremonia de las Monturas se ha vuelto cada vez más competitiva, pero es la primera vez que veo juego sucio. Los guarnicioneros somos amigos, y no se me ocurre ninguno que pudiera querer hacerme algo así; los conozco a todos desde hace décadas... Pero entonces me paré a pensar en el jinete al que pretendía ofrecerle mi montura este año...

—Ah —musitó Skandar.

—No estoy seguro de que se trate de eso —se apresuró a añadir Olu—. No le conté a nadie qué jinete tenía en mente, ni siquiera a Florence, aunque un periodista del *Heraldo del Criadero* prácticamente intentó sobornarme para que se lo contara. En cualquier caso, alguien con buen ojo para los detalles podría haberlo deducido por el color oscuro del cuero o por mis medidas y bocetos.

—¿Y no tiene ninguna idea de quién podría haber sido?

—Puestos a hacer conjeturas, hay alguien que no ha tratado de

ocultar el hecho de que no quiere a un diestro en espíritu en la Isla, por no hablar de que se entrene en el...

—¡El presidente Manning! —lo interrumpió Ebb, sin duda tratando de ayudar.

Olu le lanzó a su hijo una mirada de reproche.

—Sí, tal vez. Pero el problema es, Skandar, que ahora mismo no eres precisamente el jinete más popular de la Isla. Dorian no es el único que no está contento. —Olu suspiró, como si lamentara lo que estaba a punto de decir—. Eres el primer diestro en espíritu que se entrena desde hace más de una década —dijo con delicadeza—. Luego está el tema del unicornio salvaje al que han matado... ¡Matado, cuando todos creíamos que eso era imposible! Y ahora la gente anda rumoreando sobre una canción veraz. Yo no la he oído, aunque imagino que no tenía absolutamente nada que ver contigo. Pero en cuanto está de por medio el elemento espíritu, la gente oye lo que quiere oír. Los hay que preferirían culparte antes que aceptar la posibilidad de que la Tejedora esté dando problemas de nuevo. Sobre todo si quieren expulsarte del Nidal.

—¿De verdad la gente anda diciendo que yo maté al unicornio salvaje, a pesar de que fui yo quien detuvo a la Tejedora el año pasado? —A Skandar se le cayó el alma a los pies. Recordó el verso de la canción veraz sobre la venganza de la Isla. Si llegaba a ocurrir algo así, ¿también lo culparían de eso?

Olu abrió los brazos de par en par.

—¡Son sólo rumores, Skandar! Pero no le están haciendo ningún bien a tu imagen de diestro en espíritu amable.

Skandar suspiró. Unicornios salvajes y diestros en espíritu. Siempre relacionados. Siempre temidos.

—No te preocupes —dijo Olu comprensivo—. Ahora tienes el apoyo de Guarniciones Shekoni. La gente acabará entrando en razón.

Pero Skandar no estaba tan seguro de eso.

—¡Truenos y relámpagos! —murmuró Mitchell mientras leía el *Heraldo del Criadero* a la mañana siguiente—. Esto no pinta bien.

—¿Qué es lo que no pinta bien? —Skandar levantó la vista de su desayuno favorito: salchichas nadando en mayonesa. No creía que pudiera hacer frente a más malas noticias.

Mitchell vaciló, miró a Skandar brevemente y luego volvió a mirar de nuevo la página del noticiero. Skandar se lo arrebató de las manos, y Flo arrastró corriendo su silla sobre la frondosa plataforma del comedor. Bobby no había abierto la boca desde que a Skandar le ofrecieron la guarnición Shekoni, pero se tomaba muy en serio la

comida, así que era difícil adivinar si estaba concentrada en eso o seguía enfadada con él.

Skandar empezó a leer:

¡PÁNICO POR LA CANCIÓN VERAZ!

¿BUSCARÁ LA ISLA SU VENGANZA?

Ayer, durante la Ceremonia de las Monturas anual de los pichones, un bardo llamado Mark Berriman entonó una canción veraz (puede leerse la canción en la página 5). Al parecer, se trataba de una advertencia sobre el reciente asesinato de un unicornio salvaje y, según Dorian Manning, presidente del Criadero y líder del Círculo de Plata, también contenía indicios sobre el culpable. Manning confirmó que la Tejedora sigue siendo una de las sospechosas, pero señaló que la canción veraz ha dado lugar a que se investiguen nuevas pistas. La comodoro Kazama rehusó hacer comentarios al respecto, no sin antes recordar a nuestra periodista que las canciones veraces a menudo son metafóricas...

—¿Que se investiguen nuevas pistas? —repitió Skandar, con la voz llena de preocupación—. ¿Creéis que eso se refiere a... mí? —Se tomó el silencio de sus amigos como un sí, y refunfuñó entre dientes.

Mitchell suspiró.

—El problema es que, aunque yo piense que las canciones veraces son una tontería, la mayoría de los isleños no lo ven así.

Skandar pasó las páginas hasta llegar a la canción impresa. Después de ahuyentar a una ardilla de su plato, hasta Bobby se levantó para leer por encima del hombro de Flo.

—«Quitad la vida al que muere para siempre» —leyó Skandar—. Eso debe de referirse a matar a un unicornio salvaje.

—Sí, y luego dice: «y los cinco para vengarse actuarán». —Flo observó muy concentrada la página—. Entonces, ¿la Isla va a usar los elementos para vengarse por la muerte del unicornio salvaje?

—¿Cómo podría hacerlo? —se preguntó Skandar—. ¿Significa eso que los jinetes usarán los elementos? ¿Que darán caza al asesino?

—No suena a que sean los jinetes quienes vayan a hacerlo. Luego

está ese verso sobre las inundaciones... ¿Podría la Isla inundarse a sí misma? ¡Tendríamos que evacuar por aire a los habitantes! —Flo parecía asustada.

Mitchell carraspeó.

—A eso me refiero con las canciones veraces: no son más que tonterías rimbombantes. La Isla es un trozo de tierra. No tiene ningún sentido del bien y del mal, ¡ni ningún sentido de la justicia! —exclamó casi riendo.

Flo no le hizo ningún caso.

—«El amigo oscuro del espíritu...» Debe de ser la Tejedora, ¿no? —Miró nerviosa a Skandar.

Mitchell no pudo contenerse y se lanzó de nuevo al ataque.

—Si eso es cierto, entonces, según la canción, también existe «otra fuerza» por la que deberíamos preocuparnos. —Señaló el verso—. Habla «del oscuro amigo del espíritu fiel sucesor».

—Mira que odio las adivinanzas —se quejó Bobby—. ¿Por qué hacer la vida más complicada todavía?

Al leer de nuevo aquellas palabras, a Skandar se le ocurrió una idea horrible. «Del oscuro amigo del espíritu fiel sucesor...» Si el oscuro amigo del espíritu era la Tejedora... entonces era posible que la canción veraz realmente hablara sobre él. Era el hijo de la Tejedora, un secreto que sólo conocían él, su cuarteto y su tía, Agatha Everhart. La Tejedora también se lo había revelado a sus soldados, pero el padre de Mitchell le había dicho, para su decepción, que los nuevos presos apenas recordaban nada de cuando habían estado falsamente vinculados con los unicornios salvajes. Un nuevo miedo atenazó a Skandar. Si alguien descubría ese secreto, ¿no presupondrían también que él era el sucesor de la Tejedora? Y otro miedo más: ¿quizá lo era?

Pero no. No. Él no era una fuerza de la oscuridad. Él jamás sería como ella. Su madre le había pedido que se uniera a ella, y él se había negado. Para dejar de pensar en eso, releyó la parte de la canción veraz que hablaba de esperanza.

A los mortales nos queda una única esperanza
para expiar la muerte de un inmortal:
ganar la batalla por el último don del primer jinete,
obsequio de la reina en su aliento final.

—La canción asegura que «el último don del primer jinete» puede ayudar a arreglar las cosas —se aventuró a decir—. ¿De qué tipo de don creéis que se trata? ¿Y a qué se refiere con el «obsequio de la reina en su aliento final»? ¿La Isla tenía reinas?

Flo frunció el ceño sin quitarle ojo al periódico que había sobre la

mesa del comedor.

—Supuestamente la Isla tuvo una reina de los unicornios salvajes, o eso creo. Antes incluso de que llegaran los jinetes.

—¿Y el don?

—Existen antiguas leyendas sobre algo que el primer jinete legó a la Isla cuando murió —respondió Mitchell sin darle importancia.

—Pero ¿el qué? —insistió Skandar—. ¿Alguien lo ha encontrado? ¿Alguien... cómo era... ha logrado alguna vez «ganar la batalla» por él?

Bobby hizo un sonoro ruido de mofa.

—¿Qué? —preguntó Skandar, consternado.

—No, nada. —Su amiga arrancó un par de hojas de una rama cercana.

—En serio, ¿qué?

—Pues digamos que ya es suficientemente agotador ver cómo intentas hacerte el héroe... Y ahora ya estás pensando en pelear por un don del que te han hablado hace dos segundos.

—No estoy «intentando hacerme el héroe». Soy continental. ¡Me interesa!

Bobby se encogió de hombros.

—Sí tú lo dices...

Skandar quiso defenderse, pero pensó que Bobby probablemente seguía molesta por lo de la montura Shekoni, así que decidió dejar el tema.

Flo movía los ojos del uno a la otra, nerviosa. Odiaba el conflicto.

—De todas formas, no creo que Skandar pudiera luchar por ese don, aunque de verdad quisiera. Nadie ha encontrado nunca el don del primer jinete.

Mitchell agarró de un manotazo el *Heraldo del Criadero*, y todos dieron un respingo.

—¡Nadie lo ha encontrado porque no hay ninguna prueba de que exista! Nadie sabe siquiera lo que se supone que es el don. Es un mito, una leyenda, un cuento de hadas.

Pero Skandar no iba a dejarse disuadir tan fácilmente. Al fin y al cabo, en el Continente los unicornios habían sido cuentos de hadas hasta no mucho tiempo atrás, y ahora él se paseaba a lomos de uno.

Empezó a abrir la boca para decir algo, pero Flo lo interrumpió.

—A lo mejor no ocurre nada —dijo esperanzada—. A lo mejor la Tejedora no mató al unicornio salvaje y todo fue un accidente, y ninguna de esas cosas terroríficas de la canción veraz se hará realidad...

—Exacto, Flo —aprobó Mitchell—. Es totalmente irracional creer

que la letra de una canción puede predecir el futuro.

—¿Los bardos cantan canciones veraces sobre jinetes? —Bobby se había animado de repente—. Apuesto a que habrá una sobre mí cuando sea famosa. Es posible incluso que ya exista. ¡Algo así como una profecía!

—No creo que ningún bardo malgaste la única canción veraz de toda su vida en ti, Roberta Bruna —se mofó Mitchell.

—Pensaba que no creías en ellas —lo provocó Skandar.

—Bobby Bruna e Ira del Halcón ganarán la Copa del Caos cinco años seguidos —entonó Bobby con una voz que daba grima, moviendo la punta de los dedos por encima de la mesa.

Skandar y Flo se echaron a reír, la tensión que se había apoderado de ellos unos segundos antes se había roto. Hasta Mitchell tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Lo veis? Bobby lo pilla. No deberíamos preocuparnos tanto.

—No sé de qué hablas. —Bobby levantó las cejas hasta que chocaron con su flequillo recto—. Era mi canción veraz. ¿Nadie la ha anotado?

KENNA

La chica del secreto

—No puede haber un quinto elemento, es que no puede haberlo —afirmó su padre por enésima vez.

—Si el presidente del Criadero dice que hay un elemento espíritu, es que hay un elemento espíritu, papá —insistió Kenna tercamente, también por enésima vez.

Habían pasado un par de meses desde la visita de Dorian Manning, y Kenna y su padre estaban sentados ante la mesa de la cocina del piso 207, discutiendo una vez más.

—Pero ¿por qué no iba a contárnoslo Skandar?

Kenna también se había hecho esa pregunta un montón de veces, y le gustaría saber la respuesta. Vale, su hermano era diestro en agua, pero ¿por qué no les había mencionado que había cinco elementos y no cuatro? ¿Podía ser que el elemento espíritu fuera tan poco común que ni siquiera Skandar supiera de su existencia? Al fin y al cabo, ella tampoco había visto ningún diestro en espíritu en la Copa del Caos. Y Skandar no se lo habría ocultado adrede a ellos, ¿no?

—Tampoco importa mucho —dijo en voz alta—. Lo que importa es que yo soy diestra en espíritu y mi unicornio sigue por ahí, en alguna parte. ¡Esperándome! El presidente Manning sólo tiene que encontrarlo. ¡Ya lo está buscando!

Su padre se frotó los ojos, tenía la piel enrojecida.

—¿Me explicas otra vez por qué suspendiste el examen de Cría?

—¡Porque los diestros en espíritu como yo somos muy poco comunes! Todo fue un gran error. ¡Debería haber aprobado! Habría abierto la puerta del Criadero si me hubieran dejado intentarlo.

Su padre suspiró.

—Hay algo que me da mala espina en todo este asunto. Ese hombre...

—El presidente del Criadero. Es alguien muy importante, papá.

—Ya. Se presenta a medianoche, te cuenta que ha habido un error dos años después de que suspendieras el examen, ¿y quiere que te encuentres con él en medio del mar en pleno noviembre?

—¡Dijo que no podía llevarme con él directamente! Y sí, tengo que ir remando hasta allí para encontrarme con él.

—Seré yo quien te lleve remando hasta allí para encontrarte con él.

El corazón de Kenna le martilleó con fuerza en el pecho, atreviéndose a albergar una pizca de esperanza.

—Entonces... ¿me dejarás ir?

Una oscura sombra de incertidumbre planeó sobre el rostro de su padre, pero finalmente Robert asintió. Kenna pegó un chillido y se lanzó a sus brazos.

A su padre se le escapó un gruñido por el impacto, pero la rodeó con fuerza entre sus brazos.

—Llevo dos años sin verte así de contenta, tesoro. No voy a obligarte a quedarte aquí cuando lo único que consigo es que estés deprimida. Sé que no siempre he sido el mejor padre, pero quiero que seas feliz. Quiero que cumplas tu sueño.

Kenna tuvo que contener las lágrimas. Tenía muy claro que se habría ido con el presidente Manning aun sin la bendición de su padre, pero así era muchísimo mejor.

—¡Mi propio unicornio, papá! ¡Podré vivir con Skandar en el Nidal! Tal vez podamos ser jinetes del Caos juntos, como siempre quisimos...

Se detuvo de pronto, sintiéndose culpable, y se liberó del abrazo de su padre para poder verle la cara. Parecía muy cansado.

—¿Estás seguro de que podrás arreglártelas solo? ¿Y si necesitas ayuda con las facturas o con las comidas o con una entrevista de trabajo o...? —Kenna se quedó callada de nuevo. Ahora que su padre había accedido a dejar que se marchara, de repente sentía pavor ante la idea de abandonarlo.

—No tienes que preocuparte por nada de eso, Kenna. —Le recogió un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

Kenna tenía un nudo en la garganta.

—Voy a echarte de menos, papá.

Él sonrió, pero de alguna forma aquella sonrisa pareció triste.

—No, ya lo verás...

—¡Que sí! Te escribiré todo el tiempo. Skandar y yo podemos mandarte cartas juntos, ¿qué me dices? —De repente, Kenna recordó a su hermano con seis años, coloreando un unicornio. Ahora tal vez dibujara para ella su unicornio predestinado.

Las lágrimas brillaron en los ojos de su padre.

—Dos hijos jinetes... ¿Qué posibilidades hay de que ocurra algo así? Tu madre estaría orgullosísima. Ojalá estuviera aquí para verlo.

—Vayamos el domingo al cementerio —propuso Kenna—. Y así se lo contamos todo.

El rostro de su padre reflejó su inquietud.

—Deberías escribir a Skandar para contarle que vas a ir. Me quedaría más tranquilo si...

Kenna negó con la cabeza.

—No, no puedo hacer eso. Y tú tampoco. El presidente Manning dijo que tenemos que mantener esto en secreto. No es habitual llevar niños a la Isla si no es durante el solsticio. Si mi historia sale a la luz, todos los niños del Continente que han suspendido el examen van a pensar que también son diestros en espíritu, ¿no crees? El presidente Manning dijo que, si eso ocurriera, pese a todo, probablemente no podría llevarme a la Isla. ¡Podría echarlo todo a perder! —Kenna se había puesto tan nerviosa que apenas respiraba entre frase y frase.

—Pero, si sólo se lo contamos a Skandar...

—No —insistió Kenna—. La carta tendría que pasar por el sistema postal del Continente. Es demasiado arriesgado.

—Vale, vale... —Su padre levantó las manos en señal de derrota—. Pero, si de un día para otro dejas de mandarle cartas a Skandar, ¿no empezará a sospechar? ¿No se preocupará?

Kenna también había pensado en eso. En su última carta a su hermano le había contado que estaba muy triste, y eso le había dado una idea.

—No quiero mentirle a Skandar en mis cartas, así que se me ha ocurrido que, en vez de hacerlo yo, podrías escribirle tú. De esa forma, cuando me marche a la Isla, no se dará cuenta de que me he ido.

—Entonces... ¿quieres que le mienta yo...? —musitó su padre, reclinándose en la silla.

—¡Se dará cuenta si soy yo quien le miento!

—¿Y qué se supone que le voy a contar en esas cartas? —Su padre estaba perdiendo la paciencia.

—Simplemente que estoy bien, pero que necesito un poco de tiempo para asimilar que nunca seré jinete.

—Pero... ahora sí que serás jinete, según este supuesto presidente.

—Sí, pero Skandar no puede enterarse todavía —repitió Kenna—. Estoy segura de que lo veré prácticamente en cuanto llegue a la Isla. ¡Y así será un sorpresón precioso!

Su padre no parecía muy convencido.

—Tú sabrás, supongo... —refunfuñó.

—Sólo hasta que todo se aclare —insistió Kenna.

—Vale, vale, lo pillo. Caray, tu madre era igualita que tú, no podía ser más persuasiva... Siempre se salía con la suya en las discusiones. —Aquello hizo que Kenna sonriera de oreja a oreja.

Más tarde, tumbada en su cama, Kenna miraba fijamente el viejo póster de Skandar con el unicornio de Aspen McGrath, Escarcha de la Nueva Era. Se volvió hacia la cama vacía de su hermano, pero ahora ya no se sentía triste y su corazón rebosaba de esperanza.

Aun así, sabía que no había sido totalmente sincera con su padre. El presidente Manning le había dicho que, una vez llegaran a la Isla, tal vez tardaran un poco en encontrar a su unicornio. Incluso era posible que pasaran algunos meses antes de que pudiera ver a Skandar. Por eso eran importantes las cartas de su padre: no quería que su hermano se preocupara.

No obstante, en cuanto ella tuviera su unicornio, ¡vería a Skandar todos los días! Se imaginó cabalgando con él uno al lado del otro, hermano y hermana reunidos de nuevo... ¡A lo mejor incluso entrenarían juntos! Luego se permitió, sólo por un instante, imaginarse a sí misma pasando por debajo del arco de meta del estadio. Se imaginó los vítores y al comentarista anunciando: «¡Kenna Smith, comodoro del Caos...!»

Se quedó dormida con una sonrisa en el rostro, porque ahora, por primera vez en muchísimo tiempo, todo era posible.

4

La visita no deseada

Varios días después de la Ceremonia de las Monturas, llegó la primera sesión de entrenamiento de los pichones. Skandar se había obsesionado tanto con la canción veraz, la Tejedora y el unicornio salvaje muerto que casi se había olvidado de que empezarían a competir en justas. Y ahora, mientras montaba a Pícaro con su armadura completa para ir volando hasta el campo de entrenamiento, sintió los habituales nervios del primer día, que le daban vueltas en el estómago.

Se oyó un grito detrás de ellos.

—¡Te echo una carrera!

Un unicornio hembra de color gris pizarra apareció cortando el aire fresco de septiembre a toda mecha. Bobby, cómo no. Skandar sonrió, y sus pensamientos en bucle se disiparon de inmediato. Pícaro bramó y les dio caza, abriendo las alas en un segundo y despegando con sólo tres zancadas. Ira del Halcón era rápida —al fin y al cabo, Bobby y ella habían ganado la Prueba de los Principiantes el año anterior—, pero Skandar sabía que Pícaro podía volar más rápido de lo que lo había hecho en aquella ocasión. Descendieron a toda velocidad, con la ladera de la colina del Nidal cada vez más cerca bajo ellos y Pícaro lanzándose en picado detrás de Halcón. Iban casi igualados...

—¡A tierra! —gritó Bobby, y Skandar no sabía si se lo gritaba a él o a sí misma.

La siguió sin pensárselo dos veces; de repente, lo único que veía era el verde de la hierba en vez del azul del cielo. Bobby se las arregló para frenar a Halcón lo bastante como para que pudiera aterrizar sobre sus cascos, pero Pícaro volaba mucho más rápido de lo que debería, apuntando con el cuerno directamente a la tierra del altiplano

de los pichones, que cada vez estaba más cerca.

—¡Pícarooooo! —Skandar rechinó los dientes—. ¿Cuál eeeees el plaaaaan?

Cuando ya estaban a pocos centímetros del suelo, Pícaro levantó el cuello y lo estiró hacia el cielo. Disparó las patas traseras y abrió las alas para que cortaran el aire, y lo hizo con tanta fuerza que se alzaron con un zumbido y evitaron la inminente colisión. Skandar apenas podía respirar, era como si se hubieran zambullido en el agua y regresaran a flote para tomar aire.

Cuando Pícaro aterrizó de verdad, Bobby aplaudió lentamente a lomos de Halcón.

—Bonitas acrobacias. Aun así has perdido, chico espíritu.

Skandar se encogió de hombros.

—Empezasteis con kilómetros de ventaja. ¡Y casi os alcanzo!

—Eso dicen todos. ¡Siempre seré más rápida que tú!

Una vez más, Skandar se dio cuenta de que había algo más que la mera socarronería entre amigos en el comentario de Bobby.

Meiyi aterrizó con Rosal Silvestre Mimado a pocos metros de distancia, seguida por Kobi y Alastair a lomos de Príncipe de Hielo y de Buscacrepúsculos. Amber era la única que faltaba del cuarteto, igual que en la Ceremonia de las Monturas. Ladrona Torbellino estaba en la otra punta del altiplano, y para calmar a Amber la unicornio de color castaño la hacía girar en pequeños círculos.

—¡Hey, Skandar! —lo llamó a voces Alastair—. ¿No crees que es interesante que la Tejedora parezca más fuerte que nunca desde aquella charlita que tuviste con ella en la Tierra Salvaje?

—No tuvimos ninguna... —empezó a decir Skandar, pero Meiyi lo interrumpió.

—Tu cuentecito sobre haber derrotado a Erika Everhart ya no es muy creíble, ¿verdad? Aunque por supuesto yo nunca te creí. Pero ¡si estuviste a punto de no pasar la Prueba de los Principiantes!

Todos se rieron.

—Y los diestros en agua tampoco te creen —anunció Kobi con pomposidad; la mutación de hielo de sus pestañas emitía destellos al sol mientras él, a lomos de Príncipe, rodeaba a Pícaro—. Acabamos de denegarte por votación la entrada a la guarida del agua. El Pozo no es lugar para alguien como tú.

Skandar se quedó tan conmocionado que no dijo ni media palabra mientras el grupo se marchaba al galope. Sabía que cada elemento tenía su propio espacio subterráneo en el Nidal —el curso pasado, su cuarteto había logrado encontrar la guarida abandonada del elemento espíritu mientras investigaban sobre la Tejedora—, pero las guaridas

oficiales eran: la Caldera para el fuego, el Pozo para el agua, la Colmena para el aire y la Mina para la tierra, cuyas puertas estaban abiertas para los pichones y todos los demás jinetes de más edad. Aunque, si lo que Kobi había dicho era cierto, Skandar también se quedaría fuera este año.

Bobby parecía enfadada.

—Es probable que Kobi esté mintiendo. El año pasado, la monitora O'Sullivan dijo que eras un diestro en agua honorario. Dijo que te permitirían...

—No pasa nada, estoy bien... —repuso Skandar entre dientes, recordando las palabras de Kenna en la última carta que le había enviado. Su hermana seguía sin responderle, y eso hizo que se sintiera aún peor—. Con ellos tampoco encajaría.

—De todas formas, ¿quién querría ir a ese Pozo apestoso? —Bobby estaba que trinaba—. Probablemente esté conectado con la red de alcantarillado del Nidal; probablemente sea frío, y húmedo, y... y huela a pescado podrido y a algas estancadas.

Skandar suspiró.

—No pasa nada, Bobby.

Pícaro emitió un pequeño relincho de preocupación, y un par de plumas de sus alas llamearon brevemente.

Por pura rutina, los pichones formaron una fila sobre el altiplano. Cuando Pícaro y Halcón llegaron a la altura de Puñal y Roja, Skandar se fijó en que los jinetes más cercanos de la fila, dos diestros en aire llamados Ivan y Harper, se alejaron con sus unicornios. Skandar decidió que en ese preciso instante no se sentía capaz de enfrentarse a Flo y a Mitchell para contarles que le habían prohibido la entrada al Pozo: no quería ver la rabia en el rostro de Mitchell ni la pena en el de Flo. En vez de eso, examinó el campo de entrenamiento. Los monitores Webb y Anderson ya estaban en el altiplano junto a Polvo de Luna y Fénix del Desierto. Cada monitor llevaba un puñado de estacas de madera y las iban clavando en el suelo una a una para formar una línea recta.

Cuando acabaron, el monitor Anderson tocó el silbato para pedir silencio.

Flo se estremeció a lomos de Puñal.

—¿Por qué no pueden pedirlo amablemente?

—Enhorabuena por haber llegado a vuestro segundo curso de entrenamiento y haberos ganado la montura —gritó el monitor Anderson, ya a lomos de Fénix del Desierto. Su manto rojo caía elegantemente sobre los cuartos traseros del unicornio hembra—. El curso de los pichones se centra en las armas: en aprender a modelar y

a emplear las armas de magia elemental pura.

Se produjo un estallido de murmullos de entusiasmo. Daba la impresión de que a Bobby le hubieran anunciado una Fiesta del Aire infinita, pero Skandar sintió que los nervios se le ponían de punta. Sabía cómo conjurar la magia a través del vínculo hasta la palma de su mano derecha, y cómo los elementos explotaban desde la herida que el cuerno de Pícaro le hizo al romper el cascarón, pero no tenía ni idea de cómo crear un arma.

El monitor Anderson levantó la mano para pedir silencio, y las llamas en torno a sus orejas color marrón oscuro titilaron como advertencia.

—Sí, sí, es todo muy emocionante, ya lo sé. Estoy seguro de que habréis visto a jinetes veteranos empleando armas elementales durante la Copa del Caos, además de las técnicas mágicas de defensa y ataque que vosotros mismos usasteis el curso pasado en la Prueba de los Principiantes.

Se oyó un murmullo de asentimiento. Sin duda Skandar recordaba la increíble espada de rayos que Nina Kazama había empuñado para alzarse con la victoria en la Copa del Caos el pasado mes de junio.

—Las armas son más precisas que la magia sin forma, pero requieren práctica y dedicación en el trabajo en equipo con vuestro unicornio. Primero trabajaremos cómo modelar las distintas armas a partir de los cuatro elementos, no sólo con vuestro aliado.

Skandar se estremeció. Cuatro elementos, no cinco...

—Luego, alrededor de la Fiesta del Fuego, pasaremos a la defensa y el ataque estáticos, y por último introduciremos el movimiento. Para los unicornios, las justas tienen que ver más con la valentía que con su propia magia elemental. Tienen que aprender a colaborar con vosotros, y también a enfrentarse al galope ante un ataque frontal. Recordad que no será una carrera lo que decida si pasáis al curso de los volantones, sino un torneo de justas.

Skandar rememoró la exhibición en la Fiesta del Fuego del año anterior: los dos jinetes galopando el uno hacia el otro, empuñando sus relucientes armas.

El monitor Webb tomó el relevo, con su blanca frente arrugada por los años.

—Las justas han sido un entrenamiento básico del Nidal desde que el primer jinete lo fundara. Enseña a los jóvenes jinetes una lección fundamental: caerse nunca es una opción. Si te caes durante las justas, pierdes. Si te caes durante la batalla, no hay magia. Si te caes desde el aire, mueres.

A Gabriel no pareció desanimarlo aquella solemne advertencia.

—Cuando hablas de justas, ¿te refieres a lo que hacían los caballeros? —preguntó entusiasmado el continental, con su pelo de piedra inquietantemente inerte ante el viento.

—Por lo que he oído, las justas en la Isla son un tanto distintas. —Una sonrisa pícara se dibujó en el rostro del monitor Anderson—. Hagamos una demostración.

¡Fiuuu! Dos unicornios con su armadura completa se abatieron a toda velocidad sobre el campo de entrenamiento.

La monitora O'Sullivan aterrizó con Avemarina Celeste en un extremo de la hilera de estacas de madera justo cuando la monitora Saylor lo hacía en la otra punta; Pesadilla de la Brisa Boreal resopló echando chispas, y las placas de su armadura rozaron unas con otras. Los dos unicornios echaban espuma por la boca. Las monitoras sujetaban las riendas con una mano y un escudo metálico redondo con la otra, uno tachonado de azul y el otro de amarillo. Era la primera vez que Skandar veía a las monitoras con la armadura completa, y su aspecto era tan aterrador como el de cualquier jinete de la Copa del Caos. Como símbolo de su alianza elemental, la monitora O'Sullivan llevaba una gotita azul pintada en la espalda, y la monitora Saylor, una espiral amarilla.

El monitor Anderson tocó el silbato.

Y los dos unicornios salieron disparados hacia delante a ambos lados de las estacas. Galopaban a toda velocidad hacia su oponente, y el ruido de los cascos hacía temblar el suelo.

La palma de la monitora O'Sullivan resplandeció de azul; la de la monitora Saylor, de amarillo.

El monitor Anderson tocó el silbato una segunda vez.

Un tridente de hielo brillante, de un blanco puro, apareció de golpe en la mano derecha de la monitora O'Sullivan, y Saylor, por su parte, tensó la cuerda efervescente de un arco forjado con rayos; la flecha despedía un amenazador montón de chispas. Cuando los unicornios pasaron el uno junto al otro, la monitora Saylor soltó la chisporroteante cuerda del arco y O'Sullivan alzó su tridente de hielo, que al entrar en contacto con la flecha de Saylor hizo que su electricidad crepitara hasta desvanecerse sin dejar rastro. La monitora Saylor levantó la palma e hizo aparecer otra flecha en su arco chispeante, pero no fue lo suficientemente rápida, porque su rival ya lanzaba un segundo golpe con su tridente.

Saylor intentó bloquear con su escudo el golpe de tres puntas, pero el tridente de la diestra en agua alcanzó su objetivo con un escalofriante sonido metálico del hielo contra el metal. Todo el cuerpo de la monitora Saylor se convulsionó hacia atrás sobre su montura,

hasta tal punto que su casco salió volando y sus rizos de color miel rozaron el lomo de Pesadilla. Asombrosamente, siguió encima de la montura y se irguió de nuevo, pese a los chorros de sudor que resbalaban sobre su rostro moreno.

—¡Blanco para la monitora O'Sullivan! —El monitor Anderson tendió el brazo hacia el lado que ahora ocupaba Avemarina Celeste—. Uno a cero.

Tras un instante de silencio y sobrecogimiento, los pichones estallaron en ruidosos vítores.

Las dos monitoras compitieron durante cinco rondas, y a Skandar le costaba mantener la boca cerrada mientras contemplaba el espectáculo. No era la primera vez que veía armas elementales, pero presenciar de cerca cómo las creaban dos expertas jinetes era otra cosa: una maza con púas verdes, un sable chispeante, una lanza magnética... La facilidad con la que las monitoras modelaban su magia para materializarla en armas era pura belleza, y demostraba lo que el vínculo era capaz de hacer. Las jinetes y los unicornios parecían anticipar cada movimiento, como si fueran un único ser. Y Avemarina y Pesadilla no mostraban temor alguno al galopar el uno hacia el otro a toda velocidad. Skandar se preguntó si su vínculo con Pícaro alcanzaría algún día aquel nivel de perfección.

—Está claro que va a ganar la monitora O'Sullivan —murmuró Mitchell—. Por el momento ha vencido en tres de las cuatro rondas.

El monitor Anderson tocó el silbato para que comenzara la quinta y última ronda, primero para que los unicornios empezaran a correr y luego para las armas. La monitora Saylor reaccionó mucho más rápido que las veces anteriores, y a Skandar apenas le dio tiempo a pestañear antes de que lanzara una afilada jabalina, cargada de filamentos entretejidos de electricidad, directa al pecho acorazado de la monitora O'Sullivan. La diestra en agua ni siquiera tuvo tiempo de levantar su sable en llamas para protegerse, y el arma se apagó inútilmente a su lado cuando el golpe de la jabalina la derribó limpiamente de Avemarina.

Se produjo un silencio de terror cuando la monitora O'Sullivan quedó tendida sobre la tierra del campo de entrenamiento, con su unicornio hembra de color blanco inclinándose sobre ella para protegerla, como si Avemarina temiera que la diestra en aire la atacara de nuevo.

Pero, en vez de eso, la monitora Saylor desmontó y le tendió una mano a su rival para ayudarla a levantarse.

—Había olvidado lo buena que eres con esa jabalina —rezongó la monitora O'Sullivan, quitándose el casco ligeramente abollado.

—Yo también. —La monitora Saylor sonrió, y acto seguido las dos mujeres se estrecharon la mano y rieron, aunque la cara de la monitora de agua todavía era de un blanco pálido.

—¡La monitora Saylor es la vencedora! —gritó el monitor Anderson.

—P-pero... —barboteó Mitchell—, pero ¿cómo? Creía que eso era tres a dos a favor de la monitora O'Sullivan, ¿no?

—Derriba al otro jinete y obtendrás una victoria automática —explicó el monitor Webb mientras pasaba por su lado a lomos de Polvo de Luna.

—Guau, ¡me encanta! —gritó Bobby, y Halcón chilló con ella—. Puedes ir perdiendo y de repente, ¡pam!, tiras a tu rival en la última ronda y sanseacabó.

Skandar nunca había visto a Bobby y Halcón tan emocionadas. En su fuero interno, esperaba no tener que luchar contra ellas en ninguna justa a corto plazo. Sospechaba que su amistad no le impediría querer lanzarlo volando del lomo de Pícaro.

—¿Cuándo podremos pelear en justas? ¿Cuándo empezamos? —preguntó Bobby a los monitores a voz en grito.

La monitora Saylor le sonrió, y sus dientes relucieron.

—Todavía no estás del todo lista, florecilla. Primero tendrás que aprender a modelar tu magia para crear armas sencillas.

El hecho de que Bobby ni siquiera pestañeara cuando la llamó «florecilla» daba fe del profundo respeto que sentía por su monitora de aire.

—Y empezaremos muy poco a poco —añadió la monitora O'Sullivan, que seguía un poco más despeinada que de costumbre—. Comenzaréis con una daga forjada a partir de vuestro elemento. Las dagas son el arma más sencilla que podéis conjurar, y el hecho de utilizar vuestro elemento aliado debería poneros las cosas más fáciles.

—Dejad que el fuego, o el agua, o lo que sea con lo que estéis aliados, se os acumule en la palma de la mano hasta que tengáis una nube amorfa de magia ante vosotros —explicó el monitor Anderson—. Luego imagináosla adoptando la forma del arma que deseéis. Es un proceso lento y tendréis que tener paciencia. Usad las manos para ayudaros, como si modelarais arcilla húmeda. Pero cuando empecéis a dominar la técnica, ¡seréis capaces de conjurar armas con la rapidez del rayo!

Los monitores mostraron dagas forjadas con sus respectivos elementos para que los jinetes los imitaran. El olor a magia no tardó en impregnar el aire. Cada elemento tenía un perfume único para cada jinete, y, cuando los monitores Saylor y Anderson cabalgaron a lo

largo de la fila de pichones, Skandar percibió el aroma cítrico de la daga de aire y el tufillo a fogatas y a tostadas quemadas de la daga de fuego.

Un poco más allá, Skandar vio a Marissa y a Ninfa Demoníaca inclinarse maravilladas hacia delante al ver la resplandeciente daga de agua que empuñaba la monitora O'Sullivan. La luz azul bailoteaba entre los mechones escarchados de su pelo. A Aisha, una diestra en tierra, se le escapó un grito ahogado al ver la daga de diamantes en la palma del monitor Webb.

—La mejor sesión de entrenamiento hasta ahora... —Bobby sonrió feliz a lomos de Halcón cuando la electricidad se acumuló en su palma y empezó a mover las manos a través de la magia chisporroteante, empujándola por aquí y por allá mientras intentaba forjar con la mente una copia del arma que sostenía la monitora Saylor.

Pero Skandar no tenía ningún ejemplo que copiar. Por lo que tenía entendido, ninguno de los monitores sabía conjurar el elemento espíritu. Después de la Prueba de los Principiantes del curso pasado y de su acuerdo con Aspen McGrath, le habían prometido un monitor de espíritu. La monitora O'Sullivan llevaba semanas asegurándole que uno de los diestros en espíritu recién liberados iría al Nidal para entrenarlo. Pero por el momento no había habido ninguna señal de que aquello fuera a ocurrir.

—Podemos hacerlo, Pícaro —susurró Skandar, invocando el blanco del elemento espíritu en su palma—. Y si tenemos que hacerlo solos, pues que así sea. —Su unicornio agitó las alas, como si también estuviera preparándose.

El vínculo se inundó de magia de espíritu y el olor a canela dulce se coló por la nariz de Skandar. En cuanto tuvo flotando ante él una bola blanca brillante de un elemento resplandeciente, cerró los ojos e imaginó una daga reluciente de espíritu puro: una implacable hoja afilada, una empuñadura lo bastante pesada como para notarla bien sujeta en la mano... Sin ni siquiera desearlo, sus manos empezaron a retorcerse, trazando el contorno de una cuchilla como si estuviera dibujándola. Abrió un ojo y estuvo a punto de perder la concentración. ¡El arma que había imaginado estaba empezando a materializarse! Primero la empuñadura, luego una magia blanca brillante que se volvía borrosa a lo largo de la hoja... Intentó agarrar la daga, pero no había forma de sentir la empuñadura en la mano.

Estaba tan concentrado en intentar agarrar la daga de espíritu que tardó unos instantes en oír el griterío. No levantó la vista hasta que Mitchell le chilló directamente a él.

—¡SKANDAR! ¿Es que quieres que te coma? ¡¡Quítate de en medio!!

Luego el olor penetró hasta el fondo de la garganta de Skandar: el olor a pescado podrido y a pan rancio y a muerte.

Un unicornio salvaje.

Un bramido resonó en lo más hondo del pecho de Pícaro. Enseñó los dientes y luego rugió al unicornio, escupiéndole llamas desde la garganta como advertencia.

A Skandar le pitaban los oídos, los gritos asustados de sus compañeros pichones eran un lejano alboroto.

El unicornio salvaje no se movía. Su respiración hacía vibrar y sonar su caja torácica, visible bajo su fino pelaje. Aquel sonido era audible incluso por encima de los chillidos de los jinetes, que azuzaban a sus unicornios hacia el cielo. Un unicornio salvaje podía matar fácilmente a un jinete pichón, y junto con él o con ella a su unicornio vinculado. A los isleños les llevaban contando aquel cuento desde la cuna. A los continentales se lo habían advertido. Todos habían tenido pesadillas. No estaban dispuestos a correr ningún riesgo.

Skandar, sin embargo, se limitó a devolverle la mirada al unicornio salvaje: vio la herida purulenta de uno de sus hombros, el cuerno fantasmagórico transparente, un hueso roto que sobresalía astillado de su retorcida rodilla... Su pecho tordo estaba cubierto de salpicaduras de sangre de una presa, casi como si alguien hubiera rociado pintura roja en los remolinos de su pelaje gris y blanco.

Un momento. ¿Pelaje tordo? De pronto, Skandar se dio cuenta de por qué todo aquello le resultaba tan familiar. No era sólo que ya se hubiera topado antes con un unicornio salvaje de camino al Nidal, ¡es que se trataba del «mismo» unicornio!

Era vagamente consciente de que el resto de su desperdigado cuarteto se negaba a marcharse del altiplano junto con los demás jinetes. La monitora O'Sullivan y el monitor Webb les estaban gritando, y ellos —Bobby la que más— les contestaban también a gritos.

Pero Skandar, que seguía subido a lomos de Pícaro, sólo los escuchaba a medias.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó al unicornio salvaje.

Algo le agarró la pierna, y al bajar la mirada Skandar vio una mano de nudosos nudillos blancos que le aferraba la rodilla.

—La atrae el elemento espíritu. —La voz provenía de una figura plantada ahí, a su lado, cuyo pelo ralo se escapaba de una capucha gris.

—¿La atrae?

—Sí, es una unicornio salvaje, ¡no te dejará tranquilo hasta que

dejes de hacer eso! —La voz desconocida se había vuelto de repente más agresiva.

Skandar se dio cuenta de que el resplandor blanco seguía brillando en su palma, eran los restos de su daga modelada. Pensó en detener la magia del espíritu, pero en vez de eso se dirigió de nuevo a la unicornio salvaje:

—¿Qué es lo que quieres?

Entonces, con mucha más amabilidad que antes, la mujer encapuchada cogió entre las suyas la resplandeciente mano derecha de Skandar y cerró el puño sobre su herida de Cría.

—Basta —gruñó ella—. Ya basta.

Skandar parpadeó y levantó la vista, sólo para ver a los cuatro monitores disparando magia a la unicornio salvaje, mientras se alejaba, saltaba la verja de hierro del altiplano de los pichones y desaparecía en el llano.

La mujer soltó la palma de Skandar. Llevaba colgada una cartera de cuero en bandolera. Se echó hacia atrás la capucha gris, mostrando la mutación de espíritu que marcaba sus dos pálidas mejillas.

El joven jinete contuvo la respiración antes de hablar.

—¿Qué… —la voz le temblaba— haces tú aquí?

Los afilados ojos marrones de la mujer apuntaron bruscamente hacia los de él, que sintió cómo lo embestía una oleada de miedo y repugnancia.

Agatha Everhart era físicamente idéntica a su hermana.

Skandar oyó los murmullos de sus cuatro compañeros, reunidos a lomos de sus unicornios a pocos metros de distancia después de evitar que los monitores se los llevaran de vuelta a los establos. Se preguntó si habrían reconocido a Agatha por la foto que el *Heraldo del Criadero* había publicado el curso anterior, si la habrían reconocido como la Ejecutora, la traidora que había matado a todos los unicornios de espíritu hacía más de una década, salvándoles así la vida a sus jinetes pero condenándolos a la soledad y el dolor. Se preguntó si ellos también habrían notado el parecido familiar que Agatha guardaba con su hermana, la Tejedora.

—¿Qué haces tú aquí? —repitió Skandar con voz apagada. La última vez que había visto a Agatha, estaba entre rejas.

—¿Os conocéis? —La monitora O'Sullivan se había acercado al trote con Avemarina Celeste.

Skandar fue el primero en reaccionar.

—No, monitora O'Sullivan. Sólo la conozco de oídas… Y por lo que les hizo a los unicornios de espíritu. —No tuvo que fingir su asco.

Skandar nunca había visto a la monitora O'Sullivan tan incómoda,

pero su carraspeo y el hecho de que no lo mirara del todo a los ojos hablaban por sí solos.

—Ah, sí. Supongo... Sí, claro.

—¡Creía que seguías en la cárcel! —le espetó Skandar a Agatha, olvidándose ya por completo del encuentro con la unicornio salvaje. No se había dado cuenta de lo enfadado que estaba con ella hasta ese momento. Ella lo sabía. ¡Ella había sabido desde el principio que Erika era su madre! Y la madre de Kenna. Y no le había dicho nada.

Ella lo había enviado en busca de la Tejedora y ni siquiera se lo había advertido.

—¡Skandar! —gritó la monitora O'Sullivan—. Ésa no es manera de hablarle a tu nueva monitora de espíritu.

—¿Mi... mi qué? —farfulló Skandar.

La monitora O'Sullivan lo ignoró por completo.

—¿Qué tal todo este tiempo, Agatha? —le preguntó volviéndose hacia ella.

—En la cárcel, básicamente —gruñó Agatha.

La monitora O'Sullivan se pasó la mano por su pelo de punta.

—Tengo que admitir que no esperaba que te eligieran a ti como monitora de espíritu de Skandar.

—Si te soy sincera, Persephone —repuso Agatha—, yo tampoco.

Intercambiaron una mirada cargada de significado. Skandar se dio cuenta de que sus cuatro amigos se iban acercando con sus respectivos unicornios, llenos de inquietud y curiosidad.

La monitora O'Sullivan suspiró.

—Bueno, monitora Everhart, te aconsejo que subas al Nidal, informes a los centinelas y te acomodes en tu casa del árbol.

—¿Vais a permitirle que viva aquí? —preguntó Skandar, horrorizado—. ¿Monitora Everhart?

—Si a esto se le puede llamar vivir... —musitó Agatha con voz sombría—. El Nidal es una fortaleza... Canto del Cisne Ártico está bajo vigilancia a kilómetros de aquí... y yo estoy prácticamente bajo arresto domiciliario.

La monitora O'Sullivan carraspeó, todavía más incómoda, y su unicornio se dio la vuelta para marcharse.

—Skandar se reunirá pronto contigo para hablar de vuestro programa de entrenamiento —dijo por encima del hombro mientras se alejaba a toda velocidad.

Cuando Agatha se volvió para irse, Skandar la detuvo.

—¿Por qué has accedido a esto? —le preguntó—. Seguro que sabías lo difícil que sería para mí... Lo duro que sería para mí verte después de que... —Apenas podía hablar, ahogado por los recuerdos

de la Tejedora en la Tierra Salvaje. Su madre cabalgando directa hacia él, con ojos asesinos. Ojos idénticos a los de Agatha, a los de Kenna... a los suyos.

—Escúchame bien, Skandar —dijo Agatha, con la misma expresión feroz que cuando lo abandonó en los Acantilados Espejo—. No había nadie más dispuesto a hacerlo, ¿entiendes?

—¿A qué te refieres?

—Dorian Manning. —Agatha echó un vistazo de reojo a Flo, que fingía estar muy interesada en la oreja izquierda de Puñal—. Hizo que el Círculo de Plata amenazara a los diestros en espíritu liberados. Les dijo que detendrían a sus familias si intentaban ayudarte. Si a mí no me crees, O'Sullivan está al tanto de todo. Aun así, algunos diestros en espíritu intentaron ofrecerse como voluntarios... Y les dieron una paliza. Ahora la mayoría viven escondidos.

Skandar pensó en cómo habían encerrado a Olu y a Ebb Shekoni en su taller antes de la Ceremonia de las Monturas.

—Aspen McGrath modificó las leyes de la Isla para que pudieras entrenarte en el elemento espíritu, pero el Círculo de Plata está haciendo todo lo posible por impedirlo.

—Entonces, ¿cómo es que tú...?

—La nueva comodoro, Nina Kazama. Cuando se enteró de que ninguno de los demás diestros en espíritu se estaba ofreciendo para ser tu monitor, convenció al Círculo de Plata de que yo era la mejor opción. Con Canto del Cisne Ártico en la cárcel, dijo que yo acataría las reglas, que no te enseñaría nada peligroso. —A Agatha parecía repugnarle todo aquello—. Aparte de ti, soy la única diestra en espíritu, y tengo un unicornio que podría perder.

—Pero eres la hermana de la Tejedora —repuso Skandar entre dientes—. Eres mi tía...

Agatha lo fulminó con la mirada.

—Soy tu monitora. Y puede que ahora todo el mundo esté al tanto de mi parentesco con la Tejedora, pero nadie debe averiguar el tuyo, sobre todo Dorian Manning. Odia a mi hermana más que a ninguna otra persona en el mundo. Detesta a los diestros en espíritu. Y más con un verso en una canción veraz sobre el amigo oscuro del espíritu y ese unicornio salvaje muerto que apareció arrastrado por la corriente. Los unicornios salvajes y los diestros en espíritu siempre están conectados, esa muerte imposible acrecienta las sospechas sobre nosotros y la idea de que no somos como los demás. Y que seamos unos marginados hace que a la gente le importe menos que nos hagan daño. Nos convierte en un blanco fácil, Skandar, te convierte a ti en el blanco más fácil de todos. ¿Lo entiendes?

—¿Crees que es ella?

Los dos sabían a quién se refería Skandar.

—No lo sé. No sé por qué querría Erika matar a un unicornio salvaje. Ni cómo podría hacerlo. —Agatha se volvió de nuevo para marcharse—. En teoría es imposible.

Pero Skandar no podía evitar pensar que el hecho de que algo fuera imposible nunca había detenido a Erika Everhart.

5

La Colina de las Flores Silvestres

Un par de semanas después de empezar el entrenamiento, Skandar, Bobby y Mitchell montaron en sus unicornios para ir a por provisiones a Cuatropuntos, la capital de la Isla. Mitchell quería pasar por Capítulos del Caos para encargar un libro sobre justas, Bobby quería hacerse con unos cepillos nuevos, ya que, por culpa de todos los cuidados que Halcón exigía, los suyos estaban ya para tirarlos, y Skandar necesitaba urgentemente unas botas negras nuevas. Flo no los acompañaba, había ido a su primera reunión con el Círculo de Plata, algo por lo que Bobby seguía molesta.

—No puedo creerme que Flo vaya a juntarse con el presidente Dodotis Majara y sus brillantes secuaces.

—¿Dodotis Majara? —resopló Skandar.

—A Flo le salió Puñal del cascarón. No tiene más alternativa que unirse al Círculo de Plata, por mucho que el presidente Manning esté difundiendo rumores sobre Skandar —dijo Mitchell con toda la naturalidad del mundo mientras desmontaba.

Habían aterrizado al final de la larga calle comercial de Cuatropuntos, donde varios unicornios más esperaban atados a unas anillas a lo largo de una hilera de árboles. Dejaron a Pícaro, a Halcón y a Roja mordisqueando la carne sangrienta que colgaba de las ramas.

—¡Pues claro que tiene más alternativas! —repuso Bobby mientras los tres se dirigían calle abajo—. Por ejemplo, podría no ir y punto.

Mitchell negó con la cabeza.

—Por lo que he leído, si se negara a asistir a las reuniones, el Círculo de Plata podría sacarla del Nidal.

—¿La declararían nómada? —preguntó Skandar horrorizado.

—No exactamente. —Mitchell hizo una mueca—. Pero la obligarían a vivir en su base, en el Bastión de Plata. Tendría que

entrenarse allí hasta convertirse en un aguilucho de quinto curso.

Hasta Bobby se quedó impactada.

—¡Pues eso no me lo ha contado!

—¿Por qué? ¿Por qué tendría que quedarse en el Bastión? —quiso saber Skandar.

—El Círculo de Plata defiende que tienen que poder influir en el entrenamiento de los unicornios plateados. Sin su orientación, al parecer es demasiado peligroso que un joven plateado campe a sus anchas por la Isla.

—¡De eso nada! —protestó Skandar—. ¡Es sólo para que Dorian Manning pueda controlarla! —La idea de que pudieran sacar a Flo a la fuerza de su cuarteto para encerrarla en el Bastión de Plata lo ponía enfermo.

Mitchell asintió.

—Eso mismo pensé yo.

—Si queréis saber mi opinión, huele más sospechoso que un bocadillo de salchichas quemado. —Bobby enarcó las dos cejas.

—¿Que un bocadillo de salchichas quemado? —preguntó Skandar, olvidándose por un momento del tema—. ¿No huelen simplemente a...?

—A chamusquina. Exacto.

Mitchell suspiró.

—De verdad que a veces no entiendo a los continentales.

—Bueno, sólo espero que Flo esté bien —añadió Skandar—. No me fío de Dorian Manning.

—No —convino Bobby muy seria—. Yo tampoco me fío de Dumbo McCaradevíbora.

Deambularon un rato por la calle de las tiendas. Skandar intentó ignorar las miradas de los isleños con los que se cruzaba, que iban de la desaprobación al terror. Se dijo a sí mismo que, después de usar el elemento espíritu en la Ceremonia de las Monturas, tampoco podía sorprenderse. También se preguntaba si habría corrido el rumor de que había atraído a un unicornio salvaje hasta el campo de entrenamiento, pero, en vez de darle vueltas a eso, intentó concentrarse en cuánto le gustaba Cuatropuntos, con su despliegue de casas en los árboles: todo aquel revoltijo de colores elementales, que le recordaban a las salpicaduras de pintura en el tronco del árbol del cuarteto.

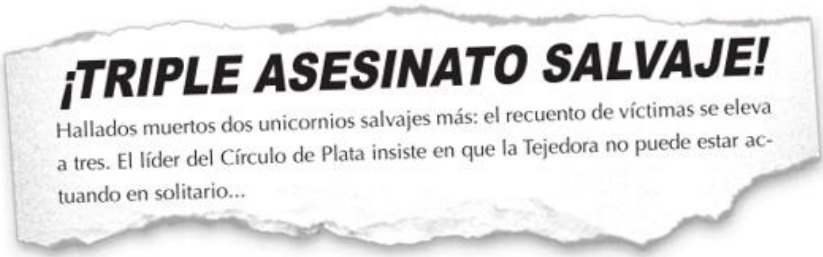
Las fachadas de las tiendas estaban a pie de calle y lucían letreros dorados a la moda y elaborados escaparates dedicados a todo lo que un unicornio o un jinete pudieran desear. Skandar nunca había tenido suficiente dinero para ir de compras cuando vivía en el Continente,

pero en la Isla recibía una generosa paga de jinete. Aun así, no compraba mucho, sólo lo que Pícaro necesitaba. Normalmente lo ahorraba, por si acaso, y lo escondía en el bolsillo delantero de su mochila. De todas formas, él no necesitaba cosas. Aunque hacía poco la monitora O'Sullivan le había hecho un comentario sobre lo gastadas que estaban sus botas negras, y con ella no se discutía.

—¡Eh, mirad esto! —Mitchell salió corriendo de Capítulos del Caos con la edición de esa misma mañana del *Heraldo del Criadero*. Lo sostenía de forma que prácticamente se lo puso a todos delante de las narices.

—Mitchell —gruñó Bobby—, si no me quitas ese periódico de delante, no respondo de mí, te lo voy a estampar de un puñetazo en la cara.

Pero Skandar ya había empezado a leer:


¡TRIPLE ASESINATO SALVAJE!

Hallados muertos dos unicornios salvajes más: el recuento de víctimas se eleva a tres. El líder del Círculo de Plata insiste en que la Tejedora no puede estar actuando en solitario...

—Ahí tenéis la teoría de Flo de que todo había sido un accidente... —murmuró Bobby.

Skandar ya entendía por qué tantos isleños se habían quedado mirándolo.

—Venga —dijo poniéndose en marcha—, larguémonos o llegaremos tarde.

—Pero ¡si todavía no te has comprado las botas! —protestó Mitchell, corriendo para no quedarse atrás.

—Creo que hoy no va a poder ser... —repuso Skandar con gravedad, al ver cómo al pasar por delante de la puerta de la Compañía de Botas Brillantes el letrero cambiaba de ABIERTO a CERRADO.

Flo y su familia habían invitado a Skandar, Mitchell y Bobby a pasar el fin de semana con ellos en la zona de la tierra. Después de un largo vuelo, Pícaro, Roja y Halcón habían descendido en picado hacia una bonita plaza enmarcada por casas en los árboles, en lo alto de una colina. Era la primera vez que Skandar pisaba la zona de la tierra,

pero le pareció aún más espectacular de lo que Flo le había contado. Desde el aire veía las florecientes tierras verdes de cultivo, que daban paso a unos páramos más agrestes donde sólo había cabras salvajes. Hacia el interior, todo eran montañas y enormes cuevas y piedras verticales. Prados de hierbas aromáticas se extendían a la sombra de espectaculares formaciones rocosas, que se erigían como antiguos guardianes sobre los coloridos terrenos, con sus gigantescos puños petrificados alzándose amenazadores hacia los unicornios que los sobrevolaban. En contraste con la zona del agua, que era llana y estaba llena de pastizales anegados por el agua, sauces llorones y ríos serpenteantes, aquí Skandar llevaba contabilizadas por el momento once colinas, algunas empinadas y rocosas, otras ondulantes y verdes. Cuando la sombra de las alas de Pícaro pasó por encima de las cimas color esmeralda, el violeta cárdeno de las montañas coronadas de nieve surgió imponente a lo lejos. Skandar se moría de ganas de reproducir la escena en su cuaderno de bocetos.

La undécima colina, la más alejada de Cuatropuntos, era la de las Flores Silvestres, tierra natal de la familia Shekoni, y hacía más que honor a su nombre. Una pradera de flores silvestres cubría el montículo con un manto de todos los colores, desde el azul eléctrico hasta el naranja oscuro, y acaparaba la vista de Skandar mientras Pícaro descendía.

—¡Flo ya ha llegado! ¡Mirad, ahí está Puñal de Plata! —señaló Bobby cuando ya desmontaban junto a una plaza cubierta de hierba.

—¡Cómo huele! —gritó Mitchell.

—¿Otro unicornio salvaje? —Skandar miró angustiado a su alrededor.

Mitchell se subió las gafas por el puente de la nariz.

—Mmm... No, me refiero a las flores... A la pradera, ¿no te parece que huele muy bien?

—Bueno, a ver, las flores podrían ser mortales... Skandar, ¿por qué no pisoteas unas cuantas? ¡Igual así salvas la Isla! —bromeó Bobby, aunque una vez más lo hizo sin sonreír—. Seguro que eso impresiona al señor Shekoni todavía más.

Skandar hizo una mueca mientras Bobby y Mitchell se dirigían hacia la casa del árbol más importante de la plaza. Un tanto avergonzado, el joven jinete se quedó atrás, viendo como el fiero unicornio plateado de Flo olisqueaba un parterre de margaritas gigantes e incineraba todas las que se mecían demasiado rápido por la brisa de septiembre. Puñal no era el único unicornio que deambulaba por la pradera de flores silvestres. Skandar vio al menos otros diez que pisoteaban las olorosas flores o perseguían a pequeñas criaturas entre

las largas hierbas. Uno tenía un ala vendada, otro no paraba de estornudar lanzando distintas ráfagas de elementos, y otro más estaba tan envuelto en una nube de humo que no paraba de chocar con los demás unicornios. Se preguntó por qué estarían todos lesionados, hasta que se acordó de que la madre de Flo era sanadora. Probablemente todos aquellos unicornios eran sus pacientes en ese momento.

Skandar le quitó la montura a Pícaro por si quería hacerles compañía. El bordado blanco, con los cinco símbolos elementales, le hizo sentirse un poco mejor después de su excursión a Cuatropuntos. Por lo menos Guarniciones Shekoni creía en él. A través del vínculo, Skandar notó las burbujeantes ganas locas de jugar de Pícaro, sobre todo en cuanto su mejor amiga, Delicia de la Noche Roja, empezó a galopar colina arriba y colina abajo, echando humo por los cascos y reduciendo las flores a cenizas. Aun así, Skandar se resistía a separarse de su unicornio negro. No era porque pensara que Pícaro pudiera correr allí algún peligro, sino más bien porque lo ponía nervioso entrar en la gran casa del árbol familiar.

Era la primera vez que lo invitaban a cenar a casa de un amigo. Bueno, en realidad a cenar o a cualquier otra cosa. En el Continente no tenía ni un solo amigo, aparte de su hermana, ¡aunque vivían en la misma habitación! ¿Y si había reglas de las que él no estaba enterado? ¿Tendría que haber llevado algo? ¿Y si cometía algún error imperdonable y la familia Shekoni no quería volver a verlo por allí?

Pícaro le lanzó una burbuja tranquilizadora a través del vínculo, y Skandar respiró hondo mientras rebuscaba en el bolsillo el paquete de muñequitos de gominola que Kenna le había enviado en su última carta. Sólo quedaba uno. Pícaro se lo arrebató con avidez de la mano y le dio un empujoncito. Al ver que su jinete no se inmutaba, el unicornio negro le pinchó con el cuerno la puntera de su desgastada bota negra.

—¡Ay! —Skandar se puso a saltar a la pata coja—. Vale, vale, ya voy. ¡Tú ganas!

Satisfecho de sí mismo, Pícaro lanzó chispas por la nariz y cruzó la pradera abrasándola, dejando tras él una estela de flores muertas.

Skandar trepó por el empinado tablón de madera que conectaba la hierba de la plaza con la entrada principal de la casa del árbol de los Shekoni. Le recordó al puente levadizo de un castillo, aunque mucho más bonito, ya que estaba adornado por enredaderas en flor que crecían en intrincadas formas para evitar las caídas accidentales por los bordes. En lo alto, Skandar deambuló entre coloridos maceteros llenos de plantas de aspecto extraño que olían un poco a magia

elemental. Desde allí, puentes colgantes hechos con cuerdas y pintados de vivos colores comunicaban la casa del árbol principal con todas las demás que flanqueaban la plazuela. Flo les había mencionado que su familia alojaba a aprendices, tanto guarnicioneros como sanadores. ¿Era posible que los Shekoni fueran los dueños de toda la plaza?

Sintiéndose todavía más intimidado, Skandar se entretuvo junto a un helecho rojo que olía a quemado. Deseó que Kenna estuviera allí. A ella se le daba mucho mejor que a él conocer a gente nueva. Su hermana sonreiría y les haría preguntas interesantes y contaría buenas historias que todos querrían escuchar. Entonces recordó que Kenna llevaba sin escribirle desde el solsticio, y la pena se mezcló con su propia culpa. Lo único que deseaba era poder verla y hablar con ella de verdad. Kenna tenía razón: una vez al año no era suficiente...

La voz de Flo llegó flotando por la puerta abierta.

—Papá, ¿vas a contárselo a Nina? —Por su tono, parecía muy preocupada.

Pero no fue su padre quien contestó a la pregunta, sino una voz joven:

—Ay, venga ya, Flo, no quiero líos. Si te soy sincero, no quiero que mis padres se enteren. Ya se preocuparon un montón cuando salió a la luz todo eso del diestro en espíritu, ¿y ahora esto también? ¡Acabarían matriculándome en una escuela para bardos en menos de lo que se canta una canción veraz!

¿Era Jamie? ¿Qué hacía allí? Skandar se acercó a la puerta pintada de flores.

—La comodoro tiene que saberlo... y también Skandar —declaró Olu Shekoni con firmeza. Luego, con voz más apenada, añadió—: Como si el pobre chaval no tuviera ya bastante con lo que tiene, con la Ejecutora enseñándole a usar el elemento espíritu.

Alguien gimoteó.

—Perdón, perdón... Esto te va a escocer. Mis hierbas elementales son un poco fuertes, están hechas para unicornios, ya sabes. —Ésa debía de ser Sara, la madre de Flo.

—¿Estás segura de que puedan usarse en humanos? ¿Le sentarán bien? ¿Es la primera vez que sanas a una persona? —La voz de Mitchell fluctuaba entre autoritaria e inquieta.

—Sí, estoy segura. Gracias, señor Henderson. Y además, las personas son mucho más francas por carecer de magia y de ansias de sangre. Aunque, si sigues interrogándome, supongo que podría desarrollar un poco de lo segundo.

Totalmente confuso, Skandar empujó la puerta para abrirla un poco más y la luz iluminó la escena. Olu Shekoni se movía de acá para

allá a lo largo de una mesa de cocina color amarillo limón. Flo, Mitchell y Bobby estaban sentados en un banco blanco, alto y de patas finas a un lado de la mesa, y Ebb y Sara Shekoni estaban inclinados sobre alguien desplomado en una silla. Si Skandar no acabara de oírlo hablar, probablemente no hubiera podido reconocer a su herrero. Tenía la cara llena de moretones y cortes rojos, y los dos ojos hinchados.

A Skandar se le escapó un grito ahogado.

—¡Jamie! ¿Qué ha pasado?

—¿Lo veis? Os dije que se asustaría... —farfulló Jamie con voz ronca y el labio partido.

Olu le contó la historia, porque Sara insistió en que el paciente no se moviera mientras ella le aplicaba aquellos ungüentos de olor extraño por todo el rostro.

Horas antes, ese mismo día, Jamie estaba a solas en su forja, probando la resiliencia de un nuevo peto para la armadura de Pícaro, mientras los demás herreros estaban fuera comiendo en la taberna de un árbol.

—Para que veáis cómo me dedico a mi trabajo en cuerpo y alma —intervino Jamie. Sara lo mandó a callar.

Un hombre y una mujer habían entrado en la forja, con la capucha bajada. El herrero había intentado defenderse con piezas de armadura, aunque eso no había servido de mucho. Había gritado para pedir ayuda, pero nadie había acudido. Los desconocidos lo habían dejado KO. Media hora más tarde, Olu había ido a preguntar por los cierres de la armadura de la montura de Pícaro... y se había encontrado a Jamie tirado en el suelo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Skandar horrorizado.

Olu y Sara se miraron, como decidiendo qué contestarle.

—Le dijeron a Jamie que, si no dejaba de fabricarle armaduras al diestro en espíritu, volverían para rematar la faena. —La voz de Sara sonó grave y asqueada.

—¿Rematar la faena? —preguntó Mitchell—. ¿Qué quiere dec...?

Jamie no lo dejó acabar:

—Básicamente, que si sigo siendo el herrero de Skandar me matarán. Es fuerte, ¿eh?

El fuego del pelo de Mitchell llameó de la impresión.

—¿Cómo puedes tomártelo con tanta calma? —le preguntó Skandar a Jamie—. ¿Qué vamos a hacer?

Olu dejó de moverse de un lado para otro y le puso la mano en el hombro a Skandar.

—Muchacho, creo que yo tenía razón... Dorian Manning y el

Círculo de Plata tienen que estar detrás de esto. En ningún momento ha ocultado que no quiere que un diestro en espíritu se entrene en el Nidal. ¿Y cuál es la forma más sencilla de impedir que te entrenes?

—¡Amenazar a mis amigos!

—No exactamente. —Olu negó con la cabeza—. Lo que quiere es que te declaren nómada. Piensa en lo que ya ha ocurrido —empezó a enumerar con los dedos—: intentaron impedir que Jamie te hiciera la armadura; intentaron impedir que recibieras una montura; Dorian Manning amenazó a los diestros en espíritu liberados para que nadie excepto la Ejecutora te enseñara, y no para de hacer declaraciones al *Heraldo del Criadero* sobre los «nuevos sospechosos» de los asesinatos de los unicornios salvajes y sobre la posibilidad de que la Tejedora cuente con un cómplice. Si a todo eso le sumas la canción veraz, es normal que la gente empiece a ponerse en tu contra...

—La Compañía de Botas Brillantes ni siquiera le abrió a Skandar esta mañana —comentó Bobby.

—¿Es que no lo veis? —La voz de Olu Shekoni sonó muy seria—. Está claro que a Manning le encantaría detenerte por los asesinatos, pero no tiene ninguna prueba. En vez de eso, está intentando desbaratar tus planes de entrenamiento para que no pases el torneo de justas de final de curso. Tus compañeros pichones ni siquiera quisieron competir contigo la semana pasada. Es la forma más sencilla de expulsarte del Nidal y de sus alas protectoras sin que la comodoro se dé cuenta de que están entrometiéndose.

Sara levantó la vista de la cara hinchada de Jamie.

—Y ésa es exactamente la razón por la que nadie cederá ante esos matones.

—No puedo permitir que os arriesguéis...

—Tú no nos estás permitiendo hacer nada. —Sara soltó la esponja —. Ahora resulta que a la gente que ostenta el poder no le gustan los diestros en espíritu. Pero ¿y si luego les da por los sanadores? ¿O por los guarnicioneros? ¿O por los jinetes con el pelo en llamas? Nada ni nadie le ha conferido al Círculo de Plata el derecho a abusar de su poder. Si cedemos ahora, ¿dónde irá a parar la Isla?

Bobby se acercó a Flo:

—Tu madre es la caña —le susurró al oído—. Podría derrocar al presidente Dóberman Macaco cuando quisiera.

Flo trató de sonreír.

El amor en los ojos de Olu al mirar a Sara era de esa clase de amor intenso e inquebrantable que Skandar jamás había visto hasta entonces. No pudo evitar preguntarse si su padre alguna vez había mirado de esa forma a Erika Everhart.

—Niños, ¿por qué no ponéis la mesa? Comeremos fuera, en la plaza.

A Skandar le entregaron una colorida pila de platos y siguió a Bobby al exterior, que llevaba las manos llenas de cubiertos. A mitad de camino hacia la plaza flanqueada por casas en los árboles, se le cayeron un puñado de tenedores y se puso a buscarlos entre la hierba. Cuando Skandar pasó por su lado, Bobby seguía agachada, y el joven jinete notó el silbido del aire al pasar por su garganta mientras ella se esforzaba por respirar. Un ataque de pánico.

Flo y Mitchell también se habían dado cuenta, igual que Ira del Halcón, que se dirigió a la plaza a toda velocidad; la unicornio estaba tan preocupada que los ojos le cambiaron del negro al rojo mientras se acercaba corriendo a su jinete. El cuarteto, que ya estaba acostumbrado a que Bobby sufriera ataques de pánico de vez en cuando, se lanzó discretamente a la acción. Mitchell le quitó de las manos los tenedores que le quedaban, Flo liberó a Skandar de la carga de los platos, y los dos se quitaron de en medio. Skandar se quedó con Bobby. Halcón permaneció junto a los dos jinetes, como protegiéndolos. Skandar se sentó con las piernas cruzadas en el suelo junto a su amiga e intentó reprimir las muecas de dolor cuando ella le apretaba la mano con fuerza; su respiración se abría paso a bocanadas irregulares, igual que la primera vez que la encontró sufriendo un ataque en el establo de Halcón, hacía ya más de un año. Ahora sabía que los ataques de pánico no los provocaba necesariamente nada que a él pudiera parecerle estresante o que generara ansiedad. No lograba entenderlos del todo, pero sabía que lo mejor era quedarse al lado de su amiga cuando se producían.

Veinte minutos más tarde, la jinete se había recuperado y era como si aquella conversación tan seria sobre el Círculo de Plata nunca hubiera tenido lugar. Todos juntos —la familia Shekoni, el cuarteto, los siete jóvenes aprendices de sanación y guarnicionería, y Jamie el herrero— se sentaron a una gran mesa redonda que tenía más de árbol que de mueble. Las patas eran raíces retorcidas, las sillas tenían ramas en vez de brazos, la superficie lucía anillos como los de un tronco, y Skandar, que ya se había olvidado por completo de los nervios, sin querer había movido con la rodilla un nido de pájaros al sentarse entre Jamie y Flo.

—Pues tienes un pelo chulísimo —le dijo Jamie a Mitchell—. Si yo fuera jinete, tengo muy claro que querría ser diestro en fuego, como tú.

—Tiene sentido —comentó Mitchell—, el fuego y los herreros están hechos el uno para el otro. —De repente, se dio cuenta de lo que

había dicho, y el rubor fue apareciendo bajo su piel morena—. A mi padre no le hace mucha gracia mi pelo, dice que es demasiado llamativo —se apresuró a añadir, casi trabándose con la lengua, algo muy poco habitual en el joven jinete—. A él sólo se le convirtió en agua un mechón de pelo, ya ves, y entiendo que diga que eso es más sofisticado... Por si fuera poco, piensa que Roja es demasiado apestosa y desaliñada. La cuestión es que quiere que yo un día llegue a comodoro. Ahora que he pasado la Prueba de los Principiantes, es lo que sueña para mí.

—Pero ¡si los comodoros tienen mutaciones de todo tipo! —exclamó Jamie—. Para mí está claro que tu pelo es el más guay que he visto nunca. Y, además, ¿tu padre no es diestro en agua? Eso explicaría por qué no lo entiende.

—¡Por qué no me entiende a mí! —La expresión de Mitchell se volvió aún más sombría.

—Pero ¿tú quieres ser comodoro? —Jamie miró fijamente a Mitchell, con sus ojos de distinto color, verde y marrón. Tenía un cierto aire amenazador, los moretones florecían por todo su pálido rostro.

—¿Y quién no?

Jamie se encogió de hombros.

—Eso es lo que me decían mis padres a mí respecto a ser bardo.

Con gesto deprimido, Mitchell se puso a juguetear con la comida del plato, y Jamie cambió de tema.

—¿Has leído ese libro nuevo sobre la evolución de la armadura?

—¡Oh, sí! ¡Totalmente fascinante! —Mitchell parecía aliviado por volver a pisar el terreno seguro de los libros.

La voz de Bobby les llegó flotando desde el otro lado de la mesa.

—Pero, a ver, ¡tienes que saber quién soy!

Amran, el aprendiz de sanador con el que Bobby estaba hablando, parecía asustado.

—Claro que lo sé. Eres Bobby Bruna. Una de las mejores amigas de Skandar Smith.

—¡No! Bueno, sí... —Bobby puso cara de querer apuñalarlo con el tenedor—, pero yo no soy famosa por eso. ¡Gané la Prueba de los Principiantes! Soy la mejor de mi año, futura comodoro...

Skandar se volvió hacia Flo, que apenas había tocado su comida.

—¿Cómo fue la reunión con el Círculo de Plata?

Flo pinchó una patata con el tenedor.

—No fue del todo horrible. El miembro del Círculo de Plata con una edad más cercana a la mía es Rex Manning; hace sólo un par de años que salió del Nidal, y me dio unos cuantos buenos consejos para

controlar a Puñal. Rex...

—¿El hijo de Dorian Manning? —farfulló Skandar.

—¡No lo digas con ese tono! —Flo se echó a reír—. En realidad, fue bastante majo. Me dijo que a veces se saltaba el entrenamiento simplemente para desconectar un rato de todo ese poder al final de sus riendas. Me tranquilizó oír a otra persona hablar así. Comprender que cabalgar sobre un plateado no siempre es algo bueno... —Se encogió de hombros—. Supongo que la reunión hizo que me sintiera un poco menos sola; ahora sé que hay personas que de verdad entienden lo que es convivir con un plateado. Y me dio la impresión de que Puñal se sentía muy a gusto en el Bastión.

Al cabo de poco, todos empezaron a debatir sobre el asesinato de los unicornios salvajes.

—Bueno, mis dos padres dicen que está claro que fue la Tejedora. Están convencidos —apuntó Caroline, una aprendiz de guarnicionera de mejillas rosadas y pelo rubio. Ebb le había contado a Skandar que todos los aprendices que vivían en la casa del árbol de los Shekoni estaban en su primer año de formación, así que no hacía mucho que habían intentado abrir la puerta del Criadero sin conseguirlo.

—Mi madre dice lo mismo —convino Amran—. Pero también dice que la Tejedora debe de estar recibiendo ayuda por parte de los diestros en espíritu liberados. —De repente, pareció sentirse culpable —. Sin ánimo de ofender, Skandar... Por supuesto. Mi madre siempre se pone un poco rara cuando se habla de diestros en espíritu.

Sara le lanzó una mirada de reproche a su aprendiz de sanador.

—Los unicornios salvajes que han muerto tenían heridas físicas. Heridas mortales. Lo que apunta a que no es la magia lo que los ha matado, y sobre todo no el elemento espíritu.

—Pero ¿cómo puede una herida matar a un unicornio salvaje? —Olu negó con la cabeza—. Es algo que no entra en la cabeza de nadie, ¿no creéis? Los inmortales llevan aquí desde siempre. Matarlos es algo...

—Malvado —soltó Skandar sin rodeos, recordando cómo los unicornios salvajes lo habían ayudado a derrotar a la Tejedora.

—Y luego está la advertencia de la canción veraz —añadió Ebb, frunciendo el ceño—. ¿Y si se trata de algún tipo de castigo por matar a los unicornios salvajes? ¿Y si ese bardo tenía razón?

Los adultos se rieron entre dientes.

—Yo no me preocuparía demasiado por eso. —Sara le sonrió a su hijo—. Tal como la comodoro Kazama no deja de repetirle a todo el mundo, la «venganza» sobre la que cantó el bardo era puramente simbólica. ¿Cómo no iba a serlo?

—Pues yo creo que las canciones veraces son una solemne tontería —se mofó Mitchell—. O por lo menos eso es lo que dice mi madre.

La madre de Mitchell, Ruth Henderson, trabajaba de bibliotecaria en la biblioteca del agua de Cuatropuntos. Los padres de Mitchell ya no vivían juntos y, según decían todos, ella era mucho más agradable que su padre, Ira Henderson. Skandar se ponía triste cada vez que se acordaba de que Mitchell había escogido la montura Taiting en vez de la Nimroe para no defraudar a Ira.

—¿Alguien está meneando la pierna debajo de la mesa? —preguntó Bobby—. Se está moviendo... mucho.

Skandar bajó la vista, pero la superficie de la mesa estaba demasiado borrosa para enfocarla. Su silla empezó a temblar, y luego todas las ramas que había encima. Las manzanas se cayeron al suelo, los pájaros salieron volando desde las copas de los árboles en medio de nubes de plumas, y Skandar sintió que el miedo de Pícaro se mezclaba con el suyo a través del vínculo.

—¡TERREMOTO! —gritaron Sara y Olu al unísono—. ¡Alejaos de los árboles!

Skandar y Flo bajaron a toda mecha por la colina repleta de flores y se dirigieron hacia los unicornios. Mitchell iba más lento, porque había ayudado al malherido Jamie a levantarse. Bobby ya estaba montada en Halcón, y tiraba de un aprendiz para que se subiera con ella.

El suelo seguía temblando cuando Skandar llegó hasta Pícaro. No había forma de calmar al unicornio, y vio que sus ojos oscilaban del rojo al negro sin parar. Tenía la cabeza vuelta hacia atrás y apuntaba con el cuerno negro hacia la casa del árbol de los Shekoni. Mitchell y Jamie llegaron hasta Roja, que estaba igual de asustada y le salía humo por el lomo. Puñal de Plata bramaba a lo lejos, y Flo trataba de calmarlo. Bobby y el aprendiz desmontaron cuando la unicornio de color gris pizarra empezó a chillar desaforada. Colina arriba, Sara intentaba desesperadamente calmar a sus pacientes unicornios.

Se oyó un tremendo estruendo. Una de las casas de los aprendices se había derrumbado de su árbol y se había estampado contra el suelo, formando una colorida pila de astillas de madera.

La tierra se apaciguó de pronto.

—¡¿Estáis todos bien?! —gritó Olu.

Sara hizo el recuento de sus aprendices de sanador, y Olu, de sus aprendices de guarnicionero. Luego todos se reunieron entre las flores silvestres aplastadas.

Sara atrajo a su hija para darle un abrazo.

—Menos mal que todos estábamos fuera...

—¿Es normal que haya terremotos aquí? —preguntó Mitchell.

Skandar sintió pavor ante la respuesta.

—Se producen de vez en cuando —contestó Olu con serenidad—. Pero nunca hemos tenido uno tan grande.

—Aquel bardo cantó algo sobre terremotos, ¿os acordáis? —comentó Bobby, dando voz justo a lo que Skandar estaba pensando.

Flo se volvió hacia sus padres.

—Vosotros no creéis que era a eso a lo que se refería la canción, ¿verdad? ¿O creéis que eso es parte de la venganza de la Isla?

—Esta mañana han encontrado a otros dos unicornios salvajes muertos... —murmuró Jamie.

—Yo creo que no es más que una casualidad —dijo Mitchell con atrevimiento.

—Pensaba que tú no creías en las casualidades —replicó Skandar.

—A ver... —Sara le dio otro achuchón a Flo, y luego les hizo un gesto para que subieran con ella por la Colina de las Flores Silvestres —. Aunque eso haya sido la venganza de la Isla por la muerte de los unicornios salvajes, francamente, tampoco ha sido para tanto. Ninguno de nosotros está herido, y podemos reconstruir sin problema esa casa del árbol. Si eso es todo lo que tiene preparado la Isla, yo creo que podemos respirar aliviados.

Pero a Skandar no le pareció que estuviera muy convencida, y no era capaz de liberarse del miedo que se le había metido en el cuerpo desde que el terremoto los había sacudido. ¿Y si la canción del bardo decía la verdad? ¿Y si la Isla tenía planeado vengarse por las muertes? ¿Y si aquello era exactamente lo que la Tejedora buscaba?

Desde que el cuarteto había regresado de la Colina de las Flores Silvestres, Skandar había estado echándole un vistazo al *Heraldo del Criadero* en busca de otras alteraciones que pudieran estar relacionadas con la canción veraz. Mitchell había tachado a Skandar de ridículo cuando le señaló la noticia de unas inundaciones provocadas por el desbordamiento de un río en la zona del agua:

—Es la zona del agua, ¡siempre se inunda!

O la de un incendio forestal descontrolado en la zona del fuego:

—¡La clave está en el nombre, Skandar! Se producen incendios sin parar.

Pero el joven jinete no podía evitar preocuparse. Si la Tejedora estaba matando a unicornios salvajes, él se sentía responsable. Al fin y al cabo, era su madre. Y necesitaba saber lo que ella planeaba.

Hasta que un día de finales de septiembre a Skandar no le hizo falta buscar nada sobre muertes de unicornios salvajes o alteraciones.

El titular del *Heraldo del Criadero* de aquella tarde rezaba así:

LOS OCHO IMPOSIBLES

EL RECUENTO DE VÍCTIMAS ENTRE LOS UNICORNIOS SALVAJES SE ACERCA YA A LAS CIFRAS DE DOS DÍGITOS.

«¿Ocho?», pensó Skandar.

El joven intentó distraerse pasando por los árboles postales de camino a los establos. Los cinco troncos —uno para los cascarones de primer curso, otro para los pichones de segundo, para los volantones de tercero, para los polluelos de cuarto y los aguiluchos de quinto— estaban salpicados de agujeros que contenían cápsulas metálicas donde se depositaban las cartas de los jinetes. Extrajo su cápsula mitad azul mitad dorada del árbol de los pichones, esperándose una nueva desilusión. Cuando desenroscó la tapa y encontró una carta dentro, el corazón de Skandar pegó un brinco. ¡Kenna le había contestado! ¡Por fin! Pero en cuanto abrió el paquete a tirones y una bolsa de muñequitos de gominola para Pícaro cayó al suelo del bosque, se dio cuenta de que la carta no era ni mucho menos de su hermana.

QUERIDO SKANDAR:

SOY PAPÁ. ESPERO QUE TÚ Y PÍCARO SIGÁIS BIEN. TODAVÍA NO ME CREO LO ESTUPENDAMENTE QUE LO HICISTE EN LA PRUEBA DE LOS PRINCIPIANTES. KENNA NO TE ESCRIBIRÁ POR UN TIEMPO, EL VIAJE A LA ISLA LA HA AFECTADO BASTANTE Y AHORA ESTÁ INTENTANDO CUIDARSE. TE ECHA MUCHO DE MENOS, PERO CREE QUE NO ESCRIBIRTE LA AYUDARÁ A OLVIDARSE DE LOS UNICORNIOS, AL MENOS POR UNA TEMPORADA. ¡ASÍ QUE TENDRÁS QUE CONFORMARTE CONMIGO! ¿CÓMO VA EL ENTRENAMIENTO? ¿QUÉ MONTURA HAS CONSEGUIDO?

ESCRIBE PRONTO.

UN BESO,
PAPÁ

Skandar tuvo la sensación de que el suelo había desaparecido bajo sus pies. Le dolía tanto el estómago que pensó que iba a vomitar. Kenna ya no iba a escribirle. Devolvió el bote a su sitio, un tanto aturdido, parpadeando para contener las lágrimas. No había sido consciente de lo mucho que deseaba oír su voz, aunque fuera a través de una carta, hasta que le habían arrebatado la posibilidad. ¿Y si Kenna nunca volvía a sentirse feliz? ¿Y si nunca más volvía a tener noticias suyas?

Volvió a releer la carta una y otra vez mientras preparaba a Pícaro para acostarse. Al unicornio negro aquello no le llamaba demasiado la atención, y no paraba de reclamar la de Skandar; llegó incluso a arrancarle el papel con los dientes. La tercera vez que el jinete se sacó la carta del bolsillo, el unicornio rugió y le lanzó una ráfaga de aire frío.

—¡Eh! Ay, lo siento. —Skandar le pasó la mano por el pelaje negro a Pícaro antes de recuperar la carta de entre la paja—. Perdóname por no hacerte caso.

El unicornio escupió por la nariz unas cuantas chispas de indignación, pero luego, clavándole sus ojos negros a Skandar, le rozó la espalda delicadamente con el ala. Pícaro lo sabía. Siempre lo sabía.

Esa noche toda la casa del árbol se fue a dormir tarde. Mitchell, Flo y Bobby habían visitado las guaridas de su elemento por primera vez, cada uno con la chaqueta de su elemento aliado, y habían regresado a casa ya de noche. Entraron sin armar mucho alboroto, obviamente, para que Skandar no se sintiera aún peor porque le habían prohibido la entrada en el Pozo. A él se le encogió el corazón de gratitud cuando, en vez de empezar a contar la emocionante noche que habían pasado, se pusieron a hablar del entrenamiento de por la mañana.

Skandar sonrió.

—¿Ninguno va a contarme lo que me he perdido?

—Pensábamos que no querrías saber nada de nuestras guaridas —respondió Flo con mucho tacto, pasando la mano por encima de una planta que había pintado en su pared de tierra.

—¿En serio? —dijo Skandar suspirando—. No me vendría mal distraerme.

Les contó a todos que Kenna no quería volver a escribirle, y Bobby trató de tranquilizarlo.

—Yo de ti no me preocuparía mucho, a mí mi hermana pequeña nunca me escribe. Está demasiado ocupada sacando las mejores notas en todas sus clases de Cría. Aunque no os lo creáis, es todavía más perfecta que yo.

—Ajá... —dijo Flo—. Bobby, nunca has mencionado que tuvieras una hermana... Pero nunca nunca.

—Nunca —confirmó Mitchell.

Bobby se encogió de hombros.

—Es la pequeña, así que era la que siempre recibía toda la atención en casa. Y mis padres piensan que es un ángel. A mí no dejaban de decirme: «Bobby, eres la mayor, deberías ser la sensata», «Bobby, esperábamos más de ti», «Bobby, ¿por qué no te comportas como tu hermana pequeña?». Me ha sentado muy bien tomarme un

respiro de todo eso, la verdad. Al menos durante un par de años. Conociéndola, cuando le toque a ella, será la primera de la fila para abrir la puerta del Criadero.

—¿Y por qué no nos has contado antes todo esto? Podíamos haberte apoyado y animado —sugirió Flo con delicadeza.

Bobby se encogió de hombros.

—Nunca me habéis preguntado.

Se produjo un silencio incómodo, y Skandar decidió cambiar de tema.

—Venga, pues entonces contádmelo todo sobre las guaridas. Quiero todos los detalles.

Ninguno pudo reprimir el entusiasmo, que les salió a raudales.

—¡En la Mina hay unas cuevas diminutas con miles de diamantes que imitan a las constelaciones! Puedes entrar en una a gatas, se está super a gusto, y ponerte a leer un libro como si estuvieras mirando el cielo nocturno —explicó Flo con un suspiro, embelesada.

—Y obviamente yo había leído acerca de las libélulas residentes de la Caldera, que vuelan en formación, pero ¡es que dibujan la forma que tú quieras, Skandar! Creo que es una de las cosas más chulas que he visto en mi vida —declaró Mitchell, recolocándose la insignia dorada de fuego en la camiseta, como si esa noche se sintiera especialmente orgulloso de su elemento.

Los ojos de Bobby burbujeaban de entusiasmo, igual que la pared amarilla de la casa del árbol que había detrás de ella.

—Pues en la Colmena había un suelo con cuadrados electrificados, ¿vale? ¡Y cuando bailábamos sobre ellos, había chispas de distintos colores que estallaban hacia arriba!

Flo puso cara de terror.

—Suena espantoso.

Bobby se encogió de hombros una vez más.

—Eso es porque eres diestra en tierra. A mí tampoco me hace mucha gracia la idea de esas libélulas. ¿Alguna vez has visto una de día? Dan un asco que te mueres.

Poco después, Mitchell y Skandar se metieron en la hamaca, pero resultó que ninguno podía conciliar el sueño: Skandar, por la carta de su padre; Mitchell, por toda la emoción de la Caldera. Así que, en vez de dormir, se pusieron a divagar sobre el modo en que la Tejedora o quien fuera podía estar matando a los unicornios salvajes.

—Si pudiéramos adivinar cómo la Tejedora está matando a los unicornios... Bueno, la Tejedora o quien sea... —Mitchell dejó la frase a medias mientras miraba a Skandar con sentimiento de culpa.

—Yo también creo que es ella —añadió Skandar con calma—. No

me importa que lo digas.

—Vale, bueno, tal vez si supiéramos cómo ocurre todo, eso ayudaría a la comodoro Kazama a atraparla. ¡Y tal vez sea algo que podríamos descubrir en las bibliotecas elementales! —Mitchell parecía entusiasmadísimo con aquella posibilidad—. Y mis dotes de investigación son extraordinarias, ya sabes.

—Con los vínculos falsos que creó el año pasado —dijo Skandar, tratando de estar a la altura del entusiasmo de su amigo—, lo que hizo fue meter en un lío a los unicornios salvajes, creando vínculos que no deberían ser suyos. ¿No será así como los está matando?

—Pero ¡si son heridas mortales! —repuso Mitchell, motivándose tanto que se levantó de su hamaca de un salto—. ¡El unicornio salvaje que encontramos estaba sangrando! No parece que eso pueda ser magia, tal como nos dijo la madre de Flo en...

¡CATAPUM!

Mitchell se había caído encima de la mochila de Skandar.

Skandar se bajó como pudo para ayudarlo, y se dio cuenta de que había dinero tirado por todo el suelo... Su dinero.

Su amigo cogió un fajo de billetes y miró a Skandar con curiosidad.

—¿Qué es todo esto?

Skandar se puso rojo como un tomate. Se lo contaba casi todo a Mitchell, pero aquello... Aquello era su secreto.

—Es parte de mi paga de jinete. Estoy ahorrando —respondió con evasivas, empezando a meter los billetes otra vez en la mochila.

—¡No me extraña que necesites botas nuevas! —exclamó Mitchell —. ¿Te has comprado algo desde que llegaste a la Isla?

—Ya te lo he dicho... Estoy ahorrando.

—¿Para qué? ¿Para una montura de oro?

Skandar se mordió el labio y decidió contarle la verdad.

—Tengo la idea, el sueño, supongo, de que si un día consigo acabar la formación en el Nidal y llego a ser jinete del Caos, mi padre y Kenna tal vez puedan mudarse aquí. ¡Mi hermana se siente tan desdichada en el Continente que ha dejado de escribirme! Pensé que tal vez pudieran mudarse a la Isla. Conmigo. Un día... No sé si está permitido, pero técnicamente Kenna es medio isleña y... —Se quedó callado, la cara le ardía.

—¿Estás ahorrando para una casa del árbol?

Skandar asintió.

Mitchell pestañeó, anonadado.

—¿Sabes? No puedo creerme que pensara que eras mala persona cuando te conocí.

Skandar sonrió tímidamente.

—Sé que es un sueño estúpido, pero es que los echo de menos. —Pensó en la carta de su padre y el suelo pareció temblar de nuevo. Nada iba bien si su hermana no estaba con él, aunque fuera a través de las cartas.

Mitchell se agachó para ayudarlo a recoger el dinero.

—No es estúpido, Skandar. Es tu familia.

Esa noche, Skandar dio tumbos y vueltas en su hamaca, incapaz de dormir, repasando los acontecimientos de las últimas semanas. «Familia», había dicho Mitchell. Ahora mismo su familia estaba en el Continente, y Kenna se negaba a escribirle. Agatha era su familia en la Isla, pero no era lo mismo. Como Olu había dicho, la persona que iba a enseñarle a usar el elemento espíritu era la Ejecutora, la jinete que había empleado su elemento para matar a todos los demás unicornios de espíritu. No se fiaba de ella, ni siquiera estaba seguro de que el año anterior lo hubiera llevado a la Isla para detener a la Tejedora o para ayudarla.

¿Y cómo diantres iba a ser su primera sesión de entrenamiento?

Atraer a un unicornio salvaje hasta el campo de entrenamiento no había contribuido precisamente a acallar las habladurías sobre él. Desde entonces, circulaba el rumor de que la supuesta habilidad de Skandar para atraer a unicornios salvajes era el modo en que estaba ayudando a la Tejedora a matarlos. Y aunque Jamie se había recuperado ya de sus heridas, Skandar todavía se sentía muy culpable. Y encima los diestros en agua habían votado en contra de permitirle la entrada al Pozo. Se sentía más marginado que nunca.

Skandar estaba ahuecando la almohada por enésima vez cuando...

—¡AY!

—¿Qué pasa? —Mitchell saltó de su hamaca como un resorte para encender el farol.

—¡Algo me ha pinchado! —gritó Skandar, buscando a tientas el objeto agresor, que cayó al suelo repiqueteando.

Se abalanzó para atraparlo, pestañeando ante el repentino fogonazo de luz. Era una pluma metálica. El trozo largo y delgado de metal gris acababa en una punta afilada, la punta que había pinchado a Skandar. A cada lado tenía unos pedacitos diminutos en tonos más claros y más oscuros, intrincadamente entrelazados para que parecieran rayas. Era uno de los objetos más bonitos que Skandar había visto jamás.

—¡Fuego infernal! —gritó Mitchell, acercándose a toda prisa y señalando entusiasmado el objeto que Skandar tenía entre los dedos—. ¡Es una pluma de halcón peregrino, Skandar! —Su amigo sonreía de oreja a oreja, no cabía en sí de la emoción, como si esperara que su

amigo entendiera por qué aquello era algo importantísimo—. ¡Ah, vale! —Mitchell negó de repente con la cabeza, con su pelo resplandeciendo bajo la luz tenue—. Claro... continental. A veces me olvido. ¿Traía una nota?

Skandar volvió a su hamaca y rebuscó. Al final decidió sacudir su manta, y una notita cayó al suelo:

SKANDAR SMITH & SUERTE DEL PÍCARO
9 de octubre, 18:00 h
Plataforma del Crepúsculo

—¿De qué va todo esto? —preguntó Skandar mientras leía la nota.

Mitchell no paraba de dar saltos.

—¡Skandar! ¡Es una invitación! ¡Has entrado!

—¿Una invitación a qué? ¡Si no sé ni lo que es la Plataforma del Crepúsculo! —protestó Skandar, sintiéndose más continental que nunca.

Mitchell le explicó que la Plataforma del Crepúsculo era el punto más alto de todo el Nidal, y cuando empezó a explicarle emocionado cómo llegar, Bobby apareció ante ellos en pijama y entró hecha una furia en el dormitorio, lanzándoles una mirada asesina.

—¿No podéis hablar más alto? ¡Algunos queremos entrenarnos mañana, ¿sabéis?! ¿De qué diantres estáis...?

—¡A Skandar lo han invitado a entrar en la Sociedad Peregrina! —La cara de Mitchell refulgía de orgullo.

—¿La qué? —saltó Bobby.

Mitchell respiró hondo.

—¡La Sociedad Peregrina, llamada así en honor al halcón peregrino, el ave más rápida del mundo! Lo único que les importa es lo rápido que vueles. Ni siquiera te permiten entrar con la chaqueta elemental puesta. Son claramente el grupo más molón de todo el Nidal. Supersecreto, sólo mediante invitación, y algunos de los mejores jinetes de la HISTORIA han sido miembros. Mi padre lo era... —Mitchell puso cara larga, pero prosiguió—: Seguro que te han estado observando y se han fijado en lo rápido que voláis tú y Pícaro. Sois superrápidos —añadió, entregándole a Skandar la pluma metálica.

—Pero si ni siquiera he hecho ninguna prueba —farfulló Skandar

—. ¿Cómo puedo haber entrado?

—Amigo mío, no hay pruebas para los grinos... —empezó a decir Mitchell, pero Bobby habló por encima de él a voces:

—¡Pues porque eres Skandar Smith! —Luego dio media vuelta y pegó un portazo al salir.

6

La Sociedad Peregrina

Bobby se pasó prácticamente las dos semanas siguientes evitando a Skandar. El día de la reunión de la Sociedad Peregrina, los pichones se enfrentaban entre ellos en sus primeras justas de verdad. Skandar esperaba que el entusiasmo de Bobby por tirar a otros jinetes de su unicornio haría que se olvidara de su enfado, pero su amiga se alejó adrede de la fila que formaban Puñal, Pícaro y Roja en el campo de entrenamiento, y fue a situarse junto a Mariam y Antigua Luz Estelar.

A partir de ese momento, la sesión de entrenamiento de aire no fue precisamente a mejor. La única forma de describirla es como un desastre total y absoluto. Dividieron a los jinetes con sus armaduras entre cuatro largas pistas de entrenamiento delimitadas por estacas de madera. Los unicornios emparejados galopaban el uno hacia el otro a la máxima velocidad, mientras sus jinetes trataban de conjurar armas elementales y conseguir puntos. Por pura casualidad, Skandar y Mitchell fueron los primeros jinetes en enfrentarse. Pícaro parecía tener muchas ganas de echar a galopar hacia su fogoso mejor amigo al otro lado de la pista, y a Skandar le estaba costando mucho retenerlo.

Primer silbato. El unicornio negro se abalanzó hacia delante, con toda la crin chisporroteando de electricidad. Skandar conjuró el elemento aire en el vínculo, con la palma brillándole de amarillo; Mitchell hizo lo mismo en el otro extremo, con los cascos de Roja achicharrando el suelo mientras avanzaba con gran estruendo hacia Pícaro.

Segundo silbato. Skandar intentaba resistir sobre la montura, agarrarse a las riendas con la mano izquierda y recordar cómo dar forma a una pequeña espada de rayos con la derecha. Una espada que, bueno, al final acabó pareciéndose más bien a una daga grande, pero ¡lo había conseguido! Roja estaba ya a unos pocos metros de distancia, con las crines ardiendo, y Mitchell empuñaba una impresionante lanza

puntiaguda y resplandeciente. Los dos chicos se prepararon para atacar y...

De pronto, sus unicornios empezaron a aminorar el paso hasta detenerse por completo.

Pícaro y Roja se pararon a ambos lados de las estacas de madera, lanzando pequeños grititos y chillidos, como si estuvieran manteniendo una agradable y placentera conversación. Las armas de los chicos se esfumaron penosamente.

—¡Rojaaaaa! —gruñó Mitchell—. ¡Íbamos a ganar! ¡Sólo porque Pícaro sea tu amigo no significa que no puedas luchar contra él! Skandar y yo somos coleguitas, pero es totalmente lógico que intente desmontarlo con un arma, porque en eso consiste básicamente todo esto, ¿sabes?

Skandar se echó a reír.

—¿Coleguitas? —farfulló.

—No tiene gracia —repuso Mitchell—. ¡Tenemos que practicar!

—Pues sí que tiene un poco de gracia.

A Skandar se le saltaron las lágrimas de tanto reír, y Pícaro empezó a silbar entre dientes siguiendo el compás. El joven jinete se preguntó si sería por un efecto reflejo. El vínculo estaba lleno de alegría, y a Pícaro le encantaba que su jinete riera.

—¡Cambio de parejas! —entonó alegremente la monitora Saylor.

—¡Fuego infernal! —maldijo Mitchell—. ¡Ahora tendremos que esperar una eternidad a que nos toque otra vez!

Despejaron la pista para hacerles sitio a Anoushka y a Pirata del Firmamento, que debían justar contra Mateo y Diamante del Infierno. Skandar le echó un vistazo a Roja.

—Hmm... ¿Mitchell? ¿Cómo es que Roja va tan arreglada y acicalada? —Skandar no podía creer que no se hubiera dado cuenta hasta ahora. Probablemente fuera la primera vez que la unicornio llevaba las crines rojas sin enredos, y su pelaje rojo sangre relucía bajo el sol. Roja solía quemarle a Mitchell los cepillos cuando intentaba peinarla, por lo que hacía ya meses que habían llegado al acuerdo de que el jinete ni siquiera lo intentaría.

De repente, Mitchell pareció más contento.

—¡Ya ves! No sé muy bien qué mosca le ha picado. Esta mañana no entendía por qué no quería salir del establo, y entonces empezó a chillar justo en el momento en que alguien pasó por delante con un peine en la mano. No se quedó contenta hasta que estuvo totalmente limpia. Voy a tener que empezar a pedirle a Bobby consejos de belleza... —Mitchell le dio unas palmaditas en el cuello a su unicornio hembra—. En realidad, estoy muy contento. En la Prueba de los

Principiantes del año pasado, mi padre comentó lo desaliñada que iba Roja, y dice que, si algún día quiero convertirme en comodoro, deberemos dar buen ejemplo.

—Ya —dijo Skandar. No era precisamente un gran fan de Ira Henderson, cuya principal misión un año antes había sido mantener encerrados a los diestros en espíritu.

—Anda, mira —dijo Mitchell, señalando con el dedo a otra pista—. Flo está justando.

Para ser más exactos, Flo estaba intentando justar. Lo que en realidad estaba ocurriendo era que Puñal de Plata se encabritaba imperiosamente en uno de los extremos de las filas de estacas, partía al galope, su unicornio rival echaba un vistazo al potente plateado y... viraba bruscamente para abandonar la pista. Gabriel y Valor de la Reina se negaron incluso a iniciar la justa contra Flo y Puñal. Y las cosas no eran menos espantosas para los jinetes que lograban que sus unicornios avanzaran en línea recta. Cuando Flo modelaba un arma, su magia era tan fuerte que parecía no tener ningún control sobre la alianza elemental con el arma, y menos todavía sobre su tamaño —lo que aún era más inquietante—. Skandar la vio modelar una lanza en llamas tan larga que iba rozando el suelo, un dardo con un imán tan potente en la punta que los cascos de los jinetes salían volando hacia él, y una gigantesca maza de hielo tan pesada que la acabó separando de cuajo de la montura.

—Supongo que por eso tiene que ir a las reuniones del Círculo de Plata —le murmuró Skandar a Mitchell mientras ambos miraban horrorizados.

—Ojo, que Pícaro lo está haciendo de nuevo —le advirtió Mitchell de repente.

Las alas de Pícaro resplandecían de blanco, el blanco del elemento espíritu. Un isleño llamado Ajay lanzó un grito desde su unicornio, Amenaza Ardiente, y empezó a murmurar algo al oído de Charlie, su amigo diestro en tierra, que iba a lomos de Magma Remoto y que a su vez se volvió hacia Lamento Marítimo y Mabel, que señaló las resplandecientes alas fantasmales de Pícaro, cuyos huesos y tendones se transparentaban entre sus plumas negras.

Skandar suspiró. Últimamente le había pasado muchas veces. Pícaro parecía tan feliz de poder usar su propio elemento cuando quisiera que no le importaba un comino que aquello le diera problemas a su jinete...

Y que le recordara a todo el mundo que estaba aliado con el mismo elemento que la Tejedora.

Para rematar la pésima sesión de entrenamiento, la justa entre

Bobby y Amber se había convertido más bien en una refriega. También ellas habían acabado en un punto muerto, pero, a diferencia de Mitchell y Skandar, que sólo habían conseguido que sus armas se desvanecieran, ellas estaban modelando todas y cada una de las armas que habían aprendido durante el entrenamiento, desde sables en llamas hasta hachas de granito.

A la monitora Saylor le chisporroteaba todo el cuello de electricidad cuando por fin logró interponerse entre ellas.

—Elegid un elemento. Elegid un arma. Ése es el protocolo de las justas. Esperaba algo mejor de mis diestras en aire.

Ira del Halcón no le prestaba atención, y aprovechó la oportunidad para arrancarle de un mordisco un trozo de carne de los cuartos traseros a Ladrona Torbellino.

Ni Bobby ni Amber parecían tampoco muy arrepentidas por haber roto las reglas.

Esa misma tarde, a Bobby no se la veía por ninguna parte cuando Flo y Mitchell despidieron a Skandar, que se marchaba a su primer encuentro con la Sociedad Peregrina.

—Ten cuidado —lo advirtió Flo en la puerta de la casa del árbol—. Dice mi madre que la Sociedad Peregrina es peligrosísima. ¡Vuelan tan rápido que acaban teniendo un montón de accidentes!

—Tienes que contármelo todo cuando vuelvas —lo instó Mitchell con entusiasmo—. ¡Te esperaré despierto!

—Vale, tendré cuidado. —Skandar les sonrió, pero no pasó por alto la expresión de fatalidad en el rostro de Flo mientras le decía adiós con la mano.

De camino al muro, al cruzar un puente colgante a lomos de Pícaro, un grupo de cascarones se dispersó ante él, graznando como pájaros sobresaltados. Y cuando se acercó a un par de volantones de tercer año, los dos interrumpieron su conversación bruscamente: las palabras «diestro en espíritu» susurradas se quedaron suspendidas en el aire cuando saltó al suelo para cruzar la puerta oriental del muro. Skandar rechinó los dientes. Tenía que demostrar cuanto antes que era la Tejedora quien mataba a los unicornios salvajes, así al menos dejarían de sospechar de él.

Pero no estaba dispuesto a permitir que los rumores y cuchicheos afectaran a su buen humor. Lo habían invitado a asistir a una reunión de la Sociedad Peregrina... ¡y cuando vivía en el Continente nunca lo habían invitado a unirse a nada! Antes de que dieran las seis, hizo tiempo con Pícaro en el establo: cepillando su pelaje de ébano para que reluciera, abrillantando sus cascos con aceite, peinando sus crines

enredadas y alisándole las plumas chispeantes... Cuando abrió el paquete de muñequitos de gominola que su padre le había enviado en su última carta, el unicornio prácticamente le arrancó la mano de un bocado para pescar sus favoritos, los rojos.

Mientras lo observaba masticar, Skandar sintió el burbujeo de la alegría de Pícaro, seguido por el jarro de agua fría de su propia tristeza. Aunque para el unicornio los muñequitos de gominola tuvieran el mismo sabor vinieran de quien vinieran, a él le dolía que fuera su padre quien los enviara en lugar de Kenna. Se moría de ganas de escribirle a su hermana, de intentar ayudarla de algún modo, pero ¿qué podía decirle? No podía dejar de ser jinete. No podía cambiar el suspenso de Kenna en el examen de Cría... Y después de lo que su padre le había contado en la carta, le preocupaba que recibir noticias de él la disgustara todavía más.

En el reloj del muro situado frente al grupo de establos de Pícaro, dieron las seis. Nerviosísimo, Skandar se quitó rápidamente la chaqueta verde, se prendió la pluma metálica de peregrino a la camiseta negra y ensilló a Pícaro. El unicornio propinó varias coces de indignación cuando su jinete tiró de él para cruzar el claro. De un salto, Pícaro despegó por encima de las cuatro líneas de falla que atravesaban la Gran Brecha y alzó el vuelo hacia cielo abierto. Sobrevolaron en círculo la gran bóveda verde, y Skandar no tardó en avistar la Plataforma del Crepúsculo. Un grupito de unicornios estaba reunido en un gran círculo metálico apoyado en unas patas entrecruzadas que lo sujetaban a las ramas de los árboles que había debajo. Era altísima.

—Vamos, chico —Skandar dirigió a Pícaro hacia la plataforma—. Hagamos un aterrizaje limpio, ¿vale?

No fue limpio, los aterrizajes de Pícaro rara vez lo eran, pero por lo menos no se pasaron de frenada ni fueron a parar más allá de la plataforma. Al desmontar, Skandar se fijó en que, en el centro de la atalaya, había grabado un gran sol dorado. Por todo el borde había unas aves talladas con forma más o menos de M y distintas iniciales bajo las alas.

—Y ya somos ocho.

La voz pertenecía a un chico que aparentaba la edad de un polluelo de cuarto año. Tenía la piel de un moreno tostado, y su pelo de color negro formaba un arco sobre su cabeza que parecía la cresta de una ola, con espumosas puntas blancas. La unicornio del diestro en agua gruñó a Pícaro, que lanzó un silbido feroz como respuesta. Skandar notaba en el vínculo la angustia de su unicornio: «Si peleáramos, está claro que me daría una paliza.»

—Bienvenidos a la Sociedad Peregrina, Skandar Smith y Amber Fairfax.

Skandar dio un respingo al oír el nombre de Amber, y, en efecto, al volverse vio que la orgullosa diestra en aire estaba plantada allí, junto a Ladrona Torbellino. Se negó a mirar hacia Skandar, con su nariz respingona más prominente que nunca. Bobby se disgustaría todavía más cuando se enterase de que a Amber también la habían invitado a la sociedad.

—Soy el comandante Rickesh, y ésta es Guerrera de las Mareas. —Rickesh señaló con un gesto a la enorme unicornio que había a su lado. Era de un color que Skandar creía que se llamaba zaino: un pelaje marrón oscuro con las crines y la cola negras—. Todos vosotros habéis demostrado una extraordinaria habilidad para volar, y en eso consiste precisamente la Sociedad Peregrina. Una vez que entráis a formar parte de ella, seguís siendo grinos todo el tiempo que permanezcáis en el Nidal. Os habréis fijado en que este año no hay ningún agui por aquí. No hay nadie de ese año lo bastante rápido como para que lo invitemos. Así son las cosas. Somos la brigada voladora de élite del Nidal, nos da igual cuántos años tengáis o con qué elemento estéis aliados. Ni siquiera nos importa que seáis diestros en espíritu... —Rickesh le guiñó un ojo a Skandar—. Lo único que nos importa es lo rápido que voláis.

Aunque Amber estuviera también allí, Skandar notó que el pecho se le henchía de felicidad. Aquél era el primer sitio de todo el Nidal, aparte de su casa del árbol, en el que no había oído murmullos sobre el hecho de que fuera diestro en espíritu. Aunque no llevara la chaqueta puesta, nadie le había echado ni siquiera un vistazo a la mutación esquelética de espíritu de su brazo desnudo. ¿Qué más le daba que no lo dejaran entrar en la guarida del agua? Los demás grinos lo miraban y asentían, algunos incluso le sonreían como para animarlo. Allí, él y su unicornio podían ser simplemente Skandar y Pícaro, sin que lo miraran mal ni lo acusaran de ser el sucesor de la Tejedora ni de matar a bestias inmortales.

—El halcón peregrino es el ave más rápida del mundo... —prosiguió Rickesh casi en un susurro.

—Ya está otra vez... —Una polluelo pelirroja puso los ojos en blanco.

Rickesh hizo un gesto amplio y dramático con la mano.

—Cuando un halcón peregrino se lanza en picado, puede alcanzar una velocidad de más de trescientos kilómetros por hora, lo que lo convierte en el animal más rápido del planeta. Es a eso a lo que aspiramos.

Skandar recordó el descenso en picado que Pícaro y él habían hecho antes de la primera sesión de entrenamiento del año, cuando iban compitiendo con Bobby y Halcón. ¿Podía ser que el comandante Rickesh, o alguno de los demás miembros de la sociedad, los hubieran visto? ¿Podía ser que por eso estuvieran hoy allí?

—Como comandante, planifico nuestro entrenamiento a lo largo del año. Si tenéis algún problema, acudid a mí. El año pasado nuestra comandante era Nina Kazama, imagino que el nombre os suena. —Se oyeron unas cuantas risitas—. Un sinfín de comodoros han sido grinos. Siendo los más rápidos se ganan las copas del Caos...

La chica pelirroja carraspeó. Rickesh se volvió hacia ella y apoyó la mano sobre su hombro blanco desnudo.

—Os presento a la capitana Prímula, mi segunda de a bordo. —Skandar se fijó en que sus cejas estaban hechas de diminutas llamas entretejidas—. Puede que Prímula tenga nombre de flor, pero, os lo advierto, es capaz de aniquilaros a todos en el cielo. Junto con Pólvora Invernal, ostenta el récord de velocidad en cien metros lisos de toda la historia del Nidal. ¿Qué os parece si hacemos una breve demostración de todo esto? —Rickesh sonrió a la capitana—. ¿Vamos a por el doble?

Prímula arqueó una ceja en llamas.

—Triple.

Rickesh se echó a reír, sacudiendo su melena coronada por una ola.

—Ni en tus sueños.

—En los tuyos. —Prímula le guiñó un ojo y se montó de un salto en Pólvora Invernal.

En cuanto estuvieron en el aire, fue fácil comprender por qué Flo había dicho que la Sociedad Peregrina era peligrosa. Pólvora echó a volar tan alto y tan rápido que Skandar casi perdió de vista a la unicornio de color gris ceniza. Por un instante, se quedó suspendida encima del Nidal, con las alas detenidas a los lados. Luego aletearon de nuevo y Prímula y Pólvora cayeron en picado a tanta velocidad hacia el muro del Nidal que parecía imposible que no fueran a chocar contra él. Iban a estrellarse. Iban a... No. La unicornio gris daba vueltas y vueltas de lado girando en el aire, con Prímula pegada al lomo y aferrándose al cuello. Al cabo de un instante, regresaban a toda velocidad a la plataforma, como si aquellas acrobacias fueran lo más normal del mundo.

—¡Guau! —Los demás grinos estaban sobrecogidos—. ¡Triple voltereta lateral! ¡Qué pasada, Prim!

—Vaya, vaya, maldita sea... —Rickesh negaba con la cabeza,

claramente impresionado—. Sí que vamos a tener un buen año.

—Esto... ¿vamos a aprender a hacer eso... pronto? —le preguntó Skandar, nervioso, al jinete que había a su lado, que acababa de sacarse los dedos de la boca después de silbar como muestra de aprobación.

—¡Éste tiene prisa por empezar con las cosas peligrosas, Ricki! —soltó el jinete.

Skandar tragó saliva. No podía dejar de pensar en lo que habría ocurrido si Prímula se hubiera liado con las volteretas. O si se hubiera caído de su montura. Imaginaba que ser un peregrino significaba intentar dejar todas esas preocupaciones en el cielo.

Tras una señal tácita, los peregrinos empezaron a montar en sus unicornios.

—¡El último en llegar al confín de la Tierra Salvaje se queda sin nubes de azúcar! —gritó Prim.

A todos se les escapó un grito ahogado de terror, salvo a Amber y a Skandar, que no tenían ni idea de por qué aquello era tan importante. Cuando los demás unicornios despegaron de la Plataforma del Crepúsculo, Pícaro envió una descarga eléctrica a las manos de Skandar a través de las riendas para que se diera prisa.

Pícaro salió en estampida tras ellos, con sus alas sacudiendo las rodillas de Skandar al abrirse hacia fuera. El unicornio negro salió de la plataforma a toda velocidad y, por un instante, sus cascos delanteros se precipitaron hacia los árboles del Nidal. A Skandar el estómago le dio una vuelta de campana mientras se agarraba a la parte delantera de su nueva montura para mantener el equilibrio, pero entonces Pícaro empezó a agitar cada vez más rápido sus grandes alas, que lo propulsaron hacia la fila de unicornios, cuyas siluetas se recortaban sobre la puesta de sol mientras corrían disparados hacia las zonas.

Skandar sentía a través del vínculo la espiral de desesperación de Pícaro por alcanzarlos, y se agachó aún más sobre el lomo del unicornio para ganar aerodinámica frente al viento, que le azotaba las orejas con un silbido. La velocidad lo hacía llorar.

Llegaron a la altura de los volantones que iban a la zaga del grupo.

—Me llamo Patrick, aunque la gente me llama «Rayo», ya sabes, por lo rápido que soy —gritó el jinete a su derecha. Su pelo castaño apagado parecía como electrocutado, y las puntas tiesas chisporroteaban. Era una mutación de diestro en aire—. Y éste es Engaño del Huracán. —Señaló al unicornio negro—. Ésos son Marcus y Órbita de la Tormenta de Arena... —El joven señaló al chico diestro en tierra con el pelo perfectamente rapado, cuyo unicornio hembra se

abría paso por delante de ellos—. Está intentando ganarme, pero no tiene ninguna posibilidad frente a los aleteos por minuto de Engaño.

El corazón de Skandar dio un brinco. Siempre le habían encantado las estadísticas de velocidad de los unicornios, y ahora era miembro de un grupo en el que todos estaban obsesionados con lo rápido que eran capaces de volar.

—¡Patrick! ¡A ti nadie te llama Rayo! —gritó Marcus—. ¡Y somos más rápidos que vosotros y lo sabes!

Engaño y Órbita metieron un increíble acelerón, y Pícaro se quedó atrás esforzándose por alcanzarlos de nuevo. Tendría que pasar bastante tiempo antes de que pudiera ganarles una carrera a aquellos jinetes.

Ahora que ya se acercaban a las zonas, Skandar atisbó a Rickesh y a Prim, que iban en cabeza, con la zona del aire a un lado y la del fuego al otro. De alguna forma, Guerrera de las Mareas y Pólvora Invernal eran capaces de mantener la velocidad mientras llevaban a cabo complicadísimas acrobacias en el aire, pero justo cuando Rickesh salía de un descenso en picado...

¡FLASH! ¡BUM!

Una descarga eléctrica casi hace blanco en el ala izquierda de Guerrera. Rickesh viró bruscamente, pero entonces un tornado fue en busca de Prímula, y los dos unicornios cayeron en picado, chillando de miedo.

¡FLASH! ¡BUM!

—¡Skandar! ¡Vuela hasta la zona del fuego! —chilló Patrick, y el pánico se reflejó en su cara blanca y pecosa. Los demás grinos ya habían dado media vuelta con sus unicornios y se dirigían a toda velocidad hacia Pícaro.

¡FLASH! ¡BUM!

De pronto, se vieron envueltos en medio de la mayor tormenta eléctrica que Skandar había visto en su vida. Unos relámpagos en zigzag iluminaron el cielo, luego hicieron estallar tres molinos de viento que había en la zona del aire debajo de ellos. Unos vientos increíblemente fuertes empezaron a zarandear a Pícaro de acá para allá, y Skandar estuvo a punto de caer de su montura.

No era una tormenta cualquiera.

Los grinos descendieron en picado e hicieron virar a sus unicornios como acróbatas alados, tratando de superar la tormenta, pero en cuanto alcanzaron la zona del fuego Skandar se dio cuenta de que aquello no mejoraba las cosas. Desde los árboles que ardían en el confín de la zona, se alzaban unas nubes de humo tan denso que casi no podían ver nada. Pensó en el terremoto de la Colina de las Flores

Silvestres, en las noticias sobre incendios e inundaciones que había leído en el *Heraldo del Criadero*, y se dio cuenta de lo que estaba presenciando.

La venganza de la Isla... Estaba ocurriendo de verdad.

De repente, Skandar se sintió furioso. Furioso con su madre. La canción veraz tenía razón: matar a los unicornios salvajes tenía un precio. Había personas que sufrirían las consecuencias, y todo era culpa de ella. Y estaba seguro de que a Erika ni siquiera le importaba. Ella no amaba la Isla como él: lo único que ella siempre había hecho era intentar destruirla. La rabia se adueñó de su corazón, y Pícaro bramó con él. Iba a volar hasta la Tierra Salvaje. Iba a encontrar a la Tejedora. Iba a demostrarle a todo el mundo que aquello era culpa de ella, no de él.

—¡Skandar! ¿Adónde vas? —La pregunta acabó con una tos ahogada. Era Rickesh, el contorno de la ola de su melena apenas se distinguía entre las bocanadas de humo.

Skandar siguió dirigiendo a Pícaro a través de la zona del fuego.

—¡SKANDAR! Es demasiado peligroso. ¿Qué estás haciendo...? —Guerrera volaba ahora en paralelo a Pícaro, y se hizo eco de la advertencia de su jinete con un gruñido.

El joven jinete no les hizo caso, concentrado en llegar a la Tierra Salvaje.

Con un acelerón, Guerrera adelantó a Pícaro y le cortó el paso.

Pícaro se encabritó a modo de protesta, chillando a grito pelado.

La voz de Rickesh era firme.

—Soy tu comandante y esto es una orden, Skandar. ¡DA LA VUELTA AHORA MISMO!

La rabia de Skandar se esfumó de repente, y empezó a toser ceniza.

—Lo siento —logró articular—. No sé qué...

A Rickesh le salía espuma por el pelo, su tono era severo.

—¿Puede saberse qué intentabas demostrar, Skandar? Podrías haberte matado, y otro grino podría haberse matado intentando salvar... —Dejó la frase a medias al ver el gesto de congoja en el rostro de Skandar—. Venga —añadió; el humo seguía arremolinándose alrededor de las alas palpitantes de sus unicornios—, volvamos a la Plataforma.

Mientras Pícaro seguía a Guerrera para regresar al Nidal, Skandar se sintió exhausto. Su rabia lo había devorado por completo. ¿Y qué se creía que iba a hacer una vez encontrara a la Tejedora? ¿Luchar contra ella él solo?

Ya de vuelta en la Plataforma del Crepúsculo, Skandar oyó a Prim hablando con sus compañeros:

—Bueno, bueno, qué pasada.

Rickesh suspiró.

—No es exactamente lo que tenía pensado para mi primer vuelo en grupo como comandante. La destrucción elemental, Prim. Está empeorando.

Skandar se los quedó mirando, sorprendido:

—¿Alguna vez habíais visto algo así? —preguntó.

Rickesh suspiró de nuevo.

—Yo no, pero Fen —señaló a una jinete de pelo negro corto y piel morena clara—, una de las volantonas, sí. Hace un par de días iba volando con Escarcha Eterna en un ejercicio de resistencia y vio unos desprendimientos de terreno que desgarraban la zona de la tierra. —De repente, Rickesh pareció recordar la negativa de Skandar a salir de la zona—. ¿Te sientes ya bien? En el cielo parecías... confundido.

—Pues... —Skandar no sabía qué decir—. Lo siento. Sí, estoy bien.

—Me alegro. —Rickesh asintió. Y Skandar sintió alivio al ver que no le hacía más preguntas.

—Por favor, ¿podemos comer ya? —preguntó Fen, la volantona que había visto los desprendimientos de tierra. Su mutación dejaba claro que era una diestra en agua: sus manos estaban totalmente congeladas por encima, transparentes y cristalinas como una escultura de hielo, con copos de nieve en vez de nudillos.

—¿Qué os parece si comemos...? —Rickesh sacó una bolsa de papel de la alforja de su unicornio y la sostuvo con aire triunfal en el aire—. ¿Unas nubes de azúcar? ¡Recién llegadas del Continente!

Todos lo aclamaron haciendo mucho jaleo, la destrucción elemental había quedado aparentemente olvidada. Prim empezó a preparar el terreno para encender una fogata, y junto con los demás grinos comenzó a recoger hojas y ramitas crujientes que habían caído sobre la plataforma. Las fueron dejando en el recipiente metálico donde harían la fogata, y cuando todo estuvo preparado la capitana apoyó la mano en su unicornio hembra y conjuró unas llamas para prenderle fuego.

Cuando la leña empezó a arder, todos se apiñaron con las piernas cruzadas para protegerse del frío otoñal.

—¿Por qué nubes de azúcar?

Skandar ya no podía más, y finalmente había conseguido reunir el valor suficiente para plantearle la pregunta a la jinete que estaba sentada a su lado. Tenía la piel cetrina y una enorme melena oscura rizada que, vista de cerca, no era de pelo, sino de unos tirabuzones negros de humo que se ensortijaban y chisporroteaban como un fuego de leña cuando ella se movía.

La diestra en fuego parecía un par de años mayor que él, y al volverse hacia Skandar sonrió.

—Hace unos cien años retaron a la miembro más reciente de la Sociedad Peregrina a volar hasta el Continente.

—¿Retaron?

La jinete se echó a reír ante la sorpresa de Skandar.

—A los peregrinos les gustan los retos, ¿sabes? Ya lo verás. No te preocupes, ya no nos retamos a volar así de lejos, los centinelas nos pillarían. Pero hace un siglo aquella nueva miembro trajo consigo nubes de azúcar para demostrar que de verdad había llegado al Continente. Y desde entonces, como fue un vuelo tan audaz, los peregrinos tostamos nubes de azúcar en la Plataforma del Crepúsculo para dar la bienvenida a los nuevos fichajes. —Le entregó a su nuevo compañero una nube rosa de azúcar—. Así que bienvenido, Skandar. Me llamo Adela, y esa de ahí es Salvadora Ojos Ahumados.

La jinete señaló a una unicornio negra de pie junto al resto, que mordisqueaba tiras de carne en vez de golosinas. Skandar se fijó en que Suerte del Pícaro y Ladrona Torbellino estaban comiendo uno al lado de la otra. De vez en cuando, Pícaro lanzaba al aire algún trozo de carne sanguinolenta, y Ladrona lo atrapaba con mordiscos exageradamente grandes, como si estuviera haciendo el tonto. Skandar sabía que los unicornios entablaban sus propias amistades, pero no tenía ni idea de que aquellos dos se hubieran hecho amigos durante las vacaciones de verano. Y tampoco se había dado cuenta de que Ladrona fuera tan... payasa. No se parecía en nada a Amber, a quien rara vez había visto siquiera sonreír.

Apartó la mirada de los unicornios cuando Patrick se acercó a él con sigilo y le puso un puño delante de la boca, como si estuviera sujetando un micrófono.

—Y ahora hablamos con nuestro héroe del momento, ¿o debería decir villano, después de lo que acabamos de ver en las zonas?

—Perdona —intervino Marcus, con una mueca congelada en su oscuro rostro moreno, avergonzado por su amigo volantón—, el tercer año en el Nidal es bastante duro; tendrás que disculparlo.

Patrick insistía:

—¿Estás ayudando a la Tejedora a matar a los unicornios salvajes? ¿Actúas en solitario? ¿O estamos todos equivocados? ¿Algún comentario, joven Skandar?

—¡Patrick, para ya! —exclamó Adela, obligándolo a apartar la mano de delante de la cara de Skandar.

—Un pichón no podría matar a un unicornio salvaje —afirmó Rickesh desde el otro lado de la fogata—. La última persona que de

verdad mató a un unicornio salvaje fue el primer jinete.

—Ay, no, otra vez no —farfulló Prim, con la boca llena de nubes de azúcar.

—¿El primer jinete? —preguntó Skandar, contento porque el comandante acabara de defenderlo delante de todos.

—¡Cuéntanos la historia, Rickesh!

—¡Venga, Ricki!

Rickesh inclinó las puntas congeladas de su pelo hacia los grinos, por encima del fuego. Su rostro parecía la mezcla perfecta de un anciano y de un personaje de dibujos animados.

—Llevo mucho tiempo contando esta historia —declaró pensativo, con su público, incluida Amber, pendiente de cada una de sus palabras —. Mis padres me la contaron de niño y sus abuelos se la contaron a ellos, para que os hagáis una idea... —Le guiñó el ojo a Skandar—. A lo largo de los años, la mayoría de los jinetes se han reído al oír esta fascinante historia... Pero ahora ya nadie se ríe. La Isla está despertando, está enfadada. Ya habéis oído la canción veraz. Todos habéis visto las zonas esta noche. Así que este viejo cuento del primer jinete se ha transformado, ha mutado y cambiado de forma, del mismo modo que la magia puede romper los moldes en los que intentamos colocarla.

Los grinos empezaron a hacer ruidos estridentes y espeluznantes, montando un espectáculo para adornar la historia de su excéntrico comandante.

Rickesh levantó una mano para pedir silencio.

—El primer jinete era un pescador, no mucho mayor que un cascarón, cuando la corriente lo arrastró hasta el pie de los Acantilados Espejo. Medio ahogado, lejos de casa y muerto de hambre, ese muchacho no tenía ni idea de cómo iba a sobrevivir. El pescador arrastrado por la corriente vagó por la Isla como si algo lo llamara: algo más que el mero alimento o un refugio. Hasta que la encontró a ella... su unicornio hembra predestinada. El chico y la unicornio crecieron juntos, haciéndose más fuertes y más valientes cada día. Ella le enseñó la magia, y a cambio él la protegió de los unicornios salvajes que dominaban todos los rincones de la Isla.

»Estaba claro que aquel joven pescador, el primer jinete, no podía seguir viviendo para siempre en la Isla sin compañía humana. Así que, al cabo de poco, él y su unicornio hembra viajaron por todas partes para traer a la Isla a otras personas procedentes de todos los rincones de la Tierra. Si era capaz de volar tan lejos y tan rápido, no cabe duda de que era un peregrino, como nosotros. Fueron muchas las personas que respondieron a la llamada de la Isla.

—¡Cuenta la parte de la reina de los unicornios salvajes! —gritó Prim.

Rickesh suspiró.

—No tenéis ningún respeto por el arte de la narración de historias.

—¡Venga ya!

Rickesh se echó a reír y prosiguió.

—Tal como se les enseña a todos los isleños, el primer jinete llevó a cabo numerosos actos nobles. Construyó el Criadero, el Nidal, fundó Cuatropuntos, aunque entonces se llamara Cincopuntos... —Rickesh enarcó una ceja en dirección a Skandar, que pestañeó impresionado. ¿De verdad habían cambiado el nombre de la capital después de prohibir el elemento espíritu?—. Pero todos menosprecian su acto más impresionante por considerar que tiene más de leyenda que de historia: el primer jinete derrotó a la reina de los unicornios salvajes. Ella era una anciana vetusta. La más temible reina de los monstruos que la Isla había conocido jamás. Y el primer jinete sabía que, si no la mataba, su pueblo, los jinetes, jamás podrían convivir en paz con los unicornios salvajes, puesto que una reina salvaje siempre declararía la guerra a los que consideraba sus enemigos. Así pues, el primer jinete y su unicornio hembra se enfrentaron en combate a la reina de los unicornios salvajes. Y al cabo de semanas de batallas por toda la Isla, aquel joven pescador que se había convertido en el primer jinete encontró dentro de su propio vínculo una reserva oculta de fuerzas... y la mató. La última reina de los unicornios salvajes.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo lo hizo? —quiso saber Amber, atentísima a cada palabra que él pronunciaba.

Rickesh se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Pero cuenta la leyenda que, en cuanto ella murió, el primer jinete fabricó un arma con sus huesos. Se rumorea que tiene poderes especiales. Durante siglos, en épocas convulsas, los jinetes han intentado encontrar la tumba del primer jinete, creyendo que el arma podría estar oculta en su interior. Aunque... hasta ahora, nadie ha tenido suerte.

—¿Estás diciendo que el don de la canción veraz del bardo es esa arma de tu historia? —musitó Skandar—. ¿Un arma hecha con los huesos de la reina de los unicornios salvajes?

Al comandante Rickesh le brillaron los ojos.

—Quizá. Pero me interesa menos un arma hecha de huesos que la pregunta que todo el mundo está haciéndose. ¿Quién está matando a los unicornios salvajes ahora?

—Está claro que la Tejedora, Ricky —respondió Fen—. Ya hemos pasado por esto mil veces.

Skandar se revolvió, incómodo.

—Tal vez —caviló Rickesh—. Pero prefiero mi teoría.

—¿Y cuál es? —preguntó Skandar de inmediato.

—Que el primer jinete ha vuelto.

Prim soltó literalmente una carcajada.

—¡No seas ridículo!

Rickesh no le hizo caso.

—Ha vuelto como un fantasma vengador, o puede que, para empezar, nunca muriera. Nadie sabe dónde está enterrado. Al fin y al cabo, el primer jinete es el único que ha matado a un unicornio salvaje.

—Pero ¿por qué iba el primer jinete a destruir su propia Isla? —preguntó Adela—. La canción veraz nos dice que estos desastres en las zonas no son casualidad. Tres terremotos la semana pasada, y el mercado flotante lleva días abandonado debido a las inundaciones.

—Y la tormenta eléctrica y los incendios descontrolados de esta noche —añadió Marcus con solemnidad.

—Exacto —asintió Adela volviéndose hacia él—. ¿Por qué iba el primer jinete a provocar a la Isla para que se vengara? ¿Por qué querría hacer daño a su propio pueblo? Porque eso es lo que va a ocurrir si se sigue matando a unicornios salvajes. Incendios, inundaciones, terremotos, tormentas... Si todo eso continúa, nos quedaremos sin Isla.

Prim puso los ojos en blanco.

—Qué dramática, Adela.

—Te olvidas... de que a la Isla le chifla el drama —intervino Rickesh, mientras tostaba al fuego otra nube de azúcar—. Pero si nos atenemos a lo que pasó el año pasado... Skandar ya está al tanto de todo eso. —Guiñó un ojo, antes de meterse la golosina en la boca.

Mucho más tarde, Skandar entró de puntillas en la casa del árbol, a oscuras y tratando de hacer el menor ruido posible.

—¿Cómo ha ido? —Mitchell estaba sentado en un puf pera junto a la estufa, con un libro gordo abierto en el regazo.

—¡Ua, me has asustado! —exclamó Skandar procurando no gritar, aunque en el fondo se alegraba mucho de poder compartir la historia de Rickesh en ese mismo instante, así no olvidaría ningún detalle del relato de la última reina de los unicornios salvajes y el arma del primer jinete.

—¿Y?

—Ha sido increíble... Pero, escucha, he descubierto algo. Algo sobre el primer jinete...

Cuanto terminó la narración, Mitchell no parecía muy convencido:

—¿Un arma hecha con los huesos de la reina de los unicornios salvajes...? No entiendo para qué puede servir algo así. ¿Cómo iba un arma a expiar las muertes inmortales? ¿A detener la supuesta venganza de la Isla? ¿Se supone que los jinetes tienen que usarla para derrotar al asesino de los unicornios salvajes?

—No lo sé —respondió Skandar—. Y tampoco ayuda que nadie sepa dónde está la tumba del primer jinete. Rickesh dijo que el arma tal vez esté enterrada con él.

—Si te soy sincero, dudo que muchos de los datos que te ha dado Rickesh sean correctos —declaró Mitchell con cierto aire de superioridad—. ¿Has dicho que una de sus teorías es que el primer jinete ronda la Isla como un fantasma en busca de venganza? A ver, estoy intentando tener una actitud abierta, pero, para empezar, no creo en las canciones veraces, así que esto me parece bastante...

—Mitchell, todo lo que dice la canción veraz se está haciendo realidad. Esta noche los grinos nos hemos visto atrapados en una enorme tormenta eléctrica, y también había incendios. Y en el *Heraldo del Criadero* no paran de publicar desastres de todo tipo. Lo siento, pero no creo que puedas seguir negándolo. Quieres pruebas, ¿verdad? Bueno, ¡pues lo vi con mis propios ojos!

Mitchell suspiró.

—Aunque la canción del bardo sea exacta, sigo pensando que creer que un arma legendaria hecha de huesos solucione todos tus problemas es algo un poco exagerado. A ver, ¡venga ya! —Skandar intentó interrumpirlo, pero Mitchell alzó la mano y continuó hablando —: Y no creo que la Isla en realidad esté vengándose. Sí, puede que haya cierta perturbación de los elementos y, sí, podría estar relacionado con las muertes de los unicornios, pero tiene que haber una explicación más lógica, no podemos atribuirlo sin más a una pataleta de la Isla.

—Pero la tumba...

—Mira, Skandar... —Mitchell suspiró—, por el momento, mejor nos olvidamos de dones probablemente imaginarios y tumbas desaparecidas hace siglos. Tenemos que detener los asesinatos de unicornios salvajes, eso es muchísimo más importante.

—Bueno, ¡pues entonces hagamos eso! —repuso Skandar desesperado. Estaba harto de no hacer nada. Ver las zonas sumidas en el caos aquella tarde había encendido una especie de fiebre en su interior. La Isla era su hogar. Tenía que hacer algo para ayudar. Tenía que hacer algo para detener a su madre—. Tenemos que...

Skandar se quedó callado de pronto. Bobby había aparecido a los

pies del tronco de la casa del árbol.

—Ah, ¡hola, Bobby! —la saludó Skandar—. ¿Quieres oír la historia que me ha contado el comandante de la Sociedad Peregrina? Es...

—No.

—Oh... bueno... claro, supongo que es bastante tarde. Tal vez mañana podamos...

—No, Skandar. No quiero que me cuentes que quieres ir en busca de no sé qué arma que puede salvar a la Isla. No puedo... No puedo más con esto. —Bobby tenía todas las plumas grises de los brazos de punta, desde la muñeca hasta el codo.

—¿No puedes más con qué? ¿A qué te refieres?

—¿Sabes lo que me dicen los demás jinetes cuando me conocen?

Skandar y Mitchell se la quedaron mirando sin decir nada.

—¿Os acordáis de lo que dijo aquel aprendiz en la Colina de las Flores Silvestres?

—No —respondió Skandar con sinceridad.

Bobby negó con la cabeza.

—Pues claro que no. Me dijo: «Eres Bobby Bruna. Una de las mejores amigas de Skandar Smith.»

Skandar no entendía nada.

—¿Y? Las dos cosas son verdad.

—¡Argh, Skandar! ¡La cuestión no es que sean o no sean verdad! ¡Yo fui quien ganó la Prueba de los Principiantes! ¡Yo fui la mejor jinete del curso de los cascarones! Y lo primero en que la gente piensa cuando me ve es... ¡en TI!

Skandar empezaba a molestarse.

—¡La mayoría sólo piensa en mí porque cree que voy asesinando unicornios salvajes, Bobby!

—Eso no importa, ¿es que no puedes entenderlo? No importa que te quieran o que te odien, que lo arregles todo o que destruyas la Isla. Todo esto es por ser quien eres: el único diestro en espíritu que se está entrenando en la Isla, el hijo de la Tejedora, el único que la ha derrotado...

—¡A la Tejedora la derrotamos entre todos!

Bobby ya estaba negando con la cabeza.

—Nosotros sólo te ayudamos. Pero no quiero ser tu compinche, Skandar. Quiero ser la heroína de mi propia historia, de mi propia vida... No quiero existir en los márgenes de la tuya, esperando para ayudarte a arreglarlo todo. Yo no soy ésa. Eso no es lo que necesito. No puedo ser yo misma y ser amiga tuya a la vez.

Si le hubiera dado un puñetazo, le habría dolido menos. Bobby estaba abandonando a Skandar. Igual que su madre en el Continente.

Igual que había hecho de nuevo cuando había huido al galope sobre su unicornio hacia la Tierra Salvaje.

—¿Crees que esto es lo que yo quería? —Skandar estaba conmocionado, y su voz parecía salir de lo más profundo de su pecho—. Vale, pues resulta que mi tía me trajo hasta aquí para que fuera el único diestro en mi elemento. ¡Menuda suerte! Si cualquier otro diestro en espíritu hubiera estado en libertad el año pasado, yo no habría tenido que intervenir.

—Pero lo hiciste. Y luego fuiste el elegido de Guarniciones Shekoni. Y ahora también te han invitado a esa sociedad de pájaros.

—La Sociedad Peregrina —la corrigió Mitchell.

—¡CIERRA EL PICO, Mitchell! —le gritó Bobby, al borde de las lágrimas.

—¿Y todo esto es por una estúpida sociedad? Si dejarla atrás significa que seguirás siendo mi amiga, no volveré a ir nunca más —anunció Skandar con desesperación.

Estaba enfadado, pero no quería perder a Bobby. Nada merecía tanto la pena.

—¡¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho?! —le gritó Bobby—. No es por ninguna sociedad, es por todas las cosas que simplemente te van a pasar por ser el único diestro en espíritu. Porque tu madre es la Tejedora. ¡Porque te has embarcado en la noble misión de conseguir que tu elemento vuelva al Nidal! ¡Es por no querer vivir eclipsada por ti!

—¡Nada de eso es culpa mía!

—A diferencia de Mitchell, yo sí que quiero llegar a ser comodoro algún día. Pero soy continental, y para que eso ocurra necesito cosas como una montura Shekoni o ser miembro de una brigada voladora de élite. En vez de eso, lo único que acabo haciendo es enredarme en tus problemas y distraerme, y luego es a ti a quien invitan a las sociedades especiales. ¡Y eso no puede seguir ocurriendo! Tengo que concentrarme en mi futuro, no ayudarte a ti a ser un héroe.

Mitchell intentó intervenir.

—Roberta, estás en nuestro cuarteto. ¿Cómo pretendes evitar a Skandar en los próximos cuatro años?

—No voy a dejar el cuarteto ni nada por el estilo —farfulló Bobby, y Skandar sintió que el alivio lo inundaba—. Pero creo que necesito... —Vaciló—. Creo que necesito echar ramas por otro lado.

—¿Qué eres? —le soltó Mitchell—. ¿Un árbol?

Bobby vaciló de nuevo.

—¡Necesito hacer otros amigos, pasar tiempo con gente que no tenga que preocuparse por profecías musicales, que no arrastre a sus

amigos a una nueva misión cada cinco minutos!

—Pero ¡eso no es justo! —protestó Skandar.

—La vida no es justa. —Bobby señaló la pluma metálica que Skandar llevaba prendida en la camiseta—. Por supuesto que no.

7

Zurcidor

La reunión con la Sociedad Peregrina, la pelea con Bobby y la carta de su padre sobre la desdicha de Kenna casi hicieron que Skandar se olvidara de que iba a empezar su entrenamiento en espíritu con Agatha. Casi. Pícaro parecía muy confundido al día siguiente, cuando Skandar apareció junto a los muros elementales del Nidal para recogerlo antes de la sesión de entrenamiento.

Era por la tarde, y los unicornios más jóvenes solían pasar esa parte del día a su aire, jugando a las peleítas o cazando lo que fuera mientras sus jinetes estudiaban arriba, en las bibliotecas de los árboles. Para los jinetes mayores era distinto. Algunos asistían a clases teóricas impartidas por antiguos comodoros o miembros del consejo, con el fin de prepararse para la gestión de la Isla en el futuro. Otros seguían abajo con sus unicornios, en los campos de entrenamiento, donde los jinetes del Caos de vez en cuando daban clases magistrales especializadas de cada elemento.

—¡Venga, Pícaro! —gritó Skandar, contemplando al grupo de unicornios desperdigados por la colina.

Pícaro levantó la vista, con su cuerno negro refulgiendo al sol, y luego... siguió devorando una especie de criatura de peluche del bosque. ¿Una ardilla?

—Como tenga que bajar a por ti... —lo amenazó Skandar.

Pícaro se volvió por completo y le dio la espalda a su jinete. Empezó a salirle humo del lomo, como diciendo: «Ahora no, estoy ocupado.»

Skandar echó a andar colina abajo, esquivando los restos elementales que salían despedidos de una pelea aérea entre unicornios, justo encima de su cabeza.

—¡A ver, Pícaro! El entrenamiento en espíritu, ¿recuerdas?

A medida que las formas de colores fueron convirtiéndose en unicornios que Skandar reconocía, sintió una pequeña chispa de esperanza en el corazón. Pícaro estaba comiendo junto a Roja y Halcón, y Puñal estaba un poco aparte, observándolos a los otros tres con atención. Si Halcón seguía juntándose con los demás unicornios del cuarteto, eso tal vez querría decir que Bobby acabaría cambiando de idea.

Por desgracia, Pícaro no tenía ningunas ganas de dejar a sus amigos. Estaba tan disgustado que, al pasar junto al muro del fuego, incineró toda una hilera de chirivías y patatas, de modo que el aire empezó a oler un poco a comida asada.

Cuando llegaron al altiplano de los pichones, una media hora más tarde, Skandar vio que Agatha los estaba esperando en la entrada. Aquélla sería su primera sesión de entrenamiento en espíritu, y el joven jinete no tenía ni la más remota idea de qué le esperaba. Debería haber estado contento por entrenarse en su propio elemento; al fin y al cabo, eso era lo que había negociado con la comodoro McGrath. Pero no se fiaba de Agatha y seguía enfadado con ella por haberlo enviado hasta la Tejedora sin decirle quién era en realidad.

Por no hablar de que su tía lo intimidaba un poco.

Y todo eso, unido al horror de saber que había matado a todos los unicornios de espíritu de la Isla cuando era la Ejecutora, hacía que, la verdad, no es que se muriera de ganas de entrenar con ella.

Igual que los demás monitores del Nidal, Agatha vestía ahora un manto del color de su elemento, blanco brillante, aunque Skandar se fijó en que la parte baja ya estaba manchada de barro. Ella no abrió la boca hasta que Pícaro llegó al centro del campo de entrenamiento de tierra. Entonces le clavó a Skandar su intensa mirada de ojos marrones.

—Antes de que empecemos, tienes que entender cómo funcionará esto. No quiero hablar de Erika. No quiero dar explicaciones sobre lo que hice como Ejecutora. No te voy a seguir la corriente en ninguna aventurilla fantasiosa como si fuera una tía chalada y algo caótica. No tengo ni idea de cómo ser tu tía, así que lo mejor será que nos olvidemos por completo de eso. Por lo general tengo mal genio, y pasar los últimos quince años bajo continua vigilancia no ha hecho precisamente que mi temperamento sea más alegre.

Skandar tragó saliva mientras se daba tirones de la manga de su chaqueta verde.

—A mí sólo me interesa una cosa: devolver los diestros en espíritu a la Isla —prosiguió ella—. Mi trabajo consiste en que consigas pasar la justa a final de curso, para que después, al cabo de los años, llegues

a aguilucho. Ése era el trato que hiciste, ¿verdad?

—Exacto —respondió Skandar con convicción—. Y eso es también lo que yo quiero.

—Te enfrentaste a la Tejedora siendo un cascarón, y saliste victorioso. —Agatha empezó a moverse arriba y abajo, delante de Pícaro.

A Skandar lo sorprendió el repentino cambio de tema.

—Sí, pero...

—Aquello fue pura suerte.

Nervioso, Skandar empezó a entrelazar los dedos en las crines de Pícaro.

—Sí, fue sólo porque mis amigos...

Agatha lo interrumpió de nuevo, y fue la primera vez que Skandar detectó un poco de calidez en su voz:

—Pero enfrentarte a la Tejedora fue una demostración de valor. Un gran diestro en espíritu necesita valor por encima de todas las cosas. ¿Sabes por qué?

Skandar consideró que lo más seguro era limitarse a negar con la cabeza.

—Porque un diestro en espíritu no debe olvidarse nunca de que el espíritu es el elemento muerte. El poder, la vitalidad, la vida de un unicornio vinculado... —Agatha pasó la mano por la mancha blanca de Pícaro— pueden apagarse de un soplo, como una vela, si así lo deseas.

Una ola de repulsión revolcó a Skandar. Si su tía decía esas cosas, ¿cómo iba a olvidarse de que había sido la Ejecutora?

—Como diestros en espíritu —prosiguió ella—, estamos más cerca del abismo, del espacio negativo y de la silenciosa oscuridad que otros jinetes. Hace falta valor para decidir una y otra vez darle la espalda. Resulta agotador tener que tomar esa decisión todos y cada uno de los días, mientras nos sentimos atraídos hacia lo oscuro. Pero elegir el bien es la batalla vital de un diestro en espíritu, y es una batalla que muchos, como mi hermana, como yo, no hemos ganado. Cuando llegue el final, tal vez tú tampoco puedas salir victorioso de ella. Pero si lo haces, no habrá ningún Árbol del Triunfo que lo recompense. Sólo te quedará el consuelo de saber que luchaste contra la oscuridad y ganaste.

Skandar tragó saliva y pensó en el momento en que, el año pasado, y aunque sólo fuera por unos segundos, había sentido la tentación de unirse a la Tejedora. Y era perfectamente consciente de que, en los últimos días, la rabia contra su madre se había apoderado de él hasta casi consumirlo.

—Pero por hoy, basta ya de eso. —Agatha se tiró de los lados de su moño despeinado para ajustarlo—. Enséñame otra vez cómo modelas esa daga de espíritu.

Suerte del Pícaro relinchó cuando la luz blanca inundó la palma de Skandar. En esta ocasión, la daga cobró forma con más rapidez, como si la magia recordase lo que ya había hecho antes. Resplandeció en el aire ante los ojos de Skandar, tan brillante que no podía mirarla directamente. Trató de cerrar la mano en torno a la empuñadura, pero por algún motivo su puño seguía agarrando sólo aire.

Agatha dejó escapar una risita entre dientes.

Skandar levantó la vista, frustrado.

—¿Por qué no la noto? En las demás clases elementales he podido sujetar armas de llamas, o de hielo, o...

—Ése es tu primer error —explicó Agatha—. El espíritu no es como los demás elementos. Las armas hechas de fuego o de agua están ahí físicamente. El espíritu funciona con la ausencia, el espacio negativo, ¿recuerdas? Existe en una dimensión totalmente distinta.

—Entonces... ¿esa daga no es real? —preguntó Skandar señalándola, suspendida en el aire delante de él—. ¿Y cómo es posible que pueda verla, si no existe? —Aquello empezaba ya a sacarlo de quicio.

—Sí que existe —replicó Agatha—. En tu mente. En la mente de todos nosotros.

—Ya, ¿y cómo se supone que voy a combatir en una justa con un arma que no está ahí? ¿Con un arma que en realidad no puedo tocar? —preguntó con impaciencia.

—Tú sí que puedes tocarla, y si lanzas esa daga, y crees en su existencia con la fuerza suficiente, derribará a un jinete de su unicornio con la misma efectividad que cualquier otra arma elemental. Es como ese momento en que no estás dormido del todo, y de repente tienes la impresión de caer desde una gran altura. Nada te toca, pero aun así sientes el impacto.

Skandar parpadeó.

—Es difícil asimilarlo, lo sé. Tu cabeza se niega a hacerlo. Pero tienes que entrenarte para sentir dónde debería estar la daga. Prueba a cerrar los ojos.

A Skandar le costaba entenderlo. Todo aquello era demasiado confuso. Pero hizo lo que Agatha le pedía. Conjuró la daga de nuevo, y esta vez la hoja blanca era más larga, la empuñadura más elaborada. Satisfecho, respiró hondo e intentó agarrarla. Nada, sólo aire entre sus dedos. Lo intentó de nuevo: su mano la atravesó y el arma se desvaneció sin más.

—¡Argh! —gritó Skandar con frustración.

—No has cerrado los ojos —lo reprendió Agatha.

El joven jinete los cerró, irritado. Y por fin, después de varios segundos de agonía, logró aferrar la empuñadura de la daga resplandeciente.

—¡Eso es! —la voz de Agatha sonó contenta de verdad—. ¡Ahora intenta lanzarla!

Abrió los ojos, dobló el codo hacia atrás y a continuación... perdió por completo el contacto con la daga. El arma desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Agatha siguió entrenando a Skandar hasta que fue capaz de conjurar y lanzar una daga a varios metros de distancia. Mientras él sudaba por el esfuerzo, ella le explicó más cosas sobre las justas con el elemento espíritu.

—Como sabes, en cuanto suena el segundo silbato sólo tienes la posibilidad de escoger un elemento y un arma para pelear. Pero una de las ventajas del espíritu es que sus armas son un poco más... flexibles. Como las armas flotan entre lo real y lo imaginario, tu ataque puede ser confuso adrede.

Skandar aguardó, sin entender del todo lo que intentaba explicarle su tía.

—Por ejemplo, podrías lanzar una daga desde una dirección y hacerla aparecer desde otra. Requiere muchísima concentración, pero yo lo he visto hacer.

—¿Y eso no va en contra de las normas? —quiso asegurarse Skandar. De repente estaba entusiasmadísimo con el elemento espíritu.

Agatha se echó a reír.

—Esto es el Nidal, Skandar. ¿No te has dado cuenta de que no les dan demasiado importancia a las normas en todo lo que respecta a la competición?

Skandar estaba a punto de lanzar otra daga cuando un unicornio tordo atravesó estrepitosamente la entrada del altiplano de los pichones.

Se quedó petrificado, el corazón le latía con fuerza. Los ojos del unicornio salvaje refulgían como brasas, los huesos le crujían y chirriaban al moverse. Enseñaba los dientes, llenos de manchurrones de sangre de una presa reciente. Soltó un bramido angustiado.

Pícaro se encabritó y chilló en respuesta.

El unicornio salvaje estaba enfadado. Enfadado con Skandar.

Pícaro rugió lanzando una columna de fuego, luego una ráfaga de rayos por el cuerno, intentando proteger a su jinete. Pero el unicornio

salvaje no paraba de avanzar, esquivando los ataques.

—¡Lanza la daga, Skandar! —gritó Agatha, y el miedo caló en su voz cuando el unicornio salvaje apuntó con el cuerno directamente hacia ellos y se lanzó en estampida hacia delante; sus huesos gritaban.

A Skandar no hubo que pedírselo dos veces. Lanzó la daga y, en cuanto la bestia torda vio el arma resplandeciente volar hacia ella, emprendió el vuelo con torpeza, sacudiendo sus destrozadas alas.

—Era la misma unicornio salvaje que... —Agatha se quedó callada mientras sus ojos seguían la trayectoria de la unicornio, que ahora rodeaba la ladera de la colina del Nidal.

—Es la tercera vez que la veo —dijo Skandar, jadeando—. Pero nunca me ha hecho daño, ni a mí ni a él. —Suerte del Pícaro seguía emitiendo un ronco gruñido.

En los ojos de Agatha había algo que él no había visto antes. ¿Curiosidad, tal vez? ¿Un poco de miedo, o era... una pizca de ansiedad?

—Camina conmigo, ¿quieres? —dijo Agatha de repente, y el joven desmontó e hizo lo que le pedía, haciendo que Pícaro los siguiera.

Skandar llevaba mucho tiempo sin recorrer a pie el sendero que subía hasta el Nidal, exactamente desde que Pícaro aprendió a volar. El sol ya se había hundido por completo, y los farolillos que marcaban el camino eran la única luz que los iluminaba mientras Agatha iba hablando. Sus pómulos brillaban blancos a través de la piel.

—Esto no lo sabrás todavía, pero no todos los diestros del mismo elemento tienen las mismas habilidades.

—¿Te refieres a que a algunos se les da mejor atacar? ¿O defender?

Agatha ya estaba negando con la cabeza.

—No exactamente. Me refiero a que algunos diestros en fuego, por ejemplo, pueden hacer cosas que otros no pueden. Tienen un don especial. Por lo general no sirve de mucho en la batalla, pero pueden ser útiles en otras situaciones.

A Skandar todo aquello le estaba interesando. No podía evitar preguntarse cuál sería el don de Mitchell.

—¿En qué situaciones? —preguntó el joven con expectación.

—Ah, no sé —respondió Agatha, un tanto molesta por que la desviaran del tema—. Algunos diestros en fuego desarrollan un sentido del olfato potentísimo, por lo que pueden detectar el humo a kilómetros de distancia. Muy útil para apagar incendios. Algunos diestros en agua pueden mantener la respiración debajo del agua durante horas, igual que las ballenas.

—Entonces ¿es como tener un superpoder?

Agatha parecía confundida. Skandar supuso que los habitantes de

la Isla nunca habían necesitado el concepto de superhéroes, ya que estaba lleno de guerreros jinetes que volaban en unicornios.

—No importa.

Agatha continuó como si Skandar no hubiera dicho nada.

—A lo largo de la historia de la Isla, un reducido número de diestros en espíritu ha tenido la capacidad de vincular unicornios salvajes con sus jinetes predestinados.

—Con sus jinetes predestinados... —Skandar trataba de entenderlo—. Entonces, si un niño o una niña de trece años perdió la oportunidad de abrir la puerta del Criadero y su unicornio naciera salvaje...

—Esos diestros en espíritu superdotados y sus unicornios —prosiguió Agatha— podrían soñar juntos para identificar al jinete y al unicornio que en teoría estaban predestinados. Luego, con ayuda del elemento espíritu, podrían unirlos, vincularlos.

Skandar se quedó de piedra. Lo único que podía pensar era: «Kenna, Kenna, Kenna... Pícaro chilló como protesta, impaciente por recibir su cena sangrienta.

—¿Skandar? —Agatha le tocó el codo, claramente preocupada—. ¿Me has oído?

—¿Aunque el jinete tenga más de trece años? —quiso saber de repente, incapaz de sentir los dedos de los pies—. ¿Aunque el unicornio ya sea salvaje?

—Exacto. —Agatha parecía un tanto alarmada ante la reacción exagerada de Skandar—. Y he estado pensando en esa unicornio salvaje y en el hecho de que parece sentirse atraída por ti, sobre todo cuando conjuras la magia del espíritu... Antiguamente, eso era una señal de que podrías poseer esa extraña capacidad. De que podrías ser... zurcidor.

Skandar retrocedió dando un respingo. «Zurcidor» sonaba muy parecido a «tejedor».

Agatha se percató de inmediato.

—No es como un tejedor, que crea vínculos donde no debería existir ninguno. Ser zurcidor consiste en pulir un vínculo que todavía espera a ser creado. En reparar un error.

—¿Como lo que yo hice con Aspen y Escarcha de la Nueva Era el año pasado? ¿Soldar las fracturas que la Tejedora había causado?

—No, no tiene por qué haber un vínculo preexistente para que un zurcidor cree uno. Sólo necesita el potencial. Si un zurcidor vincula a un unicornio salvaje con su jinete predestinado original, se convertirá en un unicornio vinculado. Yo lo he visto, el cuerno deja de ser transparente para colorearse, las alas se hinchan, las heridas se

curan... así, sin más. —Su voz sonaba sobrecogida.

Un relámpago de adrenalina desbordó el cuerpo entero de Skandar. Las preguntas se apelotonaban en su boca.

—¿Cómo puedo saber qué unicornio salvaje pertenece a un determinado jinete? ¿Cómo los vinculo? ¿Y qué pasa con mi hermana, Kenna? ¿Sabes si ella tendría que haber sido diestra en espíritu? ¿Cómo podría vincularla a ella?

Skandar llevaba ya un tiempo queriendo preguntarle a Agatha por los asesinatos de los unicornios salvajes y por la Tejedora, pero ahora, de repente, nada de aquello parecía importarle. La deslumbrante posibilidad de que, después de todo, Kenna fuera a la Isla, de que se convirtiera en jinete, de que Skandar fuese quien le devolviera la felicidad, importaba más que todo lo demás. Si Kenna tuviera un unicornio, todo se solucionaría.

Agatha parecía más preocupada que nunca cuando se detuvieron bajo las coloridas hojas del árbol de entrada del Nidal.

—Estos dones tardan un tiempo en manifestarse, y ni siquiera estoy segura de que tú seas zurcidor. Apenas acabas de empezar a utilizar en condiciones el elemento espíritu. Pícaro y tú no estáis en absoluto preparados para empezar a soñar juntos.

Pero Skandar sólo parecía escuchar lo que le interesaba.

—Entonces, ¿Pícaro y yo tenemos que soñar a la vez? ¿Cómo funciona eso? ¿Y en esos sueños, yo vería a Kenna y Pícaro al unicornio, o los veríamos los dos a la vez? —Se detuvo bruscamente —. Espera... ¿a qué te refieres con que no estamos preparados? Pero ¡si yo tengo sueños todo el rato!

Ella puso cara de arrepentirse de haber iniciado aquella conversación.

—Los sueños de los zurcidores son peligrosos, Skandar. Podéis salir muy mal parados.

Al joven jinete se le pasó por la cabeza un pensamiento horrible.

—¡La Tejedora está matando a los unicornios salvajes! ¿Y si el de Kenna...?

—Hay centenares de unicornios salvajes, estás adelantándote a los acontecimientos. Es algo que habrá que considerar en el futuro. Este año nos concentraremos en las armas, y sanseacabó. —Empleó un tono tan severo que Skandar no se atrevió a decir nada más en voz alta, aunque en su mente no paraban de surgir nuevas preguntas, nuevas posibilidades. «Kenna en la Isla... Kenna con su propio unicornio.»

Agatha le indicó con un gesto que abriera la entrada del Nidal.

Skandar se quedó mirando el ancho tronco del árbol. No lo había

hecho nunca. Durante todo el curso anterior siempre se había asegurado de seguir a otro jinete que fuera a entrar, pues le daba demasiado miedo revelar su verdadera alianza elemental.

Agatha lo miró de reojo y sonrió enseñando los dientes.

—Vamos. Como dicen los jóvenes, es una pasada.

Sin dejar de darle vueltas al tema de Kenna, Skandar colocó la palma sobre el áspero tronco. Bajo su mano, las hendiduras de la corteza empezaron a resplandecer, uniéndose en una amplia red para dibujar una telaraña redonda de luz blanca cegadora. Se formaron un centenar de grietas diminutas que comenzaron a brillar más y más, y, en vez de que la puerta se abriera con un remolino de agua o un vendaval de arena, las imperfecciones titilaron hasta desaparecer igual que las estrellas se apagan al alba. La abertura que dejaron al hacerlo era lo bastante grande como para que pasara un unicornio.

A Skandar le entraron ganas de llorar. ¿Cuántos jinetes se habían entrenado en el Nidal sin haber visto aquello jamás? ¿Cómo podía algo tan hermoso ser malvado? Con rabia, pensó en todos los diestros en espíritu a quienes habían desterrado por completo del Nidal. Y volvió a pensar en Kenna.

Iba a descubrir si ella estaba de verdad predestinada a tener un unicornio. Iba a hacer que el mundo fuera mejor para ella, igual que ella tantísimas veces había hecho por él.

Agatha seguía sonriendo cuando el tronco volvió a cerrarse detrás de ellos.

—Tal vez sea una vieja gruñona, pero no sabes hasta qué punto me alegra el día ver a un jinete, aún en formación, iluminar la entrada del Nidal. La magia del espíritu ha utilizado las imperfecciones de la corteza, ¿lo has visto? El espacio negativo, el vacío entre ellas, puede ser hermoso a la vez que peligroso.

—Agatha... —empezó a decir Skandar.

Sabía que su tía no iba a responder a más preguntas sobre los zurcidores, pero había algo que lo tenía intranquilo, una preocupación que no había compartido del todo con su cuarteto. Le daba demasiado miedo lo que pudieran contestarle.

—Monitora Everhart —lo corrigió ella.

—Perdón, eso. ¿Puedo preguntarte...? ¿Recuerdas esa estrofa de la canción veraz? La de...

—«Pero hay otra fuerza que crece en esta Isla: *del oscuro amigo del espíritu fiel sucesor.* Y la tormenta que traerá al despertar / acabará con todo lo conocido en su afán destructor» —recitó Agatha—. ¿Te refieres a ésa?

El joven jinete tragó saliva. Pensó que no era buena señal que su

tía se la hubiera aprendido de memoria.

—Tú no crees que en realidad se refiera a mí, ¿verdad? ¡Porque yo no estoy haciendo nada! Intento sólo meterme en mis asuntos, como cualquier diestro en espíritu. No quiero tormentas, ¡lo que quiero es lo contrario a una tormenta!

—Ay, Skandar. —Ella negó con la cabeza—. Intenta no creerte tanto el ombligo del mundo.

Aquello no era una respuesta.

Agatha se agarró a la escalera del tronco más cercano y, mirando hacia atrás, gritó:

—¡Fin de la sesión de entrenamiento! Ah, y Skandar...

—¿Sí?

—No le cuentes a nadie que podrías ser zurcidor. Y no intentes averiguar nada más sobre el tema. Sé cómo os las gastáis en vuestro cuarteto... Os colasteis en una cárcel el año pasado.

—El año pasado tú estabas en esa cárcel —replicó él.

Pero ella ya había desaparecido.

Por supuesto, en cuanto Skandar entró en la casa del árbol, tuvo claro que se lo contaría todo a sus amigos. Mitchell estaba leyendo junto al fuego, con su pared pintada de rojo refulgiendo detrás de él, y Flo estaba peleándose con las botas para quitárselas después de su última reunión con el Círculo de Plata. Bobby no estaba allí, el único rastro que había de ella era un sándwich a medio comer de mermelada, Marmite y queso que estaba sobre la encimera.

«Probablemente esté echando ramas con sus nuevos amigos», pensó Skandar con amargura.

—Entonces... ¿se supone que encontrarás al unicornio de Kenna en un sueño? —preguntó Flo, después de que Skandar les explicara su conversación con Agatha.

—No lo sé —respondió él, un tanto frustrado—. A ver, yo sueño con Kenna un montón, y también he soñado ya con esa unicornio torda. Pero Agatha dijo que lo que tiene que ocurrir es que Pícaro y yo lo soñemos juntos. ¿Cómo funcionará eso?

—¿Crees que esa torda podría ser la de Kenna? —quiso aclarar Mitchell, que escuchaba sólo a medias mientras buscaba la palabra «zurcidor» en un diccionario de la Isla. Por supuesto, no aparecía por ningún lado.

Skandar se encogió de hombros, pero su cuerpo no paraba de bombear adrenalina.

—Esa unicornio salvaje me busca todo el tiempo, ¿verdad? Y... de algún modo, me resulta familiar.

—Puede que sólo sea porque ya la has visto tres veces —comentó Flo con tacto.

Pero Skandar no quería oír sus dudas. Quería que la unicornio torda fuera de Kenna. Su mente voló hasta la mochila que tenía en su habitación y el dinero que ya había ahorrado. De repente, el sueño de Kenna y su padre en la Isla no parecía tan lejano. Parecía incluso... posible.

—Lo único que sé es que Kenna no está bien en el Continente. Sigue queriendo ser jinete, siempre lo ha querido. Ya os dije que incluso ha dejado de escribirme porque no puede soportarlo, ¡fijaos si estará triste! —La culpa inundó el pecho de Skandar mientras hablaba. Todo aquello era culpa suya. La había abandonado. Debería haberle dicho que...

—Son muchas las personas que no están predestinadas a tener un unicornio —declaró Mitchell con frialdad—. Y lo superan.

—Pero ¿y si fuera peor porque en teoría sí que deberías tener uno? Si Kenna es diestra en espíritu, automáticamente habría suspendido el examen de Cría. Puede ser cosa de familia, ¿no es cierto? Mirad a Erika y a Agatha, dos hermanas diestras en espíritu. Y luego yo. Seguro que Kenna debería haber sido también jinete, ¿no creéis? ¿Y si yo puedo solucionarlo? ¿Y si puedo zurcir su vínculo?

—¿Ya te has olvidado de que la Isla va a explotar? —repuso Mitchell, cruzándose de brazos—. El otro día no parabas con «Mitchell, el bardo tiene razón, la Tejedora va a destruir la Isla, tenemos que hacer algo...».

—No, por supuesto que no... Pero... ¡es que se trata de Kenna! Necesito saber si es diestra en espíritu. ¡Tengo que ayudarla como sea! —En el cerebro saturado de adrenalina de Skandar aparecía una razón detrás de la otra para que concentrara toda su atención en su hermana —. ¿Y si la Tejedora mata a su unicornio hembra salvaje antes de que yo ni siquiera sepa con certeza cuál es? Tengo que protegerla.

—Ni siquiera sabes con seguridad si eres zurcidor, Skar —lo advirtió Flo.

Mitchell cerró el diccionario.

—Supongo que debe de haber un registro de los diestros en espíritu perdidos. Un lugar donde se anoten los nombres de todos los chicos y chicas de trece años que automáticamente suspenden el examen de Cría, ¿no?

—Hay un registro —dijo Flo, sin querer mirar a Skandar a los ojos.

—¿Dónde? —preguntó él con urgencia.

Flo puso cara de sentirse indispuesta.

—En el Bastión de Plata. Ya sabéis, donde tengo las reuniones del

Círculo de Plata.

Skandar no podía creer la suerte que tenía.

—¿Puedes mirar los registros? ¿Puedes buscar el nombre de Kenna?

—No, no puedo, Skar. Sólo tienen acceso los centinelas y los plateados que han acabado su formación. Como invitada, ni siquiera me permiten entrar en la biblioteca. Y además tengo que ir acompañada todo el tiempo que paso dentro del Bastión.

—¿Y no podrías pedirle a un centinela que lo mire? —suplicó él.

—¡Seguro que Dorian se enteraría! Sabe que estoy en tu cuarteto, ¡si hasta me ha preguntado ya por ti! ¡Imagínate lo que haría si pensara que estoy intentando obtener información sobre los diestros en espíritu para dártela a ti!

Skandar hizo caso omiso al pánico de la voz de Flo. Tenía que saber si Kenna estaba predestinada a tener un unicornio. En su mente aparecieron algunos fragmentos al azar de la carta de su padre: «el viaje a la Isla la afectó bastante»; «te echa mucho de menos»; «la ayudará a olvidarse de los unicornios».

—Pero ¿y si...?

—¡NO! —gritó Flo, y salió corriendo de la casa del árbol.

Mitchell se la quedó mirando mientras se iba.

—Es la primera vez que la oigo gritar desde que nos enfrentamos a la Tejedora.

Skandar ya estaba en la puerta. Flo no había ido muy lejos; estaba sentada con las piernas cruzadas en la plataforma que había fuera, y las lágrimas caían por sus oscuras mejillas.

Se sentó a su lado, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir. Si hubiera enfadado a Kenna, la habría abrazado. Pero Flo no era su hermana, y por algún motivo eso cambiaba las cosas.

—Skar, tengo que contarte una cosa —logró susurrar ella—. Y no es nada bueno...

Al joven se le encogió el estómago.

—¿De qué se trata? —Las palabras sonaron con fuerza y rebotaron en los troncos acorazados más cercanos.

Ella respiró hondo, con la mirada perdida entre los árboles, hacia Cuatropuntos, que centelleaba a los pies de la colina del Nidal.

—Es sobre mi reunión de hoy con el Círculo de Plata.

Skandar se sentó más erguido para poder ver la expresión de Flo a la luz del farol.

—¿Qué pasa?

En los ojos de su amiga se adivinaba una cierta urgencia.

—Por favor, Skar. No quiero que esto cambie nada entre nosotros,

¿vale? No quiero que pienses que estoy de acuerdo con ellos. No quiero que esto signifique que estamos en bandos distintos...

Skandar se rió, nervioso.

—Nunca estaremos en bandos distintos, ¡has estado a mi lado desde que llegué! El año pasado, cuando Puñal y tú os interpusisteis entre Pícaro y la Tejedora, ¡nos salvaste la vida! Cuéntame lo que ha ocurrido y ya está.

Flo cerró los ojos con fuerza y respiró hondo.

—Hoy, cuando llegué al Bastión de Plata, todos los miembros del Círculo de Plata estaban chocando los puños en un gran círculo... Les encantan los círculos.

Skandar asintió.

—Me explicaron que, ahora que soy pichón, ya era hora de iniciarme oficialmente como miembro. Estaban muy emocionados, llevaban seis años sin recibir a un nuevo plateado.

—¿Qué tuviste que hacer? —Skandar tenía ya la boca seca.

Flo tragó saliva.

—Todos los miembros del Círculo de Plata deben prestar juramento cuando se incorporan... —A Flo le tembló la voz cuando se dispuso a repetir aquellas palabras—: «Juro, por el poder de los cuatro elementos y la fuerza de mi unicornio plateado, que de aquí en adelante defenderé esta Isla de los ataques de los diestros en espíritu.»

—Vaya, pues sí que es específico —murmuró Skandar.

—Y lo hice, Skar. ¡Hice el juramento!

Flo no quería ni mirarlo, pero Skandar se acercó más y se sentó en cuclillas frente a ella.

—Escúchame, Flo. Escúchame bien. —Le puso la mano en el hombro—. Yo sé que no lo has dicho de verdad. Sé que no eres como ellos. Entiendo por qué has hecho el juramento. ¿Cómo no ibas a hacerlo? Lo más importante es que no querías.

—¡Pues claro que no! —gritó ella—. Pero me preocupa lo que puedan pedirme, Skar. ¿Y si no me queda más remedio que estar en su bando? Y su bando siempre será el contrario del tuyo, ¿no? No quiero eso. Quiero elegirte a ti.

—Bueno, pues ahí tienes tu respuesta —dijo él medio en broma, notando cómo se le enrojecían las mejillas.

—No es tan sencillo —repuso ella con tristeza—. ¿Sabías que hubo una guerra, Skar? Hace mucho tiempo, entre los diestros en espíritu y los plateados. Dos hermanos en bandos opuestos: uno, diestro en espíritu; el otro, plateado. ¡Una guerra de verdad! Casi acaban unos con otros. El Círculo no te odia sólo a ti; cuando te ven, piensan en esa guerra, en los jinetes que tus antepasados mataron; piensan en lo que

representas... No les importa que seas Skandar. Lo único que les importa es que eres diestro en espíritu.

—Pero ¿por qué hubo una guerra? —preguntó él, que nunca había podido entender por qué las personas no eran capaces de solucionar las cosas sin necesidad de hacerse daño.

—Los dos hermanos querían gobernar la Isla. —Flo se encogió de hombros—. Una cuestión de poder. Como siempre, ¿no?

Skandar desvió la mirada hacia el Nidal, con los farolillos que parpadeaban en los puentes y el suave murmullo de la cháchara de los jinetes que llegaba flotando desde las casas de los árboles. No podía imaginarse que los jinetes se volvieran unos contra otros con tanta violencia. Y sobre todo no podía imaginarse luchando contra Flo. Desesperado por averiguar la verdad para Kenna, Skandar había olvidado lo que podía ocurrir si Flo desobedecía al Círculo de Plata. La encerrarían en el Bastión para que se entrenara allí hasta que Puñal fuera adulto, con la única compañía de otros plateados y de los centinelas.

—Voy a ayudarte con lo de tu hermana —anunció Flo en medio de la oscuridad.

—No. —Skandar estaba asustado—. No puedes arriesgarte a que el Círculo te saque del Nidal. No tienes por qué hacerlo. Seguro que hay otra.

—Vamos a comprobar esos registros, Skar. —Una mirada de determinación apareció en los ojos de Flo, no muy distinta de la de Sara Shekoni cuando habló de hacerle frente a Dorian—. Tienes que averiguar si Kenna estaba predestinada a ser jinete. He visto lo disgustado que estás desde que dejó de escribirte. No puedo imaginarme lo mal que me sentiría si Ebb dejara de hablarme. Sé que Bobby está tomándose una especie de respiro con ciertas cosas. —Flo parecía incómoda—, pero estoy segura de que Mitchell nos ayudará a planear algo, algo que no implique que tú, siendo diestro en espíritu, entres en el Bastión.

—Sí, no creo que eso sea muy buena idea. —Skandar se echó a reír —. Sea como sea, gracias, Flo... por lo de Kenna. Puede que yo ni siquiera sea zurcidor, pero, si lo soy, eso lo cambiará todo.

Ella asintió con convencimiento, pero luego una expresión triste y pensativa le nubló la mirada.

—No creo que a Puñal le importara lo más mínimo que nos encerraran en el Bastión, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

Se oyó un chillido agudísimo y los dos dieron un respingo. ¿Un búho? ¿Un zorro?

Flo se estremeció.

—Estoy empezando a sentir las emociones de Puñal a través del vínculo, igual que tú con Pícaro, y noto que es mucho más feliz en compañía de otros plateados. Como si ése fuera su sitio.

—Su sitio está junto a Pícaro, Roja y Halcón —declaró Skandar con convencimiento, intentando no pensar en las ramas que Bobby debía de estar echando por otros lados.

—¿Te has fijado en que, cuando está con los demás unicornios del cuarteto, siempre se queda un poco al margen? No es que no quiera participar, es que simplemente no sabe cómo hacerlo. —Flo se encogió de hombros—. En el Bastión es distinto. Se divierte... Eh, ¿qué ha sido eso?

Mucho más abajo de dónde ellos estaban, un farol se había estrellado contra el suelo. Cuando hacía mucho viento, las luces colgantes a veces se desenganchaban, pero esa noche ni siquiera había un poco de brisa. Skandar miró hacia atrás y se fijó en un puente que se mecía desenfrenadamente de un lado a otro. Flo también se quedó mirándolo. Otro grito hueco resonó en la noche.

—Seguro que es gente que la está liando —susurró Skandar, en parte para tranquilizarse a sí mismo. Pero no le ayudó que su mente recordara también la teoría de Rickesh sobre el posible regreso del primer jinete como un fantasma que sembraría el caos, y un escalofrío le subió por la espalda. De repente las sombras de los troncos de los árboles cercanos le parecieron más grandes, y las formas que reflejaban las casas de los árboles de alrededor, más siniestras. Una criatura gruñó, invisible entre las raíces que había debajo de ellos. Una rama se partió.

Flo miró hacia atrás por cuarta vez.

—Entremos. Mitchell nos...

Pero Skandar no llegó a oír lo que Flo iba a decir, porque algo lo golpeó con fuerza en el hombro y a punto estuvo de derribarlo y tirarlo de la plataforma metálica. El joven jinete intentó ver qué era y se dio cuenta de que...

—¡Gabriel! —chilló Flo—. ¿Qué estás haciendo?

Gabriel bajó la mirada hacia ella, con los rizos de piedra totalmente inmóviles. Había algo que no encajaba, para nada. Tenía los ojos desenfocados, no paraba de ponerlos en blanco, y emitía unos sonidos que no parecían en absoluto humanos, sino más bien...

—¡GABRIEL! ¡PARA! —gritó Skandar, mientras el chico agarraba a Flo por el cuello y la arrastraba hasta el borde de la plataforma—. ¡Eh! —Skandar trató de detenerlo, pero sólo consiguió que el diestro en tierra le propinara una patada increíblemente rápida.

Skandar se cayó de bruces, la cabeza y los hombros le colgaban desde una altura de veinte metros. Flo empezó a gritar cuando Gabriel arremetió contra ella. El diestro en tierra gruñó y la empujó hacia atrás hasta la valla de tela metálica, que era lo único que se interponía entre ella y el suelo del bosque.

Skandar se levantó como pudo para ir hacia Gabriel, abrió la boca para pedir ayuda y...

¡PUM!

Un lado de la cabeza le estalló de dolor, y todo se puso negro.

KENNA

Los plateados en el mar

Los sonidos del mar arropaban a Kenna: los remos al sumergirse cuando su padre los empujaba para alejarse de la orilla, el chapoteo de las olas al romper. La barca se llamaba *Eurídice* y era de un amarillo chillón, de esas que se alquilan a los veraneantes. Kenna rezaba para que a su padre no le pasara nada por haberla cogido prestada. Ella ya no estaría allí para ayudarlo. Después de esa noche, ya no volvería a pisar Margate. O al menos eso era lo que esperaba.

Llevaba muchas noches casi sin dormir pensando justo en ese momento. ¿Se presentaría el presidente Manning? ¿De verdad la llevaría hasta la Isla? ¿O había sido una tonta de remate? La duda le pesaba tanto que pensó que acabaría hundiendo la barca. Con el transcurso de los meses, esa duda se había vuelto cada vez más pesada mientras esperaba, mientras fingía ser igual a todos los demás en el instituto. Y cuando había visto a su padre responder a las cartas de Skandar y se lo había imaginado totalmente solo en el piso, el sentimiento de culpa también la había reconcomido.

Su padre dejó de remar cuando pasaron la última boya. La cadena del ancla traqueteó contra la barca cuando él, haciendo un esfuerzo, la echó por la borda. ¡Plaf!, y se hundió hacia las profundidades. Kenna se dio cuenta de que estaba tarareando, como siempre hacía cuando se sentía nerviosa. Su padre se levantó y se sentó junto a ella en el tablero de madera del centro de la barca. La cogió de la mano. Ella no se dio cuenta de que temblaba hasta que los dedos de su padre se aferraron a los suyos.

—No estás obligada a ir —le dijo su padre con voz serena—. Puedes cambiar de idea.

—No voy a cambiar de idea. —A Kenna le castañeteaban los dientes por el frío de noviembre... y por el miedo. Miedo a que él no

se presentara. Miedo a quedarse allí tirada sin Skandar, sin unicornio...

—¡Kenna! ¡Mira! —La voz de su padre sonó apremiante, con la mano enguantada apuntaba al cielo, más adelante.

Al principio parecieron estrellas fugaces. Sólo al acercarse cobraron forma: dos siluetas de alas plateadas reflejadas en el agua. El tercer unicornio era más oscuro, de un gris acero, como un cometa que hubiera perdido el brillo. Cuando llegaron a su altura, los unicornios se quedaron inmóviles en el aire, planeando sobre el mar, la fuerza de sus alas al batir agitaba la superficie y los cuernos apuntaban hacia la barca. Kenna se levantó tambaleándose de su asiento, soltándose de la mano de su padre para quedarse de pie en la proa, incapaz de ocultar su expresión de asombro.

—¡No tenemos mucho tiempo! —la voz del presidente Manning, aguda y nasal, llegó hasta Kenna transportada por el viento. Iba a lomos del unicornio plateado más grande de los dos.

—Esto es una locura, padre, por favor. No sabes a ciencia cierta que él sea zurcidor. ¿Y sabe la chica al menos lo que esperas de ella? Sólo tiene quince años. Son unos críos. No necesitamos una diestra en espíritu. Todavía estamos a tiempo de parar todo esto.

La atención de Kenna se desvió hacia la persona que hablaba. Tenía unos cuantos años más que ella y, aunque lo que más la maravillara fueran los unicornios, se fijó en la mutación chispeante de sus mejillas y en cómo hacía su bonito rostro aún más llamativo.

—Ya basta, Rex. Te van a oír —le gruñó el presidente Manning, mirando hacia la barca—. No hacía falta que vinieras. —El unicornio plateado del presidente imitó el gruñido de su jinete.

—De hecho, no tendrías que haber venido —añadió el tercer hombre en voz más baja.

Kenna contuvo un grito de asombro al ver su mutación: sus ojos ardían, eran como dos fuegos diminutos.

La barca se meció cuando su padre se acercó a ella en la proa y le puso la mano en el hombro, en un gesto protector. Kenna notó que la respiración de Robert se había acelerado al ver tan de cerca a los unicornios: aquellas criaturas que adoraba desde hacía tanto tiempo.

Finalmente, carraspeó antes de hablar:

—Disculpe, pero si mi hija estaba destinada a tener un unicornio y ustedes han cometido un error, ya va siendo hora de que la lleven a la Isla, que es donde tiene que estar, ¿no cree?

A Kenna le explotó el corazón de gratitud. No siempre había sido el padre perfecto, pero la quería. La quería tanto que deseaba que fuera feliz, aunque eso significara dejar que se marchara.

Los tres jinetes contemplaron a Robert Smith.

—La llevaré yo en mi unicornio —se ofreció el hombre de ojos en llamas, con voz un tanto tensa.

—No, la llevaré yo —anunció el presidente Manning con pomposidad—. Tú y Rex nos cubriréis las espaldas.

—No, insisto —se obstinó el hombre de ojos llameantes—. Ha sido idea mía. Si sale mal...

Pero Dorian Manning hizo caso omiso e instó a su unicornio plateado a acercarse a la barca, apenas rozando el agua con sus cascos brillantes. El padre de Kenna la ayudó a subirse desde el borde de la proa, sosteniéndola por detrás.

—Buena suerte, cariño —le susurró al oído—. Ojalá tu madre pudiera verte ahora mismo.

Era todo lo que Kenna necesitaba para agarrar las manos de Dorian Manning y dejar que la subiera detrás de él a lomos del unicornio. Se aferró con fuerza a su cintura. Kenna ya se había montado en Pícaro, pero todavía no era adulto. Ahora podía notar los músculos de aquel unicornio bajo los pantalones vaqueros, mientras batía las alas con tanta potencia que parecían un arma.

A continuación, Dorian viró con su unicornio plateado y dejó la barca atrás. Los otros dos unicornios lo siguieron, con el mar arremolinándose por las fuertes sacudidas de las alas. A Kenna le dio un vuelco el estómago por aquel movimiento y se puso nerviosísima, pero intentó mirar por última vez a su padre encima de la barca. Él le decía adiós con la mano, y reía, y lloraba, todo a la vez. Cuando ella levantó la mano para responderle, pensó que de repente parecía muy pequeño en medio de aquel mar negro como la tinta.

Volaron en silencio durante un rato, pero el corazón de Kenna no paraba de bombear adrenalina y emoción, mezcladas con un poquito de terror. Estaba sobrevolando el mar. ¡Iba a conocer a su unicornio predestinado! Y tenía tantas preguntas que le resultaba imposible soportarlo.

El hombre más joven, Rex, iba volando a su derecha, y ella lo llamó a través del viento.

—¿Eres diestro en aire? ¡Las mejillas!

Él pareció estupefacto por el hecho de que ella le hablara, pero recobró la compostura al instante.

—¡Exacto! —respondió a gritos, aunque el rugido de las alas de su unicornio plateado amenazara con tragarse sus palabras—. Y mi padre también. —Soltó una rienda para señalar a Dorian Manning.

—Las alianzas elementales suelen ser cosa de familia —explicó el presidente Manning sin darse la vuelta—. Como tú y tu hermano.

—¿A qué se refiere? —preguntó a voces Kenna, mientras una fuerte ráfaga los azotaba por un flanco.

El presidente Manning la miró de soslayo, con un destello en la mirada.

—Skandar también es diestro en espíritu. ¿No te lo ha dicho?

8

Capítulos del Caos

Skandar tuvo suerte. El golpe de Gabriel sólo le había causado un leve dolor de cabeza, y no un daño permanente. Flo tenía moretones en el cuello y un doloroso latigazo cervical, pero, aunque estaba muy afectada por lo ocurrido, también había retomado el entrenamiento a la semana siguiente.

Gabriel había vuelto en sí sin tener ni idea de lo que había hecho, pocos instantes después de que Mitchell llegara corriendo a la plataforma. Skandar y Flo habían intentado explicarles a los monitores lo que había sucedido, pero era difícil de describir, sobre todo porque Gabriel se había mostrado muy consternado.

—Pero ¿recuerdas algo? Lo que sea —le había preguntado el monitor Webb.

Gabriel había puesto cara de pavor.

—Lo único que recuerdo es que quería... quería...

—¿Querías qué? —había preguntado bruscamente la monitora O'Sullivan, con los ojos dándole vueltas en remolino.

—S-s-sangre. Quería sangre. —Y entonces había empezado a llorar a lágrima viva.

Skandar se había fijado en la expresión de los monitores al oír las palabras de Gabriel, y se había dado cuenta de que todos ellos lo miraban de reojo por un instante mientras les aseguraban a los pichones que investigarían lo ocurrido.

Bobby había regresado como una exhalación a la casa del árbol después de enterarse de la noticia por Mariam, una de sus nuevas amigas. Por un segundo, Skandar había visto la preocupación en su rostro y las plumas de punta en sus brazos, y había pensado que la otra pesadilla, que Bobby ya no fuese su amiga, se había acabado. Por desgracia, en cuanto se quedó tranquila al ver que estaban a salvo,

había vuelto a marcharse trepando por los travesaños en espiral de la casa del árbol.

—¡Bobby, espera! —le había gritado Skandar mientras ella se marchaba—. ¿No quieres saber lo que ha pasado?

—¡No! —gritó ella desde arriba—. No quiero enredarme en otro misterio de Skandar Smith. Tengo que concentrarme en mi entrenamiento. ¡A esto es precisamente a lo que me refería!

—¡Bobby! —había gritado Flo—. ¡A mí también me atacaron! No fue culpa de Skar que estuviéramos en el sitio equivocado en el momento equivocado.

—¡Nunca lo es! —había exclamado Bobby antes de meterse en su dormitorio y cerrar de un portazo.

Gabriel estaba hecho polvo e intentaba disculparse cada vez que veía a Skandar y a Flo. El día antes de la Fiesta del Fuego, incluso se les acercó a lomos de Valor de la Reina cuando se suponía que tenían que estar conjurando lanzas llameantes. Si ya era difícil modelar la punta de la lanza, pequeña y ligera como una daga, la larga asta era aún más complicada. El fuego era el elemento más volátil, y a algunos jinetes les estaba resultando imposible mantener bajo control la magia de aquel elemento; las lanzas perdían su forma o se apagaban por completo. Skandar se puso nervioso al levantar su propia lanza, con el rugir y el crepitar de la magia del fuego a todo volumen junto a su oído. Aunque por lo menos la magia le mantenía las manos calientes.

—De verdad que lo siento —se disculpó Gabriel por enésima vez—. Ojalá supiera cómo ocurrió.

—Y yo —musitó Mitchell, mientras Roja echaba la cabeza atrás y eructaba ceniza al extremo puntiagudo de su arma llameante, que se apagó con un chisporroteo—. Eso que pasó contigo, Gabriel... Estoy seguro de que es algo que tiene que ver con la perturbación de los elementos. No puede ser una casualidad porque...

Skandar acabó la frase por él:

—No crees en las casualidades.

Ahora que Mitchell había aceptado que la perturbación de los elementos estaba ocurriendo, también había tenido que aceptar a regañadientes que la canción veraz la había profetizado. Daba la impresión de que aquello, en cierto modo, lo había sacado de quicio, y había empezado a visitar a Jamie cada vez con más frecuencia para freírlo a preguntas sobre bardos, canciones y el ataque de Gabriel.

Skandar, sin embargo, pensaba que la obsesión de Mitchell con el misterio podría estar más relacionada con la nueva carta contundente que había recibido de su padre.

Ira Henderson sólo le había escrito unas cuantas líneas: primero

para que «no se relacionara con el diestro en espíritu», y luego para enumerar los diez tipos de arma distintos que Mitchell debería saber conjurar ya si algún día quería llegar a ser comodoro. Desde entonces, Mitchell había estado echando horas extra de entrenamiento por su cuenta.

—Ahora al menos mi padre nos presta atención a Roja y a mí —le había dicho a Skandar una noche que había regresado tarde a casa del campo de entrenamiento—. Y tiene un sueño para mí. El año pasado habría matado por algo así.

—De verdad, Gabriel, no es en absoluto culpa tuya —gruñó Skandar, intentando que Gabriel se marchara para poder concentrarse en mantener la lanza en equilibrio.

—Pues a mí me da la sensación de que sí lo es. Si puedo hacer algo por vosotros, lo que sea, dímelo.

Pero Skandar ya no le prestaba atención, porque estaba oyendo la voz de Bobby:

—¿Por qué ha tenido que ocurrirle precisamente a un diestro en tierra? —le decía la joven jinete a su nuevo amigo, Ajay—. Se toma tan en serio eso de la posesión que resulta agotador. Si hubiera sido un diestro en aire, ya haría días que se habría olvidado del tema.

Skandar sintió una punzada de celos. Antes Bobby le decía esas cosas a él. Pero por desgracia el ataque de Gabriel no estaba sirviendo precisamente para demostrarle que Skandar era capaz de pasar desapercibido. De hecho, ¡estaba recibiendo más atención que nunca! No importaba que hubiera sido una de las víctimas, la gente pensaba que, de algún modo, estaba detrás de la posesión. Y esa teoría se iba consolidando cada vez más, porque Gabriel no dejaba de repetirle al primero con el que se cruzaba lo que les había dicho a los monitores: que aquella noche había sentido un extraño deseo de matar, como si un unicornio salvaje lo hubiera poseído. Los rumores sobre la Tejedora seguían yendo de boca en boca. Y, por supuesto, el otro rumor que gozaba de popularidad era que, como diestro en espíritu, Skandar tenía el poder de hacer que los unicornios salvajes poseyeran a los jinetes. Aquello se estaba propagando hasta tal punto que los cascarones huían de él a voz en grito. Llegados a ese extremo, lo único que impedía que Skandar perdiera los estribos era la idea de escaparse a una reunión de la Sociedad Peregrina a la tarde siguiente.

—¡LANZA! —gritó el monitor Anderson.

Dieciocho lanzas en llamas sobrevolaron la tierra abrasada del campo de entrenamiento de fuego. La mayoría cayeron a pocos metros de distancia, aunque, después de la de Flo, Puñal bramó expulsando una columna de llamas bastante inquietante. Sin embargo, la lanza de

Bobby salió disparada hasta casi alcanzar el pabellón rojo, al otro lado del campo.

—¿Cómo has conseguido exactamente que la tuya haga eso? —le gritó Mitchell.

Bobby se encogió de hombros.

—Le di alas.

Y era del todo cierto porque, a medida que la lanza fue apagándose hasta desaparecer entre la hierba, Skandar atisbó tres plumas ardientes en el extremo del asta, idénticas al extremo de una flecha.

Todo el nuevo grupo de amigos de Bobby la felicitó. Él conocía a Mariam porque también era continental, pero los otros dos eran un diestro en fuego que se llamaba Ajay y un diestro en aire que se llamaba Charlie. Eran los tres que quedaban del cuarteto de Lawrence, un diestro en aire al que habían declarado nómada el curso anterior. Skandar casi no podía soportar los comentarios de admiración de sus nuevos amigos. ¿Es que Bobby estaba intentando unirse a su cuarteto o algo por el estilo? ¿Ocupar el lugar de Lawrence?

El monitor Anderson aplaudió a Bobby y a Ira del Halcón, y su risa resonó por todo el campo.

—Eso es, una invención creativa como ésa es la que puede haceros ganar una justa.

Skandar vio que Bobby se inclinaba en una sarcástica reverencia, y Halcón hizo ojitos con sus pestañas perfectamente rizadas.

—La echo de menos —dijo Flo, suspirando, que también estaba mirando a su amiga—. Sin ella no es lo mismo.

—Tres personas no son un cuarteto —afirmó Mitchell sin rodeos.

—Ha tomado una decisión —dijo Skandar con aspereza.

Pícaro se estremeció al sentir a través del vínculo la irritación de su jinete.

—Sé que estás enfadado con ella, pero míralo desde el punto de vista de Bobby —intercedió Flo—. Está acostumbrada a ser la mejor. Está acostumbrada a ser el centro de atención y a estar al mando.

—¡Es la mejor! ¡Ganó la Prueba de los Principiantes! ¡Y siempre está al mando! —exclamó Skandar—. Yo no pedí ser el único diestro en espíritu que se está entrenando en la Isla.

—De algún modo, sí que lo hiciste —repuso Flo con delicadeza—. Y sin duda tomaste la decisión acertada, pero a Bobby le cuesta vivir eclipsada por ti. Sólo tienes que darle un poco de tiempo.

Skandar prefirió cambiar de tema.

—¿Has tenido más noticias del Círculo de Plata? —Estaba desesperado por averiguar si el nombre de Kenna aparecía en los registros de los diestros en espíritu. Desde que Flo había accedido a

ayudarlo, habían estado planeando cuál era la mejor forma de colarse en el Bastión de Plata. Ahora la única pieza que faltaba era la fecha de la próxima reunión de Flo.

—Esta mañana he recibido una carta.

No tenían que hablar en voz baja, porque los demás pichones estaban, como de costumbre, guardando las distancias con Skandar y Pícaro.

Flo respiró hondo.

—Por lo visto, va a celebrarse una especie de gran acontecimiento en el Bastión a finales de noviembre, y todo el Círculo de Plata tiene que asistir.

—Bueno, pues es perfecto —dijo Mitchell, satisfecho—. Jamie ya está totalmente recuperado, de modo que tendrá tiempo de sobra para hacerme el disfraz. Así podré colarme y esconderme en la biblioteca de los centinelas para mirar los registros. Luego Flo vendrá a buscarme cuando acabe ese «gran acontecimiento», y nos iremos juntos. Facilísimo.

—Me siento fatal por pediros a los dos que hagáis algo así —dijo Skandar por milésima vez.

Flo trató de tranquilizarlo.

—Queremos hacerlo.

—A estas alturas aparecen nuevos unicornios salvajes muertos prácticamente todas las semanas —dijo Mitchell muy serio—. ¿Y si el unicornio de Kenna es el siguiente? Tenemos que averiguar si estaba predestinada a ser jinete, y luego...

Skandar volvió a acabar la frase por él:

—Averiguar con seguridad quién está matando a los unicornios salvajes.

—Y por qué —añadió Mitchell.

Skandar tragó saliva.

—Sea como sea, debemos detenerlo.

«O detenerla», pensó para sus adentros, sin poder evitarlo.

Flo suspiró.

—Os lo digo en serio, creía que nuestro segundo año en el Nidal sería un poquito más tranquilo.

—Sí —convino Mitchell, sin dejar de mover los ojos detrás de las gafas—. Yo también me esperaba menos peligros mortales.

Al día siguiente, con el inicio de noviembre, llegó también la Fiesta del Fuego. Skandar no iba a ir. Dado que los grinos no creían en la separación de los elementos, tampoco eran muy forofos de las fiestas elementales, así que Rickesh había programado una reunión para esa

misma tarde. Aunque Skandar sospechaba que, en parte, también lo había hecho por el bien del diestro en espíritu que se había sumado a la Sociedad Peregrina.

En su última sesión, cuando acabaron de practicar unos descensos en picado que ponían la piel de gallina, Skandar les había confiado al resto de los grinos que las miraditas y los murmullos a su alrededor estaban empeorando. Seguían apareciendo cadáveres de unicornios, y el *Heraldo del Criadero* contaba ahora con una sección dedicada al tema: «La venganza de la Isla.» Por el momento, había informado de bosques enteros que entraban en combustión en la zona del fuego, de inundaciones en la zona del agua y de tornados que causaban estragos por toda la zona del aire. Cuatropuntos, el Nidal y el Criadero se habían librado por ahora, aunque también estaba, cómo no, lo que le había ocurrido a Gabriel...

—Si alguien te da problemas, ¡le parto la cara! —había declarado Patrick.

—Qué violento eres siempre —lo había reprendido Prim, levantando la vista de su bomba de insulina. Hacía poco le había contado a Skandar que tenía diabetes de tipo uno, justo antes de birlarle uno de los muñequitos de gominola de Pícaro para corregir su bajo nivel de glucosa.

—Qué poco sutil eres siempre —le había dicho Fen a Patrick—. Yo simplemente lo habría empujado desde uno de los puentes colgantes. Silenciosa. Mortal. Eficaz. —La jinete hizo crujir los nudillos helados.

Skandar se había conmovido sinceramente, si bien había quedado un poco impresionado.

—Os lo agradezco mucho. Aunque no creo que asesinar a mis enemigos vaya a mejorar mi reputación.

—Nosotros cuidamos de los nuestros, Skandar. —repuso Rickesh guiñándole un ojo—. Pero, vaya, qué casualidad lo de la próxima reunión... Coincide con la Fiesta del Fuego.

—Ah, ¿en serio? —se había quejado Adela—. Tenía medio planeado ir con mi novia.

Prim prefirió ignorar el comentario.

—Buena idea, Ricki. ¿Para qué ir, si no hacemos ninguna exhibición? —Se encogió de hombros, lanzándole una miradita a Skandar.

—¿Cuándo haremos una exhibición? —había preguntado Skandar nervioso.

—En la Copa del Caos, pero no te agobies... Tú no participarás. Dejamos a los pichones fuera —le había explicado Rickesh—. Las exhibiciones son un poco a cambio de que los monitores no nos

cierren la sociedad por ser demasiado peligrosa. Hacemos la exhibición, todos los peces gordos de la Isla se quedan impresionados con nuestras habilidades, y el Nidal nos deja tranquilos.

Así que aquella tarde Skandar no se puso en camino a la Fiesta del Fuego junto con los demás jinetes del Nidal, que cambiaron la chaqueta verde por la roja para ir a juego con el color de la nueva estación elemental. Bobby se marchó antes para encontrarse con Mariam, Ajay y Charlie, y luego Mitchell y Flo salieron juntos, diciendo que se pasarían a ver a Jamie para comprobar cómo le iba con el disfraz que Mitchell usaría para colarse en el Bastión. A Skandar aquello le hizo pensar en Kenna, así que decidió intentar escribirle una carta a su padre. Ese mismo día había hecho un dibujo de Pícaro en pleno vuelo, y creyó que a su padre le gustaría tenerlo. Se arrellanó en uno de los puf pera de la casa del árbol para llevar a cabo la tarea más difícil: redactar las palabras de la carta.

Querido papá:

Gracias por escribirme. Espero que estés bien y que en el trabajo te vaya bien. ¿Puedes decirle a Kenna que me acuerdo de ella, que la echo mucho de menos y que estoy intentando hacer mejor las cosas? Es lo único que puedo decir por el momento, pero te prometo que pronto escribiré para contarte más cosas... y cuando los dos vengáis de visita a final de curso, os lo contaré todo.

Te quiero.

Un beso,

Skar

Media hora más tarde, el resto de la Sociedad Peregrina recibía a Skandar y a Pícaro con saludos y sonrisas, todos excepto Amber, claro, que apenas le prestaba atención en sus reuniones semanales.

—¿Algún problema? —Patrick levantó una ceja con malicia.

—Esta noche no. —Skandar sonrió y le chocó los cinco. Solía hacer esas cosas con los grinos. Allí arriba se sentía una persona totalmente distinta: llena de confianza y segura de sí misma; pero era algo más que eso. Allí encajaba. Era igual que todos los demás. Les encantaba volar, como a él. Les interesaban los aleteos por minuto y las velocidades máximas, como a él. Suponía que era lo mismo que sentirían las personas del Continente cuando pertenecían a un equipo de fútbol o a un club de lectura, aunque, claro, en el suyo había cabriolas temerarias y unicornios mortales.

Hoy iban a practicar las acrobacias ecuestres. Rickesh voló con Guerrera de las Mareas y se situó a unos doscientos metros de distancia de la Plataforma del Crepúsculo. Guerrera aleteó en el aire mientras él conjuraba su elemento aliado para crear un aro de agua espumosa. Por parejas, los grinos avanzaron a velocidades increíbles

hacia el aro, compitiendo por ser el primero en atravesarlo. El soplido de sus alas era tan fuerte que hacía vibrar el aire alrededor de la plataforma, llegando incluso a hacer susurrar las hojas de los árboles que había debajo. Cada jinete tenía que llevar a cabo una acrobacia temeraria al pasar por el aro: cuanto más descabellada, mejor. Rickesh les había contado la historia de un antiguo ganador de la Copa del Caos famoso por emplear aquel tipo de acrobacias en las batallas aéreas, aunque Skandar sospechaba que los grinos las hacían sobre todo porque eran divertidas... y bastante peligrosas.

Por el momento, los tres mejores habían sido los siguientes: Adela, que había atravesado el aro sentada de espaldas en la montura, con el pelo humeante enroscándose en ella mientras saludaba hacia la plataforma; Fen, que se había tumbado de lado en perpendicular a la silla de Escarcha Eterna, con las piernas y los brazos rectos como una flecha, y Marcus, que le había aflojado la cincha a Órbita de la Tormenta de Arena para que la silla le cayera debajo de la panza —con Marcus todavía sentado en ella—, de modo que él pudiera cruzar el aro cabeza abajo.

Pícaro observaba a las parejas de unicornios con ansiedad e impaciencia, y los ojos le pasaban del negro al rojo mientras seguía sus proezas. Skandar sabía que al unicornio le gustaba tanto como a él ser miembro de aquella sociedad.

A continuación, por ser los más jóvenes, llamaron juntos a Skandar y a Amber.

—¡A ver si alguno de los dos es capaz de igualar la acrobacia de Marcus! —gritó Rickesh.

Skandar tiró de las riendas de Pícaro para evitar que despegara inmediatamente. Amber se enfrentaba a un problema similar con Ladrona Torbellino, aunque eso no le impidió burlarse de él:

—Sabes que el único motivo por el que tienes una montura Shekoni es porque Flo está en tu cuarteto, ¿verdad?

Skandar le hizo una mueca.

—Venga ya, supéralo, Amber. La Ceremonia de las Monturas fue hace meses.

Pícaro quiso morder a Ladrona, y su saliva salió volando por todas partes. Saltaba a la vista que su reciente amistad no pasaba por dejar ganar al otro unicornio.

Amber probó con otra táctica.

—He visto que Bruna ya no se junta contigo. Apuesto a que echa humo por las orejas porque tú has entrado en la Sociedad Peregrina y ella no. Por una vez tiene razón, es una vergüenza.

—Pues mira, yo estaba pensando lo mismo de ti —contratacó

Skandar mientras Rickesh gritaba:

—Pichones, ¡YA!

Skandar no estaba preparado, pero Pícaro sí. El joven jinete se tambaleó hacia delante en la montura, hundiendo las manos con desesperación en las crines de su unicornio y rechinando los dientes contra el viento gélido. Se agazapó y Amber hizo lo propio, con su pelo castaño flotando detrás de ella. Lo único que Skandar podía pensar era: «Tengo que ser más rápido. Tengo que ganar. Tengo que hacerlo.»

Pícaro no había volado tan rápido en toda su vida, sacudía las alas tan deprisa que las plumas negras se volvieron borrosas. Skandar sentía los músculos del unicornio hinchándose bajo sus piernas y casi saboreaba a través del vínculo su desesperación por ganar. El aro de agua de Rickesh estaba ya a pocos metros, y él sabía que no podía esperar más para hacer la maniobra que había planeado. Con cuidado, apoyó un pie encima de la montura, luego el otro. Se agachó, aferrándose a la perilla delantera primero y soltando las riendas por completo, y después fue poco a poco poniéndose de pie. Se agarró a las rodillas, levantó un brazo hacia un lado, luego el otro...

—¡SÍ! —gritó, y Pícaro chilló con entusiasmo.

Los grinos los vitoreaban desde la plataforma. Lo había logrado. Iba de pie sobre la montura, con las alas de Pícaro agitándose a los lados. La adrenalina le bombeaba a través de todo el cuerpo, nunca se había sentido tan vivo. El aro de agua estaba justo delante. Faltaban muy pocos metros y de repente...

Ya no estaba.

Rickesh y Guerrera de las Mareas le cortaron el paso, encabritándose en el aire, con esquirlas de hielo que salían disparadas de la palma del jinete directamente hacia los pichones competidores. Pícaro reaccionó a la velocidad del rayo, descendiendo en picado bajo los enormes cascos de Guerrera, y Skandar salió despedido aunque, por suerte, volvió a caer encima de la montura. Aun así, al esquivar una ráfaga de agua de la pata izquierda de Guerrera, Skandar vio la cara de Rickesh y se le heló la sangre. El comandante de los grinos tenía los ojos en blanco... Igual que le había pasado a Gabriel. Parecía estar poseído.

¡CATAPUM!

Ladrona Torbellino no había reaccionado a tiempo para cambiar la trayectoria y se había estampado contra el hombro izquierdo de Guerrera de las Mareas. El ruido de las dos musculosas bestias al colisionar retumbó por toda la bóveda verde del Nidal. Guerrera mordió con rabia el cuello de Ladrona, que chillaba y lanzaba ráfagas

de elementos a aquella unicornio más grande que ella, pero Rickesh y la suya no cejaban en el ataque. En medio de la refriega, Amber salió despedida de lado, despegándose por completo de su montura Nimroe...

Y entonces empezó a caer.

Ladrona Torbellino intentaba con todas sus fuerzas seguir volando tras su jinete, gritando y bramando, pero era incapaz de escapar de las fauces de Guerrera. Los unicornios saben que su misión más importante es que jamás de los jamases deben permitir que su jinete caiga al suelo. Aun así, Amber Fairfax caía y caía.

Los demás grinos entraron en pánico al verla descender en picado hacia la bóveda del Nidal, a grito pelado; Fen y Adela montaron en sus unicornios, pero Skandar sabía que no llegarían a tiempo. Pícaro también lo sabía, y Skandar lo percibía a través del vínculo, así que, sin pensárselo dos veces, se lanzaron tras la silueta en caída libre de Amber, bajando tan deprisa que a Skandar le pitaban los oídos. Pensó que la cabeza iba explotarle.

Y entonces, milagrosamente, consiguieron situarse debajo de Amber. Pícaro estiró el cuello negro para que la jinete chocara con él y se deslizara hacia atrás contra el pecho de Skandar.

Amber perdió la conciencia en el acto. Quedaría magulladísima por el impacto, pero estaba viva.

La subieron volando hasta la Plataforma del Crepúsculo, Pícaro resoplaba por el esfuerzo del descenso en picado y la doble carga. En silencio, anonadadas, Fen y Adela se acercaron para levantar a una Amber inconsciente del lomo de Pícaro. Ladrona cruzó al trote la plataforma hasta llegar a su jinete, y Pícaro chilló angustiado en dirección a la unicornio castaña.

Skandar fue el primero en reaccionar.

—¡¿Dónde está Rickesh?!

Adela lo señaló. Descansaba apoyado en el costado de Guerrera, al otro lado de la plataforma, y la ola de su melena le caía lisa mientras Marcus y Patrick le ataban las manos detrás de la espalda.

Prim se estaba disculpando:

—A ver, sé que eres nuestro comandante, pero no podemos jugárnosla. Yo soy la segunda al mando, y esto es lo que he decidido que hay que hacer. Pero sólo hasta que estemos seguros de que...

—¡No hace falta que hagáis eso! —Skandar se apresuró hasta ellos —. Sé lo que ha ocurrido.

—Skandar, no sé si es... No sé si yo soy... seguro... —gruñó Rickesh.

Skandar se fijó en una quemadura que Rickesh tenía en su brazo

moreno, a consecuencia de la batalla con Ladrona. El brillo y el buen humor se habían esfumado de sus ojos. Ahora sólo había miedo.

—Me ocurrió lo mismo el otro día —explicó el joven jinete—. Gabriel, un pichón diestro en tierra, nos atacó a mí y a mi amiga. Dijo que había sentido que deseaba sangre, como si un unicornio salvaje se hubiera apoderado de él.

Rickesh tragó saliva.

—Lo que me ha poseído no era un unicornio salvaje. Era Guerrera de las Mareas. Estaba en mi cabeza, enviando esas... esas sensaciones al vínculo. Sé que era ella.

Skandar intentó disimular su asombro.

—¿Estás diciendo que tu propia unicornio te ha poseído?

—Ésa es la sensación que me ha dado.

—Gabriel ya está bien —trató de tranquilizarlo Skandar—. Pero mi amigo Mitchell piensa que esta historia de la posesión está relacionada con las perturbaciones elementales.

—¿Crees que me ha pasado esto por lo de los unicornios salvajes que están matando?

—Es posible. Aunque es sólo una teoría —respondió Skandar, hablando como Mitchell.

Rickesh volvió a desplomarse sobre el costado de su unicornio.

—Esto no puede estar ocurriendo. ¡El Nidal no puede tener a jinetes poseídos en pleno vuelo! ¿Y qué me dices de los plateados? La fuerza de su magia combinada con... con... —Se interrumpió—. Y tenemos una en el Nidal, ¿verdad? ¿Florence Shekoni? Morirán jinetes. Morirá un montón de gente. Me he asustado mucho, Skandar. No tenía ningún control. Quería matar a Amber, a Ladrona, a ti, a Pícaro... A todo el que se me pusiera por delante.

Skandar no supo qué decir.

—Alguien tiene que detener a ese asesino de unicornios salvajes —musitó Rickesh—. De otro modo nos echarán a todos de aquí. A todos los grinos.

Skandar estaba a punto de preguntar a qué se refería, pero Prim lo apartó a empujones para examinar la quemadura del brazo del comandante.

Mientras se preparaba para montarse en Pícaro y marcharse, Amber se le acercó con sigilo y le susurró al oído.

—¿No te parece superraro que, las dos veces que ha habido un jinete poseído, tú estuvieras allí?

—Supongo que tengo mala suerte y ya está —respondió Skandar, aunque pensó de inmediato en lo que Bobby le había dicho: «¡Necesito hacer otros amigos, pasar tiempo con gente que no tenga que

preocuparse por profecías musicales y que no arrastre a sus amigos a una nueva misión cada cinco minutos!» Y ahora el jinete poseído era alguien de su entorno. Otra vez.

Amber se rio por lo bajini y se subió a lomos de Ladrona.

Skandar montó en cólera. ¡Todo aquello no era culpa suya! ¿Cómo podía alguien pasar de inconsciente a insoportable en apenas unos segundos?

—¿Sabes? Creía que te habías acercado a darme las gracias por salvarte la vida. Pero no, sólo estás acusándome de algo que no he hecho. Como siempre.

—Perdona, pero el año pasado te acusé exactamente de lo que estabas haciendo. ¡No irás a echarme la culpa por tener razón! —Amber parecía furiosa—. ¿Y quieres que yo te dé las gracias a ti? ¡Has metido a mi padre en la cárcel! ¡Por tu culpa todo el mundo sabe que es diestro en espíritu! Por tu culpa mi madre ahora está siempre enfadada...

Skandar lo comprendió de repente.

—Por eso no te he visto por ahí con tu cuarteto, ¿verdad? Te han dejado tirada por lo de tu padre.

—¡No me han dejado tirada! —afirmó con furia, aunque la voz le tembló—. Te lo advierto, Skandar Smith, si posees a cualquier otra persona...

—¡No soy yo!

—Si estás presente cuando cualquier otro jinete se ponga en plan asesino, no tendré más remedio que denunciarte al Círculo de Plata.

—¿Me estás amenazando?

—Por supuesto —respondió Amber con voz dulce, mientras Ladrona Torbellino despegaba de la Plataforma del Crepúsculo y ambos se alejaban volando.

La víspera del día en que Flo y Mitchell planeaban infiltrarse en el Bastión de Plata, Mitchell y Skandar fueron juntos a Cuatropuntos a recoger el disfraz que había preparado Jamie. Como mejores amigos, Pícaro y Roja se pasearon uno al lado de la otra por la calle comercial más importante de Cuatropuntos. Skandar no acababa de acostumbrarse a que Roja se portara tan bien y fuera tan limpia: hacía siglos que no eructaba ceniza o prendía fuego a un pedo, y no llevaba ni un solo pelo llameante mal peinado. El joven jinete imaginaba que Roja debía de haber comprendido de algún modo que Mitchell se moría de ganas de complacer a su padre, pero no podía evitar pensar que la unicornio rojo sangre parecía un poco más triste. Como si le leyera el pensamiento a su jinete, Pícaro resopló y le lanzó unos

cuantos cristales de hielo a Roja. Normalmente los habría derretido rápida como el rayo, con ganas de juego, pero en esta ocasión se limitó a dejar que se deshicieran sobre su reluciente pelaje rojo. Skandar sintió que la decepción de Pícaro hacía vibrar el vínculo, y entendió que él también echaba de menos a la Roja de antes.

—¡Oooh, Capítulos del Caos! —exclamó Mitchell mientras frenaba a Roja delante de la librería.

Skandar suspiró.

—¿No se supone que hemos quedado con Jamie?

—Tenemos tiempo. Y le he encargado a Craig un libro especial sobre justas. Es un libro nuevo, y he pensado que a lo mejor impresionaba a mi padre si aprendía algunas de las nuevas formaciones de armas que incluye.

Skandar sabía que era imposible apartar a Mitchell de una librería, sobre todo de una con cuyo propietario tenía tanta confianza, así que desmontaron y ataron los unicornios a unas ramas bajas cerca de la puerta. Le dio a Pícaro uno de los pocos muñequitos de gominola que le quedaban para disculparse, y el unicornio le acarició la mano como diciendo que no pasaba nada.

Una campanilla sonó encima de la puerta cuando entraron. Otro cliente mantenía una animada conversación con Craig el librero, así que Mitchell se puso a enseñarle a Skandar los libros que ya había leído y a hacerle breves reseñas, a veces bastante hirientes: «De verdad, en éste hay menos hechos probados que en una canción veraz» o «¡Habría sido mejor consultar uno de tus Cromos del Caos antes que leer este ejemplar!».

—Ah, éste sí que es bueno —dijo Mitchell de pronto, mientras sacaba de la estantería un libro titulado *Más allá de la biblioteca*—. Aunque me metió en bastantes líos cuando era pequeño.

—¿Cómo puede un libro meterte en líos? —preguntó Skandar con curiosidad.

Como respuesta, Mitchell deslizó el dedo por la página del índice y señaló un capítulo titulado «Los trocadores de secretos».

—Cuando tenía unos diez años, mi abuela paterna se puso muy enferma. Mi padre se obsesionó con conseguir que mejorara, estaba convencido de que sería capaz de encontrar la forma de usar su magia del agua para curarla. —Mitchell suspiró y continuó—. Yo estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de ayudar a mi padre. Pensé que, si era yo quien lo ayudaba, todo iría mejor: mi abuela, la opinión que mi padre tenía de mí, la relación entre mis padres, que a esas alturas era ya... en fin, fría como el hielo. Así que empecé a investigar y descubrí la existencia de los trocadores de secretos. —Mitchell se estremeció,

pese al calorcito que hacía en la tienda—. Intercambian secretos, ya sabes. Tienen conocimientos que no están en las bibliotecas. Si les das un secreto lo bastante bueno, a cambio te darán la información que buscas. Un secreto por otro secreto...

—Entonces, ¿fuiste a verlos? —preguntó Skandar con impaciencia—. Las historias de su amigo eran siempre muy muy detalladas.

—Casi. —Mitchell se puso pálido—. Tenía un pie ya en la escalera, estaba a punto de trepar a su casa del árbol, cuando mi padre me pilló, me cargó encima del hombro... y me llevó así todo el camino hasta casa riñéndome sin parar.

—¿Por qué? ¿Por qué te regañaba? ¡Si sólo querías ayudar! —repuso Skandar, indignado.

—No había terminado el capítulo —explicó Mitchell, volviendo a meter *Más allá de la biblioteca* en la estantería—. No había leído la advertencia. Los trocadores de secretos no son buena gente, Skandar. Si les das un secreto falso, en fin...

—¿En fin qué?

—Pues que te matan.

Skandar se quedó tan impactado que no supo qué decir.

Al oír el tintineo de la campanilla, vieron que el otro cliente salía ya de la tienda. Craig saludó a Mitchell como a un viejo amigo, mientras Skandar intentaba no pensar en cómo te matarían exactamente aquellos trocadores de secretos y trataba de pasar desapercibido entre las estanterías de libros. Su última experiencia yendo de compras no había ido precisamente bien.

Sin embargo, para sorpresa de Skandar, Craig también lo saludó afectuosamente, diciéndole que, gracias a Mitchell, lo sabía todo sobre él y sobre Pícaro.

—Creo que tu encargo llegó ayer, Mitchell. Subid a mi casa del árbol. Tengo algo que también me gustaría enseñarle a Skandar.

Craig cambió el letrero de la puerta de ABIERTO a CERRADO, aunque Skandar no entendía cómo iban a subir a su casa desde allí; alrededor del tronco central no parecía haber ninguna escalera, estaba todo forrado de libros.

—¿Craig? —dijo Mitchell, con la misma cara de desorientado—. ¿Dónde está tu escalera?

El librero se echó a reír, y el moño que llevaba en lo alto de la cabeza se bamboleó peligrosamente. Cuando sonreía, parecía mucho más joven, tal vez sólo unos años mayor que Skandar.

—Ah, sí. Os gustará la historia. La construyó mi difunto padre. Estaba decidido a tener en la tienda el mayor número posible de libros... —Craig sacó de la estantería un ejemplar del *Tratado tentador*

sobre casas del árbol, metió la mano en el hueco que el libro había dejado y tiró de una palanca oculta. Con un «zuuum», algunas estanterías se fueron separando del tronco para formar una escalera en espiral que ascendía serpenteando hasta la casa del árbol del piso superior.

Mitchell no podía dejar de mirar el tronco, fascinado, con la boca abierta como una «o» perfecta. Mientras subían detrás de Craig, le preguntó a Skandar.

—¿Crees que podríamos construir una así en nuestra casa del árbol?

—¿Para qué?

—¡Para tener más libros! —insistió Mitchell.

—No estoy seguro de que a Bobby... —empezó a decir Skandar, pero la tristeza se comió el resto de sus palabras. Podía imaginar todas las cosas graciosísimas que Bobby diría si Mitchell intentaba llevar todavía más libros a la casa del árbol, pero sabía que no las oiría. Ahora se las contaría a otra persona.

Al llegar a lo alto de la escalera en espiral, entraron en otra estancia con todavía más libros que la librería. Craig puso a Mitchell a rebuscar entre sus entregas más recientes, y luego le hizo un gesto a Skandar para que lo acompañara hasta un escritorio situado en un rincón. Parecía viejo, pero muy cuidado, con la parte superior tapizada de cuero verde y volutas doradas en las esquinas.

—¡En cuanto Mitchell me habló de ti, lo único en lo que podía pensar era en lo difícil que debe de ser entrenarse en el elemento espíritu sin libros!

Skandar observó a Craig con curiosidad mientras se quitaba una llave que llevaba al cuello para abrir un cajón del escritorio.

—Pero luego me puse a reflexionar. Puede que los libros hayan desaparecido, pero no los conocimientos.

Skandar se sobresaltó. ¿Acaso Craig pretendía que escribiera lo que estaba aprendiendo con Agatha?

—¡Todavía no sé gran cosa! Acabo de empezar el entrena...

—No, no, me has malinterpretado —repuso Craig, sacando un montón de notas escritas a mano del cajón del escritorio—. El año pasado liberaste a los diestros en espíritu. Ellos poseen los conocimientos que había en muchos de esos libros... aquí arriba. —Se dio un toquecito en la cabeza—. No ha sido fácil dar con ellos, la mayoría de los diestros en espíritu viven ocultos porque todavía temen al Círculo de Plata. Pero se está corriendo la voz de que soy... en fin, una buena persona, y he estado hablando con ellos y anotando lo que recuerdan, recopilando sus historias.

—¡Eso es... es fantástico! —exclamó Skandar, incapaz de creer que aquel isleño de verdad quisiera ayudar a los diestros en espíritu—. ¿Puedo... puedo leer alguna?

Craig le entregó los papeles a Skandar.

—Por ahora no son más que apuntes, seguramente no entenderás gran cosa. Pero, en cuanto tenga más, voy a intentar convertirlo en un libro de verdad.

Craig fue en busca de Mitchell para ayudarlo, mientras Skandar intentaba descifrar la minúscula caligrafía del librero. La mayor parte era dificilísima de entender, pero mientras rebuscaba entre los papeles una palabra le llamó la atención.

«Zurcidor...»

Skandar llamó al librero de inmediato:

—¿Craig? ¿Puedes leerme una cosa?

Él se acercó corriendo, y Skandar le entregó la página.

—Ah, sí —asintió Craig—. Esto me lo contó uno de los diestros en espíritu más ancianos, que ha sido de gran ayuda.

El librero carraspeó y empezó a leer sus apuntes en voz alta:

—«Zurcidor: diestro en espíritu que posee la habilidad de vincular a un jinete con su unicornio predestinado, incluso después de que haya nacido salvaje. Los zurcidores confían en los sueños que comparten con su unicornio con el fin de identificar a los unicornios salvajes y a los jinetes que deberían haberse vinculado. En esos sueños, el alma del jinete en el sueño se sentirá atraída hacia el jinete perdido, y el alma del unicornio hacia el unicornio perdido. A través del vínculo, el jinete y el unicornio intercambian su lugar. Ésta es la parte más peligrosa porque, si en el sueño el alma del jinete se queda atrapada en el unicornio salvaje, el resultado suele ser la muerte.»

—¿La muerte? —dijo Mitchell con voz ronca.

Y Skandar pegó un respingo; no se había dado cuenta de que su amigo había cruzado la estancia hasta donde estaban ellos.

—¿Quieres saber más? —preguntó Craig.

Skandar asintió enérgicamente y Craig siguió leyendo:

—«Se recomienda contar con un áncora: una persona o cosa que devolverá al jinete a sí mismo en caso de peligro. Mientras que los zurcidores más veteranos pueden emplear su alma en el sueño para vagar con libertad y buscar jinetes perdidos, los zurcidores más jóvenes suelen sacar provecho si se concentran en un individuo concreto. Por norma general, cuanto más joven sea el jinete perdido, más fácil será el proceso zurcidor. Y cuanto más salvaje se vuelva el unicornio, más energía se necesitará para completar el vínculo imperfecto.» Interesante, ¿no? —dijo Craig cuando acabó de leer.

—Mucho —contestó Skandar, con la mente runruneando.

—¿No te parece increíble que Craig vaya por ahí recogiendo datos sobre los diestros en espíritu? —dijo Mitchell unos minutos más tarde, mientras seguían en dirección a la forja de Jamie—. Rebelde además de librero, nada lo detendrá.

Pero Skandar no podía dejar de pensar en las notas de Craig. «Cuanto más joven sea el jinete perdido, más fácil será el proceso zurcidor.» Menos mal que Mitchell y Flo iban a ir al Bastión de Plata al día siguiente. En cuanto supiera con certeza lo de Kenna, podría empezar con los sueños. ¿Cómo de difícil podría ser? Y mientras practicaba para llegar a dominar los sueños, podrían concentrarse en detener los asesinatos de unicornios salvajes para acabar con la perturbación de los elementos... Así protegerían al unicornio de Kenna y la Isla sería un lugar lo bastante seguro para que su hermana viniera...

—Skandar —dijo Mitchell, interrumpiendo sus pensamientos mientras desmontaban junto a la forja—. No vas a intentar lo de los sueños antes de hablar con Agatha, ¿verdad? La muerte, ha dicho Craig. ¡La muerte!

—No, por supuesto que no —respondió Skandar, aunque no lo decía en serio.

La forja a la que Jamie pertenecía tenía un tejado metálico inclinado, sostenido en las esquinas por cuatro grandes troncos de árbol. Skandar oía el golpeteo de los martillos, e incluso desde fuera podía notar el calor que desprendían las fraguas. De vez en cuando, se distinguía un destello de metal y luego un sonido sibilante mientras se enfriaba en una gran cuba redonda.

Jamie los fulminó con sus ojos bicolor, uno verde y otro marrón.

—Llegas tarde —le dijo a Skandar, frunciendo el ceño de su rostro moreno.

—¡Eh! ¡Mitchell también llega tarde!

—Da igual —repuso Jamie, y se sacó del gran bolsillo delantero de su delantal de cuero un objeto cubierto por una tela negra. Se lo pasó con cuidado a Mitchell, que, tras comprobar que nadie miraba, se atrevió a retirar el paño con cautela.

Y ahí estaba. El plan genial y, como siempre, totalmente temerario de Mitchell para colarse en el Bastión de Plata sin ser vistos: una réplica perfecta de una máscara de centinela.

Skandar le había entregado a Jamie un boceto detallado de una máscara, en parte de memoria y por la descripción de Flo, y en parte por haberle echado un vistazo a primeros planos granulados de

centinelas en antiguos ejemplares del *Heraldo del Criadero*. A regañadientes, Jamie había accedido a forjar la máscara en secreto. A diferencia de las máscaras de centinelas de verdad, aquélla no era de plata pura, pero el herrero se las había arreglado para encontrar una pintura gris plateada y barata que era casi indistinguible del material auténtico.

—¡Jamie, es increíble! —susurró Skandar.

—Sólo espero que sepáis lo que estáis haciendo —declaró Jamie con inquietud, haciéndole un gesto apremiante a Mitchell para que metiera la máscara en su alforja—. Conozco a algunos herreros que trabajan en el Bastión, y dicen que Manning está obsesionado con la seguridad. Además, ¿no notarán que eres... en fin, mucho más joven que la mayoría de los centinelas?

—Yo creo que no —respondió Mitchell con seguridad—. El año pasado entraron en el Bastión dos volantones a los que habían declarado nómadas. Emplearé uno de sus nombres si me preguntan. Lo tengo todo planeado.

—Da miedo lo relajado que está Mitchell cuando tiene un plan, por muy peligroso que pueda ser ese plan... —le murmuró Skandar a Jamie, que frunció el ceño de nuevo.

Mitchell no les hizo caso.

—A ver, se supone que cada vez que Flo entra o sale del Bastión tiene que avisar a un centinela para que la acompañe. A todos les parecerá lógico que yo, bueno, mi yo centinela, vaya con ella. Mi cara estará oculta detrás de tu fantástica máscara, y luego, cuando todo el mundo esté entrando en el estadio por el acontecimiento del Círculo de Plata, me colaré para mirar en los archivos. Será mucho más fácil que cuando nos colamos en la cárcel el año pasado.

Jamie no parecía muy convencido.

—Sé que quieres ayudar a Skandar a averiguar qué pasa con su hermana, pero prométeme que tendrás cuidado, ¿vale?

Las llamas del pelo de Mitchell se volvieron más brillantes.

—Te lo prometo, Jamie. No tienes por qué preocuparte.

Sintiéndose culpable por ser la causa de todo aquello, Skandar cambió de tema.

—¿Os habéis enterado de si la comodoro Kazama anda buscando al asesino de unicornios salvajes? ¿Creerá que es la Tejedora?

—¿No es lo que cree todo el mundo? —Jamie se pasó la mano por el pelo rubio rojizo—. Corre el rumor de que Nina se está tomando muy en serio la canción veraz. He oído que incluso está investigando lo del don del primer jinete, la posibilidad de que exista un arma que podría ser útil. Bueno, es lo que tiene que hacer, ¿no creéis? Se nota

que la Isla está enfadada, ¡todos pueden verlo!

—Oh, no, no, no... —empezó a musitar Mitchell—. Que alguien me tape, que alguien me tape, que alguien...

Pero ya era tarde. Ira Henderson avanzaba a grandes zancadas justo hacia ellos, y parecía furioso.

—¿Qué crees que estás haciendo dejándote ver por Cuatropuntos al lado de éste? —dijo Ira entre dientes, apuntando a Skandar con la barbilla.

—N-n-nada, padre. Sólo estaba...

—Skandar ha venido a verme a mí —intervino Jamie con firmeza, adelantándose hacia Ira—. Soy su herrero.

—Es verdad —dijo Skandar—. Mitchell nunca me habla, aunque compartamos habitación. Odia a los diestros en espíritu, cree que son basura, malvados y...

—He venido a Cuatropuntos a recoger un libro nuevo sobre justas, padre —se justificó Mitchell a toda prisa—. Mira, es nuevo y pensé que podría usar algunas de las armas en el torneo de justas.

Distraído, Ira Henderson bajó la vista hacia el libro; Skandar y Jamie empezaron a retroceder lentamente hacia la forja, con la esperanza de que el padre de Mitchell se hubiera tragado su improvisada historia.

—Me alegro de que te hayas tomado en serio mis cartas sobre el entrenamiento —dijo Ira más calmado—. Y Delicia de la Noche Roja también va muy arreglada —añadió con aprobación.

—Sí, claro. Sí, sí. Es verdad —la voz de Mitchell rebosaba de alivio.

—Me han invitado a comer en el patio del agua mañana. Vendrás conmigo.

Skandar y Jamie se miraron el uno al otro con los ojos abiertos de par en par. Flo tenía que estar en el Bastión antes de las doce.

—¿Tu... patio? ¿Yo...? ¿Mañana, a qué hora? —preguntó Mitchell con voz quebrada.

—Ven a buscarme a casa a las once. Habrá un montón de gente importante a la que quiero presentarte; entre otros, algunos miembros del consejo del agua del año pasado. Si quieres llegar a comodoro, Mitchell, tendrás que empezar pronto a hacer este tipo de contactos. Y seguir evitando al diestro en espíritu. —Lanzó una mirada muy significativa hacia la forja—. No me defraudes.

Y sin esperar a que su hijo respondiera, Ira prosiguió su camino a grandes zancadas por la calle, seguido por los destellos del agua de su trenza.

9

El Bastión de Plata

En el momento en que Ira le pidió a Mitchell que lo acompañara al patio del agua, Skandar supo que su plan para entrar en el Bastión de Plata estaba abocado al fracaso. Mitchell había cambiado mucho en el último año —para empezar, había llegado a la conclusión de que no todos los diestros en espíritu eran malos—, pero Skandar sabía perfectamente que no había ninguna posibilidad de que su amigo rechazara la invitación de su padre.

—No puedo decepcionarlo. Esto es importantísimo para él. De verdad que no puedo, lo siento muchísimo, Skandar... —seguía diciendo a la mañana siguiente cuando ya se marchaba para encontrarse con su padre—. Te veré esta tarde en el entrenamiento.

Skandar, además, nunca le habría pedido que no fuera con su padre al patio del agua, el lugar donde se entrenaban los mejores diestros en ese elemento. Entendía cuánto deseaba Mitchell que su padre se sintiera orgulloso... Y también cuánto miedo le tenía. Sabía que el diestro en fuego se arriesgaba a enfurecer a su progenitor todos los días por ser amigo de un diestro en espíritu.

Así que a Skandar se le ocurrió un nuevo plan.

—Flo, iré yo contigo.

—Eres un diestro en espíritu, Skandar. ¡No puedes colarte en el Bastión de Plata!

—Piénsalo un poco, Flo, plantéatelo sólo por un segundo —suplicó Skandar.

Sabía que era arriesgado y probablemente una estupidez, pero lo había estado rumiando durante toda la noche. Estaba convencido de que, en cuanto supiera que Kenna era claramente una diestra en espíritu perdida, los sueños de zurcidor se le aparecerían con facilidad. Según las notas de Craig, los zurcidores jóvenes tenían que

concentrarse en un solo individuo. Seguro que saber la verdad sobre Kenna ayudaría, ¿no? Seguro que así sería capaz de distinguir un sueño corriente de uno mágico...

—Si le tapamos la mancha a Pícaro y yo llevo la máscara, ¿cómo van a notarlo? Puede que no vuelva a haber otro gran acontecimiento en el Bastión este año, Flo. ¿Y si la Tejedora mata al unicornio salvaje de Kenna antes de que yo pueda protegerlo? ¿Antes de que haya aprendido a reparar su vínculo?

—¿Y qué me dices de Bobby y Halcón? —preguntó Flo a la desesperada.

—Sabes que ahora mismo no accederá. Es tarde. Tenemos que irnos dentro de diez minutos. Por favor, Flo. Por favor.

Su amiga respiró hondo, cerró los ojos y dijo:

—Tienes que hacer todo lo que te diga. Todo. Y es condición indispensable que volvamos antes de que anochezca. Esta noche tenemos una sesión de justas, ¿recuerdas?

Skandar se abalanzó sobre ella, aplastándola en un abrazo.

—¡Gracias, Flo!

—No lo hago por ti —dijo ella con voz apagada—, sino por Kenna.

Una hora más tarde, sin embargo, Skandar estaba al borde de las lágrimas. Flo y él estaban en la frontera de Cuatropuntos, a punto de entrar en la avenida de abedules plateados que llevaba hasta el Bastión de Plata, pero Suerte del Pícaro se negaba a que le taparan la mancha con betún negro para cascos. Se había negado incluso a dejarse sobornar con un muñequito de gominola, cerrando los dientes a cal y canto como forma de protesta.

—Lo siento mucho, chico, ¿vale? No hay ninguna otra forma. Por favor, ¿no puedes quedarte quieto un segundo? —Skandar miró angustiado a Flo—. ¿No puedo dejarlo aquí y ya está? Podría entrar andando...

—El centinela siempre entra conmigo montado en su unicornio, Skar.

—Tendría que haber venido con Roja —Skandar resopló, con las manos heladas por el frío de noviembre mientras intentaba hacer que Pícaro bajara la cabeza.

—No te habría obedecido —dijo Flo, temblando también de frío—. Probablemente habría intentado arrancarte una pierna de un mordisco.

—Pícaro, ¡por favoooor! —le suplicó Skandar a su unicornio negro, que intentaba morderle los dedos manchados de negro—. Sólo por hoy, te lo prometo. ¡No será como el año pasado! ¡Te lo limpiaré en cuanto salgamos!

—Skar —Flo le tocó el brazo con tanta suavidad como una pluma de unicornio—. Sujeta a Puñal, ¿vale? Deja que lo intente yo... Tú estás demasiado alterado.

Después de unos cuantos intentos, Flo se las arregló por fin para ponerle a Pícaro suficiente betún en la cabeza como para tapar su alargada mancha blanca.

—No era para tanto, tontito —dijo Flo, acariciándole el cuello sudoroso a Pícaro.

Skandar se limpió furiosamente las lágrimas de las mejillas. Odiaba pelearse con Pícaro. Y también odiaba ver su marca de espíritu oculta, como si de nuevo fingieran estar aliados con el agua. Pero todo aquello merecería la pena si lograba averiguar que Kenna era diestra en espíritu. Ya había defraudado antes a su hermana por no contarle la verdad, ahora se daba cuenta, pero iba a arreglar las cosas.

Flo parecía muy angustiada. Odiaba romper las normas, y meter de extranjis a un diestro en espíritu en el Bastión de Plata era lo más ilegal del mundo. El paseo por Cuatropuntos tampoco la había tranquilizado mucho. Durante la noche se había producido más destrucción en las zonas, y por las calles deambulaban un montón de isleños perdidos y cansados, después de haber huido a la capital. Flo había dirigido a unas cuantas familias hacia el taller de su padre, asegurándoles que allí podrían calentarse y secarse.

Al entrar en la avenida del Bastión, Flo respiró hondo, pero no dijo nada. Luego se volvió hacia su amigo.

—¿Skar?

—¿Sí?

—Sé que hablamos mucho de unicornios salvajes y de las perturbaciones de los elementos, pero casi nunca me cuentas nada de ella, de tu madre.

Skandar tragó saliva.

—¿Te refieres a la Tejedora?

—También es tu madre, Skar. Y creo que quizá te vendría bien hablar más de eso.

—¿Para qué? —replicó Skandar a la defensiva—. Mi madre está viva y es la mala de la película. No hay mucho más que decir.

Flo negó con la cabeza y Puñal resopló debajo de ella.

—Eso no es cierto, hay mucho que decir. Te mintió a ti, a tu hermana, a toda tu familia. Y todas esas mentiras, todo ese daño, no van a irse así sin más. Y hay muchísimas más cosas que no sabes, especialmente por qué os abandonó.

—Con lo que sé me basta —repuso Skandar con frialdad.

—Lo único que digo es que, si te guardas todo lo de tu madre en la

cabeza, en el corazón, no podrás confiar en nadie nunca más. Si quieres hablar, aquí me tienes.

Skandar pensó en Bobby. En cómo le dolía que «echara ramas por otro lado». «Tal vez sea mejor no confiarle a nadie tus verdaderos sentimientos», pensó, aunque en voz alta dijo:

—Gracias.

Su amiga miró de repente hacia delante.

—Será mejor que te pongas la máscara. En cuanto salgamos de los árboles, estaremos a la vista de todos. —Su insignia dorada de diestra en tierra le relució en el pecho al reflejar la luz del sol, al otro lado de la hilera de árboles.

Skandar metió la mano en la alforja y desenvolvió la máscara de centinela, que emitió un destello cuando se pasó las correas por detrás de la cabeza. Justo antes de bajársela para taparse la cara, dijo:

—Y gracias también por hacer esto, Flo.

—¡Ja! Dame las gracias cuando salgamos vivos de ésta.

—Lo digo de verdad. Sé cuánto odias estas cosas.

—Mucho. —Flo sonrió—. Pero tú tienes algo que me empuja a ser más valiente.

Cuando salieron de la avenida, Skandar no se sentía lo que se dice muy valiente. La mole del Bastión se alzaba ante ellos, tapando por completo el horizonte. Le recordó a una carpa de circo, aunque sin las simpáticas rayas de colores ni las risas de los niños. El centro del Bastión era una torre alta y plateada con el extremo superior lleno de pinchos. De un lateral salían unas planchas metálicas que creaban un dosel de bordes afilados como cuchillas, sostenido también por unos pinchos enormes y largos.

—Ahí es donde va a celebrarse el acontecimiento del Círculo de Plata de hoy —le susurró Flo mientras se acercaban a lomos de sus unicornios—. También nos entrenamos en ese estadio, debajo del techado. Brilla tanto que puedes ver el reflejo de tu unicornio.

Pero antes de acercarse siquiera al estadio, o al resto de edificios que se alzaban dentro del Bastión, había un muro perimetral que dejaba muy claro que las visitas no eran bienvenidas. Unos enormes discos plateados, que a Skandar le recordaron a las formaciones de escudos romanas que había estudiado en las clases de historia cuando vivía en el Continente, se superponían como escamas para formar la muralla. Detrás de los gigantescos escudos, que estaban incrustados en el suelo, no había ningún centinela. Parecían muy sólidos. Inamovibles. Era como un campamento militar listo para la batalla. A medida que Pícaro se acercaba, Skandar se fijó en que, en el centro de todos los escudos circulares, sobresalía un símbolo elemental distinto:

fuego, agua, aire y tierra. Por supuesto, el elemento espíritu brillaba por su ausencia.

—¿Qué es lo que esperan? ¿Una guerra? —murmuró Skandar, con la voz amortiguada detrás de la máscara.

—Chist —susurró Flo, mientras sus ojos marrones escudriñaban el muro en busca de algo.

—Pero ¿cómo se entra? ¿Dónde está la entrada?

—Ponte detrás de mí y sígueme —de repente su voz sonó más severa—. No digas nada. Ni una palabra.

Flo y Puñal se aproximaron al imponente Bastión de Plata, enmarcado ahora por los orificios de los ojos de la máscara de Skandar.

Daba la sensación de que la pareja plateada se sentía allí como en casa, pero Skandar se estremeció de pavor al recordar el juramento que Flo había hecho ante el Círculo de Plata, «su bando siempre será el contrario del tuyo...», y nunca antes lo había sentido tan intensamente como ahora, mientras ella y su unicornio trotaban con seguridad hacia aquella fortaleza plateada que un diestro en espíritu como él debería haber evitado a toda costa.

Puñal se paró en seco delante de uno de los escudos, con sus alas plateadas brillando al sol de la tarde. Skandar se fijó en que aquel escudo en concreto tenía una pequeña rejilla en el centro, en vez de un símbolo elemental. Flo se inclinó hacia delante sobre su montura Martina y llamó con los nudillos cuatro veces.

La rejilla del escudo se abrió con un silbido, y una voz áspera y bronca se oyó al otro lado:

—Identifícate.

—Florence Shekoni y Puñal de Plata. —La firmeza de su amiga sorprendió a Skandar—. Este centinela me está acompañando a una reunión del Círculo de Plata. Como... de costumbre —añadió, y su voz tembló al pronunciar las tres últimas palabras.

—¡Un paso atrás!

Skandar no sabía si aquello era buena o mala señal, así que se preparó para lo peor. La rejilla de metal se cerró de nuevo con otro silbido y, de repente, la parte baja y curva del gigantesco disco de plata empezó a levantarse hacia arriba y hacia fuera, dejando el espacio suficiente en el muro de escudos para que Puñal y Pícaro pudieran cruzar. El joven jinete hizo un esfuerzo por no alzar la vista al escudo, suspendido sobre sus cabezas como un puente levadizo, pero al revés. Al fin y al cabo, estaba haciéndose pasar por un centinela, y allí era donde los guardianes enmascarados comían, dormían y se entrenaban. Los centinelas eran los únicos jinetes sin

unicornios plateados que tenían permiso para acceder al Bastión. Ni siquiera la comodoro podía entrar.

Accionado por una polea, el escudo bajó de nuevo a su posición inicial en el muro, a espaldas de ellos, pero no había ni rastro de la persona que les había hablado desde detrás de la rejilla. Skandar se sintió muy expuesto, estaban rodeados por todas partes por unas relucientes carpas metálicas de distintos tamaños. Uno se confundía al mirarlas, estaban demasiado quietas para pasar por carpas de verdad. No se movían con la brisa y estaban montadas sobre cemento, no sobre la hierba. Era evidente que las más grandes albergaban unicornios, de algunas sobresalían cuernos entre orejeras plateadas, pero había al menos un centenar de carpas más pequeñas, con centinelas que entraban y salían. Skandar intentó no mirar. Era raro estar en un lugar sin casas en los árboles, aunque supuso que el gigantesco muro de escudos bastaba y sobraba para proteger a los habitantes del Bastión de las posibles estampidas de unicornios salvajes.

—Por ahora, demasiado fácil —susurró Flo y, al volver la vista atrás, el plateado de su melena negra a lo afro emitió un destello al sol.

—Vale, ¿cómo llego a los registros? —preguntó Skandar, que a pesar del frío empezaba ya a sudar detrás de la máscara. Ahora que de verdad estaban dentro de la brillante fortaleza, se sentía mucho más nervioso.

Flo señaló la punta plateada que se elevaba hacia el cielo más adelante.

—La biblioteca de los centinelas está en esa torre, en las tres plantas inferiores. Luego tendrás que buscar los registros en las estanterías. —Desmontó y, cuando habló de nuevo, su voz sonó tensa por la preocupación—. Tenemos que dejar los unicornios aquí. No hay que llevarlos al acontecimiento del Círculo de Plata de hoy. Supongo que habrá una exhibición o algo así.

A Skandar se le revolvió el estómago. ¿Dejar a Pícaro solo en medio del Bastión de Plata, en un lugar donde no lo vería?

—Flo, no estoy muy seguro... —Skandar apretó con fuerza las riendas de Pícaro, y el unicornio chilló alarmado cuando la angustia de su jinete inundó el vínculo; ya ni se acordaba de la discusión sobre la mancha.

—Skar, ahora tienes que fiarte de mí —dijo Flo con firmeza—. Sé cómo funcionan las cosas en este lugar. A Pícaro no le pasará nada. Es igualito a cualquier otro unicornio negro de un centinela. Nadie le va a hacer caso si se queda dentro de una de estas carpas establo. De

hecho, será mucho mejor si nadie lo ve, ¿no crees?

Skandar desmontó a regañadientes. Oyó a Puñal de Plata saludar con un alegre relincho a un unicornio plateado de una carpa cercana, y recordó lo que Flo le había contado. Puñal se sentía cómodo allí, igual que Flo, aunque nunca fuera a reconocerlo. Tenían que fiarse de ella, era la única forma de salir con vida del Bastión de Plata. Aun así, al joven jinete le costó horrores soportar el tirón de pánico del vínculo cuando se dio la vuelta para alejarse de Pícaro. Se obligó a no mirar atrás.

Después de unos minutos serpenteando entre un laberinto de carpas relucientes, Flo dobló a la derecha, a la altura de la forja de un herrero con máscaras plateadas apiladas fuera, en ordenados montones. ¿Cuántos centinelas plateados había en la Isla? No era de extrañar que Dorian Manning tuviera tanto poder.

—Vale, pues ésta es la puerta sur de la Lanza —murmuró ella, señalando una puerta metálica con forma de arco que se alzaba ante ellos. Unos cuantos centinelas pasaron por su lado de camino al estadio.

—¿La Lanza?

—Así se llama la torre —explicó Flo rápidamente.

Skandar levantó la vista. Unas nítidas olas de metal plateado salían desde el lateral de la Lanza y formaban el tejado del estadio, como si fueran la lona de una carpa de circo.

—Pase lo que pase, no te vayas de la biblioteca. A esta hora todos los centinelas deberían estar dentro o de camino al estadio, así que escóndete allí hasta que todo acabe.

—¡Florence! —la llamó alguien con voz alegre.

Skandar no tuvo tiempo de moverse antes de que un joven pusiera la mano en el hombro de su amiga a modo de saludo y le cortara el paso hasta la torre.

—¡Hola, Rex! —Flo sonrió, pese a que debía de estar aterrorizada y temiendo que el tal Rex reconociera a Skandar.

—¿A dónde crees que vas? —Le echó un vistazo a la puerta de la torre, que estaba delante de ellos.

—A ningún lado —dijo Flo, ahora con la sonrisa un poco temblona —. No iba a...

Él se echó a reír.

—No importa. ¡Vamos, o llegaremos tarde!

Aquel joven no debía de llevar mucho tiempo fuera del Nidal. En la manga de su desgastada chaqueta roja se amontonaban cinco pares de alas, la prueba de que había finalizado los cinco años de entrenamiento. Era más alto que Skandar y mucho más musculoso,

tenía la piel blanca, pero bronceada, y sus mejillas despedían chispas de electricidad y destellos plateados. La magia le chisporroteaba justo debajo de los pómulos, y la cara se le iluminaba aún más cuando sonreía. Por alguna razón, la mutación le confería un aspecto casi aún más perfecto.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó Rex—. ¿No debería venirse con nosotros al estadio?

El ceño levemente fruncido de aquel joven de repente le recordó a Skandar a otra persona... Y entonces cayó en la cuenta de que Flo ya le había hablado de aquel jinete. Era Rex Manning, el hijo de Dorian Manning. Un escalofrío de miedo le subió reptando por la columna.

—Ah, no es nadie. —Flo intentó quitarle importancia al asunto, con un gesto displicente de la mano delante de la cara de Skandar—. Ya se iba —añadió mientras tiraba de Rex para que le diera la espalda.

Skandar se los quedó mirando mientras se alejaban, y la antipatía que sentía por Rex Manning se intensificó al perder a Flo de vista.

Entonces recordó por qué había ido allí.

Kenna.

La puerta sur de la Lanza se abrió fácilmente. El corazón le latió más deprisa al echar un vistazo al espacio circular. Como Flo esperaba, el bibliotecario centinela que normalmente estaba apostado en el interior ya se había marchado al estadio, y toda la planta de la biblioteca se veía desierta. Las paredes estaban revestidas de estanterías curvas llenas de libros, y justo en medio de la sala había dos sillones de piel. Un ejemplar del *Heraldo del Criadero* de esa misma mañana, con el titular CONTINÚA LA DESTRUCCIÓN ELEMENTAL, yacía abandonado sobre una mesita de café. Skandar no pudo evitar pensar que allí dentro todo era mucho más acogedor que en el resto del Bastión.

Se había preparado para una larga búsqueda de los registros, pero los encontró casi enseguida. Tenían su propia vitrina, una vitrina con vidrieras marcadas con el símbolo del elemento espíritu. A Skandar lo enfadaba y lo aterrorizaba al mismo tiempo ver aquellos volúmenes sepultados allí dentro; unos volúmenes que contenían los nombres de los diestros en espíritu que deberían haberlo sido. Era casi como si fueran especímenes particularmente interesantes de un museo: tras el cristal, para que todo el mundo los viera, para que los estudiaran en los años venideros, en vez de personas reales a quienes les habían negado cruelmente su destino. Sintió que se le erizaban todos los pelos de la nuca, y casi podía oír la voz de su hermana al pensar en ella. «Todo va a salir bien, Kenn. Yo me encargo de arreglarlo...» Respiró hondo y probó a abrir la puerta de la vitrina.

No estaba cerrada con llave, aunque, sintiéndose como se sentía Skandar en ese preciso instante, no habría tenido ningún problema en hacer añicos el cristal. Cada fino volumen estaba hecho con el mismo cuero blanco que El Libro del Espíritu. Eran idénticos, salvo por los cuatro números impresos en oro sobre el lomo. Skandar vio el número 2006, luego el 2015, y cayó en la cuenta de que debían de ser años. Los años en que los chicos y chicas de trece años que habían sido reconocidos como diestros en espíritu deberían haber abierto la puerta del Criadero. Era evidente que su propio nombre no estaría allí; gracias a Agatha, nunca se había llegado a presentar al examen de Cría y nunca lo habían reconocido oficialmente...

Pero Kenna sí. Y el nombre de Kenna podría estar allí...

Skandar se alegró al encontrar el libro fechado en 2021 y lo abrió sin dudarlo un instante. Había una larga introducción sobre la Tejedora y un montón de justificaciones sobre lo importante que era erradicar el elemento espíritu de la Isla. Apenas podía contener la rabia cuando pasó las páginas relativas al proceso de reconocimiento de los diestros en espíritu: el apretón de manos, la perversidad de la energía del elemento prohibido. Luego, por último, llegó a una lista alfabética de apellidos. Sus ojos bajaron rápidamente hasta los dos apellidos bajo la letra S, y las palabras se volvieron borrosas cuando su mano empezó a temblar sobre el estrecho lomo del libro:

Simon Shen
Kenna Smith

La piel de Skandar se quedó totalmente fría, luego caliente, luego fría de nuevo... La diferencia entre la sospecha y la certeza lo golpeó como un martillo. Los recuerdos se reprodujeron en su mente mientras miraba el nombre de su hermana:

Kenna abrazándolo con fuerza la mañana de su examen de Cría, tan emocionada que bailaba sobre la punta de los pies.

Kenna volviendo a casa al salir de clase y preparando su equipaje para la Isla con sumo cuidado.

Kenna preguntándole a Skandar si creía que necesitaría sus dos sudaderas con capucha, puesto que le darían una chaqueta de jinete.

Kenna sentada delante de la puerta de casa ya pasada la medianoche: quince minutos, veinte minutos, una hora... esperando la llamada que nunca llegaría.

Kenna quedándose dormida llorando durante meses porque nunca

sería jinete de unicornios.

Y un recuerdo que no tenía, porque era más bien un instante que había reproducido una y otra vez en su imaginación: Kenna sollozando, suplicándole a su padre que le escribiera a Skandar en su lugar porque ya no podía volver a oír ni una palabra más sobre unicornios.

Una furia incandescente se desató en las venas de Skandar. Una furia dirigida a su madre, por darle al Círculo de Plata una excusa para hacer aquello; a Agatha, por no lograr escapar a tiempo para llevar a Kenna a la Isla; a Dorian Manning, por hacerle aquello a Kenna y a todos los diestros en espíritu perdidos. Y a la Isla, por permitir que sucediera... Porque no había sido sólo el Círculo de Plata quien había desbancado a los diestros en espíritu, sino también todos los demás. Y seguían haciéndolo. En realidad, nadie quería que él se entrenara en el Nidal, ¿cómo iban a querer si, cuando llegara el solsticio de verano, inscribirían con sumo cuidado otros nombres nuevos en aquellos registros? Más sufrimiento. Más unicornios salvajes. Más vidas robadas.

Le temblaron las manos al devolver el registro de 2021 a la vitrina, y se hizo una promesa a sí mismo. Si realmente era zurcidor, si podía soñar, un día regresaría a por aquellos libros. Regresaría, y no sólo vincularía a su hermana con su unicornio, sino a todos y cada uno de los demás diestros en espíritu de aquellas listas. Y nadie iba a...

—¡Ah! ¡Gracias a los cuatro elementos que no soy el único!

Un centinela se asomó por la puerta sur con su rostro enmascarado y se dirigió con paso firme hacia Skandar, que dio un paso a un lado para apartarse de la vitrina.

—¡Venga, tío! Tenemos que llegar al estadio... Ya es la hora, ¿no? El deber nos llama.

—Sí —asintió Skandar con brusquedad. Y entonces hizo justo lo que Flo le había prohibido categóricamente que hiciera. Se marchó de la biblioteca.

Al salir se topó con un muro de sonido. La puerta norte de la torre se abría directamente al estadio de plata. Enseguida se vio en las gradas, junto a cientos de centinelas que hablaban emocionados y a gritos. Algunos incluso picoteaban algo de comer, y al recorrer con la vista la ruidosa multitud, se fijó en las personas sin máscara que estaban sentadas en una zona reservada a su derecha: el Círculo de Plata. Flo parecía totalmente aterrorizada. Rex Manning estaba sentado a su lado, hablándole muy serio al oído. ¿Qué estaba ocurriendo?

Se hizo el silencio cuando, en los extremos opuestos del estadio,

unas verjas metálicas con pinchos subieron activadas por un torno y dos unicornios salieron disparados a la arena. La multitud prorrumpió en vítores.

Uno de los unicornios era una plateada gigante: su cuerno gris perla cortaba el aire como un cuchillo, y de sus alas relucientes salían despedidas ráfagas de llamas. Echaba espuma por la boca, los ojos se le salían de las órbitas y se encabritaba mostrando los cascos a las gradas, claramente desquiciada por el ruido de la multitud. Parecía enajenada. Skandar no entendía dónde estaba el jinete de aquella unicornio vinculada. «¿Por qué permitían que se estresara tanto? ¿Por qué había arrastrado Dorian a todo el Bastión al estadio para presenciar algo así?»

Luego Skandar miró al otro unicornio. No se había fijado en él hasta ese momento, y al principio pensó que eran imaginaciones suyas. Un cuerpo esquelético, el pus que supuraban las viejas heridas, las rodillas de huesos astillados, la mirada perdida, asesina...

Pero no, no se lo estaba imaginando. Olía a muerte. Estaba claro que era un unicornio salvaje. Pero ¿por qué iban a...?

La multitud empezó a silbar y a ondear banderas de vivos colores, a gritar y a chillar a los unicornios. De debajo de la arena aparecieron unas mamparas metálicas que obligaron a la unicornio vinculada y al salvaje a acercarse el uno al otro, encerrándolos en un espacio mucho más reducido del que ellos querrían. La unicornio plateada chilló de ira, y el unicornio salvaje disparó una combinación de elementos que despedía un espantoso hedor nauseabundo.

Y la unicornio plateada y el unicornio salvaje se pusieron frente a frente en el foso de arena, como gladiadores listos para un combate a muerte.

—Pero ¿qué...? —Skandar era incapaz de procesar lo que estaba viendo.

—¿Es tu primera matanza? —le preguntó el centinela, clavándole la mirada a Skandar a través de los orificios de la máscara—. Ya decía yo que parecías muy joven. Recién reclutado, ¿no?

Skandar logró asentir, pero no podía apartar la mirada de los unicornios en combate, que se reflejaban una y otra vez en el tejado brillante del estadio.

«Matanza...»

Y cuando los dos unicornios bajaron los cuernos para atacar, Skandar lo comprendió todo.

A los unicornios salvajes no los estaba matando la Tejedora.

Sino el Círculo de Plata.

Entender aquello lo dejó tan conmocionado que empezó a

tambalearse. El centinela que lo había llevado al estadio se echó a reír, y el sonido se perdió a medias entre los gritos de la muchedumbre.

La unicornio plateada estaba imponiéndose claramente y sólo mediante la fuerza, mientras arrinconaba al salvaje en una esquina. Pero entonces el unicornio salvaje lanzó una ráfaga de magia desesperada que cogió por sorpresa a la vinculada. Al fin y al cabo, aquel unicornio no tenía nada que perder.

—Me da a mí que este salvaje no durará mucho... —le dijo el centinela de la biblioteca a un amigo que había a su lado.

—Parece bastante viejo —comentó el amigo—, demasiado viejo para ser el de ella... Probablemente sea de hace ya unos cuantos solsticios. No tenía sentido quedárnoslo para el gran plan del presidente, así que al estadio de cabeza. Está claro que no tiene ninguna posibilidad contra Flecha de Plata...

—¿Cómo... cómo va exactamente, esto... Flecha... a matar al unicornio salvaje? —balbuceó Skandar, intentando mantener un tono de voz sereno—. Creía que era imposible.

—¡Diluvios diletantes! Pues sí que eres nuevo, ¿eh? ¿Cuándo has llegado, esta mañana?

Los dos centinelas se rieron de él, pero el amigo respondió:

—Con el cuerno de un unicornio vinculado. Tiene que atravesar justo el corazón del unicornio salvaje. Al parecer, ésa es la única forma de hacerlo. El Círculo de Plata lleva investigando al respecto prácticamente desde el principio de los tiempos. Hasta que por fin uno de nosotros, un centinela, descubrió cómo hacerlo... Fue en la Tierra Salvaje o algo así. No sé. No es lo mío. Pero esto, los combates a muerte entre unicornios... esto sí que es lo mío.

Skandar trató de comprender.

—Pero normalmente los unicornios no se hacen daño entre ellos, a menos que sea para proteger a su jinete. ¿Por qué haría...?

—Ya, bueno —respondió el centinela, apuntándolo con un dedo en un gesto reprobatorio—, ésa es la gracia de todo el espectáculo, muchacho. El estadio, el espacio reducido, el gentío... Los centinelas de confianza llevamos meses viniendo a verlos. El hecho de estar todos aquí en el estadio, empujándolos a perder la cabeza, hace que los vinculados se vuelvan tan locos que no sean capaces de ver otra salida. Quieren una presa. Al fin y al cabo, son monstruos.

«En este estadio los monstruos no son precisamente los unicornios», pensó Skandar, aunque logró morderse la lengua.

—Pero ¿y la destrucción en las zonas por culpa de los asesinatos de los unicornios? ¿Por culpa de esto?

Los centinelas parecían totalmente perplejos ante aquella pregunta.

—¿De qué estás hablando? —le soltó el amigo—. Todo eso de las zonas es por el elemento espíritu. En el Nidal está entrenándose ese diestro en espíritu, ¿no? Hasta hubo una canción veraz sobre eso: «el amigo oscuro del espíritu», ¿recuerdas? ¿Dónde has estado, escondido en una cueva de la zona de la tierra?

—Es lo que te decía el otro día, Ryan. —El centinela de la biblioteca negó con la cabeza—. Últimamente el reclutamiento de centinelas va de mal en peor. ¡Ahora ya cogen a cualquiera!

—Mira, eres joven —dijo Ryan, tratando claramente de tranquilizar a Skandar—. Es verdad que es un poco morboso y sangriento, pero ¡todo es por una buena causa! Si los unicornios salvajes desaparecen, entonces el diestro en espíritu perderá todo su poder. El elemento muerte se neutralizará y la Isla volverá a la normalidad. Y eso es lo que quieres, ¿no?

Skandar se obligó a asentir y prefirió concentrarse en la batalla. Las costillas marcadas del unicornio salvaje subían y bajaban con esfuerzo por el agotamiento, y sus crines castañas estaban ya apelmazadas por la sangre que brotaba de una herida en el cuello. Skandar quería que aquello parase. Estaba desesperado por salvar al unicornio salvaje. No podía dejar de pensar en todos los nombres de diestros en espíritu de aquellos libros. Aquel unicornio estaba predestinado a uno de ellos...

Pero él era un diestro en espíritu atrapado en un estadio lleno de centinelas. Si intentaba cualquier cosa, lo detendrían en cuestión de segundos.

Echó un vistazo al palco del Círculo de Plata, e incluso desde aquella distancia pudo ver que Flo lo estaba pasando fatal. Rex Manning y otro jinete plateado la sujetaban mientras ella no paraba de gritar:

—¡Sois unos monstruos! ¡No podéis permitir que Flecha lo mate! ¿No os dais cuenta de lo que estáis haciendo? Lo dejo. No quiero seguir siendo parte de esto... Rompo el círculo... ¡Me da igual, Rex! ¡SUÉLTAME!

La multitud emitió un grito ahogado. Skandar se obligó a apartar la vista de Flo y se concentró de nuevo en el foso de arena. El unicornio salvaje estaba apoyado sobre una de las mamparas metálicas, con el pecho al descubierto. Flecha bajó su cuerno plateado y apuntó directamente al corazón inmortal de su contrincante. Skandar pensó que iba a vomitar. Parecía imposible que una criatura que debía vivir para siempre estuviera a punto de ser asesinada ante sus ojos. Y por uno de los suyos.

Era incapaz de entender la violencia que escondía todo aquello...

—¡NOOOO! —Flo saltó por encima del borde de las gradas hasta la arena. No llevaba armadura. Era sólo ella y dos unicornios encolerizados.

Flecha se detuvo en seco justo cuando iba a lanzar su golpe mortal, distraída momentáneamente por la chica que corría hacia ella. El unicornio salvaje dejó escapar un gemido desgañitado.

Y casi a cámara lenta, Skandar se dio cuenta de lo que Flo quería hacer.

—No —musitó para sus adentros—. No. No lo hagas.

La muchedumbre le gritaba a Flo que abandonara el foso.

«Dame las gracias cuando salgamos vivos de ésta.» Eso era lo que ella le había dicho de camino hacia allí. Pero si intentaba hacer lo que pretendía hacer, jamás sobreviviría. Era imposible que funcionara. Y antes de ser consciente de lo que hacía, Skandar ya había saltado limpiamente por el borde de las gradas y también estaba en el foso.

—¡Eh! ¿A qué crees que estás jugando? —le gritó el centinela de la biblioteca, pero Skandar ya estaba abriéndose paso hacia los unicornios.

La arena volaba a sus espaldas mientras él corría a toda velocidad... El ruido de la multitud enfurecida era un sonido borroso en sus oídos... Ya casi había llegado hasta ellos...

Pero era tarde.

Flo ya había alcanzado al unicornio salvaje, que estaba medio derrumbado contra la mampara metálica. El unicornio esquelético no dejaba de bramar hacia ella, pero la joven no se detuvo. La enorme unicornio plateada estaba bajando de nuevo su cabeza, con uno de sus cascos chisporroteando al piafar contra la arena mientras preparaba su embestida letal. Flo la ignoró por completo. Tendió una mano temblorosa hacia el unicornio salvaje, la pasó por encima de una de sus heridas pustulosas, le tocó el cuello ensangrentado y, con la rapidez de un destello de su pelo veteado de plata, se subió a su lomo de un salto.

La reacción fue inmediata. El unicornio salvaje chilló asustado. Era la primera vez que un jinete lo montaba y sin duda se sentía raro. Mal. Aun herido como estaba, se encabritó sobre las patas traseras y medio aplastó a Flo contra la mampara metálica.

—¡So! —le gritaba ella—. ¡So! ¡Déjame ayudarte!

Mientras tanto, Skandar intentaba llegar hasta la unicornio plateada, que lanzaba ráfagas de elementos hacia todas partes y parecía delirar.

Dorian Manning vociferaba órdenes desde el palco del Círculo de Plata. Rex Manning daba la impresión de estar a punto de desmayarse.

Los centinelas se lanzaban en masa a la arena con la intención de detener a los dos intrusos, y Skandar empezó a sentir pánico. Si lo apresaban, le quitarían la máscara. La unicornio plateada bramaba enfurecida, escupía fuego por la boca... Skandar se libró de acabar chamuscado porque estaba plantado muy cerca de ella, pero era sólo cuestión de tiempo que Flecha lo matase o el Círculo de Plata lo capturase.

En ese momento, el unicornio salvaje galopó directo hacia Skandar, lo que le dio un tercer motivo para sentir pánico. Flo a duras penas lograba permanecer encima del unicornio, que no paraba de sacudir su cuerno transparente de un lado a otro, dando coces y corcoveando para desmontarla como un potro salvaje.

—¡DAME LA MANO! —chilló Flo, tendiéndole la suya a Skandar, que seguía allí plantado mientras el unicornio viraba bruscamente hacia él.

De milagro, la mano blanca y pálida de Skandar encontró la morena y oscura de Flo, que de un tirón lo atrajo hacia ella y, con el estómago pegado al costado del unicornio salvaje, lo deslizó por encima del huesudo lomo.

Luego Flo lo soltó, para volver a agarrarse a las esmirriadas crines del unicornio.

—¡Sube la pierna! —le gritó.

A Skandar los brazos le ardían por el esfuerzo de aferrarse a la criatura, pero sin saber cómo logró auparse un poco más sobre el lomo y pasarle una pierna por encima para acabar sentado detrás de Flo. Rápidamente rodeó la cintura de su amiga con los brazos.

Tras ellos, la furiosa Flecha de Plata disparaba una columna de fuego digna de un dragón a los centinelas que intentaban dar caza a Flo y a Skandar. Los plateados del palco y los centinelas de las gradas se vieron envueltos en un denso humo negro, tosían y pedían socorro a gritos, y el caos se apoderó del estadio. Skandar dudaba de que Flecha les estuviera ayudando a escapar adrede, pero en aquel preciso momento dio las gracias por el inmenso poder de la unicornio plateada.

—¡Oh, no! —gritó Flo, al fijarse rápidamente en la verja metálica que había en un extremo del estadio y les cerraba la salida.

El unicornio salvaje no aminoraba el paso. De hecho, aumentaba su velocidad hacia la luz del día que brillaba al otro lado. Quería alejarse todo lo posible de la plateada que intentaba matarlo. Quería huir para regresar a la Tierra Salvaje. Quería volver a casa...

Así que saltó.

Un salto limpio sobre la verja y, al galope, dejó atrás las carpas

metálicas, zigzagueando a través del laberinto de obstáculos plateados. En uno de los giros, Skandar casi se escurrió del lomo, que estaba resbaladizo por el sudor y la sangre del unicornio.

—¡Vamos a tener que tirarnos al suelo! —chilló Flo.

Skandar pensó que no la había oído bien.

—Perdona, ¿qué?

—¡Puñal y Pícaro! —gritó ella, haciendo rechinar los dientes al doblar bruscamente junto a la forja del herrero—. Siguen en los establos... Y tenemos que conseguir abrir el muro de escudos, así que no nos queda otra que lanzarnos al suelo si queremos tener alguna posibilidad de escapar y salvar al unicornio salvaje.

Skandar miró hacia abajo, y enseguida se arrepintió. El cemento pasaba a toda velocidad debajo de ellos.

—¡Ahora! —dijo Flo, y antes de que Skandar pudiera prepararse siquiera un poco, soltó las crines apelmazadas del unicornio salvaje, se lanzó de lado y aterrizó sobre el cemento con un escalofriante golpe, dando vueltas y vueltas sin parar. Al no poder agarrarse a Flo, Skandar salió catapultado hacia un lado, y el unicornio salvaje chilló ante la repentina ligereza de su carga.

El joven jinete chocó contra el suelo con fuerza, pero logró caer con los brazos y las manos pegados al cuerpo. Le dolía todo. Y allí olía fatal. Se dio cuenta de que había aterrizado sobre una rejilla metálica, y un hedor purulento subía flotando arrastrado por el aire. Echó un vistazo entre las ranuras del metal y distinguió unas grandes figuras oscuras que se movían abajo. ¿Más unicornios salvajes?

—¡Vamos, Skar! —gritó Flo, que ya iba cojeando hacia la carpa del establo; por encima de la puerta se veía el cuerno plateado de Puñal.

Skandar se levantó del suelo como pudo y la siguió.

Pícaro saludó a chillidos a su jinete mientras lo montaba.

El unicornio salvaje había llegado al muro de escudos, y ahora le daba patadas y lanzaba ráfagas de distintos elementos hacia el metal.

—¡Abrid la verja! —chilló Flo a alguien que Skandar no veía—. Soy una plateada y esto es una orden. ¡Abrid la verja!

Por un instante no sucedió nada. Y entonces, sin prisa, pero sin pausa, el escudo de entrada se levantó accionado por un torno. El unicornio salvaje recorrió la línea de escudos a toda velocidad y atravesó al galope el hueco del muro. Puñal iba pisándole los talones, con Pícaro a la zaga. En algún lugar debajo de su alivio y de su agotamiento, Skandar sintió una profunda alegría al ver a aquel unicornio galopar hacia la Tierra Salvaje.

Flo y Skandar no cruzaron palabra alguna hasta que llegaron sanos y salvos a la avenida de abedules plateados.

—Eso... —dijo con voz ronca el joven jinete— ha sido la cosa más loca que he visto en toda mi vida.

Flo parecía avergonzada.

—No se me ocurrió otra forma de salvarlo. Lo siento.

—¡No lo sientas! —Skandar se echó a reír, con una risa un poco desquiciada—. Ha sido increíble. Ha sido aterrador. Ha sido impresionante. Ha sido una locura total. Ha sido perfecto. Ha sido... Flo, hemos estado a punto de morir.

Flo lo miró fijamente.

—¿Estás bien?

—No —Skandar negó con la cabeza—. No, no estoy nada bien.

Los dos sonrieron sin poder dejar de temblar, antes de que la sonrisa se les borrara de los labios. ¿Qué demonios habían hecho?

—Acabas de cruzar el Bastión de Plata a lomos de un unicornio salvaje... —dijo Skandar, esforzándose por asimilarlo. Pero entonces se acordó de que lo habían conseguido—: Flo, he encontrado el nombre de Kenna en el registro. ¡Está en la lista de diestros en espíritu que tienen prohibido acercarse a la puerta del Criadero!

Los ojos de Flo se llenaron de lágrimas.

—Siento muchísimo que no pudiera llegar a la Isla, Skar. —Sobre su montura de bordes plateados, su amiga se dio la vuelta para mirarlo a los ojos—. Lo único en lo que pensaba al ver a ese unicornio salvaje era... —Se enjugó una lágrima de la mejilla—. ¿Y si era el de Kenna? ¿Y si estaba viendo morir al unicornio de Kenna y no hacía nada? —Las tres últimas palabras fueron un lamento.

—Pero ése no era el unicornio de Kenna. Ya te lo dije, creo que la suya es la torda...

—¡Skandar! —exclamó ella exasperada, llamándolo por su nombre completo—. ¡De eso no puedes estar seguro! Y la cuestión es, ¿podría haber sido ése el de Kenna? ¿No te das cuenta? —Bajó la voz—. ¿Cómo pueden hacer algo así?

—No lo sé.

Skandar todavía no podía creerse que la Tejedora no estuviera detrás de todo aquello. De repente, se sintió desesperanzado. Acababan de salvar a un unicornio salvaje, pero ¿y todos los demás? El Círculo de Plata era el grupo más poderoso de la Isla, contaban con los unicornios más poderosos. Tenían todo un ejército de centinelas a sus órdenes y un reluciente campamento de guerra. ¿Cómo iba a detenerlos? ¿Cuánto tiempo tenía antes de que atraparan al unicornio de Kenna y lo mataran en aquel estadio?

Flo debía de estar pensando lo mismo.

—En cuanto regresemos, iré a contárselo a los monitores. Dorian

dijo que cuando atraparan a otro unicornio salvaje, le tocaría a Puñal. Dijeron que era mi deber como miembro del Círculo de Plata, pero jamás permitiré que lo usen de ese modo. Jamás volveré a ir a sus reuniones. ¡Jamás!

—Tienes que hacerlo —razonó Skandar—. Si no, ¿cómo vas a aprender a controlar a Puñal? ¿No te obligará el Círculo de Plata a marcharte del Nidal si te niegas a ir? ¿Y qué me dices del juramento que hiciste cuando...?

—¡Skar, acabo de rescatar a un unicornio salvaje! ¡Delante de todo el Bastión! Me parece que es un poco tarde para preocuparme por todo eso, ¿no crees? —Flo empezó a pasar las manos compulsivamente por las crines plateadas de Puñal. Cuando volvió a hablar, toda la bravuconería de unos segundos antes se había esfumado de su voz—. No sé qué será de mí, Skar... ¿Qué voy a hacer ahora?

Instintivamente, Skandar tendió la mano hacia Flo, sin saber qué decirle a una amiga que, a pesar de odiar que la regañaran, sin duda alguna se había metido en el lío más grande de su vida.

Justo en ese momento, sin embargo, y antes de que pudiera decir nada, se oyó el ruido de unos cascos detrás de ellos. Skandar se dio media vuelta sobre su montura en el acto, y vio a un unicornio plateado que recorría la avenida.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó el joven jinete, pero Flo apretaba los labios en un gesto de determinación.

—Es Rex —anunció, y dio la vuelta a Puñal para mirar de frente al unicornio plateado que se acercaba.

—¿Y qué importa eso ahora? —la instó Skandar, pero, al ver que Flo no pensaba moverse de allí, rápidamente comprobó que la máscara plateada seguía cubriéndole el rostro.

Rex aminoró el paso hasta detenerse delante de Puñal. Estaba blanco como la cera, y la electricidad plateada de sus mejillas chisporroteaba alocadamente.

—Yo no lo sabía —anunció resollando—. ¡Tienes que creerme, Flo! Mi padre tampoco me lo había contado a mí. Y a mí también me parece horrible. Voy a hablar con él, voy a intentar detener esto...

—Eso no cambia las cosas —repuso Flo—. No puedo formar parte del Círculo de Plata si es el responsable de los asesinatos de los unicornios. Y la Isla, Rex... Hay gente que ha perdido su casa. ¡Mi padre tiene a tres familias durmiendo en su taller!

—Estoy de acuerdo en que esto tiene que acabarse, pero, Flo... —Rex tragó saliva—. Mi padre dice que va a sacarte del Nidal.

A Skandar se le encogió el estómago de miedo.

—Le diré que todo ha sido un gran malentendido. Que estabas

alterada. Que entiendes que te has equivocado y que no volverás a hacer nada parecido.

—No estoy alterada. ¡Estoy furiosa! ¡Y claro que lo volvería a hacer!

—Pero... por favor, Flo. Tienes que venir a la próxima reunión. Creo que puedo suavizar las cosas si por lo menos accedes a eso. Soy su hijo, me escuchará.

—No voy a volver, Rex —declaró Flo con vehemencia—. Tu padre me dijo en el estadio que quería que Puñal matara al siguiente unicornio salvaje. Jamás permitiré que ocurra algo así.

—Si no vuelves por las buenas, te obligarán a vivir siempre en el Bastión. ¿No lo entiendes?

—¿Me estás amenazando?

—¡Pues claro que no! ¡Soy tu amigo!

Pero saltaba a la vista que Flo ya no podía más. Conjuró el elemento tierra en la palma de la mano, levantó un escudo de arena entre sus unicornios, y se alejó por la avenida galopando sobre Puñal. Skandar instó a Pícaro a que la siguiera, pero volvió la cabeza una vez más para mirar.

Rex y su unicornio seguían allí, viendo cómo se alejaban.

10

Justas en la oscuridad

Aquella misma tarde, poco después, Skandar no dejaba de darle vueltas a todo lo que había ocurrido aquel día mientras descendía volando con Suerte del Pícaro hacia el altiplano de los pichones.

Kenna era una diestra en espíritu perdida. Eso no significaba necesariamente que hubiese podido abrir la puerta del Criadero, pero, teniendo en cuenta quién era su madre, y quién era Agatha, y el hecho de que Skandar hubiera estado predestinado a tener un unicornio... Bueno, pues parecía bastante probable que en el Criadero hubiera habido un unicornio esperándola. Apenas podía contener la rabia al pensar en la noche en que Kenna debería haber intentado abrir esa puerta. Aunque, si al final resultaba que era zurcidor y que podía encontrar el unicornio de su hermana, tal vez podría vincularlos y arreglar las cosas, después de todo.

Ahora sabía también que la Tejedora no era la responsable de los asesinatos de los unicornios salvajes. Al principio, Skandar sintió alivio por que su madre no estuviera detrás de aquello, pero, en cuanto regresaron del Bastión, la inquietud se apoderó de él. La idea de que fuera Erika Everhart quien mataba a los unicornios salvajes y causaba el caos elemental en la Isla significaba que podía concentrarse en que era malvada, en vez de en el hecho de que, simplemente, era su madre. Pero ¿ahora qué? ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo? Una minúscula parte de él pensaba: «¿Y si se arrepiente por lo del año pasado? ¿Y si ya no quiere seguir siendo la Tejedora?»

Le había resultado más fácil acallar esos sentimientos cuando pensaba que ella era la asesina.

Mitchell se quedó horrorizado cuando Flo y Skandar le contaron que eran los miembros del Círculo de Plata quienes asesinaban brutalmente a las criaturas inmortales: el cuerno de un unicornio

vinculado atravesaba el corazón del salvaje, y todo terminaba. Bobby seguía en paradero desconocido, así que, mientras Flo y Skandar intentaban limpiarse la sangre de las heridas lo mejor que podían, los tres acordaron contárselo a los monitores del Nidal esa misma noche. Pese a las palabras tranquilizadoras de Rex, Skandar seguía esperando que Dorian Manning se presentara allí en cualquier momento y se llevara a rastras a Flo y a Puñal para encerrarlos en el bastión para siempre jamás.

Pícaro descendió en picado hasta una pista de aterrizaje marcada con farolillos de colores y tocó tierra con un tintineo de su armadura. Aquél sería el primer simulacro de torneo de los pichones, y en el se enfrentarían cara a cara empleando distintos elementos en la oscuridad de la noche. Era parte de la preparación para el torneo de justas de verdad que disputarían a final de curso, cuando a seis de ellos los declararían nómadas y los expulsarían del Nidal. Según los monitores, las justas a oscuras eran un buen método para que los principiantes mejoraran sus habilidades —así era más fácil ver el resplandor de la magia—, aunque Skandar sospechaba que todo aquello también estaba relacionado con el sentido dramático de sus monitores.

El joven jinete hizo una mueca al notar que sus magulladas rodillas rozaban la armadura: sus heridas y las de Flo aún estaban frescas tras la fuga del Bastión. Intentó olvidarse del dolor apretando los dientes y echó un vistazo en busca de Puñal y Roja. Por desgracia, como Roja últimamente era la reina de los buenos modales, no había pedos en llamas que ayudaran a Skandar a reconocer a sus amigos en la oscuridad.

Cuando por fin dio con ellos, Mitchell ya estaba hablando de estrategias.

—... Muy bien, pues hay cuatro pistas, son esas filas de antorchas, una para cada elemento. —Su amigo las señaló—. En cada una hay un monitor, que será el juez de las justas. No debería ser muy difícil hablar con ellos entre combate y combate.

—Ojalá me dieran una pista de espíritu —murmuró Skandar—. Ganaría yo siempre. —Vio un manto blanco que ondeaba a lo lejos, y se preguntó para qué se habría molestado Agatha en ir hasta allí.

—¿No deberíamos hablar con Bobby? —preguntó Mitchell—. No nos vendría mal que fuera ella quien abordara a la monitora Saylor. A nuestra colega sí que se le da bien convencer a la gente para que la escuche, sobre todo porque nunca deja hablar a los demás...

—No podemos perder el tiempo con eso... —lo interrumpió Flo,

haciendo una mueca al mover los labios, porque se le había vuelto a abrir un corte de la mejilla—. Necesitamos ya el apoyo de los monitores si queremos convencer a la comodoro de que el Círculo de Plata está detrás de los asesinatos. Y yo voy a necesitar todo su apoyo, porque no creo que Rex pueda convencer a su padre de que debo quedarme en el Nidal... —Su voz sonó más aguda de lo que pretendía, probablemente por el miedo—. Tenemos que estar preparados por si vienen a por Puñal y a por mí, y teniendo en cuenta la actitud de Bobby en los últimos días —Flo miró de reojo a Skandar—, no creo que quiera ayudarnos.

A Skandar se le encogió el corazón, aunque no estaba seguro de si era por la tristeza o por el miedo. Sabía muy bien a qué se refería Flo. El cambio de actitud de Bobby se debía única y exclusivamente a su relación con él.

—Vale, vale —dijo Mitchell—. Entonces hablaremos ahora con los monitores...

Justo en ese momento, se oyó un silbato.

—¡Yo hablaré con la monitora Saylor! —gritó Skandar hacia sus amigos cuando los convocaron a él y a Pícaro en la pista de aire para justar contra Meiyi y Rosal Silvestre Mimado. Los jinetes y los unicornios irían rotando entre las pistas, y todos practicarían con armas de los cuatro elementos oficiales. A Skandar lo sorprendió que Meiyi aceptara competir con un diestro en espíritu, aunque tal vez quería demostrar que podía vencerlo.

En cuanto ocupó su puesto al final de la hilera de antorchas, las crines de Pícaro estallaron en llamas en tres puntos distintos mientras Skandar intentaba retenerlo. El unicornio negro había aprendido muy rápidamente que las justas consistían en galopar a toda mecha hacia el unicornio que había en el otro extremo, lo que representaba una enorme fuente de diversión para él. Pícaro no tenía que modelar ningún arma de magia pura ni preocuparse por que una lo golpeara. Lo único que debía hacer era correr lo más rápido posible, que básicamente era lo que más le gustaba hacer en el mundo. Skandar casi podía oír los pensamientos de su unicornio: «Pero ¿por qué tenemos que esperar al silbato?»

—¡Sooo, muchacho, tranquilo! —murmuró Skandar.

—Jinetes, ¿preparados? —gritó la monitora Saylor.

Skandar levantó la palma derecha como señal, y la luz de la luna se reflejó en su herida de Cría. Meiyi hizo lo mismo en el extremo opuesto.

La monitora Saylor tocó el silbato nítidamente, y las venas de su cuello crepitaron. Pícaro salió disparado medio encabritándose, y faltó

poco para que hiciera caer a Skandar. El escudo redondo del brazo izquierdo chocó con estrépito con la armadura de Jamie, pero el joven jinete se recuperó justo cuando se oía el segundo silbato: la señal para las armas.

Los pichones no eran ni de lejos tan rápidos como los monitores a la hora de conjurar armas. La palma de Skandar resplandeció de amarillo, y él modeló una de sus favoritas: un sable de rayos puros que silbaba y echaba chispas. Satisfecho con el resultado, cerró la mano alrededor de la empuñadura curvada. A Meiyi, sin embargo, no le iban tan bien las cosas. Al acercarse al galope, Skandar vio que a la diestra en fuego estaba costándole modelar un arco eléctrico en las manos. La magia del aire no paraba de escaparse por encima y por debajo, desdibujando la forma del arco.

Las puntas de los cuernos de los unicornios se cruzaron: negra y gris. Meiyi entró en pánico cuando Skandar echó hacia atrás el brazo derecho dispuesto a arremeter contra su pecho acorazado, con la adrenalina anulando el dolor de las heridas previas. Tras abandonar su intento de formar el arco, la joven jinete modeló una diminuta flecha chispeante poco más grande que su mano y la lanzó. El ataque fue prematuro. A Skandar le dio tiempo a desviarla con su escudo redondo y luego a hacer blanco en el pecho de Meiyi justo en el momento preciso, para derribarla limpiamente de su montura.

—¡Victoria para Skandar y Pícaro! —entonó la monitora Saylor, levantando el brazo hacia el lado de la pista de Skandar para indicar que, puesto que había desmontado a su contrincante, la victoria era suya.

Una Rosal sin jinete bramó e intentó morderle la rodilla a Skandar, y Pícaro se encabritó y sacudió las alas con violencia, gruñendo y con ganas de contraatacar. Skandar se las arregló para apartarlo de la furiosa unicornio gris, luego desmontó y fue corriendo hasta Meiyi para asegurarse de que estaba bien. Rosal galopó enfurecida por el altiplano, perseguida por la monitora Saylor a lomos de Pesadilla de la Brisa Boreal.

A Meiyi le estaba costando levantarse bajo el peso de la armadura. No todo el mundo tenía la suerte de contar con Jamie Middleditch como herrero: su armadura no pesaba prácticamente nada, y al mismo tiempo protegía a su jinete frente a los golpes más duros.

Skandar le tendió la mano a su contrincante para ayudarla a levantarse del suelo.

—¿Qué vienes, a poseerme, no? —gritó Meiyi a través del casco.

—¿Qué? ¡No! Estoy intentando ayudarte a levantarte.

Alastair y Kobi recorrieron a toda prisa la hilera de antorchas

encendidas.

—¡No la toques, diestro en espíritu! —bramó Alastair. La mutación del diestro en tierra le confería un aspecto todavía más rabioso: la piel de la mitad de su cara era de piedra y estaba agrietada como una roca antigua.

—Hay diestros en espíritu por todas partes —dijo Kobi—. Prácticamente tenemos una en nuestra propia casa del árbol.

—Hablando del rey de Roma... —masculló Alastair, torciendo el gesto.

Era Amber, que estaba bajándose de Ladrona Torbellino.

—¡Meiyi!, ¿estás bien? ¡Déjame que te ayude!

La joven jinete se abrió paso a empujones entre los chicos, que habían estado demasiado ocupados insultando a los diestros en espíritu como para ponerse a ayudar a su compañera, y le tendió la mano a Meiyi.

—¡Ah, genial, ahora tú! ¡No, gracias! —Meiyi le dio la espalda a Amber, y su cota de malla tintineó.

—¿La has poseído? —Amber se volvió hacia Skandar—. ¿Por qué sigue en el suelo? Lo digo de verdad, Skandar, dos veces quizá sea mala suerte, pero ¿tres? —La joven parecía genuinamente enfadada.

—¡Yo no he hecho nada! —protestó Skandar—. ¡Sólo la he vencido en la justa! —Podía sentir los ojos de Alastair y Kobi clavados en él.

Amber negó con la cabeza, y la mutación de estrella de su cabeza chisporroteó.

—¿Te has desahogado con Meiyi porque estás enfadado con Bruna? ¿Es eso? He oído que los diestros en espíritu tienen muy malas pulgas...

—Tú deberías saberlo mejor que nadie, Amber —dijo Kobi, arrastrando las palabras—. ¡No sé ni cómo te atreves a hablarnos!

—¡Te hemos dicho que no queremos que te vean con nosotros en público! —intervino Alastair—. Bastante tenemos con que sigas en nuestro cuarteto. Bastante tenemos con que Ladrona Torbellino se junte con el unicornio de espíritu. ¡Tal vez deberíamos sospechar también de ti por lo de las posesiones, por ser medio diestra en espíritu!

Amber abrió la boca, pero de ella no salió ni una sola palabra.

Meiyi se las había arreglado al menos para sentarse.

—Ya no somos amigas, Amber. No te pongas en evidencia.

Los hombros de Amber se desplomaron. La joven bajó la cabeza, y su pelo castaño le cubrió casi toda la cara.

Skandar sintió que la furia volvía a arderle en el pecho. Las personas como Alastair, Meiyi y Kobi eran exactamente el tipo de

isleños que habían acabado siendo responsables de aquellas listas de nombres de diestros en espíritu. La sospecha. La culpa. El miedo que significaba que la puerta del Criadero permaneciera cerrada a su familia elemental...

Por algún motivo, que Amber no dejara de insistir en que él poseía a las personas no le molestaba tanto. El curso pasado había visto cómo la trataba su madre, cómo la habían educado desde pequeña para que odiara a los diestros en espíritu, y sabía lo confusa que debía de sentirse ahora con respecto a su padre. No era culpa de ella que Simon Fairfax se hubiera vuelto malvado, igual que no era culpa de Skandar que su madre fuera la Tejedora. ¿Qué excusa tenían los demás miembros del Cuarteto Amenaza, salvo que querían castigar a Amber y hacer que se sintiera insignificante?

—Largaos de aquí —gruñó Skandar a los tres pichones que se burlaban.

—Y si no, ¿qué? —replicó Meiyi entre risitas, apartándose el pelo negro y liso de la cara—. ¿Nos vas a poseer?

—Largaos de aquí —insistió Skandar—. No es así como se supone que funciona la amistad, ¿sabéis? Se supone que tenéis que cuidar de Amber pase lo que pase. —Y al ver que no se movían, colocó una mano sobre el costado de Pícaro y conjuró en el vínculo el elemento espíritu, dejando que la luz brillara aún más en su mano.

Kobi puso cara de asustado, Alastair de enfadado y Meiyi gritó:

—¡Vamos a chivarnos! ¡No puedes amenazarnos así sin más!

—Dejad tranquila a Amber. Dais pena —dijo Skandar con desprecio.

Los tres pichones miraron fijamente la bola blanca que resplandecía en la mano de Skandar, y Alastair y Kobi se apresuraron a ayudar a Meiyi. Su armadura tintineó al levantarse, y los tres se alejaron de inmediato para ir en busca de Rosal, que estaba con la monitora Saylor.

La estrella de la frente de Amber escupía chispas.

—No necesito que pelees mis batallas por mí, diestro en espíritu.

—De nada.

—Sólo porque nuestros unicornios sean amigos, no significa que nosotros también lo seamos.

—Lo sé —dijo Skandar, encogiéndose de hombros.

Amber arrugó la nariz, claramente incómoda.

—Que des la cara por mí no significa nada. No significa que vaya a dejar de decirle a la gente que estás poseyendo a jinetes y matando a unicornios salvajes.

—Lo sé. —Skandar suspiró—. No lo he hecho por eso.

Cuando Amber se marchó con Ladrona al galope, la expresión de su rostro era de pura confusión.

Como la monitora Saylor seguía ocupada con Rosal, Skandar regresó con Mitchell y Flo, que susurraban desesperados; Mitchell incluso agitaba los brazos de un lado a otro como un loco.

—¿Qué pasa? —preguntó Skandar de inmediato.

—Dorian Manning ya ha les ha ido con el cuento a los monitores —anunció Mitchell sombríamente.

—¡Les ha contado que tuve una crisis de nervios en el Bastión! —gritó Flo.

—Y que sufrió alucinaciones por una sobrecarga de magia de Puñal en el vínculo —añadió Mitchell.

—¿Y se lo han creído? —preguntó Skandar, que no daba crédito a lo que oía.

Mitchell imitó la voz aguda de la monitora O'Sullivan:

—«Sé que eso es lo que Flo te dijo que vio, pero la magia plateada puede resultar muy abrumadora. Lo más probable es que estuviera desorientada.»

—El monitor Webb me ha dicho que, si vuelvo a desobedecer una sola orden del Círculo de Plata, Dorian Manning insistirá en que me entrene en el Bastión. ¡Para proteger a todo el mundo, según él! —A Flo le temblaban los labios.

—Voy a hablar con Agatha —declaró Skandar con determinación.

—No podemos confiar en ella, Skar —protestó Mitchell—. Además, Agatha no tiene ninguna influencia en el Nidal... ¡no vale la pena arriesgarse!

—No le diré nada de que estuve en el Bastión. —Skandar ya estaba entregándole las riendas de Pícaro a Mitchell—. Y aunque no tenga mucha influencia, debe de saber un montón de cosas sobre el Círculo, sobre todo teniendo en cuenta su, eeeh...

Flo terminó la frase por él:

—¿Pasado como Ejecutora?

Skandar encontró a Agatha merodeando en un rincón oscuro del campo de entrenamiento.

Ella se dio la vuelta en el acto:

—Te aconsejaría que no te acercaras a mí por la espalda, y menos aún a oscuras y sigilosamente —dijo en un susurro.

A Skandar todavía le resultaba un poco perturbador su excesivo descaro, aunque ya empezaba a acostumbrarse. Como ella misma había dicho, la habían obligado a matar unicornios de espíritu y luego la habían metido quince años en la cárcel, así que no podía esperarse

que fuera muy alegre precisamente.

—Ese sable estaba muy bien construido —reflexionó Agatha en voz alta—. Pero para la próxima te convendría atacar a tu rival por su izquierda. Como eres diestro, si atacas desde la derecha dejas tu propio pecho al descubierto. Ataca su lado izquierdo con la hoja perpendicular a tu cuerpo, y el brazo te hará de escudo.

—Vale, gracias —respondió Skandar sin querer perder el tiempo—. Agat... Monitora Everhart, tengo que contarte una cosa.

Las mejillas nervudas de su tía emitieron un destello al mirarlo fijamente.

Skandar le contó todo lo que habían descubierto en el Bastión... Bueno, casi todo. Omitió la parte sobre Kenna e hizo que pareciera que Flo había ido sola a la fortaleza.

—... Y entonces oí... quiero decir, Flo oyó que algunos centinelas decían que el objetivo del Círculo de Plata eran los unicornios salvajes más jóvenes. Pero no entendió por qué. —Skandar acabó el relato casi sin aliento.

Agatha se quedó muy quieta unos segundos.

—Sabía que esto podía ocurrir. Sabía que tu presencia aquí, la presencia de un diestro en espíritu libre, obligaría a Dorian Manning a hacer algo... —Su tía trató de encontrar la palabra adecuada.

—¿Malvado? —sugirió Skandar.

—Bueno, iba a decir estúpido, pero sí. Aunque no se trata sólo de matar a unicornios salvajes, ¿no te das cuenta? Es evidente que Dorian Manning piensa que eres zurcidor.

Skandar se la quedó mirando.

—La comodoro McGrath —prosiguió Agatha— debe de haberle contado lo que hiciste el año pasado para reparar su vínculo con Escarcha de la Nueva Era. Hace muchísimo tiempo que no hay magia de espíritu en esta Isla; no me sorprendería que Dorian Manning hubiera llegado a esa conclusión.

Skandar frunció el ceño.

—Pero no entiendo cómo eso puede tener algo que ver con que el Círculo de Plata esté matando a los unicornios salvajes.

Agatha suspiró, claramente frustrada por la lentitud de Skandar.

—¿Qué fue lo primero que quisiste hacer cuando averiguaste que quizá fueras zurcidor?

Skandar tragó saliva, y el nombre de Kenna en el registro de los diestros en espíritu cruzó su mente como un destello.

—Quise vincular a mi hermana con su unicornio predestinado. —De repente, recordó las palabras en el estadio de aquel centinela al que le habían lavado el cerebro: «Si los unicornios salvajes

desaparecen, entonces el diestro en espíritu perderá todo su poder.»

—Exacto —dijo Agatha—. Pero ¿y si no te detuvieras después de conseguirlo con Kenna? ¿Y si decidieras reparar el daño que les han hecho a los demás diestros en espíritu? ¿Y si decidieras construir un ejército con ellos? Un ejército con vínculos mucho más fuertes que el de la Tejedora. Vínculos que deberían haber existido desde siempre. Vínculos de verdad.

Su tía tenía razón: cuando había visto los nombres de los diestros en espíritu, Skandar no había pensado sólo en Kenna. Había sentido ira contra toda la Isla por lo que habían hecho, por lo que estaban haciendo ahora mismo. Y la idea de encontrar y vincular a todos los diestros en espíritu perdidos todavía seguía allí dentro, en lo más hondo de su ser. Tal vez Dorian tenía razón en preocuparse por él.

Agatha seguía hablando:

—... Y por eso creo que el objetivo del Círculo de Plata son los unicornios salvajes más jóvenes. Tiene sentido; sus jinetes predestinados todavía estarán vivos. Es inútil malgastar energía en matar a un unicornio salvaje que tiene quinientos años. Un zurcidor no podría vincularlo con nadie, su jinete estaría muerto.

—«Cuanto más joven sea el jinete perdido, más fácil será el proceso zurcidor...» —dijo Skandar, repitiendo sin querer la nota de Craig sobre los zurcidores.

—¿Qué? —saltó Agatha.

Skandar vaciló. Si quería seguir haciéndole más preguntas sobre los sueños, tenía que conseguir que siguiera de buen humor. Y no lo lograría si seguían hablando de ejércitos de espíritu, así que cambió de táctica.

—Pero ¿qué hacemos con los asesinatos? Los demás monitores no se creen que Dorian esté detrás de todo esto. ¡Tenemos que hacer algo! ¡Sobre todo si el Círculo de Plata está llevando a cabo esos crímenes para detenerme a mí!

Agatha enarcó una ceja.

—Nosotros no vamos a hacer nada. Nadie va a creer a dos diestros en espíritu antes que a todo el Círculo de Plata. Y menos aún ahora que están culpando de la destrucción mágica al elemento espíritu, y más concretamente a ti. No. Yo tengo que seguir fuera de la cárcel, y tú tienes que entrenarte en el Nidal.

—Pero...

—La única forma de que alguien se crea que el Círculo de Plata está detrás de todo esto es que lo vea con sus propios ojos. Y tú no puedes correr el riesgo de implicarte en eso, ¿o sí?

Mientras Agatha se esfumaba en medio de la noche, Skandar tuvo

la clara sensación de que, aunque hubiera estado intentando disuadirlo, sus dos últimas palabras habían sonado más bien a reto. «¿O sí?»

El joven jinete regresó a la pista de fuego justo en el momento en que Bobby tensaba la cuerda ardiente de su perfecto arco en llamas y disparaba una flecha directa al pecho acorazado de Romily. Aunque estuvieran peleados, Skandar sonrió, y luego enseguida se sintió triste. Bobby era la mejor. No le hacían falta una montura Shekoni ni una invitación a la Sociedad Peregrina para demostrarlo. Ninguno de ellos, ni siquiera Flo y Puñal, tenían realmente nada que hacer contra su magia. Estaba claro, ella los eclipsaba a todos. Él sólo pensaba en que ojalá pudiera hacerle ver que podía ser la mejor y al mismo tiempo seguir siendo su amiga. La echaba de menos. Echaba de menos sus burlas, sus bromas y su franqueza. Echaba de menos sus conversaciones sobre la vida en el Continente. Echaba de menos que ella lo empujara a ser más osado. Sabía que era algo egoísta, pero quería volver a contar con ella, como hasta entonces.

Volvió a pensar en su madre. ¿Tal vez era aquello lo que siempre acabaría ocurriéndole? ¿Tal vez era aquello lo que realmente significaba ser diestro en espíritu? Que la gente lo abandonara. Pensó en que Erika había abandonado a su joven familia. En que Flo había hecho el juramento de plata. En que Kenna se negaba a escribirle. Hasta Mitchell había intentado abandonarlo al principio.

De nuevo en la pista para la segunda ronda, Estrella de Medianoche e Ira del Halcón se lanzaron al galope para demostrar sus habilidades. Romily agitó su escudo a lo loco para intentar desviar el arma mágica de Bobby, pero fue en vano: la flecha la golpeó de nuevo con fuerza en el pecho y a duras penas logró mantenerse sobre la montura.

En ese momento, unos cuantos jinetes más presenciaban el combate entre Bobby y Romily, puesto que los suyos habían acabado.

—¡Dos a cero! —gritó el monitor Anderson, y las llamas de sus orejas juguetearon en el aire al levantar el brazo del lado de Bobby de la pista.

—¡Ánimo, Romily! —gritaron Elias y Walker. El trío estaba muy unido. Debido al número de unicornios que rompieron el cascarón en su año, nunca habían contado con un cuarto miembro que completara el cuarteto.

—Flo —susurró Skandar, mientras Halcón y Estrella volvían a sus puestos para disputar el último punto—. Cuando Dorian te habló de usar a Puñal para la próxima matanza, ¿te dijo cuándo sería?

Su amiga negó con la cabeza y, con voz apesadumbrada, respondió:

—No sé cuándo, pero dijo que debería participar junto a Puñal en la partida de caza... Tengo que ir con los jinetes que capturan al unicornio salvaje al que matarán. Me avisarán con una hora de antelación para que vuele hasta el Bastión y me una a la cacería.

—Pero ¿cómo saben los cazadores dónde hay que ir? —preguntó Skandar en voz baja, mientras el monitor Anderson tocaba el primer silbato.

Los músculos de los cuartos traseros de Halcón se tensaron con fuerza cuando la unicornio se abalanzó hacia delante.

—Los centinelas localizan una manada, nos comunican su ubicación y luego en teoría tenemos que capturar juntos al unicornio salvaje seleccionado. Dorian nos lo explicó todo en el estadio. Pero yo no pienso ayudarlos —añadió con ferocidad—. Ni siquiera con la amenaza de expulsarme del Nidal conseguirán que haga algo así.

Skandar se concentró en sus pensamientos. La canción veraz advertía de que las muertes de unicornios y la agitación elemental estaban ligadas, y al joven jinete le preocupaba cada vez más que un día la Isla que él tanto amaba pudiera destruirse a sí misma. Ahora que sabía con certeza que uno de los unicornios de la Tierra Salvaje había estado predestinado para Kenna, bajo ningún concepto iba a arriesgarse a que el Círculo de Plata le pusiera las manos encima. Tenían que impedir que el Círculo de Plata siguiera matando a los unicornios salvajes.

—Una hora... —susurró Skandar, urdiendo ya un plan en su cabeza —. ¿Y si no tuvieras que desobedecer a Dorian? ¿Y si pudieras hacer lo que el Círculo de Plata quiere y a la vez impedir que maten a más unicornios salvajes?

—Skar, ¿qué estás...?

Justo en ese momento, se oyeron unos gritos de sorpresa entre el resto de los jinetes. Skandar levantó la vista bruscamente hacia Bobby y Halcón, pero apenas podía verlas. De la mano de ella salió volando un tornado, seguido de una ráfaga de fuego, luego lanzó rocas afiladas hacia los numerosos espectadores, seguidas de una ola de agua... Romily estaba tan aterrorizada que apremió a Estrella de la Medianoche a huir hacia el cielo nocturno. Otros jinetes la imitaron, en medio de la confusión y las colisiones a causa de la oscuridad.

Skandar se montó en Pícaro de un salto.

—¡Bobby! —exclamó desesperado—. ¡BOBBY!

—¡Está poseída! No reacciona ante nada. ¡Mira sus ojos! —gritó Mitchell cuando Roja y él llegaron al galope desde su propia justa.

Los restos de elementos giraban en espiral entre los múltiples tornados que Bobby había conjurado. Ella seguía sentada a lomos de Halcón en medio de aquel caos, ciega e impertérrita mientras la destrucción las rodeaba.

Flo chilló despavorida cuando tres rayos salieron de la palma de Bobby y estallaron en el suelo, junto al casco izquierdo de Puñal. El unicornio plateado se encabritó furioso y contratacó, disparando una mezcla de piedras y arena desde sus cascos.

—¡Tenemos que hacer algo! —gritó Skandar.

—Se le pasará dentro de nada —replicó Mitchell, aunque no parecía muy convencido—. ¿No es lo que ocurrió tanto con Gabriel como con Rickesh?

—Pero ¡es Bobby! ¿Y si sale malherida? —insistió Skandar—. Voy a desmontarla de Halcón. Así por lo menos no podrá conjurar más magia. —Por si le faltaban argumentos, un pedazo de roca en llamas pasó volando a toda velocidad al lado de su oreja izquierda.

—¡Skar, no puedes acercarte, saldrás malparado, y Pícaro también! —suplicó Flo. Le costaba controlar a Puñal, al que le empezaba a salir humo del lomo.

Skandar no le hizo caso y galopó sobre Pícaro directo hacia Bobby, de cabeza a la tormenta que se arremolinaba a su alrededor. Se produjo un destello de electricidad y los dientes de Halcón se iluminaron en la noche, con las fauces abiertas de par en par y rugiendo amenazadoramente. Skandar notó en el vínculo la confusión de Pícaro. Halcón era su amiga, ¿no? Pero Halcón levantó un viento helado con las alas y Bobby alzó la palma, que esta vez resplandecía de rojo, preparada para un ataque de fuego; tenía la mirada totalmente perdida.

Skandar, sin embargo, estaba preparado. Conjuró el elemento espíritu en su palma, y el olor a canela le llenó las fosas nasales al extender la mano con una bola de magia blanca y agarrar el cordón amarillo que unía los corazones de Bobby y Halcón. El ataque de la joven jinete y su unicornio murió en el vínculo, y Bobby gritó de ira, poniendo los ojos en blanco como un zombi vengativo. Antes de que pudiera recuperarse, Skandar se acercó a Halcón a lomos de Pícaro y tiró de su amiga para bajarla de la montura.

Fue más difícil de lo que él había previsto, y Pícaro chilló asustado cuando la suma de sus pesos también derribó a su jinete de encima de él. Skandar y Bobby se estamparon contra el suelo en una maraña de brazos, piernas, armaduras y humo.

Skandar fue el primero en recuperarse, y, haciendo caso omiso del dolor de su ya maltrecho cuerpo, le dio la vuelta a Bobby y le quitó el

casco para verle la cara. Su amiga resopló, después tosió y por último abrió sus ojos marrón claro de par en par.

—Skandar... Yo... Halcón... —consiguió articular a duras penas mientras se incorporaba. Entonces su respiración empeoró, convirtiéndose en un silbido y luego en un resuello.

—Respira, Bobby —dijo él, agarrándole la mano en medio del ataque de pánico—. Ya ha pasado. Ya ha pasado todo...

—Nunca... He... Sentido... Nada... Parecido... La sed de sangre... La necesidad de matar... —Empezó a respirar mejor—. ¿Así es Halcón de verdad? ¿Es eso lo que de verdad quiere todo el tiempo?

—Creo que así es como sería sin el vínculo —respondió Skandar en voz baja—. Si hubiera nacido salvaje.

Por un instante, pensó en la unicornio torda. En Kenna.

Flo había recogido a una Halcón muy desorientada y se había acercado hasta ellos.

Pero cuando la unicornio agachó su gran cabeza gris para ver cómo estaba su jinete, Bobby se alejó bruscamente de ella.

—No puedo... Ahora mismo no puedo tenerla cerca.

La monitora Saylor llegó al galope a lomos de Pesadilla de la Brisa Boreal. Parecía aterrorizada.

—Bobby estaba poseída —explicó Mitchell sin dilación—. Igual que Gabriel. Halcón la ha poseído a través del vínculo.

La expresión en el rostro de la monitora Saylor, normalmente risueña, se volvió sombría. Se agachó en el suelo al lado de Bobby y le susurró unas palabras que Skandar no logró oír. Al cabo de un momento se levantó, con su manto amarillo ondeando por la brisa nocturna.

—Me llevaré a Bobby al Nidal para que le hagan un chequeo en la casa de curas del árbol. ¿Puedes llevarte tú a Ira del Halcón?

Flo asintió, agarrando las riendas de cuero de la unicornio.

—Vamos, tesorete —le susurró la monitora Saylor a Bobby mientras la ayudaba a levantarse.

Skandar, Mitchel y Flo regresaron caminando al Nidal con los unicornios. Era demasiado difícil ir volando; Halcón estaba montando un escándalo tremendo porque la separaran de su adorada jinete. A Skandar no le pasó desapercibido que Puñal volvía a ser el unicornio distante y autoritario de los últimos días; no quedaba ni rastro del alegre saludo que le había dedicado a su amigo unicornio plateado en el Bastión.

Lo que le hizo recordar su plan.

—Creo que sé cómo detener al Círculo de Plata y asegurarnos de que no encierren a Flo en el Bastión —anunció, con su aliento

arremolinándose en el frío de la noche.

—Pero ¡si ningún monitor nos ha creído! —protestó Mitchell.

—La monitora Everhart sí —repuso Skandar con determinación—. Y me ha dado una idea.

—Oh, oh —musitó Flo, cerrando los ojos.

—Tenemos que impedir que el Círculo de Plata mate a más unicornios salvajes, ¿no? —contratacó Skandar, mientras llegaban al colorido árbol de entrada del Nidal.

—Sí... —Mitchell y Flo contestaron al unísono, aunque sus voces sonaron recelosas.

—Y si nadie cree lo que decimos, tendremos que mostrárselo. Mostrarle la verdad a la comodoro. Contigo dentro, Flo, sabiendo el momento en que los cazadores saldrán en busca de otro unicornio salvaje, estoy seguro de que podríamos pillar al Círculo *in fraganti*.

Mitchell entrecerró los ojos.

—Todo eso suena muy impreciso.

Flo suspiró.

—Lo que suena es muy peligroso. Pero no podemos permitir que el Círculo de Plata siga saliéndose con la suya en todo esto. Mirad lo que les está pasando a las zonas. ¡Mirad lo que le acaba de pasar a Bobby! ¿Y si resulta que está herida... o incluso algo peor? ¿Y si hubiera matado a alguien? Y todo eso sin contar con que el Círculo de Plata podría matar al unicornio de Kenna. —Flo respiró hondo—. De acuerdo, cuenta conmigo.

—Cuenta conmigo también, claro —añadió Mitchell, un tanto enfurruñado—. Pero hará falta un plan mucho más minucioso que ése, Skandar. Reunión de cuarteto todas las noches de aquí a... de aquí a... bueno, hasta que llamen a Puñal para participar en la cacería.

—Está claro que necesitaremos tu pizarra —comentó Skandar, con una media sonrisa en los labios.

Mitchell sonrió de oreja a oreja.

—Creí que nunca me lo pedirías.

11

Cazadores de unicornios

Los del Cuarteto Amenaza no eran los únicos jinetes que ahora estaban convencidos de que era Skandar quien estaba detrás de las posesiones. Después de lo que le había ocurrido a Bobby, el resto del Nidal había sumado diestro en espíritu, unicornios salvajes y posesión mágica y, ¡sorpresa!, el resultado había sido Skandar. Tampoco había ayudado mucho que casi todo el Nidal pareciera saber que Bobby y él llevaban semanas peleados. Muchos isleños ni siquiera se molestaban en bajar la voz mientras intercambiaban teorías sobre cómo estaba usando el vínculo para poseer a los demás jinetes. Los demás continentales, como Sarika, Gabriel, Zac y Mariam, normalmente lo defendían, aunque casi todos los demás pichones habían empezado a evitar a Skandar en el Comedero o durante el entrenamiento.

—No durará para siempre —había dicho Zac, intentando animar a Skandar un día después de un entrenamiento de tierra en el que Benji y Susurro Maldito se habían negado de nuevo a disputar una justa con «el diestro en espíritu»—. A la gente le gusta tener alguien a quien echarle la culpa, ¿no? En cuanto acaben los asesinatos, estoy seguro de que todos se olvidarán.

Pero no lo estaban olvidando, y Skandar y sus amigos seguían esperando la oportunidad de detener los asesinatos del Círculo de Plata. A Flo le habían ordenado seguir asistiendo a las reuniones, advirtiéndola seriamente de que era su última oportunidad. Y, cómo no, Dorian Manning había vuelto a insistir en que demostrara su lealtad al Círculo de Plata permitiendo que emplearan a Puñal en la siguiente cacería. Por ironías de la vida, eso era justo lo que Flo, Mitchell y Skandar querían. Pero noviembre había dado paso a diciembre y aún no había pasado nada.

Mientras tanto, en el Nidal cada vez había más isleños cuyas familias se habían visto desplazadas por la impredecible magia que

estaba causando estragos en las zonas elementales. Y a medida que pasaban los días, la destrucción se agravaba más y más. El *Heraldo del Criadero* estaba plagado de noticias de profundas y tenebrosas grietas que se tragaban campos de cultivo, de incendios que se resistían a ser extinguidos hasta por los diestros en agua más fuertes, de ríos que se alzaban en un oleaje descomunal y arrasaban las casas de los árboles, de vientos superiores a cien kilómetros por hora que destrozaban bosques enteros...

Y por si fuera poco, las zonas se estaban viendo asoladas por más estampidas de unicornios salvajes que de costumbre. Skandar se preguntaba si era la destrucción elemental lo que estaba perturbando a aquellas criaturas, o el hecho de que estuvieran cazándolas. En cualquier caso, las calles de Cuatropuntos estaban repletas de personas cuyos hogares habían quedado destruidos o que creían que la capital era el único lugar seguro que quedaba en la Isla.

Mitchell había desarrollado una teoría sobre la venganza de la Isla después de hablar con una diestra en agua mayor que él cuando había quedado con su padre para comer.

—Me confirmó lo que yo llevo pensando todo este tiempo —les contó Mitchell una noche, sentados alrededor de la pizarra—. La Isla no tiene sentimientos; todo es cuestión de equilibrio, de estabilidad. Los unicornios salvajes están arraigados en el tejido mágico más profundo de esta Isla, muchos de ellos llevan siglos aquí. O incluso más. Y están aliados con los cinco elementos, así que, si los eliminas, tiene sentido que la magia de la Isla se desequilibre. Tiene sentido que nuestros vínculos con los unicornios, que en realidad están hechos de magia elemental, se vean afectados. La destrucción de las zonas, la posesión de los vínculos, todo apunta casi sin duda a que la Isla se está vengando, ¿no creéis? Pero no, en realidad no.

Flo suspiró.

—Tiene sentido, Mitchell, pero no creo que a la gente que resulte herida o pierda su casa le importe demasiado que sea por un desequilibrio en la magia o por una venganza de la Isla, ¿no crees?

Y aquello no era lo único por lo que tenía que preocuparse Skandar. Después de recuperarse de la posesión, Bobby había recordado, desafortunadamente, que Skandar la había salvado. Y todo había acabado en una acalorada discusión.

—¡No puedo creer que me salvaras sin mi permiso! —le había gritado Bobby desde su hamaca en la casa de curas del árbol—. Ahora soy la chica a la que Skandar Smith rescató. Genial.

Skandar había perdido los estribos sin poder evitarlo.

—¡Vaya, pues ya lo siento! ¡A lo mejor tendría que haber dejado

que mataras a todo el mundo, ¿no?!

—¡Pues a lo mejor sí! —respondió Bobby a gritos.

—¡La próxima vez lo haré!

—¡Pues genial!

Pero Bobby tenía un problema mucho más grave. No quería volver a montarse en Ira de Halcón. La mejor jinete de su año había perdido todo el valor. Tanto Flo como Mitchell habían intentado hablar con ella a solas y explicarle lo importante que era que se entrenara para el torneo de justas que, ahora que había llegado diciembre, cada vez estaba más cerca. Aun así, ni siquiera la amenaza de que la declarasen nómada servía para convencer a Bobby de que se montara en Halcón.

El último día de entrenamiento antes de la semana de vacaciones, Mitchell intentó de nuevo forzar el asunto.

—¿Vas a intentar montar a Halcón durante las vacaciones de invierno? Podría ser una buena idea, sin la presión del entrenamiento.

Skandar presenció la conversación desde un puf pera debajo de la marina pintada en su pared, y vio que la mirada de Bobby era dura como una piedra.

—Ya te lo he dicho... Por ahora no voy a montar a Halcón.

Mitchell pareció ofenderse un poco, pero de todas formas señaló la pizarra con decisión.

—Roberta, te necesitamos para el plan —era la primera vez que decía aquello en voz alta, pero todos sabían que era cierto—. Aparte de Pícaro, Halcón es la unicornio más rápida de este cuarteto. Necesitamos que te unas al plan y montes a Halcón para cuando el Círculo de Plata convoque a Flo y a Puñal. Sin ti... —Mitchell interrumpió su discurso cuando Bobby desapareció tronco arriba para meterse en su dormitorio.

Flo lanzó un largo suspiro.

—A la Bobby de antes la habría aterrorizado perderse ni siquiera una sesión de entrenamiento, pero ¿a la nueva? Da la impresión de que no le importa nada. Ni nosotros. Ni tan siquiera Halcón.

—No debe de ser muy tranquilizador tener a un unicornio así en la cabeza —murmuró Mitchell—, y sentir los impulsos más sanguinarios de la criatura a la que está unida tu alma. Es un recordatorio de cómo son en realidad los unicornios. Feroces, mágicos... y letales.

—Gabriel y Rickesh ya están bien —señaló Flo.

—Pero Gabriel no iba encima de Valor de la Reina cuando lo poseyeron. Y Rickesh es un yonqui de la adrenalina, además de polluelo. Tiene más experiencia.

Skandar levantó la vista de su cuaderno de bocetos.

—Bobby no nos hará caso. Ni siquiera quiere estar cerca de mí. —

Volvió a concentrarse en sus dibujos de Pícaro y a soñar con una unicornio torda. No se lo había contado a los demás, pero estaba planteándose dormir en el establo de Pícaro durante las vacaciones de invierno, para ver si se le aparecían los sueños de zurcidor.

—A ver, no podemos permitir que la declaren nómada —afirmó Mitchell con firmeza—. Un cuarteto de tres personas simplemente no cuadra. Tenemos que permanecer todos juntos. Esa tontería de echar ramas por otro lado tiene que acabarse. Quiero que todos lleguemos a aguis y que nos marchemos del Nidal sin que nuestras insignias se rompan en pedazos y nos convirtamos en jinetes del Caos. ¡No voy a consentir que Roberta Bruna estropee mis planes!

—Pero ¿cómo hacemos para que le entre en la cabeza? —preguntó Skandar desesperado.

Mitchell frunció el ceño y volvió a la pizarra.

—Ya se me ocurrirá algo.

Llegó la semana del solsticio de invierno. Los cascarones seguían entrenándose, mientras los volantones, los polluelos y los aguis estaban... bueno, de fiesta. Durante las vacaciones de invierno, cada guarida dio un baile para los diestros en su elemento, aunque cada jinete podía invitar a otra persona más. Los pichones, sin embargo, no eran lo bastante mayores para asistir a los bailes de las guaridas, así que tenían toda una semana de descanso. Skandar se alegraba de que las prácticas para las justas se interrumpieran. Había estado evitando emplear el elemento espíritu, en parte porque lo aterraba acabar poseído mientras lo usaba, y en parte porque casi todos los demás jinetes reaccionaban con miedo y rabia cuando veían las armas del elemento espíritu. Muchos de ellos se negaban en redondo a participar en la justa —igual que se habían retirado de la carrera el día de la Ceremonia de las Monturas—, sobre todo porque Pícaro no se mostraba precisamente tímido a la hora de lanzar ráfagas del elemento blanco por las alas. Pero Skandar estaba intentando olvidarse del asunto. Tenía grandes planes para las vacaciones, que básicamente consistían en dormir en el establo de Pícaro e intentar soñar con el unicornio de su hermana.

Tanto Mitchell como Flo le aconsejaron que no intentara tener un sueño de zurcidor, pero él pensaba que el diestro en espíritu con el que Craig había hablado seguramente había exagerado. ¿Cómo iba a morir si su cuerpo estaba a salvo en el establo de Pícaro?

—¿Agatha no te dijo también que era peligroso? —le preguntó Mitchell a Skandar mientras salía del dormitorio con una manta la primera noche de las vacaciones de invierno.

—¡Los dos sabemos que el Círculo de Plata tiene en el punto de mira a los unicornios salvajes jóvenes! —argumentó Skandar—. No hay tiempo que perder. Y en cuanto tenga el sueño, le pediré a Agatha que me enseñe cómo funciona exactamente el proceso zurcidor, así estaré preparado cuando Kenna venga al torneo de justas a final de curso.

«Y podrá entrenarse conmigo en el Nidal, ¡y a lo mejor hasta dormir en nuestra casa del árbol! —pensó Skandar para sus adentros—. No tendrá que volver nunca más al Continente, y papá también podrá vivir con nosotros en la Isla si le doy el dinero que he ahorrado.»

La primera noche en el establo de Pícaro, Skandar llegó cargado de esperanza. Se acurrucó justo debajo de la sedosa ala negra del unicornio, apoyó la cabeza en su costado y los dos se quedaron dormidos enseguida. Sin embargo, ocho horas más tarde Skandar se despertó con la luz de la mañana, con Pícaro masticándole un mechón de pelo y con una pernera del pantalón llena de paja... Pero nada de sueños de zurcidor.

Antes de la cuarta noche, Skandar estaba ya deseando tener que entrenarse para distraerse un poco. Lo único que había logrado conjurar era una pesadilla terrorífica en la que la versión fantasma de Rickesh en el papel del primer jinete lo perseguía entre los coloridos árboles funerarios del cementerio. ¿Era posible que, después de todo, Skandar no fuera zurcidor? Se sentía solo y desamparado. Aquella semana no había ninguna reunión de la Sociedad Peregrina. Por las noches había empezado a hacer un frío glacial, por mucho que se arrimase a Pícaro en el establo. Su padre ni siquiera mencionaba a Kenna en la felicitación navideña que le había enviado. Skandar echaba de menos oír su voz en la forma en que ella escribía sus frases y en las palabras que elegía, pero esta vez ni siquiera había firmado la tarjeta. Y por si fuera poco, los demás miembros de su cuarteto no paraban de desaparecer durante varias horas seguidas.

Además, Bobby seguía sin hablarle, y eso por sí solo ya lo ponía tristísimo. No se lo había contado a los demás, pero le había dado por colarse en el establo de Halcón y cepillarle las crines, aunque siempre las tenía perfectas. Le daba la sensación de que eso lo acercaba a Bobby, tal vez porque Halcón estaba unida por el vínculo a su jinete. Skandar hasta había empezado a hablar con la joven unicornio, a hacerle preguntas sobre Bobby. «¿Qué crees que podría decirle para hacerla cambiar de idea?» Y a pesar de que Halcón básicamente lo mordía o le soltaba una descarga eléctrica como respuesta, de algún modo incluso aquello lo consolaba.

Pero no era sólo Bobby la que hacía que Skandar se sintiera deprimido. En cuanto hubieron planeado cómo iban a lograr que la comodoro Kazama fuera testigo de los crímenes del Círculo de Plata, Mitchell y Flo también empezaron a desaparecer todo el tiempo. Skandar pensó que Mitchell probablemente andaba por ahí con Jamie, porque los dos habían empezado a pasar cada vez más tiempo juntos, investigando sobre las canciones veraces. Aunque era posible que lo evitara por culpa de Ira, que había empezado a escribirle a su hijo para advertirle de que, «si quería que algún día lo tomaran en serio como comodoro, debía evitar al diestro en espíritu y conseguir que el Círculo de Plata estuviera de su parte».

En aquel momento, Mitchell se había quejado con desesperación: «¡Mi padre está comportándose como si fuera a ganar la Copa del Caos antes de que acabe el curso! ¡Si ni siquiera puedo clasificarme antes de ser polluelo!» Pero ahora Skandar no estaba seguro de si Mitchell se lo había tomado más a pecho.

¿Y Flo? Una parte de Skandar se preguntaba si había decidido pasar más tiempo con Bobby... pero sin él. Aquello le daba envidia y lo desesperaba. ¿Estaba todo su cuarteto echando ramas lejos de él igual que había hecho Bobby? ¿Se habían cansado de todos los líos en los que los había metido? ¿Tal vez estaban en las guaridas con todos los demás jinetes de su elemento? ¿Tal vez preferían eso a pasar el rato en la casa del árbol?

Una tarde, el día del solsticio de invierno, Skandar estaba solo una vez más en la casa del árbol. De mal humor, lanzó otro leño a la estufa y dejó que el libro sobre armas de fuego que tenía en el regazo cayera al suelo. Sin nadie que lo distrajera, sintió que las dudas lo asaltaban. Todavía no había conseguido tener ningún sueño de zurcidor, y su plan para desenmascarar a los verdaderos asesinos de los unicornios salvajes parecía cada vez más imposible de llevar a cabo. Por lo visto, Rex se las había arreglado para suavizar las cosas con el Círculo de Plata, pero ¿y si Dorian se percataba de que todo aquello olía a gato encerrado y no convocaba a Puñal para matar a un unicornio salvaje en el estadio? ¿Y si mataban al unicornio de Kenna antes de que pudieran hacer nada al respecto?

Además, empezaba a sospechar que Agatha se había equivocado al pensar que él podría ser zurcidor. Todavía no había logrado tener ni uno solo de aquellos estúpidos sueños. Jamás podría reparar el daño que le habían causado a Kenna, era el peor hermano de todo el mun...

—¡Skandar! —la voz de Mitchell atravesó su avalancha de deprimentes pensamientos.

El joven jinete parpadeó. Mitchell estaba de pie delante de él,

blandiendo un pedazo de tela negra.

—Necesito atarte esto a la cabeza —anunció como si tal cosa, mientras se inclinaba hacia él.

—¡Eh! —Skandar intentó apartar el brazo de su amigo—. ¿Qué estás haciendo?

—No me preguntes nada, por favor —suplicó Mitchell—. No se me da bien mentir y no debería contarte nada que sin querer lo acabe estropeando todo.

—¿Estropear el qué? ¿Otra vez has llegado a la conclusión de que por mi culpa va a acabarse el mundo? No irás a entregarme a tu padre después de todo, ¿verdad? —bromeó Skandar, con la esperanza de provocar a su amigo para que le contara de qué iba todo aquello. Aunque en realidad estaba contentísimo por el hecho de que su amigo estuviera allí y contara con él para algo.

—Por favor, Skandar —le rogó Mitchell—. Flo me va a matar si te cuento algo. Y si me lo pides, lo haré. Sé que lo haré.

—Vale, vale —accedió Skandar, y dejó que le vendara los ojos.

El diestro en fuego lo cogió de la mano y lo guió para que saliera de la casa del árbol. Luego le hizo cruzar cinco puentes que se mecían inestables bajo sus pies y bajar por tres escaleras... pero, en cuanto llegaron al suelo del bosque, Skandar se dio cuenta de que ya no sabía hacia dónde iban. A Mitchell tampoco se le daba demasiado bien ayudarlo a esquivar las raíces de los árboles del Nidal, y hubo montones de «ay», «perdona» y «eso era mi pie».

—Muy bien —dijo Mitchell cuando por fin hicieron un alto en el camino—. Ahora tienes que dar dos pasos hacia delante, agacharte, eso es... y agarrar esto.

Skandar notó que Mitchell también se agachaba cerca de él y que luego le guiaba las manos hasta una especie de empuñadura de metal. Skandar tiró de ella y se dio cuenta de que estaba unida a lo que fuera que hubiese bajo sus pies.

Notó que el brazo de Mitchell rozaba con el suyo; estaba justo a su lado.

—Tienes que seguir mis instrucciones muy atentamente. Nada de improvisaciones de diestro en espíritu, ¿me entiendes? Agárrate lo más fuerte que puedas o morirás...

—Perdona, ¿qué?

Mitchell prosiguió como si su amigo no estuviera entrando en pánico.

—Y tampoco creo que a Flo le hiciera mucha gracia que eso ocurriera. Quiero decir, ella sólo habló de estropear la sorpresa, pero, sí, supongo que matarte tampoco le haría gracia...

—Pero ¿qué sorPREEEESAAAAA? —A mitad de palabra, lo que fuera que había bajo sus pies se desplomó y los dos cayeron en picado.

Después de unos cuantos segundos con el estómago dando bandazos, se detuvieron en seco con una fuerte sacudida.

—Ya puedes soltarlo —dijo su amigo, sonando un poco avergonzado.

—Mitchell... —repuso Skandar enfadado mientras se arrancaba la venda de los ojos, aunque eso no importó lo más mínimo porque, donde quiera que se encontraran, todo estaba oscurísimo—. ¿Estás intentando matar...?

—Ya les dije que sería más fácil hacerlo en una casa del árbol, pero por lo visto «no tendría el mismo impacto emocional».

—¿De qué estás hablan...?

—¡SORPRESA!

De repente, el espacio subterráneo resplandecía lleno de antorchas encendidas y de gente. Skandar reconoció primero a Flo y luego a Jamie. A un lado del herrero, había una mujer alta y rubia con un violín, y al otro un hombre con una tupida barba castaña; se parecían tanto a Jamie que ¡sólo podían ser sus padres! Los padres de Flo y su hermano gemelo también estaban allí, y Craig el librero y casi toda la Sociedad Peregrina, aunque faltaba Amber. Rickesh lo saludó con torpeza con la mano, y Prim puso los ojos en blanco.

Y luego entró en escena la persona más sorprendente de todas: Agatha Everhart. No estaba exactamente sonriendo, pero casi.

—¿Qué es todo esto? ¿Dónde...? —Se había quedado tan atónito ante semejante multitud de gente que no se había dado cuenta de dónde estaba.

Era la guarida del espíritu, pero estaba totalmente transformada.

Habían borrado los garabatos de la Tejedora y ahora el mármol negro lucía resplandeciente. Justo sobre la curva de la pared trasera, habían pintado con pintura blanca reluciente los cuatro círculos entrelazados del elemento espíritu. Debajo habían pegado incluso uno de los dibujos de Pícaro que Skandar había hecho. Por el suelo había desperdigados unos cuantos pufs blancos, suaves y mullidos, y también suaves alfombras de piel de borrego, y las viejas estanterías estaban llenas de libros nuevos. Una mesa de mármol redonda adornaba el centro de la guarida circular, con comida y bebidas Shekoni de color naranja preparadas como para una fiesta. Skandar contabilizó al menos tres botes de mayonesa.

Flo se le acercó corriendo y le dio un abrazo enorme.

—¿Te gusta? Pensamos que te vendría bien animarte un poco. Te prohibieron la entrada en el Pozo y sé que estás triste por lo de tu

hermana y que lo de los sueños todavía no funciona, así que mi madre preparó un poco de pintura blanca y sólo queríamos que... —Flo abarcó con un gesto todo lo que tenían delante, casi sin aliento.

—Queríamos demostrarte que tienes amigos, Skandar. Personas que piensan que los diestros en espíritu sois gente guay —apuntó Jamie, mostrando una amplia sonrisa—, que piensan que es supervaliente que estés intentando que el elemento espíritu vuelva al Nidal.

—¿Te alegras ahora de que no te contara por qué estaba secuestrándote? —El pelo de Mitchell se encendió con su sonrisa.

—¿Todo esto lo habéis hecho vosotros...? ¿Para mí? —A Skandar se le entrecortaba la voz de la emoción—. ¡Yo pensaba que ya todos pasabais de mí o algo así!

—Perdónanos —repuso Flo efusivamente—. ¡Teníamos que organizarlo todo! Queríamos que fuera diferente de cómo lo dejó la Tejedora. Y gracias a Agatha hemos podido entrar y salir de la guarida.

Agatha inclinó la cabeza; tenía un aspecto más bien majestuoso con su mugriento manto blanco.

Dos horas más tarde, Skandar seguía disfrutando de uno de los mejores momentos de su vida. ¡No podía creerse que hubieran hecho todo aquello sólo por él! Rickesh le había contado a todo el mundo lo rápido que era Pícaro; habían animado a Agatha para que les contara historias sobre cómo era el Nidal antiguamente; los padres de Jamie habían tocado música para que todos pudieran bailar a lo loco dando vueltas por la guarida, y ahora Skandar, Mitchell y Flo estaban sentados en círculo comiéndose los últimos perritos calientes con mayonesa. A Skandar le dolían las mejillas de tanto sonreír. La única persona que faltaba, la única persona que habría hecho que todo fuera perfecto, era Bobby Bruna.

—¿Bobby no ha...? —preguntó Skandar vagamente.

—Todavía no se siente bien —respondió Flo enseguida—. Estoy segura de que le habría encantado venir.

Mitchell no les hacía caso. Tenía la vista puesta en Jamie y sus padres, que estaban en un rincón. Todos estaban riéndose de la madre de Jamie, que intentaba obligar a su hijo a tocar el violín. Sonaba fatal.

—Creía que éramos iguales —murmuró Mitchell, frotándose los ojos con rabia por debajo de las gafas.

—¿A qué te refieres, Mitchell? —le preguntó Flo con mucho tacto.

Él dio un respingo al recordar que estaba sentado con ellos.

—Es sólo que los padres de Jamie no quieren que sea herrero, ¿no?

—Creo que preferirían que fuese bardo, como ellos —coincidió Skandar.

—Sí, pero... —Mitchell hizo un esfuerzo por expresar sus sentimientos con palabras—, aun así están aquí, ¿no? Aun así, lo apoyan. Aun así, vienen a la fiesta subterránea de su amigo diestro en espíritu. Aun así, le sonríen. Aun así, lo quie... —Se quedó callado, incapaz de acabar la frase—. Aun así, están aquí, aunque no estén de acuerdo con lo que hace.

—Mitchell —Flo se inclinó hacia delante y le cogió una mano entre las suyas—. Escúchame bien. El que se equivoca es tu padre. Tú eres una persona maravillosísima. Sus prejuicios contra el elemento espíritu, su necesidad de que tú cumplas su sueño de ser comodoro, todo eso es problema suyo. Debería quererte como eres, no como pretende que seas.

Mitchell se sorbió la nariz y se subió las gafas con el dedo.

—Pero ¿por qué no lo hace? Soy su hijo, ¿no debería salirle de forma natural? Y creo que ni siquiera le gusta Roja. Siempre anda diciendo que es demasiado desaliñada e inepta para ser la unicornio de un comodoro. Y Roja está haciendo un esfuerzo enorme por cambiar... Lo hace por él, por mí, aunque me doy cuenta de que no es feliz. Ojalá fuéramos lo bastante buenos para mi padre tal como somos, pero creo que nunca lo seremos.

—A lo mejor no se da cuenta de cómo os hace sentir —dijo Skandar en voz baja—. A lo mejor deberías hablar con él, puede que eso cambie las cosas. —Intentaba con todas sus fuerzas no pensar en su propia madre, que no lo había escuchado cuando el año pasado había intentado hacerla cambiar de opinión.

Mitchell sacudió la cabeza con vehemencia.

—Antes no hablaba conmigo sobre ningún tema y ahora sueña con que me convierta en comodoro. ¡Incluso me llevó a comer! Si le digo que quiero ser amigo de un diestro en espíritu, que prefiero a Roja cuando va hecha un desastre y huele mal, que creo en las canciones veraces, que llegar a ser comodoro tal vez no sea lo que quiero... volverá a no hacerme ningún caso. ¡Lo sé! Sé que es así.

—¿Cómo lo sabes, si no lo has intentado? —preguntó Flo, con una sonrisa triste en los labios.

Agatha los observaba acechante desde arriba. La dulzura momentánea de su expresión había desaparecido y sus ojos volvían a mirar con dureza.

—Skandar, tenemos que sacar a la gente de aquí ahora mismo. Es tarde... No sé si a la monitora O'Sullivan le haría mucha gracia enterarse de que os he traído a todos aquí abajo, por no hablar de

haber metido de extranjis a personas que no son jinetes. Creo que es hora de que vayamos terminando por hoy.

Skandar se levantó rápidamente.

—Claro, por supuesto, eeeh, monitora Everhart.

Agatha y Skandar se turnaron para ir acompañando a la gente hasta la superficie. Los últimos en subir con Skandar fueron Flo, Mitchell y Jamie, y los tres se despidieron de su amigo en la Gran Brecha. Flo fue a echarle un vistazo a Puñal, y Mitchell acompañó a Jamie y a sus padres hasta la puerta de entrada al Nidal. Por un instante, Skandar pensó que estaba a solas en el claro, con la única compañía de las líneas de falla, hasta que una forma blanca salió rápida y sigilosamente de entre las sombras.

—Tienes buenos amigos —dijo Agatha casi con desgana cuando llegó a la altura de su sobrino.

Skandar sonrió.

—Tengo suerte. —Aunque no pudo evitar pensar en el vacío que Bobby había dejado en la fiesta. Se habría burlado de él todo el rato por la mayonesa.

—Sí que tienes suerte. Te ayudarán a luchar contra la oscuridad del elemento espíritu... si se lo permites, claro. Yo no tuve esa suerte, ni tu madre. Nosotras nos aislamos, sólo nos teníamos la una a la otra. La influencia de otros elementos quizá nos habría... equilibrado un poco.

Cuando Agatha se quedó callada, un búho ululó desde algún lugar entre los árboles que se alzaban por encima de ellos.

—¿Ag...? ¿Monitora Everhart?

—¿Hmm?

—Todas las demás guaridas tienen nombre. La Caldera, el Pozo, la Colmena, la Mina... pero ¿cómo se llamaba la guarida del espíritu? Antes, quiero decir.

—El Santuario —respondió Agatha de inmediato, susurrando más que de costumbre.

Mientras la veía desaparecer por la escalera más cercana, Skandar pensó que el nombre era perfecto. Esa noche se había sentido a salvo en la guarida del espíritu. Como si aquél fuera su sitio. Un auténtico santuario para un diestro en espíritu.

El joven jinete casi había llegado a la casa del árbol cuando una Flo ataviada con su armadura completa llegó corriendo hasta él, con el tintineo de la cota de malla resonando a cada paso.

—¡Skar! —Respiró hondo un par de veces—. Es esta noche. La cacería del próximo unicornio salvaje es esta noche. Puñal y yo tenemos que reunirnos con la partida de caza dentro de una hora. —

Señaló con el dedo y, en efecto, Puñal de Plata relucía más abajo en el bosque, listo para partir.

Skandar se quedó mirando a Flo. Llevaban semanas planeándolo, pero de repente le pareció aterrador.

—¿Qué pasa aquí? —Era Bobby, había llegado por el otro lado del puente.

—La cacería de Puñal es esta noche —respondió Flo. Sonaba muy asustada.

—¿Esta noche? —Bobby pestañeó—. ¿Entonces vais a llevar a cabo vuestro plan ahora mismo?

—Sí —respondió Skandar con urgencia—. Justo ahora. No tenemos mucho tiempo. —Respiró hondo y se tragó todo su dolor—. Ven con nosotros, Bobby. Te necesitamos. Si esto sale mal y la comodoro no aparece, tendremos que proteger a los unicornios salvajes por nuestra cuenta. Flo fingirá estar del lado del Círculo de Plata, así que no puede ayudarnos. Y tu magia es la mejor.

—No puedo. —Bobby dio un paso atrás—. Ahora mismo no estoy... montando a Halcón. Y... y no quiero ser tu secuaz. Ya te lo dije. ¡No quiero meterme en esto!

—La cosa no va de héroes y secuaces, Bobby —intervino Flo, con los ojos brillantes—. Va de decidir de qué lado estás. Va de hacer lo que hay que hacer.

—No puedo —insistió Bobby—. Halcón se me metió en la cabeza. Mi preciosa Halcón... Fue horrible. Yo...

—Tenemos que irnos —la interrumpió Skandar desesperado. No quería dejar a Bobby por imposible, pero apenas tenían una hora para prepararlo todo—. Si cambias de idea, el plan está en la pizarra de Mitchell.

—Yo... Lo siento. —A Bobby se le entrecortó la voz, y huyó corriendo por la escalera más cercana que comunicaba con el suelo del bosque.

Skandar pensó que probablemente se dirigiría a los establos. Llevaba días pasando cada vez más tiempo allí para evitar la casa del árbol.

—Voy a por Mitchell —le anunció Skandar a Flo. La cara de su amiga era una mezcla de pánico y determinación. Skandar la atrajo hacia él en un abrazo—. Somos una plateada y un diestro en espíritu —susurró—. Podemos hacerlo. Podemos detenerlos.

Notó en su hombro que Flo asentía, y luego la jinete corrió hacia Puñal para ir juntos hasta el Bastión.

Skandar entró tambaleándose por la puerta de la casa del árbol y, teniendo en cuenta lo que estaba a punto de ocurrir, la encontró

extraordinariamente tranquila. Mitchell se había quedado dormido sobre un puf junto a la estufa, con un libro medio abierto apoyado en el pecho.

Skandar no tenía tiempo para sentirse mal por despertarlo.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Mitchell, pero, al levantar la vista y ver la cara de Skandar, lo comprendió todo— ¿Ha llegado el momento? —añadió con voz ronca.

—Ha llegado —confirmó Skandar con gravedad.

—¿Dónde está Bobby? —preguntó Mitchell—. ¿Está aquí?

—Hemos intentado convencerla, pero no creo que venga. Sabe dónde encontrar el plan si cambia de opinión.

El diestro en fuego se levantó de un salto y fue corriendo hasta la caja de piedra que usaban como frigorífico.

—Tengo una idea —dijo, y cogió mermelada, Marmite, queso y dos rebanadas de pan.

—¡No tenemos tiempo de ponernos a comer! —Skandar se tiró de los pelos, desesperado—. Ya hemos perdido unos diez minutos. Tenemos que encontrarnos con Flo fuera del Bastión, ¡y tú tienes que llevarle el mensaje a la comodoro!

Pero Mitchell estaba demasiado ocupado apartando la nariz del Marmite mientras lo untaba torpemente encima de la mermelada. Añadió el queso Cheddar y colocó la segunda rebanada de pan encima para acabar el sándwich. Luego empezó a garabatear una nota.

—Quiero dejarle esto a Bobby —le explicó a Skandar mientras escribía—, por si hay suerte y vuelve a casa. Quiero que sepa que la necesitamos. Creo que el sándwich puede ayudar.

Skandar leyó la nota por encima del hombro de Mitchell.

Aquí tienes un sándwich de emergencia, porque esto, Roberta, es una emergencia. Tenemos que impedir que el Círculo de Plata mate a otro unicornio salvaje. Lo que os pasó a ti y a Halcón fue horrible, pero tú eres muy fuerte. La persona más fuerte que conozco. Si no los detenemos, seguirá ocurriendo. Y seguirá ocurriéndole a personas que no son tan fuertes como tú. Por favor, Bobby. Cómete el sándwich y ayúdanos.

Un beso,
M

Skandar nunca había oído a Mitchell hablarle así a Bobby. Claro que era una nota... pero normalmente esos dos se comunicaban con pullas y comentarios sarcásticos.

No estaba del todo seguro de que un sándwich pudiera contribuir a que Bobby se subiera de nuevo en Ira del Halcón, pero, dadas las circunstancias, merecía la pena intentar cualquier cosa.

• • •

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Skandar, Mitchell y sus respectivos unicornios se escondían entre unos matorrales cerca de la manada salvaje que estaba en el punto de mira. Habían convencido a Pícaro y a Roja para que se tumbaran, y Skandar estaba ahora acurrucado junto al costado de Pícaro para hacer frente al frío mortal de diciembre en la Tierra Salvaje. La manada era numerosa, de unos treinta unicornios salvajes en distintas fases de descomposición. Los huesos al aire emitían destellos a la luz de la luna, y los cuernos transparentes resplandecían de una forma espeluznante. Unas nubes de humo tóxico se arremolinaban a su alrededor cuando reñían y lanzaban ráfagas de elementos, pero la mayor parte del tiempo masticaban plácidamente los restos de un pequeño rebaño de cabras.

El plan marchaba sobre ruedas hasta el momento. Habían cabalgado hasta la avenida de abedules plateados que había fuera del Bastión, y Flo se las había arreglado para escabullirse e informarlos de la ubicación de la manada. Tras añadir las coordenadas a la nota previamente escrita para la comodoro, Mitchell había volado con Roja hasta Cuatropuntos mientras Skandar usaba la otra brújula de su amigo para barrer la zona en busca de un escondite cerca de la manada. En la plaza del Consejo, Mitchell había convencido a la bibliotecaria personal de Nina, una buena amiga de su madre, para que aceptara la nota anónima. Insistió en que la comodoro del Caos la leyera de inmediato, ya que se trataba de un asunto de vida o muerte.

Esperar a solas a que Mitchell llegara a la Tierra Salvaje había sido una de las esperas más largas de la vida de Skandar... Hasta ahora, cuando se habían puesto a esperar la llegada de los cazadores.

Era la primera vez que Skandar volvía a aquellas desoladas llanuras desde que se enfrentara a la Tejedora un año antes, y todas las sombras parecían transformarse en una figura envuelta en una mortaja negra. «La amenaza no es ella», se dijo a sí mismo. Pero su madre también estaba allí, en alguna parte, aunque no estuviera cazando unicornios salvajes. Se estremeció. Le costaba creer que hacía poco más de una hora había estado comiendo perritos calientes.

—Si no nos hemos equivocado con los horarios —murmuraba Mitchell para sí mismo—, Flo y la partida de caza deberían aparecer por aquí... —entrecerró los ojos para consultar la hora en la oscuridad — de un momento a otro. Y si la comodoro se ha tomado en serio la nota, ella y el Consejo deberían llegar más o menos al mismo tiempo.

—Si Flo estuviera aquí, ¿sabes lo que diría? —susurró Skandar.

—¿Qué?

—Ésta es una de las cosas más peligrosas que hemos...

—¿Oyes eso? —lo interrumpió Mitchell.

Unos cascos repiqueteaban con gran estruendo sobre la yerma Tierra Salvaje. Cerca. Cada vez más cerca.

Tres unicornios plateados lideraban a un pelotón de centinelas, con su armadura plateada brillando a la luz de las antorchas en llamas. Dos de los unicornios plateados eran adultos a los que Skandar no reconoció. El tercero era Puñal de Plata. Los centinelas que cabalgaban detrás de ellos iban cargados de cadenas, preparados para capturar al joven unicornio salvaje y llevarlo hasta el estadio de gladiadores. Donde lucharía hasta su muerte imposible.

La partida de caza se acercó al galope a los unicornios salvajes, que, alarmados por el estruendo, levantaron sus cuernos transparentes. Skandar dio tal respingo que casi se pone de pie.

—Skandar, no —Mitchell lo obligó a agacharse de nuevo—. Vendrá la comodoro. Seguro que viene.

Pasaron unos segundos que parecieron minutos. A Skandar se le aceleró el corazón. Los centinelas se desplegaron alrededor de la manada, gritándose unos a otros mientras intentaban identificar al joven unicornio que iban a capturar. Sus movimientos eran ensayados, seguros, sin duda lo habían hecho ya muchas veces.

Ni rastro aún de la comodoro.

—Mitchell —susurró Skandar—, no podemos esperar...

—Seguro que viene —insistió Mitchell, con el aliento dibujándose en el frío de la noche.

La magia explotó en el cielo oscuro sobre la manada. Los unicornios salvajes bramaron y gritaron asustados cuando los centinelas empezaron a agitar sus cadenas. Skandar se arrodilló entre los matorrales... Por un instante el humo desapareció...

Y entonces la vio. Una unicornio salvaje que reconoció en lo más hondo de su alma. Su pelaje tordo brillaba a la luz de la luna.

Skandar no podía seguir esperando a la comodoro ni un momento más.

En cuestión de segundos, ya estaba sobre su montura. Pícaro agitó las alas y se puso en pie en cuanto su jinete se montó encima de él.

—¡Skandar! ¡No! —gritó Mitchell—. ¡Las heridas que causa un unicornio salvaje jamás se curan! ¿Y si...?

—¡La unicornio de Kenna está en esa manada! —chilló Skandar mientras Pícaro se encabritaba, enardecido por la determinación y la furia que percibía en el vínculo.

—¡No puedes estar seguro de que sea la unicornio de Kenna! —gritó Mitchell por encima de los terribles bramidos de los unicornios salvajes.

Pero Skandar no estaba dispuesto a arriesgarse. Se dirigió con Pícaro al galope hacia el centro de la manada, y gritó a voz en cuello:

—Si queréis hacerles daño, ¡primero tendréis que pasar por encima de mí!

Skandar casi no se había dado cuenta de que Delicia de la Noche Roja se le había unido en la refriega. Todo estaba ocurriendo a una velocidad pasmosa. Los centinelas les gritaban a los dos jóvenes jinetes que se quitaran de en medio, uno de los unicornios plateados rugió escupiendo un río de llamas por la boca, y Skandar levantó un escudo de agua justo a tiempo. En ese preciso instante, un unicornio salvaje se abalanzó hacia el cuello de un centinela. Flo gritó el nombre de Skandar mientras Puñal se empinaba y disparaba rocas por los cascos... Mitchell lanzó una flecha con su arco ardiente e hizo blanco en otro centinela. El ruido de la magia elemental y los chillidos de los unicornios salvajes era ensordecedor.

Y entonces, de forma repentina, los cazadores se quedaron rezagados y empezaron a despegar hacia el cielo oscuro. Uno de los jinetes plateados de más edad agarró las riendas de Puñal y tiró de ellas para que Flo se viera obligada a seguirlos.

—¡Skar! ¡Sal de ahí! Van a hacer que parezca que... —Pero sus gritos se perdieron cuando Puñal se vio arrastrado por el unicornio plateado fuera de la Tierra Salvaje, para regresar al Bastión.

Hubo crujir de huesos, chorros de porquería, gruñidos que sacudieron mandíbulas astilladas, cuernos fantasmales que se giraron hacia ellos. Treinta pares de ojos hambrientos dirigieron la mirada hacia Skandar y Mitchell, atrapados en medio de la manada. El hedor a muerte era insoportable.

—Si atacamos, nos acribillarán hasta hacernos desaparecer —dijo Skandar por lo bajo.

—Vamos a morir, vamos a morir... —farfullaba Mitchell una y otra vez.

Uno de los unicornios salvajes inclinó su cuerno transparente, apuntando directamente a los dos chicos. Debía de llevar muriéndose una eternidad, porque se le veía casi todo el cráneo y tenía la piel completamente podrida. Era una pesadilla viviente. A Skandar se le había petrificado el cerebro, y el miedo de Pícaro giraba en espiral junto al suyo dentro el vínculo. Los dos sabían que, si intentaban defenderse, otros veintinueve arremeterían contra ellos.

—Mitchell, dame la mano —murmuró Skandar, estirando el brazo lentamente por encima del ala de Pícaro.

—¿Para qué? —susurró Mitchell, agarrándola por encima de las plumas de Roja—. ¿Tienes algún plan?

Skandar negó con la cabeza.

—No, tengo miedo.

—Yo también.

Y entonces el cielo se iluminó con la magia del aire.

Rayos que centelleaban, tornados que daban vueltas, vientos gélidos que chocaban con zarcillos de electricidad... Todos los unicornios salvajes dirigieron sus cuernos hacia el cielo para sopesar la nueva amenaza. Skandar hizo lo mismo.

—¡Hey, Mitch! —Una voz lo llamó desde lo alto—. ¡Gracias por el sándwich!

Bobby había venido a salvarlos.

Ira del Halcón disparó dos relámpagos, uno por cada pezuña, a dos unicornios salvajes. El olor cítrico de la magia del aire se mezcló con la carne putrefacta chamuscada, y la manada empezó a entrar en pánico; daba la impresión de que se habían olvidado por completo de los dos jinetes que había entre ellos.

Un zas eléctrico de esperanza y felicidad hizo volver en sí a Skandar. ¡Bobby estaba allí! ¡Bobby había vuelto! Debía de haberlos seguido. ¿Significaba eso que...? Pero no, no había tiempo para pensar en esas cosas. Puede que la manada hubiera roto el círculo alrededor de Pícaro y Roja, pero seguían allí, disparando ráfagas de elementos al cielo mientras Bobby lanzaba una flecha tras otra con su arco de rayos.

—Ahora sería un buen momento para un poco de magia, ¿no creéis? —chilló Bobby, mientras dos unicornios salvajes despegaban hacia Ira del Halcón; tenían las alas un tanto descompuestas, pero eso no impedía que los elevaran hacia el cielo nocturno.

Roja, que en el fragor de la batalla parecía haber olvidado sus nuevos buenos modales, prendió felizmente fuego a un pedo y consiguió hacer huir dando alaridos a un unicornio salvaje que tenía detrás. Mitchell sonreía para sí mismo mientras lanzaba bolas de fuego.

—El sándwich ha funcionado, ¡le ha gustado el sándwich!

Skandar conjuró el elemento espíritu en el vínculo, y la luz blanca estalló en su mano. Deseó que fuera más y más brillante, hasta que su resplandor eclipsó la luz de la luna. Los unicornios salvajes empezaron a bramar, y Pícaro también respondió con un bramido aterrador: era el mismo sonido que hizo cuando se habían enfrentado a la Tejedora. Skandar pensó en lo que Agatha le había dicho sobre la oscuridad. ¿Estaría también Pícaro luchando contra ella? ¿Los unicornios de espíritu eran más cercanos a los salvajes que el resto?

Los unicornios salvajes que rodeaban a Skandar dieron un paso

atrás, con sus pezuñas resbalando sobre el duro suelo. Todos, excepto una. El joven jinete miró fijamente a los ojos desconsolados de la unicornio torda. Tenía heridas frescas en el lomo, y de la caja torácica le sobresalía un hueso nuevo. Los efectos de la inmortalidad estaban pasándole factura.

—Yo lo arreglaré —le dijo Skandar a la unicornio salvaje—. Voy a traer a Kenna, ya lo verás.

La unicornio chilló, dio media vuelta y huyó al galope hacia la Tierra Salvaje.

De repente, Skandar oyó gritos. Ocho unicornios irrumpieron bruscamente en la Tierra Salvaje.

Al principio pensó que eran los cazadores del Círculo de Plata, que regresaban en busca de su presa. Por un instante, pensó que aquello debía de parecer lo que no era. Un diestro en espíritu, con la mano resplandeciendo de un blanco fantasmagórico, que protegía a una manada de las criaturas más horripilantes de la Tierra. Pero no importaba lo que pareciera, porque eso era lo que tenía que hacer.

Entonces su mirada volvió a posarse en el grupo de jinetes que se aproximaba, y esta vez los vio, los vio de verdad: ocho palmas resplandecían con el amarillo del elemento aire, y se dio cuenta de que...

—Es la comodoro... ¡Nina y el Consejo de los Siete! —gritó Mitchell a su lado. El joven jinete parecía aliviado: el equipo de rescate había llegado por fin.

Pero cuando Bobby aterrizó con Halcón junto a ellos, verbalizó exactamente lo que Skandar había tardado demasiado en entender, lo que Flo había estado intentando decirle.

—¡Van a pensar que somos nosotros quienes matamos a los unicornios salvajes!

KENNA

El hombre de los ojos en llamas

Kenna caminaba de un lado para otro en la sala circular de la torre del Bastión de Plata. Ya llevaba varias semanas en la Isla, y estaba harta... y asustada. Había pasado horas jugueteando con el unicornio en miniatura que había cogido de la caja de cosas viejas de su madre. Cuando estaba en el Continente, no le había importado demasiado no saber los detalles exactos sobre cuándo encontraría Dorian a su unicornio o dónde se quedaría ella mientras tanto, pero, ahora que se pasaba los días encerrada bajo llave en una habitación, sí que le importaba. Ahora que seguía sin unicornio, sí que le importaba. Ahora que empezaba a sentirse más como una prisionera que como una invitada, sí que le importaba.

Menos mal que Dorian Manning le había dado un libro para leer: *El Libro del Espíritu*. Tenía una portada de un blanco brillante, con cuatro círculos dorados entrelazados. Estaba un poco maltrecho, como si a alguien se le hubiera caído desde una gran altura, y se lo había leído tantas veces que podía recitar fragmentos enteros de memoria. Era su única compañía, aparte de los centinelas de máscara plateada que le dejaban agua y comida, por la mañana y por la noche. Cada mancha, cada borde roto, cada esquina doblada la saludaba como un viejo amigo al pasar las páginas del libro. Se tiraba horas y horas dejándose la vista en los márgenes, donde los lectores anteriores habían dejado comentarios o dibujos minúsculos. Le gustaba imaginar a los jinetes que habrían hecho aquellas anotaciones. Diestros en espíritu como ella. Como su hermano...

Kenna no sabía qué pensar de Skandar. No entendía por qué no le había dicho que era diestro en espíritu. ¿Sabía él que ella también lo era? ¿Le había estado ocultando aquel secreto desde el principio, desde la noche en que se marchó del Continente? Kenna había sacado

sus conclusiones sobre lo que había ocurrido. No era tonta. Lo había leído todo sobre las mutaciones de los diestros en espíritu, y las marcas en las mejillas de aquella mujer, la que había ido en busca de Skandar al piso 207, cobraban ahora todo el sentido del mundo.

¿Tendría también Skandar una mutación de diestro en espíritu? ¿Tendría Suerte del Pícaro una mancha blanca como otros unicornios de espíritu? Kenna se sentía muy dolida cada vez que pensaba en el día en que había conocido al unicornio negro el año pasado. ¿Por qué su hermano no le había dicho entonces la verdad? Cuando eran pequeños, nunca había habido secretos entre ellos.

En los días buenos, Kenna pensaba que Skandar debía de tener una buena razón para ocultarle su secreto. La quería, de eso estaba segura. Nunca habría querido hacerle daño adrede. En esos momentos más positivos, le gustaba imaginar que le contaba a su hermano que ahora tenía un unicornio y los dos eran diestros en espíritu. Le gustaba imaginar que entrenaban juntos y entre los dos le escribían cartas a su padre. A veces, incluso se los imaginaba juntos en la Copa del Caos, ella y Skandar cruzando el arco de meta al galope, a la par... para convertirse en comodoros del Caos los dos a la vez.

En los días malos, sin embargo, Kenna se sentía machacada por todas las mentiras que él le había contado. Intentaba irse a dormir, pero entonces le venía a la cabeza otra mentira sobre la magia del agua, o sobre su cuarteto, o sobre las costumbres de Pícaro. ¿Lo sabía su cuarteto? ¿Habían estado riéndose todos también de Kenna, mientras ella leía sus cartas bajo el pupitre en clase de matemáticas, de inglés o de español, tragándose las lágrimas mientras el horrible anhelo y los terribles celos devoraban cualquier sentimiento feliz al que ella hubiera intentado aferrarse? ¿Se le había pasado por la cabeza a Skandar que ella tenía que llenar los días vacíos y sin unicornios, y también las noches, estudiando cada detalle de los dibujos de su hermano jinete? ¿Era consciente siquiera de que esos dibujos representaban también los sueños de ella?

Y lo peor de todo era que Skandar comprendía perfectamente lo angustioso que era que la Isla se olvidara de ti. Cuando a él le habían impedido presentarse al examen de Cría, durante unas horas, también había sufrido. Y aun así no se había molestado en contarle la verdad a Kenna.

Ya era de noche, una vez más. Tres golpes secos.

Habitualmente, el centinela de turno se limitaba a dejar la bandeja y desaparecía escaleras abajo antes de que ella pudiera decir nada. Pero hoy era distinto, y Kenna vivía con la esperanza de que algún día ocurriera algo que se saliera de la norma.

La máscara plateada emitió un destello a la luz del farolillo que había encima de su puerta. Kenna tendió las manos para recibir la bandeja sin mirarlo de verdad. Había tirado la toalla y ya no pedía ver a Dorian Manning. Tenía la sensación de que sus peticiones eran contraproducentes.

Pero, si al final de todo aquello iba a tener su unicornio, no le importaba.

El centinela no soltaba la bandeja. Kenna levantó la vista y vio dos ojos ardientes.

—Eres tú —dijo ella, sorprendida.

—Hola, Kenna. ¿Puedo entrar? —Su voz sonaba más amable que la noche que ella había llegado a la Isla—. Me gustaría hablar contigo.

—Mmm, sí, claro —La joven se apartó para que él pudiera pasar por la puerta.

El hombre dejó la bandeja y fue a sentarse en la única silla vieja y destartalada que había en la sala. Kenna se sentó a los pies de la cama, observándolo con curiosidad.

Con ojos centelleantes, el enmascarado echó un vistazo por la habitación de la torre.

—Lo siento mucho, Kenna.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó ella—. No es culpa tuya que estén tardando tanto en...

—Se suponía que ni siquiera deberías haber entrado en el Bastión de Plata. Rex Manning se nos unió en el último momento. Si hubiéramos sido sólo Dorian y yo, podría habérmelas arreglado, pero no podía deshacerme de dos plateados y garantizar tu seguridad.

—¿A qué te refieres con «deshacerme»? —preguntó Kenna con recelo. De pronto, era consciente de lo pequeña que era la habitación de la torre, de la corta distancia que había entre la silla de él y la cama en la que ella estaba sentada.

El enmascarado clavó en ella una mirada incandescente.

—Nunca fue idea de Dorian Manning traerte aquí, Kenna. Yo le metí en la cabeza que sería útil contar con una diestra en espíritu que fuera leal al Círculo de Plata, y a él le gustó la idea de eliminar cualquier posibilidad de que acabara formándose un ejército de diestros en espíritu. Y de quedarse además con una que sólo respondiera ante él, por supuesto. Cree que, si encuentra a tu unicornio, puede chantajearte para que hagas lo que te pida. Cree que eres débil porque eres del Continente, y que harías cualquier cosa por un unicornio.

Kenna estaba desconcertada. ¿Un ejército? ¿Chantajearme?

—¿Qu-Qué quiere que haga?

—Quiere que uses el elemento espíritu para matar a Suerte del Pícaro. Un unicornio por otro unicornio.

Kenna se quedó muda.

—No importa —añadió el enmascarado rápidamente, al ver la expresión de terror en su cara.

—¡Claro que importa! —gritó Kenna—. ¡Jamás haré algo así! ¡Jamás mataría al unicornio de mi hermano!

—No importa —repitió el hombre.

—¿Por qué no?

—Porque tu madre vendrá a por ti —respondió él sin rodeos—. No pudo ir en persona a sacarte del Continente, la busca demasiada gente, pero vendrá a por ti, te lo prometo.

Kenna casi no se atrevía ni a respirar.

—Pero... si mi madre está muerta.

El enmascarado no le hizo caso. Se levantó y se acercó a ella. Kenna se puso en pie y se dio cuenta de que todo el cuerpo le temblaba.

—Te sacará de aquí antes del solsticio de verano —murmuró el hombre de los ojos en llamas, mientras le entregaba un sobre.

En la parte frontal se leía:

Para mi hija, Kenna Everhart.

12

Acusados

Skandar, Bobby y Mitchell tenían delante a la comodoro del Caos y al Consejo de los Siete en pleno. Por su aspecto, Nina Kazama no tenía nada que ver con la agui emocionada que Skandar había conocido en su primer día en el Nidal, cuando les había hecho una pequeña visita guiada a los nuevos jinetes y les había repartido bocadillos. Su aspecto, ahora, era poderoso, fiero y aterrador. Su aspecto era el de una comodoro.

Hacía un rato, en la Tierra Salvaje, la manada de unicornios salvajes se había dispersado en cuanto habían aparecido los ocho unicornios adultos, como si hubieran podido presentir el inmenso poder de los diestros en aire. El representante de Justicia del Consejo había arrancado a Skandar de malas maneras de encima de Pícaro y lo había cargado como un saco encima de un extraño unicornio; unas enredaderas de tierra le habían amarrado las muñecas.

Skandar estaba demasiado asustado para quejarse, y no se atrevió a decir nada durante todo el trayecto hasta la plaza del Consejo. Sabía lo culpable que parecía. En ese momento, el Círculo de Plata probablemente estaría riéndose de lo lindo en su Bastión. Al fin y al cabo, aquello era justo lo que buscaban: que lo culparan a él por el crimen que ellos mismos estaban cometiendo. Mientras el Consejo, la comodoro y los acusados se adentraban en Cuatropuntos, Skandar se preguntó si el Círculo de Plata llevaba meses tramando todo aquello. Habían ordenado a los tenderos que no le vendieran, habían amenazado a Jamie, habían propagado el rumor de que era él quien mataba a los unicornios salvajes, e incluso habían intentado impedir que se entrenara, obrando en su contra a cada paso para protegerse a sí mismos. Y ahora, si la comodoro lo creía tan culpable como el Círculo había hecho que pareciera, no sólo lo expulsarían del Nidal,

sino que podía incluso acabar en la cárcel.

Cuando se llevaron a Pícaro a los establos del Consejo, para Skandar fue como una puñalada en el pecho. ¿Volvería a verlo? ¿Le permitirían algún día volver a cabalgar y a volar sobre él? ¿O acabaría como Agatha, bajo vigilancia y con Canto del Cisne Ártico a buen recaudo para garantizar que ella jamás volvería a usar el elemento espíritu?

Tampoco se había sentido mejor cuando los habían obligado a desfilar por la plaza del Consejo. El entramado de casas de árboles era el más impresionante que había visto fuera del Nidal, y habían ascendido por una amplia y larga rampa que conducía a una robusta pasarela metálica. Las cuatro enormes casas en cada extremo de la plaza tenían unas puntiagudas barras metálicas que protegían cada entrada. Unos gigantescos escudos elementales adornaban cada esquina: agua, tierra, fuego y aire. Skandar se había sentido más ilegal que nunca cuando lo empujaron a través de una puerta, junto con Mitchell y Bobby, para que entraran en la sala más imponente que había visto en su vida.

Cada miembro del Consejo estaba sentado en un trono con forma de tornado, con anchos remolinos de metal en lo alto que descendían hasta un punto estrecho donde cada jinete apoyaba los pies. Los tronos estaban sobre una elevada plataforma que recorría una de las paredes y se extendía a ambos lados de los pichones. La sala debía de estar diseñada especialmente para un consejo de aire, puesto que el último trono, a ras de suelo y flanqueado por el resto, pertenecía a la propia comodoro. Su trono era mucho más grande, y el enorme respaldo metálico imitaba a un rayo zigzagueante. Tras un silencio terriblemente largo, la comodoro Kazama tomó la palabra:

—Lo que más me cuesta entender es por qué estabais esta noche en la Tierra Salvaje. Si no estabais matando unicornios salvajes, diestro en espíritu, entonces, ¿puede saberse qué estabais haciendo?

Skandar tragó saliva. Estaba tan nervioso que el cuello le hormigueaba y se sentía incapaz de responder. Nina Kazama lo había llamado «diestro en espíritu», en vez de dirigirse a él por su nombre.

—Todo tiene una explicación, comodoro —respondió Mitchell, con una voz excesivamente aguda—. Estábamos intentando demostrarte que el Círculo de Plata es el responsable de los asesinatos. —Su amigo sonó valiente y aterrorizado al mismo tiempo—. Yo escribí esa nota anónima, la que explicaba dónde encontrar a la manada de unicornios salvajes. Es mi letra, puedo demostrarlo ahora mismo, si así lo deseas. —Mitchell garabateó en el aire tímidamente con los dedos.

Skandar no podía creer que Mitchell estuviera confesando aquello;

su padre iba a matarlo.

—¿Por qué ibais a querer que os pilláramos? —preguntó el representante de Justicia, con la electricidad bailándole en los ojos al parpadear.

Fue Bobby quien lo intentó esta vez.

—No, no. No era a nosotros a quienes estábamos intentando que pillarais. Esta noche el Círculo de Plata ha enviado una partida de caza a la Tierra Salvaje. Se fueron cuando os oyeron llegar. Estábamos intentando que vierais...

Unos aplausos lentos resonaron por toda la cámara del Consejo. Skandar se dio la vuelta, sólo para ver a Dorian Manning entrar a grandes zancadas en la sala, seguido de cerca por todos los monitores del Nidal.

—¡Menuda imaginación desbordante la de estos pichones! —Dorian Manning se dirigió a Nina Kazama con una sonrisa afectada, a la vez que dedicaba una pequeña reverencia hacia su trono—. Pero no creo que tengas que molestarte con el diestro en fuego o la diestra en aire, comodoro. Todo esto ha sido idea del diestro en espíritu, estoy seguro.

La monitora O'Sullivan se acercó a grandes zancadas al trono de Nina, seguida de cerca por Agatha y con sus mantos azul y blanco arremolinándose detrás de ellas, y las dos se colocaron justo al lado de Dorian.

—Persephone, no te ofendas... —Dorian se volvió para enfrentarse a la monitora de agua, y la punta de su lengua plateada apareció fugazmente cuando se relamió los labios—. Sé que el chico te cae bien, pero creo que es mejor que sea yo mismo quien supervise su encarcelamiento. Tanto él como su unicornio de espíritu deben ser encerrados en el Bastión.

—¿Que no me ofenda? ¿Que no me ofenda? —Los ojos en remolino de la monitora O'Sullivan revoloteaban de rabia—. No estoy ofendida, Dorian. Estoy fu-rio-sa. —Se volvió hacia Nina—. A estos pichones deberíais habérmelos traído directamente a mí. El Nidal es responsable de ellos, no el...

—Poco importa eso ahora —la interrumpió Dorian, y Skandar pensó que, de no estar delante del Consejo de los Siete en pleno, la monitora de agua con el pelo de pincho se habría abalanzado sobre él —. Lo que importa es que ya sabemos quién está matando a los unicornios salvajes...

—¡SÍ! —gritó Skandar, incapaz de seguir conteniéndose—. ¡TÚ! He visto vuestro estadio de gladiadores. ¡Lo he visto todo! Sé lo que estáis haciendo.

Tras la acusación de Skandar, hubo gritos ahogados por parte del Consejo de los Siete; incluso Nina miró a Dorian y luego a Skandar, conmocionada.

—¿Hay algo de cierto en eso, Dorian? —preguntó un anciano miembro del Consejo, con las gafas resbalándole hasta la punta de la nariz.

—¿Cómo va a haberlo? —se mofó Dorian—. ¿En qué mundo permitiríamos que un diestro en espíritu pisara el Bastión de Plata? —Con un gesto desdeñoso de su delgada mano, señaló hacia Skandar—. Eso es delirante.

Bobby dio un paso hacia él.

—Vamos a ver, Donpetardo Macarra...

Pese a lo desesperado de la situación, Skandar tuvo que apretar los labios. Cuánto se alegraba de que Bobby estuviera con ellos.

—Basta. —Nina Kazama se levantó de su trono y, aunque habló en voz baja, todo el mundo obedeció—. Tengo una pregunta, presidente Manning.

—Por supuesto, comodoro. —Dorian hizo otra reverencia, esta vez más marcada.

—Si Skandar Smith de verdad está matando a los unicornios salvajes, ¿cómo lo está haciendo?

—Exacto —intervino la monitora O'Sullivan con gesto desafiante —. Sólo está en su segundo curso de entrenamiento. Obviando el hecho de que los unicornios salvajes en teoría son invencibles, tendría mucha suerte si luchara contra uno y sobreviviera. Yo lo sé muy bien. Llevo más de una década con esta herida. —Se tocó la fea cicatriz todavía inflamada que tenía en el cuello.

—¡Pues el año pasado lo logró! —graznó Dorian—. ¡A saber qué trucos le enseñó la Tejedora!

La comodoro ignoró el comentario de Dorian.

—Agatha Everhart, ya llevas varios meses enseñando a Skandar... ¿Es capaz de hacer algo así? —preguntó.

Agatha dio un paso adelante hacia el trono, y Skandar notó la repugnancia del Consejo. Aun así, pensó que no se debía sólo a que era diestra en espíritu. Había matado a un sinfín de unicornios. Para ellos siempre sería la Ejecutora.

—Comodoro, los diestros en espíritu pueden matar unicornios vinculados debido a su afinidad con el propio vínculo. —Agatha habló con calma y rigor, pese a los murmullos del Consejo. Sonaba respetuosa, algo que Skandar nunca había visto—. Pero los unicornios salvajes no tienen vínculo, por lo que la magia del espíritu no puede matarlos. No hay ninguna razón para sospechar de un diestro en

espíritu por estos crímenes más que de un jinete de cualquier otro elemento. Y Skandar tiene buen corazón. Él no haría algo así.

Nina asintió.

—¡No podéis fiaros de ella! —bramó Dorian Manning—. ¡Es la hermana de la Tejedora, qué barbaridad! ¡Probablemente esté compinchada con Skandar! ¡Skandar estaba allí! ¡En la Tierra Salvaje! —Goterones de saliva salían volando de su boca.

Nina se acomodó de nuevo en su trono de rayos.

—He tomado una decisión.

—Con todos los respetos, comodoro —empezó a decir la monitora O'Sullivan—, Skandar es un jinete que está entrenándose en el Nidal. Su comportamiento es competencia de nuestra jurisdicción.

—Por favor, monitora... —Nina se detuvo, y por primera vez aparentó tener la edad que tenía. Al fin y al cabo, la monitora O'Sullivan había sido su maestra menos de un año atrás. Luego la comodoro pareció recordar el poder que descansaba en sus manos—. He tomado una decisión.

Skandar contuvo el aliento.

—No tengo pruebas de que esta noche se haya matado a un unicornio salvaje. Sigo sin entender del todo quién estaba en la Tierra Salvaje ni por qué, pero sin pruebas lo único que puedo presuponer es que Skandar y sus amigos simplemente estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Skandar notó que sus hombros se relajaban levemente. A su lado, vio que Mitchell cerraba los ojos de alivio.

—En cualquier caso... —Nina clavó en Skandar una mirada severa —, es la última oportunidad que te doy, Skandar Smith. Tu acuerdo con la comodoro McGrath fue claro. Podrás seguir entrenándote en el Nidal siempre y cuando superes los retos exigidos a todos los jinetes y no causes ningún daño. Esta noche te has librado por los pelos, ¿me entiendes?

—Lo entiendo —respondió Skandar de inmediato.

—Presidente Manning, me veo obligada a considerar que tu juicio se ha visto nublado en este asunto. Tu intento de acoso y derribo de este muchacho ha sido, hasta el momento... poco profesional como mínimo. No es culpa de Skandar que Rebecca...

—¡Cómo te atreves a mencionar siquiera su nombre! —Dorian Manning había empalidecido aún más, y sus ojos verdes se le salían de las órbitas—. Tú eres continental... ¡cuando todo aquello ocurrió, tú eras una niña que vivía muy lejos de aquí!

Skandar lanzó una mirada a Mitchell y a Bobby, que parecían igual de desconcertados.

—... Es imposible que comprendas la abominable naturaleza de los diestros en espíritu —añadió el presidente.

—Dorian... —lo advirtió Nina.

—¿De verdad vas a permitirle al diestro en espíritu continuar su entrenamiento después de esto? Está claro que no tienes la más remota idea del peligro en el que nos pones a todos. Por el bien de la Isla, espero que pierdas la próxima Copa del Caos. —Dorian Manning pareció escupir las tres últimas palabras y, acto seguido, se marchó de la sala a grandes zancadas.

—¡De ahora en adelante apostaré a mis propios guardias en la Tierra Salvaje! —gritó Nina a sus espaldas—. No podemos permitirnos más muertes de unicornios salvajes.

La comodoro se volvió hacia los presentes y continuó como si Dorian no acabara de insultarla y de marcharse de la sala hecho una furia:

—Y ya que estáis todos aquí a estas horas de la noche... —Su mirada fue posándose uno a uno en todos los monitores—. Tengo un asunto urgente que debo debatir con vosotros.

»Pichones, podéis esperar fuera con vuestros unicornios hasta que los monitores estén listos para acompañaros de vuelta al Nidal.

—Hmm... ¿Vas a contarle esto a mi padre? —preguntó Mitchell tímidamente.

—Creo que esto debería quedar entre nosotros como un asunto confidencial, ¿verdad? —Nina le guiñó un ojo y, por un instante, pareció ser la de antes.

Mitchell se desinfló de alivio. Que la actual comodoro lo hubiera detenido probablemente no cuadraba mucho con los grandiosos planes que Ira tenía para su hijo.

En cuanto cruzaron la puerta de la cámara del Consejo, Skandar ya estaba pensando en poder reunirse con Pícaro, pero, justo cuando la puerta estaba a punto de cerrarse a sus espaldas, Bobby metió en el hueco la punta de su bota negra, dejando abierta justo una rendija.

—¿Acaso no queréis enteraros de ese asunto tan urgente que Nina quiere debatir con los monitores? —susurró la jinete, pegando la oreja al hueco que había quedado entre la puerta metálica y el marco.

Skandar estaba contentísimo de que Bobby estuviera allí.

Él y Mitchell la imitaron rápidamente, y las voces resonaron fuerte y claro desde la cámara.

—... Los investigadores han descubierto que, con el tiempo, los desequilibrios están empeorando de forma exponencial.

—Pero ¿a qué te refieres? —ésa era la voz del monitor Webb.

—Cada vez que matan a un unicornio, se produce una

perturbación elemental. Pero luego las perturbaciones continúan, se expanden como ondas, y seguirán empeorando hasta que...

—¿Hasta qué? —preguntó la monitora Saylor con voz suave.

—¡Hasta que demos con la Tejedora y detengamos los asesinatos! ¡Ésa es la respuesta evidente! —bramó el monitor Webb.

—Estoy de acuerdo en que eso tiene que ocurrir, Bernard. No sé hasta qué punto podemos dar crédito a lo que esos pichones han contado esta noche... pero, ahora que mis propios guardias están en la Tierra Salvaje, tengo la esperanza de que eso protegerá a los unicornios. No obstante, también tengo claro que eso no resolverá el problema. Aunque no mueran más unicornios salvajes, el daño a la Isla ya está hecho. Y sólo irá a peor.

—¿Y qué significa eso en la práctica? ¿Más incendios, más inundaciones...? —preguntó el monitor Anderson.

—O más posesiones —añadió la monitora O'Sullivan con voz sombría.

El suspiro de Nina fue tan profundo que resonó por toda la cámara.

—En la práctica, mis investigadores me cuentan que debemos encontrar una respuesta antes de que la magia de la Isla llegue a su apogeo durante el solsticio de verano... O de lo contrario esta Isla se volverá inhabitable. Se autodestruirá por completo.

Se produjo un dilatado instante de silencio.

Nina prosiguió:

—Estoy manteniendo reuniones de emergencia para buscar nuevos emplazamientos posibles, pero... —se detuvo un segundo— es más que probable que, si tenemos que desplazarnos, haya que separar a los jinetes en función de su alianza elemental.

La monitora O'Sullivan se opuso categóricamente:

—No. Eso va en contra de todo lo que construyó el primer jinete. Y de todos los principios en los que creemos...

—Hay demasiados unicornios, Persephone. Puede que el Continente acoja a quienes no son jinetes, pero ¿y los unicornios? El Tratado lo prohíbe. Es un no rotundo. Claro está que, como Dorian se ha encargado de recordarme, es muy posible que yo no gane la Copa del Caos este año, y en ese caso esta decisión estará en manos de otra persona antes del solsticio. Aun así, sea como sea yo tengo que sentar las bases ahora.

—Pero... ¿crees que podremos celebrar la Copa del Caos? —preguntó la monitora O'Sullivan.

—Me niego a ser la primera comodoro de la historia que la cancela —declaró Nina con vehemencia.

—¿Y qué me decís de la canción veraz del bardo? —dijo Agatha

alzando la voz—. ¿Qué me decís de ese don que dejó el primer jinete?

Nina suspiró de nuevo.

—He enviado a varios equipos en busca de su tumba, pero hasta el momento no ha habido suerte. Y dado que ni siquiera sabemos en realidad qué es exactamente ese don... a estas alturas parece ya más una distracción que otra cosa. Un sueño.

—Hasta ahora esa canción veraz ha acertado en todo lo demás —insistió Agatha.

—Lo sé —dijo Nina—, pero tenemos que hacer planes porque es más que posible que no lo encontremos. Además, aunque lo encontremos, quizá no sirva para lo que el bardo prometió. Recordad que la canción sólo habla de una muerte inmortal, no de varias.

—El Nidal colaborará en todo lo que esté en nuestras manos —anunció con convicción la monitora O'Sullivan—. Pero ¿separar a nuestros jinetes? ¿Abandonar la Isla? Eso ha de ser la última opción.

—Te prometo que lo es —respondió Nina muy seria—, pero, tal como está evolucionando la situación ahora mismo... como comodoro debo estar preparada y ponerme en lo peor.

• • •

Ya pasaba de la medianoche cuando Mitchell, Bobby y Skandar llevaron a sus inquietos unicornios a los establos. Ninguno de los tres jinetes había hablado mucho mientras regresaban volando al Nidal junto a los monitores, horrorizados por lo que habían oído a escondidas.

Mitchell se marchó de los establos a toda prisa para enviarle una carta urgente a Jamie. Bobby y Skandar salieron juntos por la puerta oriental del muro y, de repente, Skandar se sintió un poco cohibido. Había supuesto que el hecho de que Bobby apareciera para salvarlos en la Tierra Salvaje significaba que quería que volvieran a ser amigos, pero ¿y si se equivocaba? No estaba seguro de poder afrontarlo.

—¿Bobby? —murmuró mientras pasaban junto a las adormecidas casas de los árboles, de camino a la suya.

Ella se paró y se volvió para mirarlo cara a cara, en mitad de un puente.

—¿Por qué has venido a salvarnos esta noche?

La joven jinete apoyó una mano en la cadera.

—Porque vuestro plan tenía más posibilidades de estrellarse que Roja con unos patines en línea.

—Ya, ¿en serio?

Bobby desvió la mirada hacia la red de casas de los árboles del Nidal, cuyas lámparas ardían tenuemente en la oscuridad.

—Supongo que, después de que tú y Flo intentarais convencerme para ir a la Tierra Salvaje, tuve una especie de epifanía. Estaba escondida en los establos, viendo como preparabas a Pícaro y pensando en lo asustadísimo que parecías. Y entonces pensé para mis adentros: qué poca pinta tiene de héroe. Y ahí fue cuando me di cuenta de que, si siempre acabas arreglándolo todo, no es porque seas Skandar Smith, diestro en espíritu, hijo de la Tejedora y sobrino de la Ejecutora. Sino porque de verdad te importa hacer el bien. Y no creo que haya mucha gente así.

Skandar se atrevió a albergar esperanzas.

—Me he dado cuenta —prosiguió su amiga— de que a veces hay cosas más importantes que intentar ser la más rápida o la más fuerte o la que tiene más éxito. Que no tengo que vivir eclipsada por ti, ni yo ni ninguno de nosotros. Todos podemos ser héroes si somos lo bastante valientes. Sólo tenemos que esforzarnos al máximo. Y esta noche me tocaba a mí.

—Montar a Halcón de nuevo ha debido de ser muy difícil...

—Sí —Bobby lo miró a los ojos—. Pero, como te decía, soy una heroína, así que había que hacerlo. —Sonrió—. Además, un sándwich siempre ayuda.

—¡Sólo son para las emergencias! —añadió Skandar.

Bobby se echó a reír a carcajadas, y él pensó que era uno de los mejores sonidos que jamás había oído.

—Vamos, chico espíritu —dijo ella, propinándole un puñetazo en el brazo—. Es hora de darle a Flo la noticia de que la Isla es una bomba de relojería a punto de estallar.

Flo no estaba precisamente tranquila cuando llegaron. Tres centinelas los habían acompañado a ella y a Puñal hasta el Nidal, y llevaba horas encerrada en la casa del árbol sin tener ni idea de qué habría sido de sus amigos.

En cuanto Flo se limpió las lágrimas de alivio, se acomodaron sobre los pufs junto a la estufa, para calentarse las manos. A pesar de la alegría por el hecho de que Bobby fuera otra vez su amiga, Skandar apenas pudo mirar a su cuarteto mientras Mitchell le contaba a Flo lo que habían oído: que el caos sólo podía ir a peor; que la Isla tal vez se autodestruiría durante el solsticio de verano; que los jinetes tal vez tendrían que marcharse cada uno por su lado, separados en grupos en función de su alianza elemental...

Skandar se tragó las lágrimas cuando se imaginó despidiéndose de sus amigos sin saber si algún día los vería de nuevo. Que Bobby no le hablara durante un par de días había sido horrible, pero ¿todos? ¿Y tendría entonces que irse con los diestros en agua, los mismos que

habían votado en contra de permitirle entrar en su guarida? Su lugar jamás estaría con ellos, nunca sería como estar con su cuarteto.

—... Pero si Nina ha apostado a sus guardias personales en la Tierra Salvaje, es porque no se fía del Círculo de Plata, ¿verdad? Y eso es algo bueno, ¿no? Ya no habrá más muertes y el unicornio de Kenna estará a salvo, al menos por el momento. —Mitchell miró a Skandar.

—Ya oíste a Nina —contestó Bobby—. Dijo que el daño causado a la Isla es irreversible. Aunque no haya más muertes, los elementos seguirán desequilibrados. El desorden será cada vez mayor... —y en voz más alta, añadió—: ¡Odio que no podamos hacer nada!

—Sí que podemos —repuso Skandar con determinación. La Isla era su hogar. No iba a permitir que el Círculo de Plata se lo arrebatara—. Podemos hacer lo que dice la canción veraz. Encontrar el don del primer jinete.

—Nina lleva meses buscando su tumba —replicó Bobby—. ¡No creo que ahora vayamos a encontrarla nosotros milagrosamente!

Skandar se puso de pie.

—Bueno, nosotros no somos Nina.

—No. —Mitchell enarcó las cejas—. Nina es la comodoro del Caos, por lo que dispone de, aproximadamente, un millón más de recursos que nosotros: libros, jinetes, investigadores...

—No, escucha —lo interrumpió Skandar—. De acuerdo, Nina es la comodoro. ¿Y qué? ¡El año pasado logramos lo imposible! Impedimos el plan de la Tejedora y salvamos a Escarcha de la Nueva Era. Y, no, no tenemos a gente guay que nos ayude, pero ¿sabéis a quién tenemos?

Ninguno de ellos respondió.

Skandar fue señalándolos a todos uno a uno.

—Tenemos a Mitchell Henderson, que es mejor que cualquier biblioteca y al que se le ocurren los planes más chiflados y geniales a la vez. Tenemos a Bobby Bruna, que el año pasado ganó la Prueba de los Principiantes, es la jinete más ambiciosa por estos lares y tiene una magia increíblemente fuerte. Y tenemos a Florence Shekoni, que tiene el poder de un unicornio plateado a su lado y es la jinete más valiente que conozco. ¡A ver, si acaba de hacer de agente infiltrada en el Círculo de Plata! ¡Si hay alguien que pueda encontrar esa arma de hueso, somos nosotros!

—Y tenemos a Skandar Smith —añadió Mitchell, con una amplia sonrisa dibujada en el rostro—. El único jinete de toda la Isla realmente capaz de utilizar el elemento espíritu.

—Que tiene una mentalidad tan abierta que nunca juzga a nadie, lo que hace que cada cual pueda dar lo mejor de sí misma —añadió

Bobby en voz baja.

Flo sonrió.

—Y que tiene tan buen corazón que el año pasado le reveló su verdadero elemento a Aspen McGrath, porque no podía soportar ver sufrir a los demás.

Skandar tardó unos instantes en poder decir algo.

—Toda esa gente que está buscando la tumba del primer jinete no es como nosotros. Yo creo que podemos hacerlo. Tenemos que hacerlo...

A Skandar se le cayó el alma a los pies al decir aquello: sabía que estaban obligados a encontrar el arma antes de concentrarse de nuevo en Kenna. Pero si no existía una Isla a la que su hermana pudiera ir, nunca podría reunirla con su unicornio predestinado.

—Vale, vale —atajó Bobby, cambiando de postura en su puf pera —. Pero ¿por dónde empezamos?

—Necesitamos un plan —anunció Mitchell con entusiasmo.

Se hizo el silencio mientras todos intentaban que se les ocurriera algo. Hasta que una idea, una idea peligrosa, se materializó en la cabeza de Skandar.

—¿Y si probamos con los trocadores de secretos? —sugirió.

—Venga, Skar, no puedes decirlo en serio —la voz de Flo iba cargada de mil advertencias. A Mitchell se le descompuso un poco la cara.

—Si queremos dar con la tumba del primer jinete, tenemos que hacer las cosas de otra manera —insistió Skandar.

—¡Eh! —se quejó Bobby—. Que soy continental. ¿Podéis explicaros un poco, por favor?

—Ay, perdón. —Mitchell pareció aturullarse—. Existe una casa del árbol...

—Una casa del árbol vieja, espeluznante, que se cae a pedazos —lo interrumpió Flo, con todo el catastrofismo del mundo.

—Sí, bueno, está claro que no es un sitio agradable... —admitió Mitchell.

—Sigo sin enterarme.

—Mitchell me habló de ellos hace meses —le explicó Skandar a Bobby—. Se hacen llamar los trocadores de secretos porque coleccionan secretos. ¡Fijo que tienen un montón sobre el primer jinete!

—¿Y dónde está la trampa? —preguntó Bobby, mirando primero la cara angustiada de Flo y luego el ceño fruncido de Mitchell.

—No te cuentan nada a menos que tú también les entregues un secreto tuyo —respondió su amiga.

—Y el secreto que les cuentes tiene que ser bueno. Y tiene que ser de verdad, de lo contrario... digamos que se enfadan bastante —continuó Mitchell.

—¿Qué quieres decir con eso de que «se enfadan bastante»? —preguntó Bobby con recelo.

—Pues que intentan matarte —respondió Skandar sin rodeos—. O eso se supone.

—¡¿Qué?!

Flo puso cara de «te lo dije».

Pero Mitchell parecía tenerlo claro.

—A ver, a mí tampoco me hace gracia la idea, pero ¡supongo que lo único que tenemos que hacer es contarles un secreto de verdad! Eso no es tan difícil, ¿no?

—No, no lo es. De hecho, es bastante fácil —intervino Skandar, tratando de mostrarse lo más seguro posible.

—Deberemos tener mucho, muchísimo cuidado —gruñó Flo.

—¿Más cuidado que cuando nos detuvieron por matar a los unicornios salvajes? —bromeó Bobby.

Flo le lanzó una mirada glacial.

—Entonces, ¿cuándo vamos a verlos? ¿Ahora? —Skandar medio se levantó de su puf.

—No pueden vernos yendo a esa casa del árbol —les advirtió Flo de inmediato—. Los jinetes del Nidal no tienen permiso para visitar a los trocadores.

—¿Qué os parece durante la Fiesta del Agua? —propuso Skandar —. Sólo faltan unas semanas. Y habrá muchísima gente, nadie se fijará en nosotros.

Mitchell asintió.

—Será muy difícil conseguir intercambiar un secreto precisamente sobre el primer jinete. Tendremos que darles algo muy muy jugoso.

—No creo que tengamos que preocuparnos mucho por eso —murmuró Skandar.

Porque él tenía un secreto que sólo conocían otras cinco personas en todo el mundo. Y si aquello salvaba a la Isla, merecía la pena negociar con los trocadores.

¿O no?

13

La Fiesta del Agua

El cuarteto tuvo que esperar hasta principios de febrero para que llegara el día de la Fiesta del Agua y de su visita a los trocadores de secretos, pero el tiempo pasó volando. El entrenamiento para las justas de los pichones se volvió más intenso que nunca. Skandar sólo se relajaba un poco cuando hacía prácticas de vuelo con los grinos. Durante esos encuentros, Amber intentaba molestarlo todo lo que podía —por ejemplo, diciéndole a cualquiera que quisiera escucharla que tuviera cuidado con que Skandar no lo poseyera mientras volaba—, pero Rickesh acabó prohibiéndole tajantemente hablar de perturbaciones elementales, alegando que todos tenían que concentrarse.

Rickesh y los demás polluelos estaban tomándose muy en serio los preparativos para la exhibición durante la Copa del Caos, con la esperanza de que algún jinete famoso se fijara en ellos y les pidiera entrenarse en su equipo cuando se marcharan del Nidal.

Amber y Skandar todavía no tenían la experiencia suficiente para participar, aunque les habían hecho aprenderse todas las maniobras por si acaso. Una de las favoritas de Skandar y Pícaro era la voltereta flecha: Pícaro salía disparado como una bala a través del aire, recogía las alas, y luego daba una vuelta tras otra sobre sí mismo mientras surcaban el cielo a toda velocidad.

Pero por mucho que intentara distraerse en compañía de los grinos, Skandar no podía olvidarse de que el torneo de justas de los pichones estaba cada vez más cerca.

—¿En qué puesto de la clasificación crees que estás ahora mismo? —le preguntó angustiado a Mitchell, mientras cepillaban las crines de sus unicornios para limpiarles los restos de elementos después de un entrenamiento de tierra. Skandar había disputado una justa

particularmente violenta con Bobby; su amiga lo había derribado de la montura con una maza dura como una roca que arrojaba arena por los pinchos, y a Pícaro se le habían quedado enredados entre sus crines negras los diminutos granos de arena.

Como toda respuesta, Mitchell se sacó un cuaderno muy arrugado del bolsillo de su chaqueta roja y empezó a pasar las páginas.

Skandar frunció el ceño.

—Eeeh... ¿Qué es eso?

—He estado llevando la cuenta de los resultados de las justas en todas las sesiones de entrenamiento...

Skandar se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Qué pasa? —exclamó Mitchell, ofendido—. Odio tener que recordártelo, Skandar, pero los últimos seis jinetes serán declarados nómadas después del torneo, ¿recuerdas?

Flo se metió en la conversación:

—A mí me parece útil saber cómo vamos. ¿Quién es el mejor?

Mitchell puso cara de no querer contestar.

—Soy yo, ¿verdad? —Bobby llegó danzando desde el establo de Halcón, intentando echarles un vistazo a los cálculos.

Mitchell suspiró.

—Sí, eres tú, Roberta. Aunque es evidente que, al haberte saltado unas cuantas sesiones...

—¡Lo sabía! —Bobby lanzó un puñetazo al aire—. ¿A qué te ha sabido hoy la hierba, eh, Skandar? —le soltó, intentando provocarlo.

—Muy graciosa —masculló el jinete, aunque en secreto se alegraba de que Bobby se burlara de él de nuevo.

—Y entonces, ¿en qué puesto estamos los demás? —preguntó Flo, ahora con cierto aire de preocupación. Todavía no controlaba del todo sus armas debido a los impredecibles picos de potencia de Puñal.

Mitchell tenía la cara pegada a la página.

—En función del número de combates que hemos ganado o perdido, Roja y yo estamos en el decimoctavo puesto. Flo y Puñal en el décimo. Y Skandar y Pícaro... en el trigésimo. Hay treinta y siete pichones, así que, si seguimos haciéndolo como hasta ahora en los entrenamientos... ¡nos salvaremos! —Mitchell cerró el cuaderno de golpe, satisfecho.

Pero Skandar se sintió abatido. ¿El trigésimo? Estaba demasiado cerca de la zona de peligro. Teniendo en cuenta sus habilidades, no le parecía justo. Su entrenamiento de espíritu con Agatha había ido viento en popa. Sabía conjurar espadas y lanzas de espíritu, y hasta un arco y una flecha, lo cual era particularmente complicado: enganchar una flecha no del todo real a la cuerda de un arco que no existía del

todo... Agatha incluso había empezado a enseñarle a crear la ilusión de un arma que se acercara a su rival desde un flanco, cuando en realidad le estaba atacando desde el otro. Sólo lo había logrado con una daga diminuta y sin ningún rival de verdad, pero ¿y si lo perfeccionaba antes del torneo de los pichones? Con suerte, incluso podría tener posibilidades contra Bobby.

Por desgracia, en la vida real no estaba practicándolo nada. Había muchas más sesiones de entrenamiento de fuego, agua, tierra y aire de las que él había tenido de espíritu. Y dado que su plan con el Círculo de Plata había fracasado, la advertencia de la comodoro Kazama seguía resonando en sus oídos: «Es la última oportunidad que te doy, Skandar.»

Así que no se había atrevido a conjurar su elemento aliado con nadie más que con Agatha. Porque ¿qué pasaría si empleaba un arma de espíritu para ganar una justa y algo malo sucedía? ¿Y si acababa poseído por el vínculo, igual que Gabriel, igual que Rickesh, igual que Bobby...? Cuanto más aprendía del elemento espíritu, más comprendía sus riesgos, sus incógnitas y su lado oscuro. Estaba aprendiendo a quererlo, pero todavía no confiaba en él. Así que no lo utilizaba en las justas, ni siquiera cuando les permitían utilizar el elemento que les apeteciera. Como Nina le había advertido, aquella noche en la Tierra Salvaje se había «escapado por los pelos», y estaba seguro de que, si algo más salía mal, la próxima vez no tendría tanta suerte.

Cuando llegó el día de la Fiesta del Agua, a todos les sentó bien cambiar de chaqueta y ponerse la azul para salir del Nidal. En cuanto Pícaro, Halcón, Roja y Puñal aterrizaron en la plaza de los Elementos, Skandar sintió que la emoción reemplazaba a todas sus preocupaciones, al menos por un instante. Aunque el cuarteto estuviera aprovechando el festival para visitar a los trocadores de secretos, Bobby había insistido en reservar al menos una hora al principio para divertirse un poco. En Cuatropuntos había más bullicio del que Skandar había visto nunca. Los isleños que vivían en las zonas solían celebrar la fiesta en otro lugar, pero, debido a la perturbación de los elementos, habían engrosado considerablemente la población de Cuatropuntos. Muchas casas de los árboles ya estaban llenas de invitados de más, y por las camas improvisadas que se veían bajo los árboles se deducía que Cuatropuntos estaba quedándose sin espacio, aunque no sin generosidad. En todo caso, mientras serpenteaban por las calles el nivel de ruido parecía indicar que, aunque fuera sólo por esa noche, muchos querían olvidarse de sus problemas y pasárselo bien.

A los pocos segundos de llegar a la plaza de los Elementos, Skandar ya estaba calado hasta los huesos. El cuarteto había aterrizado sin querer en medio de un campo de batalla, en el que los jinetes del Nidal participaban junto a jinetes del Caos adultos en una pelea acuática, disparando cualquier tipo de ataque con agua que se les ocurriera; la magia azul reluciente de sus palmas iluminaba la plaza. Riéndose mientras Pícaro se sacudía el agua de las alas como un gigantesco perro mojado, Skandar cabalgó a lomos de su unicornio hacia una hilera de ocho enormes esculturas hechas de hielo.

—¡Oye! ¿De qué me suena tanto éste? —Bobby señaló al jinete que tenía más cerca, mientras Halcón intentaba secarse con una ráfaga de fuego.

El jinete de hielo tenía el dedo extendido. De la palma le salía un chorro de agua congelada, y su rostro mostraba una expresión llena de fiereza. Su unicornio, también de hielo, enseñaba los dientes.

—Pues sí que me suena a mí también... —coincidió Flo, rodeando la base de la estatua a lomos de Puñal de Plata para echarle un vistazo más de cerca.

—Es... es mi padre —masculló Mitchell con la vista puesta en el jinete de hielo, mientras Roja intentaba alejarse de la escultura del unicornio—. Será en homenaje al consejo de agua del año pasado. Espero de verdad que Nina haya mantenido su palabra y no le haya dicho nada de lo de la nota... Mirad, también está Aspen McGrath, es esa alta en primera fila.

Al ver a Escarcha de la Nueva Era, el corazón de Skandar dio un brinco. Los recuerdos de la Tejedora galopando hacia él en la Tierra Salvaje a lomos del hasta entonces unicornio de la comodoro lo inundaron como una ola.

De pronto, se sintió como si todavía fuera aquel chico aterrorizado que esperaba a que su madre le arrebatara lo que él más quería en el mundo. De hecho, al agarrar con fuerza las riendas de Pícaro, se dio cuenta de que seguía esperando. No creía haberla derrotado para siempre. Podía estar entre aquel gentío, escondida entre las sombras, observándolo, aguardando su momento. Y una pequeña parte de él seguía teniendo cinco años y le preguntaba a Kenna por qué otros niños del colegio tenían mamá y ellos no. Una pequeña parte de él que quería ver a Erika de nuevo. De repente, la Fiesta del Agua se le antojó demasiado llena de ruidos y de luces, y las chaquetas y los farolillos se confundieron borrosos en un remolino cerúleo.

—¿Skar? ¿Vienes o no? —le preguntó Flo—. Vamos a por algo de comer.

Pero Skandar sólo oyó vagamente sus palabras. Los gélidos ojos de

Escarcha de la Nueva Era lo habían dejado helado.

—Id primero vosotros dos —la voz de Bobby sonó firme—. Ahora os buscamos.

Como en una nebulosa, Skandar se dio cuenta de que Bobby y Halcón se habían situado a su lado.

—Yo, personalmente, siempre he pensado que Escarcha de la Nueva Era tenía algo de mula feúcha.

Skandar reprimió una risa.

—Cuando vivía en el Continente, durante años fue mi favorito —confesó él—. Tenía un póster suyo en la pared de mi dormitorio. Me quedaba mirándolo todo el tiempo, y a mi hermana la sacaba de quicio.

—No me extraña. —Bobby sonrió—. ¿Cuál le gustaba a Kenna?

—Miedo de la Montaña, Ema Templeton —respondió Skandar automáticamente, tratando de no pensar en todos los meses que Kenna llevaba sin escribirle.

—Diestra en aire. Buena opción —aprobó Bobby—. Creo que Kenna me caería bien.

—Creo que sí —coincidió él—. Probablemente mejor de lo que te caigo yo.

—Casi seguro. —Su amiga ladeó la cabeza y lo miró a los ojos—. ¿Ya estás mejor?

Skandar asintió. Lo estaba. Bobby le había hecho recordar una cosa. No era tan vulnerable ante la Tejedora como se imaginaba. No estaba solo. No tenía que hacer aquello por su cuenta.

—¿Quieres que subamos al tobogán de hielo? —preguntó Bobby, señalando una estructura resplandeciente en la otra punta de la plaza de los Elementos.

La gente subía por unos travesaños helados hasta la plataforma que había en lo alto, y luego se lanzaba deslizándose sobre unas esterillas y gritando sin parar mientras bajaban, hasta zambullirse en una bañera caliente llena de vapor. Los unicornios observaban atentamente a los jinetes, sin saber muy bien si rescatarlos o no.

—La verdad es que no quiero dejar solo a Pícaro —respondió Skandar—. ¿Y si pillamos mejor uno de esos polos helados de la fuente, esos de colores? —En un cartel cercano se leía: LOS ESPECTACULARES HELADOS DE HELENA, LOS SABORES MÁS SABROSOS Y TROPECIENTOS MÁS.

—Venga —respondió Bobby—. ¿Sabes qué, Skandar?

—¿Sí?

—No quiero que la Isla se autodestruya. Y por nada del mundo quiero pasarme la vida rodeada sólo de diestros en aire... ¡con Amber! Tenemos que encontrar esa arma.

—La encontraremos —dijo él, con más seguridad de la que sentía.

—Hablando de Amber —añadió Bobby, cambiando de tema a la velocidad de la luz, como de costumbre—, ¿te has fijado en que su unicornio, Ladrona Torbellino, ha empezado a juntarse con los nuestros en la colina del Nidal?

Skandar se encogió de hombros.

—Sí, los he visto juntos más de una vez.

—Pues no me gusta. —Bobby puso cara de pocos amigos—. Me da que pensar, creo que Amber trama algo.

Skandar, sin embargo, tenía claro que el problema de Bobby con Amber y Ladrona era que, esa misma semana, las habían derrotado a Halcón y a ella en una justa de fuego.

Se quedó rezagado y observó a Bobby partir en dos un carámbano azul tan largo como su brazo. La vendedora del puesto se había fijado en que Skandar estaba en la cola y le había hecho un gesto para que se marchara, con un destello de miedo en la mirada. Por suerte, Bobby no se había dado cuenta, de lo contrario la tal Helena podría haber acabado con uno de sus helados en un lugar bastante «espectacular».

Su amiga y él empezaron a chupetear sus carámbanos mientras escuchaban a un bardo que cantaba cerca de allí.

—Jamie le ha contado a Mitchell que su madre cantó su canción veraz cuando todavía era adolescente. Por lo visto, todo el mundo se quedó muy impresionado —explicó Skandar, mientras el cantante entonaba una melodía sobre las victorias de una comodoro aliada con el agua de la que nunca había oído hablar.

—¿Y de qué iba la canción? —preguntó Bobby con curiosidad.

—De una escasez de pescado que se produciría el verano siguiente. Y ocurrió de verdad.

—Oh, guau. Cuánto glamour —se burló Bobby.

Poco después se unieron a Mitchell, al que encontraron paseando con Roja por una fila de tenderetes azules de la fiesta. Bobby le echó un vistazo a la unicornio poniendo cara de pillina.

—Roja está hoy más radiante que nunca. Más guapa que un guacamayo con gabardina.

—Eeeh... gracias —contestó Mitchell con recelo, mientras a Skandar se le escapaba una risita por la expresión que acababa de inventarse. En la Isla no había guacamayos, por lo que Skandar estaba casi seguro de que Mitchell no tenía ni pajolera idea de cuál era su aspecto.

—¡Se avecina tormenta! —gritó Bobby. Y entonces Halcón soltó un rugido como un trueno, alrededor de sus alas se produjo una explosión eléctrica, y por cada una de las puntas de sus plumas grises disparó un

rayo dirigido a... Roja.

Como resultado, a Delicia de la Noche Roja se le pusieron todos los pelos de punta, incluidos los de las crines y la cola. Parecía un peluche blandito muy peludo y a la vez un experimento científico que había salido mal. Pícaro se quedó mirando a Roja y lanzó un silbido a modo de relincho, y a Skandar le pareció que era su modo de expresar que todo aquello le parecía muy gracioso. Roja ignoró al unicornio negro y volvió la cabeza para mirar a Mitchell como diciendo: «¡Ahora, arregla esto!»

—¡Truenos y relámpagos! ¿Qué acabas de hacer? —gritó Mitchell, angustiado.

Bobby estaba entusiasmada.

—¡Buena chica, Halcón! ¡Justo como lo hemos ensayado! Llevo-siglos-queriendo-hacerlo —logró articular entre risotadas.

—Pero vamos a ver... —protestó Mitchell, pareciéndose muchísimo a su padre.

Skandar los dejó enfrascados en su disputa y se fue a dar una vuelta por los tenderetes, pensando que aquella discusión sin duda duraría un buen rato. Guardó las distancias con los vendedores por si acaso lo reconocían. Aquellos quioscos le recordaban a las casetas de la playa del Continente, aunque lo que vendieran fuera una mezcla de comida, *souvenirs* y ropa, todo ello de temática acuática. Rehuyó las miradas con las que se cruzaba y admiró los arcos en forma de olas de madera que decoraban las entradas de los puestecitos y protegían a los clientes de los disparos de agua que los unicornios lanzaban por las alas en sus peleas acuáticas. Se quedó mirando con nostalgia uno que se llamaba SUSURROS DE LAS OLAS, y que vendía tablas de surf y de padelsurf. Kenna y él siempre habían querido una tabla de surf, pero nunca habían podido permitirse una. Bobby y Mitchel tuvieron que llevárselo de allí a rastras, y los tres juntos pasaron por delante de VÍSTETE CON AGUA, un puesto que brillaba por sus joyas con zafiros y sus bufandas celestes al viento.

Un poco más allá, encontraron a Flo haciendo cola para comprar una brocheta de pescado en DELICIAS DE PESCADO ASADO DE DELIA.

—¡¿Queréis también una?! —les gritó.

Skandar asintió con entusiasmo, contento de que ella se hubiera ofrecido, así él evitaba acercarse al puesto. La parrilla humeante olía de maravilla.

Cuando le llegó su turno, Flo tuvo problemas para frenar a Puñal delante de los chisporroteantes pinchos, que burbujeaban mantequilla.

De entre la multitud, apareció un joven apuesto con un unicornio radiante.

—Ya me lo llevo yo.

—Ah... —Flo pareció aturullarse—. Gracias. —Los dos unicornios plateados tenían un aspecto grandioso el uno junto al otro.

Skandar no pudo evitar fijarse en lo relajado que parecía Puñal en compañía del otro unicornio plateado. Y aquello lo irritó bastante.

—Mira quién está aquí... —musitó Skandar.

—¿Quién es ése? —preguntaron al unísono Bobby y Mitchell.

—Rex Manning —contestó su amigo apretando los dientes, mientras observaba a Flo charlando con Rex—. Lo conocí en el Bastión cuando me disfracé de centinela.

—¿El hijo del presidente Manning? —preguntó Mitchell frunciendo el ceño.

—¿Por qué se pone Flo tan simpática? Creía que odiaba al Círculo de Plata. ¿No se había salido? —preguntó Bobby.

—No puede salir así, sin más, ¿recuerdas? —la corrigió Mitchell, mientras intentaba aplacar de nuevo las crines electrificadas de Roja.

—Por lo visto Rex es distinto —dijo Skandar—. Flo me contó que convenció a Dorian para que no la obligara a entrenarse en el Bastión todo el tiempo después de que ella salvara al unicornio salvaje. Y ha estado intentando detener los asesinatos de los unicornios salvajes.

—Sí, ya, claro. —Bobby puso los ojos en blanco—. ¡Si de verdad hubiera querido detener a su padre, podría haber ido a contárselo al Consejo!

—Los padres pueden ser complicados —replicó Mitchell en voz baja, echándoles de nuevo un vistazo a las esculturas de hielo.

—Sea como sea, yo no me fío de él —dijo Skandar con rotundidad, mientras Rex le devolvía a Flo las riendas de Puñal y regresaba con sus amigos. Ver a Rex le recordó a Skandar algo que Dorian Manning le había dicho a Nina... Algo sobre una mujer, ¿Rebecca? Nina había dicho que su juicio se había visto nublado por todo aquello; Skandar no había entendido nada.

—¿Cómo está tu chispeante amigo? —preguntó Bobby con sarcasmo cuando la plateada les entregó a cada uno de ellos una brocheta de pescado recién hecho.

—Rex estaba intentando convencerme de que fuera a la próxima reunión del Círculo de Plata. Por lo visto, Dorian ha dejado de matar a los unicornios salvajes porque tiene demasiado miedo de que Nina lo pille. Pero le he dicho que no iría —añadió Flo rápidamente—. Rex va a cubrirme, dirá que estoy enferma. No me fío ni un pelo de Dorian.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan atrevida, Flo? —preguntó su amiga con una media sonrisa—. Mientras yo estaba echando ramas por ahí, te has colado en el Bastión, has montado un unicornio salvaje

que corcoveaba como un potro sin domar, has hecho de agente infiltrada en una partida de caza... ¡y ahora estás arriesgándote a que te encierren en el Bastión por no ir a las reuniones! Vamos a ver, ¿qué ha sido de la chica que el año pasado se agobió cuando nos colamos en una bonita y agradable cárcel?

—Tú no viste a esos pobres unicornios en el estadio, Bobby. Era algo cruel, malvado. Jamás podré ser parte de algo así.

Mitchell carraspeó.

—Roberta... por favor... deja de usar eso de echar ramas por ahí. Esa expresión no tiene ningún sentido.

—Echar ramas por ahí —repitió Bobby, y le sacó la lengua—. ¿Qué vas a hacerme? ¿Obligar a Roja a que se tire un pedo en mi cara?

—Roja ya no hace esas cosas —protestó Mitchell.

A Skandar se le escapó una sonrisa al ver a Mitchell y a Bobby discutiendo de nuevo. Saltaba a la vista que en el cuarteto las cosas estaban volviendo a la normalidad. Aunque fuera lo único.

—Se te van a quitar las ganas de sonreír en un momento, Skar —musitó Mitchell con tono sombrío—. Es la hora de los trocadores de secretos.

14

Los trocadores de secretos

Los trocadores de secretos ocupaban una casa del árbol en una de las calles más cochambrosas de la capital. A medida que el cuarteto cabalgaba hasta el final de la hilera de árboles oscuros, fueron abriéndose paso con dificultad entre grupos de amigos, familias y ancianos acurrucados junto a sus unicornios.

Ninguno de los rostros con los que se cruzaron parecía muy entusiasmado por la Fiesta del Agua, todos se veían cansados y perdidos. No todo el mundo podía disfrutar de la fiesta, estaba claro. Aquellas personas habían perdido su hogar, su sustento, su normalidad. Las muertes de unicornios salvajes habían causado la perturbación de los elementos, y todos estaban pagando por ello. Una oleada de rabia inundó el pecho de Skandar cuando pensó en el egoísmo, en la crueldad; todo porque Dorian Manning había querido asegurarse de que no aparecieran más diestros en espíritu, asegurarse de que él no pudiera crear un ejército que amenazara el poder del Círculo de Plata. Aunque, cuando miró a los rostros de las personas desplazadas por la devastación mágica, la idea de construir un ejército le pareció más atractiva que nunca.

A diferencia de lo que ocurría con el resto de casas de los árboles de Cuatropuntos, no había señales de que hubiera gente acampando debajo del árbol de los trocadores de secretos. El cuarteto desmontó y dejó a sus unicornios bajo las ramas bajas, frente a la única escalera que ascendía por el tronco del árbol. La casa de madera que había encima se pudría por las esquinas, y el tejado estaba combado en el centro.

Mitchell acababa de dar un valiente paso adelante hacia la escalera cuando la puerta de la casa del árbol que había encima se abrió de par en par estrepitosamente.

—¡Por favor! ¡Por favor, dime sólo una palabra más! Eso lo arreglará todo —gritó un hombre joven.

Una voz áspera y bronca se oyó en el interior de la casa.

—Tu secreto era de cinco palabras, así que el secreto que te llevas es de cinco palabras. ¡Las reglas son las reglas!

—¡Te lo suplico!

—Piérdete —gruñó aquel hombre hosco, y luego cerró de un portazo.

El joven bajó la escalera entre sollozos. Al ver a los cuatro pichones mirándolo fijamente, gritó:

—¡Ni os molestéis! ¡El trueque nunca es justo!

Skandar no pudo evitar preguntarse qué era lo que aquel joven estaba tan desesperado por saber.

—Si lo que tienen en cuenta es el número de palabras, ¿no deberíamos hacer nuestros secretos superlargos? —le susurró Bobby a Flo.

Flo negó con la cabeza rápidamente.

—Lo que harán es eliminar las palabras innecesarias. No sirve de nada. Y no queremos enfadarlos, ¿recuerdas?

—¿Crees que ese personajillo encantador de la puerta es el que va a por ti si lo que intercambias es una mentira? —le preguntó Bobby a Mitchell.

—Vamos —ordenó Mitchell con brusquedad, ignorando la pregunta.

En lo alto de la escalera, Bobby llamó a la puerta, haciendo una mueca de asco al limpiarse luego la mugre de los nudillos.

—¡Ya va, ya va! —El hombre hosco abrió de nuevo. Era más joven de lo que Skandar se había esperado por su voz. Tenía tal vez unos cincuenta años, una barba esmirriada y unos ojos negros y brillantes como canicas. En una de sus cejas lucía una cicatriz que parecía bastante reciente—. ¡Son renacuajos del Nidal, Moira! —gritó volviendo la cabeza—. Una pérdida de tiempo, ¿no?

La voz de una mujer retumbó en la casa.

—Mándalos a freír espárragos, Raf. No llevan ni cinco minutos siendo jinetes, todavía no saben lo bastante para que nos interesen.

El hombre se dispuso a cerrar la puerta sin mediar palabra, pero Skandar se adelantó rápidamente. Llevaba la manga derecha subida, y levantó el brazo a la altura de la barbilla de Raf. La mutación de espíritu resplandeció a la luz de la lámpara. El hombre bajó la mirada a la piel blanca traslúcida, y Skandar abrió y cerró el puño para que viera los músculos y los tendones en funcionamiento, junto a la quietud de los huesos.

El tal Raf se pasó la lengua por los labios agrietados.

—Necesito cierta información —declaró Skandar con firmeza—. Traigo un secreto para intercambiarlo.

—En ese caso será mejor que entres, diestro en espíritu —gruñó Raf, y el cuarteto lo siguió hasta el interior de aquella casa, apenas iluminada por una tenue luz.

Por dentro era igual de espantosa que por fuera. Olía a moho y a humedad, a madera podrida y a papel antiguo. Mirara donde mirase, Skandar veía torres y más torres de pequeños cajones de madera estrechos y poco profundos. Algunas eran bajas, y los cajones estaban apilados unos encima de otros en precario equilibrio; otras llegaban hasta el techo combado de la casa. Todos aquellos minúsculos cajones tenían algo en común: un tirador de plata con una etiqueta de papel. Al pasar al lado de una de aquellas etiquetas diminutas, Bobby entornó los ojos y puso los dedos en ella para intentar leerla.

—Será mejor que no toques eso, niñita. —Una mujer anciana, que sin duda era la tal Moira, estaba sentada encima de una de las torres más pequeñas, entre un montón desordenado de cajones. Apoltronada allí, encima de algo tan inestable, su aspecto era de lo más descabellado: tenía algo de colegiala rebelde y algo de abuela gruñona.

Bobby apartó la mano de la etiqueta, pero la mirada de Moira fue a posarse en Raf.

—Creía haberte dicho que mandaras a paseo a estos chiquillos del Nidal. —La voz de Moira contenía una advertencia que Raf claramente había aprendido a reconocer.

El hombre se apresuró hasta la torre donde estaba ella y le sonrió mostrándole todos los dientes.

—Uno de ellos es ese diestro en espíritu, el que está entrenándose para jinete. Éste de aquí. —Raf tendió la mano hacia atrás y tiró hacia delante bruscamente de Skandar, que todavía llevaba la manga azul subida por encima del codo.

La cara de Moira cambió de inmediato, y la anciana bajó de un salto de su atalaya, como si fuera treinta años más joven. Flo se asustó tanto que, sin darse cuenta, dio un paso atrás y chocó con una de las torres de cajones. Mitchell tuvo que ayudarla a sujetarla mientras se tambaleaba amenazadoramente.

—Queremos información sobre el primer jinete y la reina de los unicornios salvajes —anunció Skandar con torpeza.

Mitchell tomó el relevo.

—En concreto, queremos información sobre el arma que el primer jinete fabricó con los huesos de la reina y dónde encontrarla. ¿Tenéis

algún secreto que pueda ayudarnos?

Moira dirigió su mirada de un azul intenso hacia Mitchell.

—No eres el primero que viene aquí en busca de secretos sobre el primer jinete. Aunque, hasta el momento, no hemos podido compartir lo que tenemos. Nadie nos ha dado un secreto lo bastante jugoso para el trueque. —La anciana se relamió los labios.

Skandar no podía dejar de pensar en lo que ocurría si les dabas un secreto falso a los trocadores: «Te matan.» No estaba seguro de si se trataba de una vana amenaza o de una posibilidad real, pero tenía muy claro que no pensaba arriesgarse.

Flo parecía un tanto confundida.

—Pero... si pudierais ayudar a la comodoro a encontrar el arma, lo haríais, ¿verdad? ¡Con eso podría salvarse la Isla!

Moira soltó una risita.

—Creo que nos confundes con otra gente, chica plateada.

—¿Qué otra gente?

—Pues, gente buena. Nosotros no damos nuestros secretos así como así. Sólo los intercambiamos. En eso consiste nuestro oficio. Si ayudáramos al primer pobre desgraciado que viniera en busca de información, ¿qué ganaríamos con eso?

—¿Nina Kazama ya ha estado aquí? —preguntó Mitchell despacio.

—No podemos revelar la identidad de nuestros clientes —objetó Raf, lamiéndose los labios de nuevo.

—Saben lo que necesitamos —intervino Bobby, claramente impaciente—. No perdamos el tiempo.

Para tener más posibilidades de que les aceptaran un secreto, cada miembro del cuarteto había decidido contar uno distinto. Al fin y al cabo, no sabían qué información tenían ya los trocadores, y cuantas más palabras intercambiaran, mejor. Habían acordado no contarse sus secretos entre ellos, así que les resultó un poco incómodo garabatear las palabras en aquellos trocitos gastados de papel que Raf les había dado.

En cuanto acabaron, Moira les arrebató de mala manera los papelitos y se puso a pasear entre las torres de cajones desiguales para empezar a leerlos, mientras sus faldas grises se arremolinaban tras ella y su largo pelo blanco se mecía de un lado a otro. A Skandar le dio la sensación de que disfrutaba de aquel momento, devorando como una gaviota hambrienta sus secretos guardados con tanto celo.

Al leer el de Bobby, chasqueó la lengua casi de inmediato en señal de desaprobación y volvió a meterle su secreto en la mano.

—Eso no tiene ningún interés para mí. Aquí no se negocia con asuntos triviales del Continente.

Bobby puso cara de pocos amigos y arrugó el papel dentro del puño.

—Éste ya lo tenemos —le dijo Moira a Mitchell.

—¡Imposible!

Moira no le hizo ningún caso. Luego leyó el de Flo, y sus ojos azules se dilataron un pelín.

—Con éste me has sorprendido, chica plateada. —La mujer ladeó la cabeza hacia Flo—. Lo acepto, te has ganado un secreto de nueve palabras sobre el primer jinete.

—Espera un momento —dijo Mitchell—. ¿Y el de Skandar? Si también aceptas el suyo, ¿no puedes darnos uno más largo?

Moira se encogió de hombros.

—No es así cómo funciona, hijo de Ira. Un secreto por otro secreto.

—Pero ¿cuánto sabes del primer jinete? ¿Cómo sabemos nosotros si…?

—¿Lo queréis o no? —Moira les daba la espalda a medias, pero Skandar pudo entrever cómo abría un cajón minúsculo con sumo cuidado y sacaba un trozo enrollado de papel. Se lo entregó a Flo, que lo desplegó con un gesto de emoción y temor. Moira, mientras tanto, escribió una etiqueta para el secreto que Flo le había entregado y lo guardó en el cajón con delicadeza.

—«Lleva el don de la tumba al cruce elemental», leyó Flo.

—¡Eso no es un secreto! —gritó Bobby—. ¡Es un acertijo! ¿Qué significa?

Skandar pensó que sonaba como un verso de la canción de un bardo.

La risa de Moira fue cortante.

—Yo no escribo los secretos, no es mi trabajo interpretarlos. Muchos los heredé de mi madre, y ella antes de su madre. Y cuando muera, será mi hija quien los custodie. —La anciana señaló con un gesto hacia un rincón, y Skandar se fijó por primera vez en una mujer joven acurrucada entre un montón de harapos, profundamente dormida.

—Pero ¿ese secreto es sobre el don del primer jinete? ¿Sobre cómo salvar la Isla? —quiso asegurarse Mitchell.

Moira se sorbió la nariz.

—Eso ponía mi etiqueta —aclaró, y bajó la vista para leer el secreto de Skandar.

Skandar había esperado que la trocadora de secretos reaccionara con miedo y repugnancia, que tal vez hasta le exigiera que se marchara de la casa del árbol. No todos los días se descubría que la Tejedora tenía un hijo, que estaba entrenándose en el Nidal… y que lo

tenía allí delante. Pero la cara de la anciana se transfiguró en una mueca de placer al leer y releer sus palabras.

—Menudo secretito me traes, diestro en espíritu... —murmuró Moira—. Catorce palabras.

Skandar empezó a sentir náuseas y a pensar que todo aquello había sido un error garrafal. ¿Qué le ocurriría si en la Isla se enteraban de que él era el hijo de la Tejedora? ¿Encerrarían a Pícaro como habían hecho con Canto del Cisne Ártico? Tragó saliva con esfuerzo, deseando poder arrebatarle aquel trozo de papel.

—Entonces, eeeh, ese secreto se queda aquí, ¿no? —preguntó Skandar—. A no ser que...

—A no ser que alguien venga buscándolo... y traiga un secreto digno de hacer el trueque —respondió Moira, de nuevo sin andarse con rodeos.

—Vale —gruñó Skandar. No se fiaba ni un pelo de aquella mujer. Todo lo que decía parecía tener un doble sentido, y le estaba dando dolor de cabeza.

Moira empezó a rebuscar en las torres, mirando etiquetas, chasqueando con la lengua y luego dejándolas de nuevo.

—Sé que está por aquí, en alguna parte... —musitó.

Al cabo de lo que pareció un siglo, regresó desde la otra punta de la casa del árbol; llevaba un papel en la mano y lo sostenía como oro en paño, como si fuera un pájaro herido, y se lo entregó a Skandar.

—El secreto más largo que tengo sobre el don del primer jinete es de trece palabras. Tú me has dado catorce, lo sé, pero... —Se encogió de hombros—, no puedo hacer mucho al respecto.

—¡Eh! —exclamó Bobby indignada.

Los ojos azules de Moira emitieron un destello peligroso.

—Es lo único que tengo. Lo tomas o lo dejas.

Skandar tendió la mano para recibir el pedacito enrollado y amarillento de papel, y leyó:

—«El primer jinete talló un báculo con los huesos de la última reina.»

—¿Qué es un báculo? —preguntó Flo al instante.

—Es una especie de palo largo con la parte de arriba curva —respondió Skandar, acordándose de los libros sobre magos que había leído en el Continente.

—¿Un báculo? —se mofó Bobby—. ¿Cómo vamos a salvar la Isla con eso? ¡Si ni siquiera tiene una punta que pinche!

Con un gesto de la mano, Moira empezó a echarlos de la habitación, pero Mitchell se negó a moverse.

—Esos secretos no decían nada de la ubicación exacta del báculo

de hueso. —gruñó, apretando los dientes—. ¡No sirve de nada decirnos qué es el arma si no podemos encontrarla!

Pero Moira no estaba dispuesta a aguantar impertinencias.

—Vamos, vamos, chiquillos... Ya hemos hecho el trueque de secretos y ahora tenéis que... ¡LARGAROS DE MI CASA!

—De todas formas, tampoco íbamos a quedarnos, ¡apesta! —repuso Bobby mientras se dirigía a la puerta.

—No olvidéis que... si uno de esos secretos resulta ser mentira... —gruñó Raf—, iremos a por vosotros.

Y se pasó la mano por el cuello, de un lado a otro.

Los miembros del cuarteto fueron los últimos en cruzar la entrada del Nidal esa noche. Skandar sentía lo irritable que estaba Pícaro por haberlo dejado tanto rato fuera de la casa del árbol de los trocadores de secretos, y además el unicornio tenía hambre. Ya en el establo, el joven jinete intentó animarlo con un muñequito de gominola, pero, al sacarse la bolsa espachurrada del bolsillo de su chaqueta azul y ponerla bocabajo, lo único que cayó fue una lluvia de azúcar blanco.

Con los dientes, Pícaro le arrebató furioso la bolsa vacía de la mano y la incineró con una ráfaga de fuego. A su padre no se le daba tan bien como a Kenna acordarse de enviarle los muñequitos de gominola.

—Lo siento, ¿vale? —Skandar trató de darle unas palmaditas en el cuello, pero el unicornio le electrocutó la mano—. ¡Ay! Luego vamos a ver a los grinos, ¿te acuerdas? ¡Habrá una fiesta!

El enfado de Pícaro seguía vibrando en el vínculo cuando el joven jinete se marchó de los establos con su cuarteto.

Al entrar en la casa del árbol, Mitchell no tardó ni dos segundos en sacar su objeto favorito.

—¡Muy bien! —Con su tiza blanca dio varios golpecitos fuertes en la pizarra—. Reunión de cuarteto número...

Bobby suspiró sonoramente.

—Cuánto he echado esto de menos.

Skandar no sabía muy bien si estaba bromeando.

—Bueno, pues entonces, qué más da el número —dijo Mitchell, subiéndose las gafas por la nariz—. Leedme esos secretos otra vez.

Flo fue la primera:

—«Lleva el don de la tumba al cruce elemental.»

Y Skandar la siguió:

—«El primer jinete talló un báculo con los huesos de la última reina.»

—¡No son más que tonterías misteriosas! —exclamó Bobby de mal

humor—. Eso por no hablar de que el primer jinete hiciera un báculo de hueso, que es el arma más cutre que una pueda imaginarse.

—Te equivocas con la pista de Flo —intervino Mitchell—. Creo que Moira no era consciente de lo valioso que es ese secreto. Nos dice exactamente adónde hay que llevar el don.

—¿Adónde? ¿Qué es un cruce elemental? —preguntó Bobby.

—Aaah... —susurró Flo—: la Gran Brecha...

—¡Donde se cruzan las líneas de falla! —exclamó Skandar emocionado.

Mitchell escribió «la Gran Brecha» en la pizarra.

—Y ya sabemos por Nina que tenemos que llevarlo allí antes del solsticio de verano...

De pronto, Skandar recordó algo importante:

—¡Ah! ¡Y Rickesh tenía razón!

—¿Quién? —preguntó Bobby.

—Rickesh, el comandante de los grinos. Cuando me contó la historia del primer jinete, mencionó su tumba. Y ahora sabemos a ciencia cierta que el báculo de hueso está en realidad dentro de la tumba del primer jinete.

—Aunque todavía no sabemos dónde está la tumba —objetó Flo.

—Prácticamente lo hemos descifrado —cacareó Bobby con sarcasmo.

—Ya es más de lo que sabíamos esta mañana —repuso Flo sin alterarse.

¡CATAPUM!

La casa del árbol tembló de arriba abajo. Los cuatro se pusieron de pie de un brinco, demasiado asustados para salir. Flo fue la primera en subirse a la ventana de la casa.

—¿Ves algo? —preguntó un desesperado Skandar.

—¡Terremotos y tsunamis! —musitó Flo, llevándose la mano a la boca.

—¿Qué pasa? —preguntó Bobby irritada—. ¡Nosotros no vemos!

—Hay una enorme tormenta eléctrica sobre el Bastión de Plata —respondió Flo con la voz apagada—. Creo que ese ruido era el de un rayo que ha caído sobre la Lanza.

—¿La torre? ¿La torre alta donde está la biblioteca? —preguntó Skandar, tratando de comprender.

—Sí —confirmó Flo—. Aunque ya no es una torre... Se ha partido en dos.

El derrumbamiento de la Lanza seguía emanando humo hacia el cielo sobre el Bastión de Plata horas después de que Skandar volara a lomos

de Pícaro para unirse a los grinos. Habían pasado toda la tarde enfrascados en peleas con globos de agua, que Rickesh había robado de la fiesta, y engullendo tartas que Adela se había llevado «prestadas» del puesto de su madre. Como consecuencia del subidón de azúcar, Fen, con las manos congeladas, había retado a Prim a llamar a la puerta de la monitora O'Sullivan a las once de la noche, algo que la jinete había hecho de inmediato y sin que la pillaran. Luego Prim había retado a Fen a robarle la máscara al primer centinela con el que se cruzara. Aquello no había salido igual de bien, y si Fen se había librado de meterse en un lío gordo había sido sólo gracias a su rápida huida.

En un momento dado, Marcus y Patrick habían intentado cantarle a Skandar la canción veraz de la Ceremonia de las Monturas, a grito pelado y desafinando, hasta que Rickesh por fin les había chillado que se callaran. Skandar se había llevado sus Cromos del Caos y, dado que era el único continental, les había enseñado a todos los demás un juego en el que combatías con tus cartas. En el Continente, había visto a otros niños jugar a ese juego, pero él nunca había sido lo bastante popular como para participar. Sólo había podido jugar con Kenna. Pero ahora incluso Amber quería apuntarse, principalmente, sospechaba Skandar, porque quería ganarle.

A las dos de la madrugada, Rickesh había ido a por mantas para que pudieran quedarse a dormir en la Plataforma del Crepúsculo. Al cabo de media hora, siete de los miembros de la Sociedad Peregrina dormían a pierna suelta sobre el costado de su unicornio; aquello parecía cualquier cosa menos una brigada voladora de élite. El octavo miembro, sin embargo, no podía conciliar el sueño, por mucho que se acurrucase bajo el ala negra de su unicornio.

Un incómodo sentimiento de culpa daba vueltas en el estómago de Skandar. Igual que le había pasado con su cuarteto, empezaba a sentir que los grinos eran como su familia, pero no podían sustituir a su padre, no podían sustituir a... Kenna. Echaba tanto de menos a su hermana que le dolía. Lo único que quería era que ella tuviera su unicornio y la vida que el destino le había deparado. Que vivieran juntos en la Isla. Seguro que ella también sería peregrina. Pero si su cuarteto no encontraba pronto el báculo de hueso, no habría ninguna Isla a la que Kenna pudiera ir, ni siquiera si al final Skandar resultaba ser zurcidor. ¿Era suficiente la información que les habían dado los trocadores de secretos? Empezó a enumerar las pistas para sus adentros: «báculo», «cruce elemental», «los huesos de la última reina»... hasta que sus párpados empezaron a cerrarse. Los secretos intercambiados se mezclaban ahora en su mente cansada con la

melodía de la canción veraz: una única esperanza... de la tumba... talló... fiel sucesor... báculo...

Hasta que por fin cayó en un sueño intermitente y empezó a soñar.

Llevaba horas corriendo. Le dolían las piernas y tenía un corte ensangrentado en un gemelo. ¿Cómo se lo había hecho? Un momento... Algo extraño pasaba.

Aquéllas no eran sus piernas.

Empezó a entrar en pánico. Se llevó una mano a la cabeza, tenía el pelo demasiado largo. ¡Y aquéllas tampoco eran sus manos! Él no era él. Necesitaba ver. ¿Quién era? Un tirón en el corazón. El vínculo. Pícaro. En su cabeza, en su corazón, seguía siendo Skandar. Pero ¿de quién era aquel cuerpo? ¿De quién eran los zapatos con los que corría? ¿Quién soy?

Y de repente estaba fuera de aquel cuerpo nuevo, flotando, agarrándose a la mano de aquella persona desconocida que era su ancla. No era una desconocida, era su hermana. La felicidad le estalló en el pecho al verla de nuevo después de tanto tiempo. «¡Kenna!», gritó para darle la bienvenida, pero ella no se inmutó, ni siquiera miró hacia él. Parecía muy cansada y asustada, pero en su rostro había otra cosa que Skandar llevaba años sin ver: esperanza.

Corrieron de la mano. Él la observaba como un halcón mientras ella buscaba desesperada algo, a alguien. «¿Dónde estamos?», intentó preguntarle él, pero ella seguía sin oírlo, ni siquiera lo veía. Era un lugar yermo, desolado. Los árboles no tenían color, se pudrían... No parecía Margate ni ningún otro lugar del Continente en el que él hubiera estado. Bajó la vista a las grietas en la llanura cicatrizada por las batallas. ¿Era aquello la Tierra Salvaje? ¿Estaba Kenna... allí?

Un tirón repentino en el vínculo se apoderó de la atención de Skandar. Bajó la vista a su pecho, casi por instinto, y por primera vez en su vida vio su propio vínculo. Blanco. Brillante. Extendiéndose hacia la Tierra Salvaje, iluminándola a lo largo de kilómetros y kilómetros.

«¿Pícaro?», pensó, al tocar el cordón brillante.

Y de repente avanzaba a toda prisa por aquel cordón, con la Tierra Salvaje volviéndose borrosa a cada lado, dejando a Kenna muy atrás.

Algo, un instinto muy arraigado, le ordenó no darse la vuelta. No ahora. No si quería encontrar...

La silueta de la unicornio salvaje se dibujó delante de la luna, con su pelaje tordo. Cuando el alma de Skandar chocó con la de ella en el sueño, supo que ya se habían visto antes. Aquella unicornio lo había seguido y buscado una y otra vez.

«¿Dónde está ella? ¿Dónde está ella? ¿Dónde está ella?» La pregunta no estaba formada exactamente por palabras, sino por el propio sentido de la existencia de la unicornio. Skandar intentó distanciarse del cuerpo de la

criatura, como había hecho con Kenna, pero estaba atrapado.

De repente, estaba hundiéndose en la tristeza de la unicornio salvaje, en su pérdida, en su soledad, en la sensación infinita de echar de menos a alguien. De nacer sola, de esperar como una potra todos aquellos meses en la Tierra Salvaje, de vigilar aquel terreno yermo por si acaso. Por si un día su jinete predestinada aparecía.

Desesperado, Skandar contestó con el pensamiento: «Kenna está en camino. Ya viene...» Pero, cuanto más intentaba separar sus propios pensamientos de los de la unicornio salvaje, más se mezclaban, y ya no recordaba si tenía dos piernas o cuatro patas, si tenía alas o brazos, si estaba perdido o lo habían encontrado... Y había muchísimo dolor. Dolor por todas partes...

—¡Skandar! ¡Despierta! ¿Estás bien?

Alguien estaba zarandeándolo. Skandar abrió los ojos, vio la cara de preocupación de Rickesh y vomitó justo encima de la plataforma. Le dolía muchísimo la cabeza, tenía la sensación de que alguien se la había abierto a jirones.

Pícaro, que estaba sudoroso y echaba espuma por la boca, no dejaba de darle empujoncitos con un lado de la cabeza. Le olisqueó el pelo con su hocico suave y luego le echó una bocanada de humo.

Skandar tosió. Satisfecho, el unicornio negro se levantó y se irguió sobre él en actitud protectora.

—¿Qué ha sido eso? —Patrick parecía preocupado—. Estabas haciendo un montón de ruidos extraños. Como si fueras un... un unicornio salvaje.

—Estabas soñando, diestro en espíritu —dijo Amber con astucia.

Y cuando la niebla empezó a aclararse en la mente de Skandar, se preguntó si su padre alguna vez le habría hablado de los zurcidores.

—¿Estás bien? —preguntó Rickesh de nuevo.

Skandar fue incorporándose poco a poco, desorientado, pero, a la vez, seguro de una cosa: aquello no había sido un sueño normal y corriente. Pícaro y él habían estado dentro juntos, unidos por el vínculo. Los yoes del sueño se habían intercambiado los papeles, tal como Craig el librero le había descrito. Y Skandar estaba bastante seguro de que, por lo general, tus sueños tampoco intentaban matarte. ¿Podía aquello significar que, después de todo, fuera zurcidor? Sintió una bocanada de esperanza, una esperanza real. Si aquello había sido un sueño de zurcidor, entonces la unicornio torda había estado predestinada a su hermana.

Cuando los grinos se dispersaron con las luces del alba, Skandar trató de deshacerse de la sensación de que Kenna estaba realmente en la Isla. Era obvio que no lo estaba, ¿no? El sueño no había hecho más

que mostrarle lo que el destino debería haberle dado a su hermana: la deslumbrante posibilidad de que ella y su unicornio estuvieran por fin juntas.

Aunque si Skandar era zurcidor, podía hacer que ese sueño fuera algo más que una posibilidad.

Podía hacerlo realidad.

KENNA

El ojo de la tormenta

Los rayos tienen olor. Kenna no se había dado cuenta de aquello antes de la tormenta que acabaría con todas las tormentas. Cuando se desató, estaba releyendo la carta de Erika Everhart, la carta que finalmente le contaba la verdad. Intentaba no preocuparse por el hecho de que el tiempo que quedaba antes del solsticio de verano estuviera agotándose. Intentaba no pensar en todos los secretos que Skandar le había ocultado y en cómo el último le había roto el corazón. Pero tampoco podía evitar preguntarse cómo reaccionaría él al descubrir que ella estaba en la Isla.

Eso ya no importaba. Él le había mentido en todo. Ella no le debía nada. Aun así, en el pecho sentía un pellizco de nostalgia. Un recuerdo del séptimo cumpleaños de Skandar cruzó su mente. Vio a su hermano, con los ojos como platos y la boca abierta, abrazándola una y otra vez porque Kenna había conseguido hacerle un pastel con forma de unicornio. Ella había tardado semanas en ahorrar el dinero para comprar el molde y había pasado días horneando a escondidas, de madrugada, para perfeccionar las alas. En cuanto él había soplado las velas, su padre le había cortado torpemente a su hijo el primer pedazo. Kenna recordaba a Skandar intentando secarse las lágrimas, que caían a raudales por sus mejillas. No quería que nadie cortara la tarta. Quería que el unicornio durara para siempre...

¡CRAC!

Al principio Kenna no fue capaz de entender por qué olía a quemado, a cloro y a aire fresco. Levantó la vista y vio una tajada de cielo nocturno a través del tejado de la torre. Luego el techo empezó a dividirse y a abrirse hasta que las estrellas llenaron su campo visual. La torre entera chirrío y crujió, y Kenna bajó la mirada al suelo de su prisión, a una grieta que lo recorría justo por el centro.

El terror y la conmoción se dieron la mano cuando las líneas

zigzagueantes del tejado y el suelo se hicieron más y más anchas, y la torre emitió un nuevo crujido. La cabeza empezó a darle vueltas cuando una mitad de la habitación empezó a desgajarse de la otra. A través del abismo que se abrió a sus pies, localizó la escalera en espiral de la torre, y en ese mismo instante también entrevió la libertad. En medio del ruido de la torre que se desmoronaba, con trozos de metal que despedían chispas y chirriaban y escombros que caían del techo, entendió lo que debía hacer: no esperaría hasta el solsticio de verano para que la rescataran. No le gustaba depender de los demás, así que sería ella misma quien se rescatara.

Se metió *El Libro del Espíritu* debajo del brazo, se sentó al borde del agujero y bajó de un salto hasta la tambaleante escalera. Se cortó un gemelo con un trozo afilado de metal, pero apretó los dientes para soportar el dolor. Justo cuando aterrizó, un rayo hizo blanco en el suelo de piedra de su celda, en el lugar exacto donde ella estaba un segundo antes.

La torre empezó a partirse en dos... El ruido era casi insoportable, y la escalera se zarandeó y pareció enroscarse sobre sí misma. Kenna se concentró en sus pies, intentando no prestar atención a los gritos lejanos ni a la carnicería que se estaba produciendo a su alrededor. No estaba dispuesta a morir. No antes de tener un unicornio. No cuando estaba tan cerca...

Y entonces apareció en medio de un nuevo caos: de guardianes de máscaras plateadas que señalaban hacia la torre, de unicornios que chillaban, de jinetes que gritaban, pero Kenna siguió corriendo hasta toparse con un muro hecho de escudos. O al menos eso es lo que debía de haber sido antes, un muro, porque muchos de los escudos estaban doblados o sencillamente ya no estaban, no habían soportado el gran poder destructor de la tormenta.

Kenna se coló por uno de los enormes agujeros, sin vacilar y sin que nadie la viera, y escapó de las garras de Dorian Manning mucho antes de lo que habría cabido esperar.

Al principio fue maravilloso estar fuera después de haber pasado tanto tiempo encerrada en la torre. Echó a correr, tratando de alejarse del Bastión todo lo posible, pero la noche estaba cayendo y poco después se vio rodeada de oscuridad. Kenna tenía hambre, frío y miedo, y estaba totalmente perdida. Apenas se veía las manos si se las ponía delante, y el terreno era irregular bajo sus zapatillas de lona negra del colegio. ¿Quizá tendría que haberse quedado esperando en el Bastión, tal como le habían ordenado? ¿Quizá lo había echado todo a perder?

Un chillido que perforaba los tímpanos apareció de la nada, y

Kenna se tiró al suelo por puro instinto. Unicornios salvajes. El pequeño corte del gemelo de repente le pareció terriblemente importante. ¿Acaso podían oler su sangre? Se echó a temblar al oír el estruendo de los cascos que se dirigían hacia ella. Se tapó los oídos y se preparó para el impacto.

Pero el impacto nunca llegó. En vez de eso, oyó un fuerte resoplido sobre su cabeza. Luego, un chillido estridente. Kenna abrió un ojo y, a la luz de la luna, vio un unicornio tordo que brillaba por encima de ella, con su cuerno transparente cubriendo el cielo como si se le hubiera enganchado a una estrella. Ahogó un grito cuando el unicornio salvaje le dio un empujoncito en el hombro con el hocico. El olor a carne podrida era casi insoportable... pero entonces el unicornio agitó las alas y echó a trotar delante de ella, y al ver que Kenna no lo seguía, miró hacia atrás.

Estaba muy confundida. ¿Por qué no se la comía? ¿No se suponía que los unicornios salvajes eran letales?

—¿Estás intentando decirme que te siga? —susurró Kenna, y el unicornio chilló, encabritándose ante la luna.

Así que la desilusionada chica del Continente siguió al solitario unicornio de la Tierra Salvaje. Caminaron y caminaron hasta llegar a una pequeña colina árida, con árboles esqueléticos posados sobre su cima. De las ramas huesudas colgaban luces, y se oían voces que hablaban susurrando.

Kenna se volvió hacia el unicornio, asombrada.

—¡Me has traído hasta otras personas! Sabías que estaba en apuros y...

La joven se detuvo de pronto. ¿Podía ser aquél su unicornio predestinado? Tendió la mano para tocar el cuello moteado del unicornio, sin importarle sus heridas ensangrentadas ni su piel llena de costras. Después de todos aquellos meses de búsqueda, lo que Dorian realmente tendría que haber hecho era pedir su colaboración...

Sin embargo, antes de que sus dedos entraran en contacto con el pelaje apelmazado del unicornio salvaje, otro unicornio apareció entre los árboles, con la silueta de un jinete sobre su lomo. Ese unicornio también era salvaje, su cuerno era fantasmagórico a la luz de la luna. Cuando la luz iluminó su figura, Kenna vio que el jinete iba envuelto en un manto negro y llevaba una franja blanca pintada desde lo alto de la cabeza hasta la punta de la barbilla. El rostro del jinete se crispó de rabia al ver al unicornio tordo y, con la palma refulgiendo de blanco, dejó que una bola de pura energía se estrellara contra su costado putrefacto.

—¡No! —gritó Kenna—. ¡No lo entiendes, creo que es mi unicornio

predes...!

—Ese unicornio no tiene nada que ver contigo —gruñó el jinete, lanzando otra bola de luz.

Antes de que Kenna pudiera decir nada más, antes de que pudiera gritar que ese unicornio salvaje la había encontrado, que la había salvado, la criatura lanzó un grito estridente, extendió sus maltrechas alas grises y huyó al galope hacia la oscuridad. Kenna se derrumbó y cayó de rodillas, con las lágrimas rodándole ya por las mejillas y la boca abierta en un grito mudo de añoranza por aquella criatura que acababa de conocer, pero que sentía que conocía desde siempre.

Entonces una palabra lo cambió todo.

—Hija.

La jinete desmontó del unicornio salvaje.

—Llegas pronto.

La madre de Kenna la levantó del suelo y la abrazó con fuerza, y ya nada más pareció importar.

15

El torneo

A Mitchell, a Bobby y a Flo, el sueño de zurcidor de Skandar les había horrorizado y fascinado a la vez. Skandar le había quitado hierro al dolor y a lo que podría haber ocurrido si Rickesh no hubiera estado allí para despertarlo. Prefirió concentrarse en la parte de la unicornio torda. Llegaron a la conclusión de que era imposible que Kenna estuviera en la Isla, pero que tenía que hablar con ella después del torneo de justas, dentro de un par de meses, y ser totalmente franco con su hermana. Luego todos juntos podrían buscar a la unicornio salvaje, si es que seguía existiendo una Isla para aquel entonces.

Los meses siguientes fueron extenuantes para el cuarteto. De día practicaban para la justa de los pichones, y hacían todo lo que estaba en sus manos para trabajar las armas más efectivas, mejorar su velocidad de reacción y asegurarse de que sus unicornios estaban en la mejor forma física posible. Para Flo, el derrumbamiento de la Lanza significaba que las reuniones del Círculo quedaban canceladas hasta próximo aviso y, sin la ayuda de los demás plateados, tenía que esforzarse mucho más para controlar el poder de Puñal. En marzo, el cuarteto ni siquiera asistió a las Eliminatorias de la Copa del Caos, y Skandar estaba tan concentrado en su entrenamiento que olvidó por completo que cumplía quince años; hasta que, dos semanas más tarde, apareció la tarjeta de felicitación de su padre.

Pero el entrenamiento no era lo único que le preocupaba. Aunque los asesinatos de unicornios salvajes habían cesado, la destrucción elemental proseguía día y noche. Por las tardes, podía verse al cuarteto delante de la pizarra de Mitchell, o detrás de grandes pilas de libros en las cuatro bibliotecas elementales del Nidal, en busca de pistas sobre el lugar donde estaba enterrado el primer jinete. Skandar trataba de concentrarse en aquellos volúmenes polvorientos, pero su

mente se perdía a menudo en divagaciones. No paraba de dibujar a su padre y a Kenna en el primer papel que encontraba, y se imaginaba una y otra vez dándole a su hermana la noticia de su verdadero destino... y explicándole que Erika Everhart estaba viva.

No volvió a intentar lo de los sueños de zurcidor. No quería arriesgarse sin entrenarse más, no cuando Kenna estaba a punto de viajar a la Isla. Ya sabía qué unicornio tendría que buscar cuando ella llegara.

Sin embargo, antes de la Fiesta del Aire, en mayo, y pese a sus denodados esfuerzos, el cuarteto no había avanzado casi nada en la búsqueda de la tumba del primer jinete. Y por si aquello no fuera ya de por sí lo suficientemente estresante, Skandar y Agatha llevaban semanas discutiendo sobre el mismo tema. Esa discrepancia era en parte el motivo por el que él no le había hablado del sueño de zurcidor. Eso y también el hecho de que temía que ella se enfadara tanto que no quisiera ayudarlo a vincular a Kenna con su unicornio hembra después del torneo. También le daba miedo que la monitora se obsesionara con una cuestión de difícil arreglo porque, aunque el proceso de zurcido funcionara, Kenna sería una diestra en espíritu ilegal. Si tenía que ser del todo franco consigo mismo, Skandar pensaba que Agatha quizá lo obligara a esperar antes de unir a su hermana con su unicornio; y él no quería que eso ocurriera.

—Skandar, lo digo muy en serio. Si no usas el elemento espíritu, existe un enorme riesgo de que no superes el torneo —lo advirtió su tía mientras regresaba con paso firme después de colocar una diana al otro lado del campo.

—Y yo estoy diciéndote que corro más riesgo si uso el elemento espíritu. ¿Y si acabo poseído y mato a un unicornio? ¿O ya te has olvidado de que es el elemento muerte? Me encerrarán para siempre. No merece la pena, ¡tampoco voy tan mal en la clasificación!

Skandar conjuró un arco de espíritu, intentando palparlo donde se suponía que debía de estar y confiando en que existiera, aunque su resplandor brillante proviniese de un plano totalmente distinto.

—Pero ¿cómo de exactos son los cálculos del chico de Henderson? ¿Está teniendo en cuenta los nervios? ¿La distracción por el gentío? ¿Y si te toca pelear todo el tiempo contra los jinetes más fuertes? No llevo todos estos meses entrenándote sólo por pasar el rato, ¿sabes?

Con sumo cuidado, Skandar buscó a tientas la cuerda del arco con tres dedos, modelando y sacando de la nada una espectral flecha blanca con la otra mano.

—No lo sé, ¿vale? Pero de lo que sí estoy seguro es de que, si le doy a Dorian Manning la menor excusa, hará que me expulsen del

Nidal. Ya oíste lo que dijo la comodoro Kazama.

—Ella también se enfrentó a Manning. Está de tu parte.

Skandar frunció el ceño.

—Dijo que era mi última oportunidad. Y Dorian me odia. No sé por qué, pero es algo personal; Nina dijo algo de que tenía el juicio obnubilado... ¿Quién era esa mujer de la que habló...? Una tal Rebecca...

De pronto, Agatha pareció angustiada. Le dio la espalda para contestarle, con la voz entrecortada.

—Rebecca era una diestra en fuego. También era la mujer de Dorian.

—¿Era?

—Su unicornio, Nube Centelleante, fue uno de los Veinticuatro Caídos, y Rebecca... No llevó bien la pérdida. No comía, no dormía. Murió en menos de un año... —El manto blanco de la monitora de espíritu se agitó con el viento.

A Skandar se le revolvió el estómago. Su madre era la culpable de la muerte de Nube Centelleante... Y de la de Rebecca. No era de extrañar que Dorian odiara a los diestros en espíritu.

Agatha se dio la vuelta para mirarlo de frente; saltaba a la vista que estaba de nuevo en su papel de monitora.

—¡Dispara la flecha!

Skandar lanzó la flecha de espíritu y dio en el blanco, a cincuenta metros de distancia.

Agatha se frotó las mejillas mutadas compulsivamente, una costumbre que Skandar había notado en su tía cuando estaba particularmente descontenta con él.

—¿Lo ves? —gritó, señalando el blanco—. En realidad, se te dan muy bien las armas de espíritu. Tienes un talento natural, no como para muchas otras cosas. Como con el instinto de supervivencia, por ejemplo.

Skandar puso los ojos en blanco, un gesto que se le había pegado de Bobby.

—Es que hasta has perfeccionado el ilusionismo con algunas de las formas de armas más básicas. Podrías incluso ganar el torneo si quisieras usar...

—No necesito ganar el torneo —replicó Skandar con sensatez—. Sólo tengo que acabar por encima de los seis últimos. Ya está.

Agatha acarició la mancha de Pícaro como para calmarse.

—A ver, entiendo lo que dices, por supuesto, pero necesito que me prometas una cosa. Si te enfrentas a alguien muy muy bueno en la ronda eliminatoria, alguien que sabes que va a ganarte, usa el

elemento espíritu, por favor.

Skandar tragó saliva.

—No pueden echarte simplemente por usarlo —añadió ella—. No es eso lo que acordaste con McGrath el año pasado. ¿Es o no es cierto?

El joven jinete se encogió de hombros.

—¿Es o no es cierto? —insistió Agatha con más contundencia—. Además, si quedas último, ¡de todas formas te acabarán echando del Nidal!

Skandar por fin dio su brazo a torcer.

—Vale. Lo prometo. Si sé que voy a perder, lo usaré. —Hizo una pausa, y luego decidió formular la pregunta que no conseguía quitarse de la cabeza desde la Fiesta del Agua—. ¿Agatha?

—Dirás «monitora Everhart», ¿no?

—Sí, eso, perdón. Si la Isla se vuelve inhabitable después del solsticio de verano, ¿qué crees que hará la Tejedora?

Ella se quedó petrificada, y él se dio cuenta de que era la primera vez que su tía se planteaba aquello.

—Es sólo porque me preocupa el Continente —añadió él enseguida. Aunque aquello no fuera estrictamente cierto.

Agatha tenía la mirada perdida.

—Está claro que Erika sobrevivirá al caos, puede que incluso le saque provecho. Haría falta algo más que la destrucción de la Isla para ganarle la batalla.

Skandar no estaba del todo seguro de cuál era la emoción que predominaba en la voz de Agatha, aunque se parecía muchísimo al... orgullo.

• • •

Esa misma tarde, al regresar a la casa del árbol, Skandar se encontró a Jamie y a Mitchell leyendo juntos un libro sobre canciones veraces. Estaba claro que el diestro en fuego había cambiado mucho de opinión al respecto. Skandar pensó que a Jamie su compañero de cuarteto tenía que caerle muy bien para aguantar todos aquellos discursos sobre los bardos; se preguntaba si tal vez debería intentar recordarle a Mitchell con delicadeza que el herrero llevaba toda la vida tratando de evitar la profesión de sus padres, a pesar de que ahora todo el mundo hablaba de canciones veraces. La noticia de que la Isla no se curaría sin el legendario don del primer jinete parecía haber hecho mella en el Nidal, y todas las conversaciones que llegaban a oídos de Skandar, en los puentes colgantes, en el Comedero o en los establos, eran sobre dónde podría haberlo escondido el primer jinete. Menos mal, porque aquello parecía haber desviado un poco la atención que recibía él.

Se acomodó en el puf pera de color azul.

—¿Ha habido suerte?

Jamie suspiró.

—Nada. Un amigo de mi madre, uno de los bardos más ancianos, cantó anoche su canción veraz, y todo el mundo estaba emocionadísimo porque pensaban que podría contener más información sobre cómo salvar la Isla.

—¿Y?

—Si te soy sincero, no entendimos nada. —Jamie se encogió de hombros—. Iba de lanzas destrozadas y lazos familiares... ¿o era de lazos destrozados y danzas familiares?

—Si era de lanzas destrozadas, podría referirse a lo que le pasó en el Bastión de Plata —reflexionó Mitchell, sin despegar la nariz de su ejemplar de *La tragedia en las canciones veraces*.

—Te lo digo de verdad, era demasiado críptico para que pudiera servir de algo —repuso el herrero, alejándose un poco de Mitchell en el puf pera en el que estaba sentado para mirar a Skandar.

—¿Cómo va aguantando tu armadura? Quiero fabricarle a Pícaro un peto nuevo antes del torneo. Sé que sólo faltan unas cuantas semanas, pero he estado experimentando con una técnica nueva para que las esquinas sean menos frágiles... —Y Jamie siguió hablando y hablando sin parar; su pasión por su oficio brillaba tanto como la armadura de Puñal. Hasta Mitchell levantó la vista del libro que estaba leyendo para escucharlo, algo prácticamente inaudito.

Más tarde, Skandar decidió bajar al árbol postal para meter otra carta en la cápsula y enviársela a su padre. Ya llevaba tres desde su sueño de zurcidor, y lo único que había recibido como toda respuesta había sido la tarjeta de cumpleaños que llegó con retraso. Se moría de ganas de saber con seguridad si su padre y Kenna irían para el torneo de justas. Le daba miedo cómo reaccionarían cuando él se lo contara todo, sin omitir nada, ni siquiera lo de la Tejedora, pero sabía que era lo que debía hacer.

La zona de los árboles postales estaba a oscuras, así que Skandar tuvo que desenganchar un farolillo para localizar su cápsula. Desenroscó la tapa y fue a meter dentro su última carta, pero se encontró con que no había sitio. Confundido, sacudió la cápsula y de ella cayó un puñado de cartas. Les echó una ojeada a oscuras y se dio cuenta de que eran sus cartas. ¡Las que le había enviado a su padre! Con razón no había recibido ninguna respuesta. Al mirar los sobres más de cerca, vio que todas llevaban un sello rojo encima de la dirección, en el que se leía:

RECHAZADA POR LA OFICINA DE ENLACE CON LOS JINETES: DEVOLVER AL REMITENTE

Las cartas ni siquiera habían salido de la Isla.

Casi sin que se dieran cuenta, llegó el día de las justas entre pichones. Las semanas anteriores al torneo habían sido un torrente de emociones para Bobby, y de nervios para el resto. No había ayudado mucho que, a Charlie, con quien Bobby se había juntado a principios de curso, lo declararan nómada un par de días antes del torneo. Llevaba meses de malos resultados en las justas y estaba claro que los monitores no creían que mereciera la pena que compitiera. El año anterior, Skandar no había ido a ver a Albert cuando lo declararon nómada —había sido incapaz de soportarlo—, pero esta vez había bajado junto a los demás pichones al Árbol Nómada para despedirse de Charlie y de Magma Remoto y ver cómo rompían en pedazos su insignia de tierra. Un trozo lo clavaron en la corteza, y el resto se lo dieron a Mariam y Ajay, que eran los únicos dos miembros del cuarteto que quedaban.

Dos días después, Suerte del Pícaro se unió a otros treinta y cinco unicornios acorazados en el Complejo del Caos, un recinto escondido detrás del estadio principal de Cuatropuntos. Los jinetes daban vueltas con sus unicornios en pequeños círculos, las armaduras centelleaban bajo el sol de mayo, y los elementos chispeaban sobre sus costados, crines y colas. Durante las próximas horas, aquella sería la base de los pichones. El lugar donde, nerviosos, esperarían a su siguiente justa. Pese a la distancia, Skandar oía cómo el estadio empezaba a llenarse de espectadores, sus pasos resonaban en las gradas mientras buscaban su asiento.

Se imaginó a su padre y a Kenna buscando su sitio. La Oficina de Enlace con los Jinetes todavía no había respondido a sus preguntas respecto a las cartas que habían sido devueltas, pero sí que le habían confirmado que la familia Smith de Margate había recibido una invitación oficial para asistir a la justa de los pichones. Al enterarse de aquello, Skandar se había relajado un poco. ¿Qué importaban las cartas ahora que había llegado el día en que de verdad podría hablar en persona con su padre y su hermana? Los nervios se le crispaban con cada bocanada de aire que daba. Y no sólo por el torneo. Por fin iba a contarle la verdad a su familia.

Jamie llegó con algunos de los herreros de más edad y se puso a comprobar la armadura de Pícaro. Parecía igual de preocupado que

Skandar. Si declaraban nómada a su jinete, Jamie se quedaría sin trabajo.

Los guarnicioneros también pululaban alrededor de sus jinetes, aunque el padre de Flo ya había comprobado la montura de Pícaro en el Nidal. Olu había intentado tranquilizar a Skandar diciéndole que todos los miembros de Guarniciones Shekoni estarían animándolo desde las gradas. Pero eso no había servido de mucho.

—Madre mía, hay centinelas por todas partes... —murmuró Flo. Su armadura y la de Puñal brillaban hasta tal punto que era muy difícil mirarlos directamente.

Roja también se acercó a ellos, aunque Mitchell no levantó la vista mientras hablaba. Estaba repasando su cuaderno.

—Nina debe de estar preocupada por la inminente llegada del solsticio. Incluso ha prohibido que vengan los continentales... Yo creo que es una medida bastante drástica.

—¿QUÉ? —Skandar se lo quedó mirando—. ¿Cómo que los continentales no vienen?

Finalmente, Mitchell levantó la vista, muy avergonzado.

—¡Fuego infernal! ¡Creía que lo sabías! —exclamó.

Flo cerró los ojos un instante y respiró hondo.

—Skar, anoche se derrumbaron dos de los Acantilados Espejo. Según mi padre, este año, por razones de seguridad, Nina ya se planteaba prohibir las visitas de las familias continentales, y esto ha acabado de convencerla.

—Pero... no puede. Tengo que ver a mis... No es... —Skandar se mordió el labio, pero una lágrima caliente se le escapó mejilla abajo. Necesitaba a Kenna en la Isla. Era zurcidor, pero no podía hacer nada si ella no estaba allí. Su decepción era tan grande que apenas lograba permanecer erguido en la montura.

—Estoy segura de que Nina organizará otra visita, Skar. —La voz de Flo estaba llena de desasosiego.

Mitchell asintió.

—Sí, yo también lo creo.

«Siempre y cuando siga habiendo una Isla que visitar», pensó Skandar sin poder evitarlo.

Se produjo un aluvión de idas y venidas en torno a un tablón de avisos que habían clavado en un poste de madera. Skandar vio a Bobby y a Halcón abrirse paso a empujones hacia él.

—¡Ya han publicado las fases por grupos! —Jamie se alejó a toda velocidad, dando codazos entre la afluencia de jinetes, para intentar ver contra quién le había tocado a Skandar en esa fase.

La clasificación en la primera ronda determinaría contra quiénes

lucharían en las eliminatorias siguientes. Los jinetes de los mejores puestos justarían con los de los peores puestos. Era la manera más justa de hacerlo, de esa forma los jinetes buenos no tenían que enfrentarse entre ellos y no resultarían eliminados prematuramente.

Jamie volvió corriendo hasta Pícaro con el ceño fruncido.

—No voy a mentirte, Skandar... Es un grupo difícil. Están Amber y Ladrona Torbellino, Farooq y Tomillo Tóxico y también Niamh y Nadanieves.

La multitud empezó a aplaudir. Skandar supuso que los cuatro árbitros habrían ocupado su lugar junto a las pistas de justas. El resto del cuarteto se movió hacia la salida del complejo. Pícaro les chilló, pero Jamie lo retuvo.

—Tienes que usar el elemento espíritu.

—¡Jamie! ¿Tú también? Sabes que es demasiado peligroso.

El herrero negó con la cabeza.

—Es lo que eres, Skandar. Es lo que es Pícaro. El Círculo de Plata está controlándote con el miedo, pero tienes que hacerles frente. Tienes que ser valiente.

—No puedo perderlo... —Skandar enroscó las manos en las crines de Pícaro, como si eso fuera a mantenerlos juntos—. Preferiría que me declararan nómada antes que perderlo.

—Tampoco puedes convertirte en nómada, Skandar —repuso Jamie muy serio—. Tienes que quedarte en el Nidal... para entrenarte, para aprender.

—¿Para qué? —replicó Skandar, sin poder creer lo que le estaba diciendo su amigo—. ¿Para poder ganar la Copa del Caos?

—¿A quién le importa eso? —objetó Jamie con frustración—. Se trata de reintroducir a los diestros en espíritu en el Criadero, ¿no? Se trata de arreglar esta Isla... y no me refiero al báculo de hueso. Me refiero a que está podrida hasta la médula. Me refiero a generaciones y generaciones de unicornios que nacen salvajes por culpa de los prejuicios contra los diestros en espíritu. Detener eso... depende de ti, Skandar. Lo siento, pero es lo que hay.

—Pero... yo... yo... —tartamudeó el jinete. Era la primera vez que veía a Jamie hablar así.

—Sé valiente por los diestros en espíritu perdidos, Skandar. Por tu hermana, por todos los continentales y los isleños que se han quedado fuera desde entonces. Eres el único que está luchando por ellos, y si permites que Dorian Manning se salga con la suya, si permites que el Círculo de Plata te asuste y te someta...

—¡Última llamada para el grupo tres! —La voz de la monitora O'Sullivan retumbó por encima de la megafonía.

Skandar recogió sus riendas.

—Tengo que salir.

—¡Haz lo que tienes que hacer! —gritó Jamie a sus espaldas.

Pero Skandar ya no estaba seguro de en qué consistía eso.

Treinta minutos más tarde, las cosas no iban tan bien como el joven jinete había esperado. Los seguidores de Skandar de Guarniciones Shekoni se habían estremecido cuando Amber lo había derribado limpiamente de la montura con una aterradora maza electrificada; Mariam y Antigua Luz Estelar habían arrasado con él cuando el sable de fuego de Skandar había perdido por completo su forma y había empezado a echar llamas por los lados, para luego extinguirse, y sus amigos de la Sociedad Peregrina se habían tapado los ojos cuando Marissa y Ninfa Demoníaca lo habían tirado volando de Pícaro con una enorme lanza helada, y eso había sido sólo en tres justas. En total, había perdido ocho seguidas. Ocho de ocho. Eran sus peores resultados hasta la fecha. No sabía si era por la multitud que llenaba el estadio, por los centinelas que patrullaban por todas partes o por lo disgustado que estaba porque Kenna y su padre no estuvieran allí, pero la cuestión es que había acabado último de su grupo. Gracias a su montura Shekoni no se había caído de Pícaro todas las veces, pero su actuación seguía siendo con diferencia la peor de todos los pichones. Al marcharse del estadio, Skandar entrevió fugazmente en las gradas a Agatha, con la cabeza entre las manos.

Antes de que empezaran las verdaderas rondas de las eliminatorias, los dos jinetes en los puestos más bajos tenían que enfrentarse en una justa para clasificarse como uno de los treinta y dos jinetes definitivos. Skandar tuvo la suerte de ganarle por los pelos a Mateo, pero sólo porque Diamante del Infierno se encabritó y lanzó despedido a su jinete en cuanto sonó el primer silbato. Aun así, seguía teniendo tan pocos puntos que, si perdía el siguiente enfrentamiento con uno de los jinetes mejor clasificados, lo eliminarían del torneo y lo declararían nómada. Ni siquiera estaba seguro de que el elemento espíritu pudiera salvarlo.

Skandar, Mitchell y Flo estaban esperando para saber quién sería su contrincante en la primera ronda completa de las eliminatorias cuando una voz chasqueó como un látigo entre el barullo del Complejo del Caos.

—¡No permitiré que mi hijo caiga en la deshonra por juntarse con un diestro en espíritu!

Antes de que Skandar supiera qué ocurría, Ira Henderson apareció junto al cuerno de la cabeza de Roja y le arrebató las riendas a

Mitchell. El mechón de agua que fluía de su trenza emitió un destello azul cuando, de un tirón, intentó apartar a Roja de Pícaro.

—¡Hey! —gritó Skandar.

Al mismo tiempo que Flo chillaba:

—¡Señor Henderson!

Pero Mitchell desmontó de inmediato y recuperó a Roja, quitándosela a su padre.

—No vuelvas a tocarla —a Mitchell le temblaba la voz, pero sus palabras fueron firmes y claras—. Y da la casualidad de que ese diestro en espíritu es mi mejor amigo.

—Vengo hasta aquí para felicitarte por tus resultados en la primera ronda... ¿y tú me defraudas de esta manera? No eres el hijo que pensaba que eras —replicó Ira, con una serenidad impasible—. Jamás llegarás a comodoro.

Pero, por una vez, Mitchell no se amilanó.

—Tienes razón. No lo soy. No soy el hijo que creías tener, ni el que deseas con todas tus fuerzas que sea. Soy alguien totalmente distinto. Alguien que no quiere dedicar toda su vida a llegar a ser comodoro. Alguien que empieza a darse cuenta de que le gustan las formas de magia más bellas y menos predecibles. No sólo las que sirven para luchar.

—Si te refieres a las canciones veraces... —empezó a decir Ira.

Pero Mitchell lo cortó.

—Si en algún momento dejaras de decirme quién soy o qué debería hacer, a lo mejor descubrirías que en realidad soy capaz de brillar por mí mismo. Los dos lo somos... —Posó la mirada en Roja—. Y lo que llevo haciendo todo este año con el diestro en espíritu es intentar encontrar la forma de salvar esta maravillosa Isla de la que un día quieres que sea comodoro. Así que quizá... —la voz de Mitchell subió de tono—, quizá el verdadero problema en todo esto seas tú.

Ira no respondió, pero, justo cuando daba media vuelta para marcharse a grandes zancadas, Roja soltó un pedo, el más largo y ruidoso que Skandar había oído jamás, encendió un casco, miró a Ira a los ojos y lanzó una coz. El pedo empezó a arder, más grande y más intenso que nunca.

Flo y Skandar lo vitorearon a voz en grito. Ira Henderson apenas pudo contener una arcada, los miró hecho una furia y luego, con paso airado, abandonó el recinto a grandes zancadas. Mitchell tembló como una hoja mientras veía cómo se alejaba.

—Guau, ha sido increíble —musitó Flo—. Creo que Bobby diría...

—¡Qué máquina! —exclamaron al unísono ella y Skandar.

Mitchell sonrió débilmente. Roja relinchó y luego, a modo de

celebración, eructó con ceniza para que le lloviera por encima. En respuesta, Pícaro relinchó con alegría.

—¡Ya están los resultados! ¡Ya están los resultados! —gritó alguien, interrumpiendo el momento.

Skandar no tuvo el valor de bajar de un salto de Pícaro para ir a ver el tablón, como hicieron todos los demás. Prefirió que Mitchell le diera la noticia.

—Skandar. —Tenía los ojos abiertos como platos—. Te ha tocado con...

—Conmigo —intervino Bobby, que llegaba a lomos de Halcón. Todavía llevaba el casco puesto, por lo que Skandar no pudo ver la expresión de su rostro.

—Tienes que dejarte ganar por Skandar —dijo Mitchell.

—¡Mitchell, no puedes pedirle que haga eso! No es justo —repuso Flo.

—Sí que puedo. He mirado las puntuaciones. Si Skandar pierde, está fuera del Nidal, pero Bobby sólo ha perdido una justa en la fase de grupos. Aunque ahora la eliminaran del torneo, está tan arriba en la clasificación que es imposible que la declaren nómada. Sólo lo hacen con seis personas, ¿recuerdas? Y ya han echado a cuatro, por lo que sólo declararán nómadas a los dos últimos si los eliminan en esta ronda. Roberta, tienes que...

—Mitchell, para ya. Dejadme todos en paz, ¿vale? Tengo que concentrarme. Debería haber arrasado por completo en mi grupo... —dijo Bobby con voz entrecortada, y Skandar se preguntó si se había dejado el casco puesto adrede porque no quería que le vieran la cara.

—Bobby, ¿estás...? —Skandar intentó tenderle la mano, pero Halcón se apartó a un lado y lo único que logró fue rozar la cota de malla.

Flo, Mitchell y Skandar vieron a Bobby cabalgar hacia la otra punta del recinto. Roja dejó escapar un pedo casi sin ganas, aunque se dio cuenta de la repentina seriedad de la situación y decidió no hacerlo arder. Jamie acarició el hocico de la unicornio roja y le lanzó a Skandar una mirada cargada de intención.

—El elemento espíritu —dijo entre dientes.

Y a Skandar se le revolvió el estómago.

Bobby y Skandar fueron los primeros en combatir. El ruido de la multitud, que abucheaba y murmuraba, se volvió abrumador cuando Pícaro se abrió paso hacia la luz del día, con su mancha de diestro en espíritu refulgiéndole en la frente.

En el extremo opuesto de la hilera de estacas, Ira del Halcón se encabritaba y sus alas gris pizarra titilaban por la electricidad.

Skandar se fijó en el impecable aspecto de la unicornio, sin un pelo ni una pluma fuera de su sitio. Halcón estaba en el apogeo de su belleza. Y eso significaba que Bobby y ella estaban en su mejor momento. Las palabras de Flo resonaron en su mente: «si te guardas todo lo de tu madre en la cabeza, en el corazón, no podrás confiar en nadie nunca más». Después de todo lo que había ocurrido este año, ¿podía Skandar confiar de verdad en que la jinete perdería adrede? Bobby había nacido para ganar. Eso iba en contra de su propia naturaleza.

Skandar aguardó al silbato de la monitora Saylor. Pícaro piafaba en la arena con un casco, impaciente por salir al galope.

Primer silbato.

«Sé valiente por los diestros en espíritu perdidos...»

Pícaro estalló hacia delante, sus músculos negros se tensaron, sus patas eran tan potentes que casi daban la impresión de que volaran. Hasta aquel momento toda la vida del unicornio negro había sido una batalla, y no estaba dispuesto a renunciar ahora.

Segundo silbato.

Skandar tampoco iba a renunciar. No iba a renunciar a encontrar el báculo de hueso, no iba a renunciar a los diestros en espíritu perdidos, no iba a renunciar a Kenna, jamás iba a renunciar a aquella Isla.

Planeó su jugada en una décima de segundo. Un arco blanco y brillante se formó en su mano derecha y la magia de espíritu titiló a su alrededor. Lo levantó, modelando tres flechas de espíritu a la vez. Enganchó la primera en el arco, soltando las riendas de Pícaro, confiando en que su montura Shekoni lo sujetase, e hizo caso omiso del griterío que estalló en las gradas cuando, por primera vez en casi dos décadas, la muchedumbre vio al quinto elemento en una justa.

La única señal de sorpresa por parte de Bobby fue que apretó un poquito más el sable sibilante que empuñaba.

Con su primera flecha, Skandar apuntó directamente al peto de la armadura de su amiga. Con la segunda, al hombro derecho. Y con la tercera, de nuevo al hombro...

Y cuando la unicornio gris y el negro avanzaron con estruendo el uno hacia el otro, Skandar remató su ataque con un arma secreta. Se concentró con todas sus fuerzas en la tercera flecha y se dijo a sí mismo que en realidad no estaba allí. No iba dirigida al hombro de Bobby; iba dirigida a su pecho. Y en el momento en que ella tomó impulso con el sable para atacar, el diestro en espíritu rezó para que la ilusión surtiera efecto.

Bobby desvió la primera flecha fácilmente con el escudo y lanzó volando la segunda con la empuñadura del sable. Pero la tercera... ¡sí!

La jinete intentó proteger su hombro ahuyentando la flecha con un codazo acorazado, pero el golpe se topó con que no había más que aire. Halcón se tambaleó... porque la tercera y última flecha hizo blanco justo en el pecho, y la fuerza de la sacudida había desestabilizado a su jinete hacia atrás. Al galope, Pícaro pasó junto a Halcón, resoplando y echando chispas, justo cuando el sable de Bobby erraba su blanco por completo.

La monitora Saylor tendió el brazo hacia Skandar y Pícaro.

—Uno a cero.

La multitud dudaba entre los vítores y los abucheos, pero entonces una explosión de silbidos y aplausos estalló en la grada izquierda. Skandar sonrió abiertamente al ver el gran cartel naranja de Guarniciones Shekoni y a toda la familia de Flo animándolo con entusiasmo.

En el otro extremo de la pista de justas, Bobby se había quitado el casco y parecía estar articulando algo con los labios para que él se los leyera. Hizo un gesto de corte delante del cuello, y a Skandar se le pusieron los pelos de punta. Sabía que su amiga era competitiva y entendía por qué no iba a dejarse ganar, pero no tenía por qué ponerse tan agresiva.

El joven jinete obligó a Pícaro a dar una pequeña vuelta al final de la pista, para intentar calmarlo antes de continuar. Las costillas del unicornio se movían deprisa bajo las piernas de la armadura de su jinete, y los vertiginosos arrebatos a lo largo de la pista lo agotaban y lo estimulaban en igual medida.

La monitora Saylor les gritó para que se prepararan. Skandar apuntó con el cuerno negro resplandeciente de Pícaro directamente al cuerno gris de Halcón. El ruido de la multitud se amortiguó dentro de su casco. Sólo estaban Pícaro y él. Respiró hondo varias veces. Inspira. Espira. Inspira. Espira... Iba a llevarse el punto. Iba a ganar. Y lo haría como diestro en espíritu.

Primer silbato. Pícaro avanzó con estruendo.

Segundo silbato. Esta vez Skandar conjuró una espada, un sable creado con magia de espíritu pura. Era impecable, la mejor arma que había modelado en su vida... Y entonces, al ver a Bobby cabalgando hacia él y empuñando su arco de rayos favorito, algo cambió. Todo cambió.

Skandar sintió el deseo de matar a Bobby. Iba a hacerlo en ese momento. Y una vez que la espada la hubiera atravesado, se desangraría en la arena y él estaría allí para verlo. Y lo saborearía... ¡Qué sed tenía! Y la sangre era energía. La sangre era vida. La sangre era todo lo que él quería.

Por un instante, un pequeño y diminuto instante, algo se aclaró en el cerebro de Skandar. Se vio a sí mismo, casi desde arriba. Pícaro se encabritaba en el centro del estadio, de sus cascos negros manaba una luz de un blanco puro. Su sable se había dividido en cien dagas blancas y brillantes que salían despedidas a toda velocidad y en todas las direcciones. Bobby y Halcón habían conjurado un grueso escudo de cristal, y la monitora Saylor corría hacia ellos para intentar refugiarse detrás de él. Pero no fue lo bastante rápida. Una daga de espíritu voló e impactó en la espalda de Saylor, y luego otra, y luego otra.

Y Skandar estaba tan perdido dentro de su ira, dentro de su vehemente deseo de muerte, que dudaba de que algún día volviera a encontrarse de nuevo.

El deseo de matar reinaba en su corazón mientras Suerte del Pícaro galopaba a toda mecha hacia Ira del Halcón.

Skandar recobró el conocimiento entre los sonidos amortiguados de una discusión.

—¡No podéis dejarlo ahí atado, sin más! —Flo.

—Fue culpa mía. ¡Yo lo convencí para que usara el elemento espíritu! —Jamie.

—Es de nuestro cuarteto. Debería estar en nuestra casa del árbol. —Mitchell.

—¡Es peligroso! Es por vuestra propia... —Dorian Manning.

—Estaba poseído. No pretendía que le diera un arrebato de espíritu. Es simplemente lo que ocurre cuando un jinete se ve poseído a través del vínculo. Lleva meses ocurriendo, pero nadie ha querido escucharnos. —Mitchell otra vez.

«¿Un arrebato de espíritu?» Skandar intentó frotarse los ojos, pero tenía una de las muñecas esposadas. Pegó un tirón. Una cadena traqueteó contra la pared de una casa del árbol desconocida.

—El torneo ni siquiera tendría que haberse disputado. —Reconoció la voz de la monitora O'Sullivan al otro lado de la puerta—. Ha sido estúpido por nuestra parte no tomarnos las posesiones más en serio.

—¿Cómo está la monitora Saylor? —preguntó Flo con timidez.

O'Sullivan suspiró.

—Está viva. Pero las heridas son graves.

Skandar se quedó helado. Una imagen volvió a aparecer ante él. Una imagen de dagas de espíritu que volaban hacia la monitora Saylor. Había deseado sangre. Había deseado matar. Matar a Bobby...

Y no había oído la voz de su amiga al otro lado de la puerta. Oh, no... ¿La había...?

—¡Bobby! —chilló—. ¿Bobby está bien? Por favor, decidme sólo

si... ¿Está viva? —Por sus mejillas cayeron varias lágrimas de angustia —. Por favor, ¡alguien! ¡Por favor, que alguien me lo diga! —Tiró de las cadenas para que repiquetearan ruidosamente y le hicieran caso.

—Tranquilo, chico espíritu. —A Skandar casi se le para el corazón. Algo se movió en la oscuridad y luego...

—¡Bobby! Estoy tan... ¿Estás bien?

—Eh, eh, para ya, ¿vale? —siseó Bobby entre dientes—. Llevo horas aquí. Si sigues hablando a grito pelado, me vas a dejar sorda como una tapia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Skandar, olvidándose de las otras mil preguntas que lo acuciaban—. ¡Pensaba que lo último que querrías es estar cerca de mí!

—Skandar... —La voz de Bobby era mucho más suave que de costumbre—. Sé perfectamente lo que se siente cuando te posee el vínculo, ya he pasado por eso, ¿recuerdas? Sé que no querías hacer daño a la monitora Saylor. Pero, tío, esa magia de espíritu fue la leche. Nunca había visto nada igual.

—¿Está Saylor grave de verdad? —Se mordió el labio para evitar que toda la cara le temblara.

—Los sanadores dicen que se recuperará, pero sí —asintió Bobby —. No está muy bien.

Skandar creyó que iba a vomitar.

—¿Pícaro? ¿Dónde está Pícaro? ¿Dorian se lo ha...?

—Está bien —respondió Bobby con rotundidad—. Está en los establos. Bajo vigilancia. Don Mango Cruel estuvo a punto de ordenar que te llevaran a la cárcel a la fuerza, directamente desde el estadio. Creo que Amber tampoco hizo mucho para defenderte, la vi hablando con él en la arena, pero la monitora O'Sullivan se las arregló para que os trajeran aquí a los dos.

—¿Bajo vigilancia? —gruñó Skandar.

—Con dos centinelas —susurró Bobby.

—¿DÓNDE ESTÁ SKANDAR? ¡Llevadme AHORA MISMO adonde sea que esté! —Aquella voz sonó tan fuerte que Bobby se agachó.

Agatha entró a la fuerza por la puerta de la casa del árbol, sin hacer caso a las quejas de Dorian Manning ni a las advertencias de la monitora O'Sullivan. Sus mejillas esqueléticas destellaron cuando la puerta se cerró tras ella y sus ojos enloquecidos fueron a posarse por fin en la cara de Skandar. Se abalanzó hacia él de rodillas y lo estrechó en un abrazo asfixiante. Hubo algo en aquel gesto que a Skandar le resultó tan familiar, tan reconfortante, que se relajó y se dejó llevar, como si aquel abrazo ya hubiera ocurrido mil veces antes.

—Lo siento mucho —musitó Agatha—. Es todo culpa mía. Yo te

dije que usaras el elemento espíritu si creías que ibas a perder. Tú me avisaste, pero yo no te escuché.

—¿Puedo hacer sólo un inciso? —intervino Bobby—. Yo iba a perder el partido. Iba a tirarme de Halcón. Eso es lo que estaba intentando decirte, Skandar. —Su media sonrisa se esfumó—. No puedo creer que pensaras que prefería ganar a que te quedaras en el Nidal.

—No pensaba con la cabeza —se excusó Skandar, sintiéndose todavía peor—. Si te soy sincero, desde el principio tuve la intención de usar el elemento espíritu. Es mi elemento. No es culpa de nadie. Y tampoco es culpa mía haber acabado poseído. Dorian lo está utilizando como pretexto para venir a por mí.

—Ése es el espíritu —lo animó Agatha, pareciéndose un poco más a la de siempre—. Bueno... a ver, tal vez no sea el mejor juego de palabras, pero tú ya me entiendes.

Después de mucho tira y afloja, Agatha logró recuperar la llave de las esposas de las garras de Dorian Manning y liberarlo. Cuando Skandar salió de la casa del árbol, el presidente ya se había ido.

Mitchell, Jamie y Flo corrieron hacia él y lo abrazaron con fuerza.

La monitora O'Sullivan carraspeó.

—Skandar, esto es muy pero que muy serio. Necesito que me escuches atentamente.

Agatha le puso una mano en el hombro, como para protegerlo.

—La comodoro del Caos está investigando el incidente del torneo.

—No debería recibir un trato distinto al de cualquier otro jinete que haya sufrido una posesión —declaró Agatha con contundencia.

—Estoy de acuerdo —respondió la monitora O'Sullivan—, pero un estadio entero acaba de presenciar como el único diestro en espíritu del Nidal intentaba matar a una monitora y atacar a una jinete de su propio cuarteto. No olvidemos que toda la Isla vive ahora mismo obsesionada con una canción veraz que contiene un verso que prevé la aparición «del oscuro amigo del espíritu fiel sucesor». Tenemos que andarnos con pies de plomo.

Skandar no se sentía los dedos de los pies.

—¿Qué significa eso?

La monitora O'Sullivan respiró hondo, con los ojos arremolinándose en espiral.

—Significa, Skandar, que hasta que no concluyan las investigaciones de la comodoro, tienes prohibido montar a Pícaro. Tienes prohibido incluso tocarlo. ¿Lo entiendes?

Agatha abrió la boca para rebatir, pero la monitora O'Sullivan levantó una mano.

—Agatha, por favor. Los dos estáis totalmente en la cuerda floja. Necesitamos que vean que tomamos todas las precauciones posibles. Si Skandar no mantiene ningún contacto físico con Pícaro, no habrá posibilidad alguna de que use el elemento espíritu, ni siquiera si es poseído de nuevo.

—No es más que un crío, Persephone —atajó Agatha con aspereza—. Todo esto es muy cruel.

—Es eso o que lo declaren nómada de inmediato. Skandar, no sabes la suerte que tienes por ser un jinete de Guarniciones Shekoni. Olu Shekoni ha luchado con uñas y dientes en contra de tu detención inmediata, tiene muchísima influencia en toda la Isla, y creo que eso es lo que ha convencido al presidente Manning para permitirnos quedarnos contigo y con Pícaro en el Nidal, al menos por el momento. Aunque, si te declararan nómada, perderías la protección del Nidal, y no me cabe ninguna duda de que Manning os encarcelaría a los dos en el Bastión para siempre.

Esta vez, Agatha no dijo nada.

—El torneo se ha pospuesto hasta próximo aviso. En cuanto la Isla se recupere por completo, tendrás de nuevo la oportunidad de competir para pasar al curso de los volantones.

—Pero ¿y si la investigación concluye que fui responsable? —preguntó Skandar desesperado—. ¿Y si no limpian mi nombre? ¿Qué pasará con Pícaro? —preguntó mirándola a los ojos.

—Nos enfrentaremos a ese problema cuando llegue el momento —respondió la monitora O'Sullivan.

Pero no miró a Skandar a los ojos.

16

Historia de dos hermanas

Nina Kazama se negaba a ser la primera comodoro de la historia que cancelaba la Copa del Caos, de modo que, la víspera del solsticio de verano, pese a la devastación en las cuatro zonas elementales y la posible destrucción de la propia Isla, el *Heraldo del Criadero* publicó un número entero dedicado a los jinetes y los unicornios que competirían ese día. Skandar ya había decidido que él no iría.

—No entiendo cómo Nina puede permitir que la carrera siga adelante —dijo Flo.

Mitchell se acercó el periódico un poco más.

—Lo justifica alegando que las posesiones sólo parecen afectar a los jinetes en formación, como los que se entrenan en el Nidal. Según sus investigadores, en los jinetes más jóvenes el vínculo todavía es inestable, lo que nos hace más vulnerables al ataque. Si queremos ser justos, todas las pruebas apuntan en esa dirección.

—Y por eso no nos permiten volar a la Copa del Caos con nuestro unicornio —intervino Bobby de mal humor—. Tardaremos siglos en llegar a pie al estadio.

—Yo me siento tentada de no ir y punto. —Flo miró de reojo a Skandar, que había bañado las salchichas en mayonesa pero todavía no había probado bocado, y le dio un codazo a Mitchell.

—¿Qué? Ah, sí. ¡Yo igual! ¡Mañana es el solsticio de verano! Y no hemos avanzado nada con la tumba del primer jinete.

—No tenéis que quedaros por mí —dijo Skandar con un hilo de voz y levantando por fin la vista del plato—. Y seamos sinceros: hemos revisado todos y cada uno de los libros, hemos discutido todas y cada una de las posibilidades... No creo que a estas alturas unas pocas horas viendo la Copa del Caos cambien las cosas.

—Jamie va a venir con nosotros —anunció Mitchell para tentarlo

—. ¿Por qué no vienes tú también?

Skandar negó con la cabeza categóricamente.

—No voy a abandonar a Pícaro.

—Pero... —tanteó Flo.

—¡Necesito estar cerca de él! —saltó Skandar—. Aunque... aunque no pueda ni tocarlo. Además, sigo sin tener la chaqueta blanca y se acabó eso de fingir que soy diestro en agua.

Así que, mientras sus amigos se pintaban la cara con el nombre de sus competidores favoritos y se ponían la chaqueta del color de su elemento, Skandar se marchó solo al establo de Pícaro.

Llevaba así desde del torneo de justas. Se sentía apático, totalmente vacío de emociones. Nada lo enfadaba ni lo disgustaba: ni los susurros a sus espaldas, ni pensar en Kenna y su unicornio salvaje... Por primera vez en su vida, le resultaba imposible dibujar nada. Nada lo alegraba ni lo entusiasmaba; incluso tenía que acordarse de sonreír si alguien contaba un chiste o intentaba ser amable con él. En la Copa del Caos se habría visto forzado a mostrarse entusiasta, y no estaba seguro de cuánto tiempo podría continuar fingiendo o soportando las miradas temerosas que lo seguían a todas partes. Era mejor quedarse allí, sentado delante de la puerta del establo de Pícaro, antes que tener que enfrentarse a todo aquel esfuerzo.

Aunque por supuesto nunca estaba a solas con Pícaro. Ya no le permitían quedarse a solas con él. Dos centinelas montaban guardia en posición de firmes en la puerta del establo del unicornio negro, con sus relucientes máscaras plateadas y sus brillantes espadas envainadas. Al principio había aceptado la decisión de la monitora O'Sullivan, pero al cabo de un par de días había empezado a soñar con Pícaro, con cabalgar sobre él, con acariciar su suave cuello o simplemente tocarle el hocico calentito. Una noche, ya tarde, había suplicado a los centinelas que lo dejaran entrar, sólo un instante, sólo un único instante de contacto. Pero se negaron en redondo.

La primera noche que no lo dejaron pasar se sintió tan angustiado que, al regresar a la casa del árbol, se puso a gritar y a llorar a moco tendido. Los demás miembros del cuarteto habían intentado consolarlo, pero ellos no lo entendían. No podían entenderlo. Y lo único que había conseguido era asustarlos. Desde entonces había optado por tragarse y esconder sus emociones bien adentro, como hacía antes cuando lo atormentaban en el colegio y no quería que ni su padre ni Kenna se preocuparan. Así sus amigos no sabrían cuánto estaba sufriendo. Aunque Suerte del Pícaro siempre lo sabía: las palpitaciones esporádicas que le enviaba a través del vínculo para

tranquilizarlo eran lo único que mantenía cuerdo a Skandar. «Estoy aquí. No pasa nada. Todavía nos tenemos el uno al otro...»

Así que día tras día, noche tras noche, se quedaba sentado delante del establo de Pícaro. Los centinelas guardaban silencio, pero, de vez en cuando, y muy sorprendentemente, Skandar contaba con la compañía de Puñal de Plata. El unicornio plateado a menudo prefería regresar a los establos durante el día, lejos de los juegos de los demás unicornios y del sol, y quedarse junto al establo de Pícaro. Skandar nunca lo había visto así. Puñal miraba a uno y luego al otro con sus oscuros ojos tormentosos, como si intentara comprender su sufrimiento, y emitía profundos y sordos sonidos de consuelo.

El día de la Copa del Caos, sin embargo, la desconsolada vigilia de Skandar se vio perturbada por alguien totalmente distinto.

—En nombre de los cinco elementos, ¿puede saberse qué estás haciendo?

Skandar levantó la cabeza para toparse con la cara preocupada de Agatha, y suspiró sin decir nada. Llevaba sin ver a su tía desde que lo abrazó la noche del torneo.

—¡Levanta! —le ordenó ella en voz baja, aunque, en vez de esperar a que hiciera lo que le había pedido, lo puso de pie de un tirón. En esta ocasión no habría abrazo.

—¡Ay! Pero ¿qué haces? —protestó él—. Estoy bien aquí, déjame en paz.

Agatha no le hizo caso y se lo llevó a la fuerza agarrándolo por el codo.

Skandar logró zafarse de ella cuando ya estaban llegando al bosque del Nidal.

—¡No quiero separarme de Pícaro! Imagino que tú precisamente puedes entenderlo mejor que nadie, ¿no?

—No es sano quedarse todo el día sentado a oscuras —le gruñó Agatha.

—¿Qué? ¿Ahora de repente has decidido que quieres ser mi tía?

Skandar no sabía muy bien por qué le había dicho aquello, pero se sintió lo bastante culpable como para obedecer cuando ella le hizo un gesto para que la siguiera escaleras arriba.

Se quedó estupefacto cuando descubrió que la casa del árbol de Agatha era la misma en la que había vivido Joby el curso anterior. En el interior, sin embargo, la decoración no podía haber sido más distinta. No había alfombras esponjosas ni cojines de colores, y tampoco mullidos pufs para sentarse a descansar.

—Siéntate —le ordenó ella con brusquedad.

Skandar echó un vistazo alrededor. La malaventurada casa del

árbol estaba casi vacía, salvo por dos sillas de hierro ornamentado junto a la estufa de leña, una alfombra de piel de borrego y, por alguna extraña razón, un caballito de balancín... No, un unicornio de balancín, junto a la única ventana que había. Se quedó mirando el afilado cuerno del juguete y se decantó por una de las sillas, ligeramente más cómoda por tener el asiento forrado con una suave y esponjosa manta blanca.

—Té. —Agatha le entregó una taza humeante sin esperar a oír si la quería o no.

Skandar dio un sorbo en medio del incómodo silencio.

—¿Qué es? —preguntó, momentáneamente distraído de su mal humor—. La verdad es que está... bueno.

Nunca le había gustado mucho el té; Kenna y él tenían la teoría de que era una broma que les gastaban los adultos, que luego, en cuanto los niños no miraban, sin duda debían de tirar aquella asquerosa agua marrón por el desagüe.

Pero ¿aquello? ¡Aquel té estaba riquísimo!

—Es de la zona de fuego —le explicó ella—. Tiene un sabor ahumado, algo así como a magia de fuego, ¿no crees? Es el único té que puedo soportar. —Se recogió un mechón de pelo canoso detrás de la oreja.

A Skandar le recordó tanto a Kenna que su corazón suspiró por su hermana. Todavía no había asimilado que no hubiera ido al torneo. Incluso había dejado de ir a mirar su cápsula en el árbol postal. Quería mucho a su padre, pero no era capaz de enfrentarse a la desilusión de que las cartas con muñequitos de gominola que llegaban fueran de él y no de Kenna. Eso, sumado a que Pícaro estuviera encerrado, y sumado a la posibilidad más que real de que la Isla entera implosionara y dispersara a su cuarteto para siempre, era demasiado.

—¿Cómo estás? —La pregunta de Agatha sonó un poco forzada.

—¿Tú cómo crees que estoy? —saltó Skandar, aunque luego suspiró y añadió—: Mira, lo siento, ¿vale? Es que... No poder ni siquiera tocar a Suerte del Pícaro... es... es...

—Lo entiendo —asintió ella, dando otro sorbo a su taza de té.

—¿Tú cómo lo haces? —susurró él—. ¿Cómo puedes soportar estar lejos de Canto del Cisne Ártico todo el tiempo?

—¿La verdad? —respondió Agatha—. Cuando los centinelas me capturaron en la Cala del Pescador, después de traerte el año pasado, no me habría importado morir cuando me lo quitaron de nuevo. Casi lo deseé. Pero luego aquel chavalín diestro en espíritu canijo y luchador vino a verme a la cárcel. —Le guiñó un ojo—. Había tanta pasión en tu mirada, tantas ganas de luchar contra la oscuridad y

tanta necesidad de entender quién eras y de querer hacer lo que tenías que hacer, que pensé... pensé que a lo mejor quedaba una esperanza para los diestros en espíritu. Estabas dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de salvar el Continente. Por muy descabellada que fuera. —Arqueó una ceja hirsuta—. Ni siquiera te importaba mantenerte a salvo. Tenías las cosas muy claras... y me recordaste muchísimo a mi hermana.

Skandar no daba crédito, Agatha nunca había sido tan amable con él.

—¿Mi madre?

—Tu madre. Mi hermana. La comodoro Everhart. La Tejedora. Ha tenido ya tantos nombres... Aunque hubo una época en que, para mí, era simplemente Erika. Mi guapa y talentosa hermana mayor. No sé cómo se comportó cuando la viste, Skandar, pero...

—No fue lo que se dice simpática —la interrumpió él, tratando de tragarse el recuerdo.

—No siempre fue así —suspiró ella con tristeza—. Y en gran parte se ha convertido en lo que es ahora por culpa mía.

Skandar no se atrevió a decir nada. Tuvo la sensación de que estaba otra vez en el Continente, escuchando a su padre hablar de Rosemary Smith, cuando él estaba desesperado por obtener el más mínimo dato sobre su madre que no conociera ya. Había imaginado que ese anhelo se habría esfumado al averiguar que era la Tejedora, pero, aunque aquello lo avergonzase, el deseo de saber más se había vuelto todavía más fuerte. No sabía por qué Agatha había decidido por fin hablarle hoy de su madre. ¿Acaso pretendía distraerlo de la angustia de Pícaro, que vibraba en el vínculo? Si era así, lo estaba consiguiendo.

—De niñas, Erika y yo estábamos muy unidas. Igual que tú y Kenna, Erika sólo es un año mayor que yo, lo que significaba que éramos amigas además de hermanas. Pero ella nunca se salía de su papel de hermana mayor, siempre preocupada de cuidar de mí. Y esa responsabilidad pesaba muchísimo sobre sus pequeños hombros. A mis padres les gustaba contarme la historia de la noche en que nací. A las tres de la mañana, yo por fin me había callado y me había dormido, pero ellos no encontraban a Erika por ninguna parte. Buscaron y buscaron hasta que la encontraron sentada al lado de mi cuna, con los ojos abiertos de par en par y un palito afilado en la mano. Ni siquiera tenía edad para saber hablar, sólo sabía caminar, pero instintivamente quería protegerme.

»Años más tarde, cuando yo apenas acababa de cumplir los nueve, ocurrió algo que tuvo un impacto profundo y duradero en Erika. Mis

padres estaban ocupados, siempre estaban ocupados, así que se suponía que ella tenía que estar pendiente de mí en la playa. Unos amigos suyos estaban construyendo unicornios de arena cerca de allí, así que me dijo que me quedara donde estaba para acercarse a saludarlos. Enfadada por que me dejara allí... ya en aquella época yo tenía mi genio... decidí ir a escalar por las rocas, cosa que ella me había prohibido. Todavía recuerdo lo enrabietada que estaba mientras subía agarrándome con una mano, después con un pie, después con la otra mano, hasta que de repente estaba muy arriba. Y entonces me caí. Estuve tres semanas sin despertarme. Erika pasó todo ese tiempo torturándose. Siempre he sospechado que le prometió a algún poder invisible que, si me despertaba, jamás volvería a apartarse de mí. Porque eso es lo que hizo en cuanto me recuperé. Allá donde fuera, allí estaba Erika. Y yo la adoraba por aquello. Adoraba que fuéramos inseparables. Entonces llegó el día en que ella debía intentar abrir la puerta del Criadero...

Skandar dejó escapar un suspiro de comprensión y Agatha asintió.

—Ves el problema, ¿verdad? Erika sabía que, si ella se convertía en jinete, pero yo no abría la puerta al año siguiente, pasaríamos separadas el resto de nuestras vidas. Ella quería que nos entrenásemos juntas en el Nidal. Necesitaba que recorriéramos el mismo camino, para así poder asegurarse de que yo no tropezaba.

Skandar recordaba muy bien lo que Kenna y él se habían prometido desde niños. Cómo habían planeado ir a la Isla, con un año de diferencia, Kenna primero y luego él... Así que comprendía perfectamente ese anhelo. Ese amor.

Agatha suspiró.

—De modo que se nos ocurrió un plan. Investigamos en la biblioteca personal de nuestro padre, que también era diestro en espíritu, en busca de cualquier cosa que me ayudara a conseguir un unicornio si no podía abrir la puerta. Después de horas y horas, por fin encontramos una antigua leyenda sobre un diestro en espíritu que había logrado forjar un vínculo entre una persona y un unicornio que todavía no había roto el cascarón. Una persona para quien aquel unicornio no estaba predestinado. Nos entusiasmamos con la idea. Dábamos por hecho que estaríamos aliadas con el elemento espíritu, como muchísimos miembros de nuestra familia, pero pasamos por alto todas las serias advertencias sobre los riesgos de un vínculo así, el horror de unir dos almas que nunca estuvieron hechas la una para la otra... Estábamos demasiado cerca del solsticio de verano como para pararnos a pensar en lo que estaba bien y lo que estaba mal.

»Así que, el día del solsticio de verano, cuando salió el sol, Erika

Everhart abrió la puerta y ayudó a nacer a Equinoccio de la Luna de Sangre. Pero entonces abandonó a su unicornio recién nacido, sólo un momento, y regresó a la cámara interna del Criadero. Ya habían colocado allí los huevos que romperían el cascarón al año siguiente, y ella cogió uno. El resto del día es un recuerdo borroso. Angustiada, esperé en la parte de atrás del Criadero hasta que los muros se levantaron para dejar salir a los nuevos jinetes. Corrí de un lado a otro, tratando de encontrar su celda de cría. Y allí estaba ella con Luna de Sangre, sonriendo de oreja a oreja. Y en la celda de atrás, tal como habíamos planeado, estaba el huevo. Mi plan B.

»Cogí el huevo. Las ráfagas de elementos de los unicornios recién nacidos explotaban a mi alrededor, encubriendo el delito. Corrí y escondí el huevo para que Erika pudiera recogerlo por la noche. Ella lo llevó luego a la Tierra Salvaje hasta el año siguiente. —Agatha debió de notar la expresión de terror en la cara de Skandar, así que se apresuró a añadir—: Que sepas que nuestro plan siempre fue devolver el huevo al Criadero si yo abría la puerta. Erika me prometió que lo devolvería, me juró que encontraría la forma de hacerlo en cuando me viera cruzar la puerta del Criadero al año siguiente.

—Y por supuesto abriste la puerta. Ayudaste a nacer a Canto del Cisne Ártico, ¿verdad? —la apremió Skandar, impaciente por conocer el resto de la historia.

—Sí. Pero por desgracia Erika no mantuvo su promesa.

—¿No devolvió el huevo al Criadero? —musitó Skandar.

—No. Me dijo que lo hizo. Durante años insistió en que había devuelto el huevo. Pero me mintió... Fue su primera mentira.

El corazón de Skandar empezó a latir con fuerza.

—¿Y qué hizo con el huevo?

—Hizo lo que Erika Everhart hace siempre. La cosa más imposible. Se forjó un vínculo para sí misma. Algo que tienes que entender sobre tu madre, Skandar, es que es inteligentísima, un genio, y ya lo era a los catorce años. Durante todo su primer año como pichón estuvo leyendo acerca de cómo crear un vínculo forjado, preparándose para unirme con el unicornio que todavía no había nacido. Leyó acerca del poder que aquello conllevaría. En nuestra primera sesión de entrenamiento, te conté que los diestros en espíritu deben luchar para resistirse a la atracción de la oscuridad, ¿lo recuerdas? Bien, pues ella nunca pudo. Erika ganó la Prueba de los Principiantes al final de su año como pichón, pero aquello no le bastaba. Cuando yo llegué al Nidal, ella ya tenía dos vínculos: uno auténtico con Equinoccio de la Luna de Sangre y uno forjado con aquel pobre unicornio salvaje.

—Pero ¡te habrás dado cuenta de que hay un unicornio salvaje que

siempre va con ella!

—Al unicornio salvaje lo envió lejos. Vivía solo en la Tierra Salvaje. Debería haberme dado cuenta de que algo iba mal... Como hermana suya que era, debería... En fin, había señales, ¿sabes? El vínculo forjado está lleno de oscuridad. No funciona como un vínculo normal, no hay ninguna reciprocidad, ningún cambio en la naturaleza del unicornio. Siguen siendo salvajes, y siempre están sedientos de venganza. Erika se volvió poderosísima de un modo inexplicable. Aun así, aunque se volviera más volátil, muchos de los demás riesgos que conlleva un vínculo forjado nunca llegaron a materializarse. Creo que es porque el vínculo auténtico y el forjado se compensaban entre sí. Iba camino de convertirse en comodoro por tercera vez consecutiva...

—Y entonces murió Equinoccio de la Luna de Sangre —dijo Skandar, y al darse cuenta de lo que aquello significaba, se quedó petrificado.

—Y entonces murió Equinoccio de la Luna de Sangre —repitió Agatha con tono sombrío—. El unicornio salvaje se apoderó por completo de mi hermana, y todos aquellos años de abandono lo habían convertido en una furiosa criatura.

—Los Veinticuatro Caídos... —susurró Skandar, comprendiendo por fin lo ocurrido.

—No es excusa —declaró Agatha bruscamente—. No debes disculparla por sus acciones. Por su culpa, por mi culpa, hubo un jinete que abrió una puerta durante mi ceremonia de cría y no encontró a ningún unicornio esperándolo al otro lado. Por culpa de las dos, murieron veinticuatro unicornios... y una infinidad más desde entonces. Sus acciones no pueden disculparse, pero, de algún modo, pueden entenderse. Y sí que intentó escapar del vínculo forjado cuando...

—Cuando vino al Continente —Skandar acabó la frase por ella— y conoció a mi padre.

—Exacto. Durante un tiempo, pensé que había funcionado. Justifiqué el hecho de convertirme en la Ejecutora para así poder seguir viva, para apoyar a Erika en su nueva vida, en su intento por cambiar. Me preocupaba lo que ocurriría si el Círculo de Plata me mataba y ella se enteraba... lo vengativa que podría volverse. Me dije que debía seguir viva para protegerla, pero también para proteger a todo el mundo de ella, ¿lo entiendes? —De pronto, Agatha parecía desesperada.

Skandar no estaba seguro de poder entenderlo del todo. La relación entre Agatha y Erika era todavía más complicada de lo que había imaginado. Dos hermanas unidas por el amor y por los secretos... No

pudo evitar pensar en los trocadores de secretos. ¿Sabían algo de todo aquello? Sintió un escalofrío.

—Pensé que la distancia con el unicornio salvaje debilitaría la atracción del vínculo forjado. De verdad lo creía, pero, llegado el momento... Erika no pudo resistirlo.

—Todavía mantiene el vínculo forjado... —dijo Skandar, y entonces todo cuadró: el vínculo que había visto entre la Tejedora y el unicornio salvaje era distinto, no había podido reflejar ningún color en particular, como si diera vueltas sin control—. Lo vi el año pasado, en la Tierra Salvaje.

—Ese unicornio salvaje seguirá existiendo cuando ella muera. Eso es lo que hacen los vínculos forjados: te van quitando la humanidad poco a poco, hasta que ya no queda nada. Los humanos no pueden estar muriendo para siempre como los unicornios salvajes... —La voz de Agatha se apagó en su garganta.

De forma instintiva, Skandar extendió la mano y agarró la de su tía. Se quedaron así un buen rato, sentados el uno frente al otro y siendo conscientes de lo que le esperaba a Erika Everhart, a su hermana, a su madre, y la idea quedó suspendida entre ambos como una pena muda.

Skandar fue el primero en retirar la mano.

—¿Por qué me has contado todo esto precisamente ahora?

—No me gustó verte ahí, sentado a oscuras. Me recordó a Erika cuando perdió a Luna de Sangre. Aquella mirada de desesperanza en sus ojos. Necesito que sigas luchando contra la atracción de la oscuridad, Skandar. Necesito que luches con más fuerzas que ella, ¿lo entiendes?

—¿Y si no me dejan ver a Pícaro nunca más? —susurró Skandar. Era lo que más temía desde el torneo de justas, lo que más le asustaba.

—Aun así, tienes que seguir luchando.

—¿Cómo?

—Encontrarás la forma.

—Soy zurcidor —confesó de pronto, siendo consciente de que no podía ocultárselo por más tiempo después de que ella hubiera sido tan sincera con él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Agatha, desafiante.

—Tu-tuve un sueño. Soñé con mi hermana y su unicornio salvaje.

—Te dije que era demasiado peligroso...

—¡Aaargh! —Skandar no podía más. Se puso de pie, con el cerebro a punto de explotarle por toda la nueva información sobre su madre y sobre aquella nueva especie de vínculo peligroso, y le dio una patada a la silla de hierro—. ¡Nada de eso importa si no encontramos el don

del primer jinete antes del solsticio de verano, antes de que la magia se descontrole por completo! ¿Qué más da que sea zurcidor si la Isla va a dejar de existir? —Todos sus miedos se desbordaron—. Van a separar a los jinetes en función de su elemento. ¿Se supone que yo tengo que irme con los diestros en agua? ¿O será un reencuentro familiar? ¿Yo, tú, la Tejedora y su furioso unicornio salvaje?

—No digas tonterías...

Skandar empezó a caminar por la estancia de un lado a otro, nervioso.

—Ojalá pudiera encontrar el báculo de hueso, eso lo arreglaría todo. La Isla se salvaría, la comodoro soltaría a Pícaro... Demostraría que yo no tuve nada que ver con las muertes de los unicornios salvajes, ni con las posesiones, ni con la venganza de la Isla. Significaría que todos podríamos seguir juntos...

Los rostros de cada uno de los miembros de su cuarteto se materializaron ante él fugazmente. Bobby... Flo... Mitchell... Y Kenna. Kenna tendría una Isla a la que venir.

Agatha se iba moviendo en su silla para mirarlo.

—¿Un báculo de hueso?

—Sí —respondió él con impotencia—. El primer jinete mató a la reina de los unicornios salvajes y talló un báculo con sus huesos. Y está dentro de su tumba, así que tenemos que...

Ella hizo un gesto de desconcierto.

—No es así cómo lo contaban los diestros en espíritu.

Skandar dejó de dar vueltas.

—¿A qué te refieres?

—Cuando mi padre contaba la historia del primer jinete y la reina de los unicornios salvajes, no eran enemigos. Eran aliados. En la versión de los diestros en espíritu, el primer jinete y la reina de los unicornios salvajes fundaron juntos el Nidal.

—Pero ¿cómo pudieron ser aliados si él fabricó un arma con los huesos de ella?

Agatha se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo ni siquiera he sabido nunca nada de un báculo de hueso. La historia que me llegó fue simplemente ésa. Quizá sólo sea un cuento para los hijos de los diestros en espíritu.

—O quizá no. —Skandar tenía la mano apoyada en el pomo de la puerta—. Agatha...

—Monitora Everhart.

—¿En serio? ¿Después de todo esto? ¿Todavía insistes en que te llame así?

—Está bien... Puedes llamarme tía Everhart en privado —accedió

ella a regañadientes—. ¿Puede saberse adónde vas? No irás otra vez al establo de Pícaro, ¿verdad?

—Me voy a la Copa del Caos. Tengo que contarle esto a mis amigos. Si el primer jinete y la reina de los unicornios salvajes eran aliados, eso nos da otra pista sobre la tumba. Significa que podrían estar enterrados juntos.

A Skandar le ardían los pulmones mientras atravesaba Cuatropuntos como un cohete. Pasó a toda velocidad delante de guarnicionerías cerradas a cal y canto, casas en los árboles desiertas y forjas de herrero abandonadas. Después de abrirse paso por un túnel y llegar a las gradas, un enorme y clamoroso estruendo llegó a sus oídos. Había miles de isleños de pie, ondeando banderas y vitoreando a las grandes pantallas instaladas en el estadio. Y también había centinelas por todas partes, algo que no le sorprendió en absoluto. Aunque Nina Kazama hubiera querido seguir adelante con la Copa del Caos, sabía que era un riesgo.

Apartó la vista de las máscaras plateadas y escrutó la multitud en busca de su cuarteto y de Jamie. Sabía que tenían entradas para la grada Este y, para llegar hasta ellos, se abrió paso a empujones entre jinetes ataviados con colores elementales y vendedores de comida cargados con bandejas de tacos y palomitas.

—¡Skar! —gritó Flo, con una sonrisa tan amplia que Skandar notó que le devolvía la sonrisa sin pensárselo.

Mitchell le puso una mano en el hombro a modo de bienvenida, Jamie le dio una palmada en la espalda, y Bobby lo saludó distraídamente, sin quitarle ojo a la pantalla.

La carrera estaba a punto de terminar. Era imposible que sus amigos escucharan su teoría sobre la reina de los unicornios salvajes antes de que acabara.

El rugido de la multitud se hizo ensordecedor cuando empezaron a aparecer los unicornios del Caos. Todos los espectadores levantaron la vista hacia el cielo cuando, a toda velocidad, los unicornios más poderosos del mundo pasaron por encima de sus cabezas. La voz de los comentaristas sonaba a todo volumen a través de unos enormes altavoces, y las palabras resonaban por todo el estadio:

—¡Me informan de que el invitado sorpresa de este año, Leo Crawford, acaba de verse obligado a aterrizar y está eliminado! Así que en cabeza quedan Nina Kazama a lomos de Error del Rayo, seguidas de cerca por Alodie Birch y Príncipe Junco.

—¡Va en cabeza, va en cabeza! —Flo daba saltos arriba y abajo, animando a la jinete de Guarniciones Shekoni.

—Pero ¡aquí llega Ema Templeton acortando las distancias con los dos primeros! —gritó el comentarista—. ¡Mirad cómo Miedo de la Montaña se dispone a adelantar por la derecha!

Skandar notó que se le hacía un nudo en la garganta al ver a Miedo de la Montaña ponerse a la altura de Error del Rayo y enfrentarse a ella. Seguro que Kenna y su padre estarían viendo juntos la Copa del Caos en Margate. Se preguntó si Miedo de la Montaña seguiría siendo la favorita de Kenna.

—¡Mirad esa enorme ola! —gritó Bobby, dándole un puñetazo en el hombro a Skandar y señalando hacia el cielo. Nina y Rayo combinaban los elementos de aire y de agua, haciendo que la ola girase en un remolino para expulsar de la pista a Alodie y a Príncipe Junco antes de que pudieran defenderse.

—No puedo creer que haya conseguido mantener la velocidad... —dijo el comentarista—. Está a escasísimos aleteos por detrás de Miedo de la Montaña...

Pero Skandar sí que podía creerlo: Nina Kazama también había sido miembro de la Sociedad Peregrina. Y aunque estuviera liderando la investigación contra él, no podía evitar animarla a ella. Al fin y al cabo, hasta el momento los había protegido a Pícaro y a él del Círculo de Plata, ¿no era cierto?

La voz del comentarista se coló en sus pensamientos.

—Ema no va a tirar la toalla sin pelear. Puede que el tiempo que Nina ha perdido en esa batalla aérea le cueste la Copa del Caos...

—¡Ay, cállate ya! —chilló Flo zapateando—. ¡Vamos, Nina! ¡Tienes que ganar otra vez!

La cámara hizo zum cuando Nina se inclinó hacia delante hasta pegarse al cuello de Rayo, instándola a seguir. Al verla recuperar la distancia, Skandar coreó con la multitud. Nina era continental, igual que él: había ido a un colegio normal y corriente y se había criado en un hogar continental. Luego había recibido la llamada de aquella extraña Isla para competir sobre las criaturas más poderosas de la Tierra. ¿De verdad podía ganar la Copa del Caos por segunda vez? Erika Everhart era la única jinete de la historia que lo había logrado. Y ahora él sabía que para llegar a comodoro había recurrido a la magia de dos unicornios, no de uno solo.

—¡Ooooh! —el comentarista no podía disimular su entusiasmo, y cada vez gritaba más—: ¡Una magia de fuego exquisita, pero las lanzas de llamas de Federico Jones no les han hecho perder velocidad!

Efectivamente, mientras descendían en picado hacia la arena del estadio, Nina y Ema ni se inmutaron ante las armas de fuego que por los pelos no habían hecho blanco en el costado de sus unicornios.

—Pero sí han ralentizado a Federico Jones, que se queda atrás. Ahora mismo es un duelo entre dos jinetes. Da la impresión de que a Error del Rayo todavía le queda muchísima energía. Ninguna de estas diestras en aire está intentando utilizar la magia: es todo cuestión de velocidad, es todo cuestión de ser la primera en cruzar la línea de meta.

—¡Nina va a lograrlo! —gritó Bobby.

—¡Y ahora están a punto de tocar tierra! Una cosa está clara: será una victoria más para el elemento aire. La pregunta es ¿de cuál de las dos? Tienen que aterrizar y pasar por debajo del arco para acabar la carrera. Si no toman tierra a tiempo quedarán descalificadas...

El comentarista hizo una pausa dramática, y Skandar no se atrevía ni a respirar.

—¡Y las dos acaban de aterrizar...! —La voz del comentarista se entrecortó de la emoción—. ¡Van a la par!

Pese a la altura de las gradas, Skandar podía ver el nombre de KAZAMA pintado en letras amarillas en la espalda de la armadura de Nina, y el de TEMPLETON del mismo color en la de Ema, mientras avanzaban a toda velocidad hacia la meta.

—¿Veremos de nuevo hacer historia a esta continental? ¿Podría ser la segunda victoria de la Copa del Caos para la comodoro Kazama?

Las dos unicornios, Miedo de la Montaña, gris con las crines y la cola de un blanco hueso, y Error del Rayo, de color marrón ocre, avanzaban a toda velocidad hacia la meta. Nina levantó la palma de la mano, tan rápido que Skandar casi no lo vio, y lanzó una sencilla daga de rayos hacia un lado, dirigida a Miedo de la Montaña. La unicornio de Ema se distrajo tan sólo un instante, pero fue suficiente.

—¡Qué aplomo y qué exhibición de su elemento aliado: modelar un arma a semejante velocidad! ¡Va a ser el tanto decisivo! Nina Kazama va a volver a hacerlo. ¡Va a ser la primera en llegar!

De las gradas abarrotadas se alzó un tremendo rugido entusiasta. Skandar vociferaba junto con todos los demás espectadores. Estiró el cuello para leer el resultado definitivo en la pantalla. Quería desconectar de todo lo demás por un instante. ¿Y si aquélla era la última Copa del Caos de la historia? ¿Y si los jinetes y los unicornios tenían que abandonar la Isla y desperdigarse para siempre? Quería disfrutarlo por si acaso.

Por si acaso no podían salvar su hogar.

—¡Y son Nina Kazama y Error del Rayo! Nina Kazama es la ganadora de la Copa del Caos por segunda vez. ¡La comodoro del Caos, Nina Kazama, diestra en aire y continental, gana la Copa por segundo año consecutivo!

Nina desapareció por un hueco en el muro del estadio hacia el Complejo del Caos, con Ema pisándole los talones y todos los demás competidores a la zaga.

—¡No puedo creerlo! ¡No puedo creerlo! —repetía Flo una y otra vez.

—¡Sí! —Bobby lanzó un puñetazo al aire—. ¡Una diestra en aire gana de nuevo! Aunque… —A la jinete se le torció el gesto cuando los fuegos artificiales amarillos explotaron por encima de sus cabezas y la Sociedad Peregrina inició su exhibición de vuelo—, ahora tendré que ganar la Copa del Caos tres veces. ¡Menuda faena!

Mientras los comentaristas repetían el resultado, Skandar se fijó en que Mitchell giraba el hombro de manera protectora. El gesto de Mitchell obligó al resto del cuarteto a apartar la mirada de las imágenes de Nina abrazando a Rayo, que se reproducían una y otra vez en la pantalla del estadio.

Algo le pasaba a Jamie.

Los ojos de distinto color del herrero refulgían como brasas ardientes, de los oídos le salían nubes de vapor blanco y su pelo ondulado flotaba en una brisa que nadie más notaba.

En ese instante empezó a cantar.

17

Una nueva canción

—¿Es por la magia de la Isla? ¿Está poseído? —gritó Skandar por encima del alboroto. Jamie parecía estar en una especie de trance.

—No —respondió Mitchell, apoyando sobre su hombro el brazo lacio de Jamie y arrastrándolo a lo largo de la fila—. Debe de ser su canción veraz. Tenemos que llevarlo a algún sitio donde podamos oírla. ¡AHORA!

—Pero si Jamie no es bardo. ¿Cómo...?

—Es bardo de nacimiento —gruñó Mitchell—. Supongo que con eso basta.

Otros espectadores se hicieron a un lado y refunfuñaron, y unos cuantos incluso señalaron a Skandar —«Oye, ¿ése no es el diestro en espíritu?»— mientras se abrían paso para salir de las gradas.

—... donde antiguos espejos lloran por barcos hundidos... —cantó Jamie cuando ya salían el estadio.

—¡La carpa de Guarniciones Shekoni! —Flo señaló un pequeño toldo naranja no muy lejos mientras el cuarteto huía del estadio.

—¿Cuánto tiempo va a durar? —preguntó Bobby cuando Flo abría ya la cremallera del taller provisional de Guarniciones Shekoni durante la Copa.

—Depende —respondió Mitchell, desenganchándose el brazo de Jamie del cuello y ayudándolo a sentarse en el suelo—. Puede que la cante entera y en bucle durante una hora, o puede que no la cante nunca más. —Se sacó una libreta de la chaqueta y empezó a garabatear.

Skandar se quedó mirando fijamente al joven herrero —el herrero que nunca había querido ser bardo— mientras burbujeaba de magia elemental y seguía entonando su canción:

Donde el canto del cisne del espíritu fue silenciado,
los cinco han de seguir sus primeros y últimos pasos,
los últimos deben, mas sin violencia, haber luchado,
y a la reina han de presentar sus últimos respetos.

Jamie enmudeció de pronto y luego cayó redondo de costado.

—¿Soy yo o eso tiene todavía menos sentido que la última canción veraz que oímos? —preguntó Bobby, con todas las plumas de las muñecas de punta.

—Un momento, un momento... —Mitchell seguía garabateando.

Skandar se agachó para intentar levantar a Jamie, pero estaba profundamente dormido.

—Si eso ha sido el final, creo que nos hemos perdido buena parte de su canción veraz —anunció Flo con tristeza.

—Por lo menos hemos oído algo —replicó Mitchell—. Y creo que podría servirnos.

—¿Servirnos para qué? —protestó Bobby.

—Mitchell tiene razón —Skandar lo apoyó sin pensárselo—. La canción mencionaba a la reina, que debe de ser la reina de los unicornios salvajes. Justo por eso he venido a buscaros. Agatha me ha contado que, según las antiguas leyendas de los diestros en espíritu, el primer jinete y la reina de los unicornios salvajes podrían haber sido aliados, no enemigos.

—Yo personalmente dudo que me pusiera a tallar un arma con los huesos de un amigo —se mofó Bobby—. O a lo mejor con los tuyos, Mitch, si te pones más pesado de la cuenta.

—¡Bobby! —exclamó Flo con un grito ahogado.

—Pero, si eran aliados —insistió Skandar—, tal vez estén enterrados juntos, ¿no creéis?

—¡Es imposible que el primer jinete se aliara con un unicornio salvaje! —farfulló Mitchell—. Menuda tontería...

Skandar arqueó las cejas.

—¿Sabes algo del unicornio del primer jinete? ¿Sabes por lo menos cómo se llama?

Jamie gruñó algo, y Mitchell se agachó para verle la cara, evitando la pregunta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el herrero con voz ronca.

—Has cantado tu canción veraz —le explicó Mitchell con mucho tacto.

Bobby se inclinó en una exagerada reverencia.

—Salve, oh, nuestro herrero bardo.

—¿Estás de broma? —Jamie cerró los ojos, como si aquello le doliera bastante—. ¡Después de esto no habrá quien haga callar a mis

padres!

El cuarteto de Skandar se despidió de Jamie delante de su forja, pero, antes de reemprender el largo camino de regreso, Mitchell insistió en que esperaran hasta que su agotado amigo hubiera subido las escaleras y llegara sano y salvo a su casa.

—Yo lo único que digo —comentó Skandar cuando por fin llegaron a lo alto de la colina del Nidal— es que, si el primer jinete está enterrado con un unicornio...

—Tendría que haber un árbol... —Flo interrumpió su reflexión.

—«Donde reposa un unicornio, crece un árbol» —recitó Skandar sonriéndole—. Eso me lo dijiste tú en el cementerio el año pasado.

—Pero ¿y si se trata de un unicornio salvaje? ¿Es lo mismo? —preguntó Bobby.

Mitchell se cruzó de brazos.

—Si es así, es imposible que pasemos por alto el árbol de un unicornio salvaje. Están aliados con los cinco elementos. Imaginaos las hojas, serían...

—¿Así? —Bobby tenía una mano en la cadera y con la otra señalaba el árbol de entrada del Nidal.

Skandar, Bobby y Flo levantaron la vista y se quedaron mirando las hojas, asombrados. A Skandar siempre le había encantado el coro de colores del árbol de la entrada, pero no se había fijado en él de verdad hasta ese momento. Era evidente que las hojas eran iguales a las que había visto el año pasado en el cementerio; las hojas amarillas incluso chisporroteaban, movidas por una brisa invisible.

Mitchell se puso contentísimo.

—¡La entrada a la tumba debe de estar aquí!

—¡Toma ya! —Bobby lanzó un puñetazo al aire—. ¿No os da rabia que siempre sea yo quien lo arregla todo? —Le guiñó un ojo a Skandar, pero él estaba concentrado en que ya estaba oscureciendo.

—Tenemos que darnos prisa. Está haciéndose tarde y el solsticio de verano es mañana, y no me fío del todo de que la Isla no vaya a autodestruirse antes de tiempo.

—¡Skandar, cállate un ratito! —lo riñó Bobby mientras colocaba la mano sobre el tronco y la puerta se abría con un chisporroteo eléctrico —. Si tenemos que encontrar aquí una antigua tumba, hasta yo necesito concentrarme...

El cuarteto rebuscó a ambos lados del tronco, cruzando su entrada una y otra vez en medio de destellos y remolinos de sus distintos elementos. Pero, cuando el sol empezó a ponerse y más y más jinetes comenzaron a regresar de la Copa del Caos, cantando y riendo

mientras cruzaban el tronco, pronto les quedó claro que la entrada a la tumba del primer jinete estaba en otro lugar, por mucho que él y la reina de los unicornios salvajes estuvieran enterrados juntos bajo ese árbol.

—Yo opino que deberíamos hacer un descanso y echarle otro vistazo a la canción veraz de Jamie —propuso Mitchell, poniéndose de pie después de haber intentado, sin éxito, tirar de una raíz del árbol.

Skandar estaba a punto de decir que debían seguir intentándolo, quizá incluso subirse al árbol, cuando oyó unos gritos.

—Eso no han sido imaginaciones mías, ¿verdad? —preguntó Bobby mientras se adentraban corriendo en el Nidal.

Skandar levantó la vista y vio a varios jinetes que cruzaban a toda prisa los puentes colgantes.

A través de los árboles, Kobi llegó corriendo hasta el cuarteto de Skandar, con su oscuro rostro moreno desencajado. Cuando los vio a los cuatro juntos, chilló:

—¡¿Estáis normales?!

Skandar pensó que era una pregunta muy extraña para ir lanzándola a gritos, aunque, para ser justos, no podía decir que ninguno de los miembros de su cuarteto pudiera considerarse lo que se dice normal.

—¡¿Estáis poseídos?! —gritó Kobi de nuevo.

—Ah —dijo Skandar, comprendiéndolo poco a poco—, no, estamos... estamos bien. ¿Qué pasa? ¿Te ha atacado alguien?

El ruido que Kobi hizo como respuesta estaba a medio camino entre la risa y el llanto.

—¿Que si me ha atacado alguien? ¡Yo diría que medio Nidal!

—¿Medio Nidal está poseído? —preguntó Flo horrorizada. Se oyó un chillido largo y espeluznante desde lo alto, e instintivamente el cuarteto se apiñó aún más.

Kobi asintió; sus pestañas heladas subían y bajaban sin parar. Era extraño ver así a un diestro en agua: vulnerable, asustado. Normalmente era él quien se metía con los demás, junto a Meiyi y Alastair.

—Algunos jinetes poseídos van con su unicornio. Son los más peligrosos. —Kobi empezó a trepar por una escalera cercana—. ¡Entrad! ¡Ahí fuera no estáis a salvo!

—¿Y nuestros unicornios? —preguntó Skandar, pensando en Pícaro vigilado por los centinelas. Sintió la ausencia del unicornio con una sacudida, el vínculo ardía de tristeza. Tal vez pudiera ir en su busca, ahora que todo el mundo estaba distraído, tal vez...

—Los monitores están vigilando los establos. No podéis hacer

nada. ¡ENTRAD!

En cuanto desapareció, se produjo una tremenda ráfaga de fuego en lo alto, y Skandar vio al monitor Anderson y a Fénix del Desierto enfrentándose a Sarika y Enigma Ecuatorial. Incluso desde abajo, era evidente que Anderson intentaba obligar a Enigma a descender hasta el suelo, no derribar al unicornio negro desde las alturas, pero Sarika no paraba de disparar a Fénix un ataque tras otro desde la palma de su mano: sus uñas ardían, al parecer con la firme intención de reducir a cenizas a su monitor. Sobre el cuarteto llovían hojas en llamas y ramitas ennegrecidas.

—¡Vamos! —gritó Skandar, señalando hacia su casa del árbol.

El cuarteto subió a toda prisa las escaleras y siguió su camino por los puentes de siempre, esquivando a otros jinetes que huían de sus amigos poseídos, mientras la magia elemental explotaba entre los árboles acorazados. Al pasar junto a ellos, Skandar se cruzaba con rostros borrosos; no tenía tiempo de comprobar si sus ojos estaban nítidos u... otra cosa.

Por fin estuvieron dentro, sanos y a salvo. Y en cuanto consiguieron arrastrar la librería para colocarla contra la puerta de la casa del árbol —lo que les costó lo suyo—, todos ellos se derrumbaron sobre los pufs de colores. Todos salvo Bobby, que por supuesto se había puesto a preparar un sándwich de emergencia. A Skandar le resultó extrañamente reconfortante el penetrante olor a Marmite mezclado con el dulzor de la mermelada, y se dijo que, sin duda alguna, debía de estar perdiendo la cabeza.

Mitchell arrastró su pizarra y la colocó ante ellos.

—¿Ahora, Mitchell? ¿De verdad? —dijo Flo.

—Tampoco es que ahora mismo podamos salir a disfrutar de la agradable tarde de verano —gruñó él.

—Siempre supe que algún día acabaría en medio de un apocalipsis zombi... —comentó Bobby.

—¿Qué es un zombi? —preguntó Flo, preocupada.

Bobby empezó a explicárselo con la boca llena de sándwich, pero Mitchell la cortó.

—¡Basta ya, Roberta! ¿Es que no te das cuenta? Ahora mismo la magia está totalmente descompensada. La mitad del Nidal está poseído. Dentro de nada, Nina dará la orden de evacuarnos...

—¿Podrías escribir los trocitos de la canción veraz de Jamie que pudimos oír? —preguntó Skandar, señalando la pizarra—. Si presuponemos que la tumba está debajo del árbol del Nidal, entonces lo único que necesitamos es encontrar la entrada, ¿no?

Mitchell fue leyendo en voz alta mientras la tiza arañaba la

pizarra. Primero, el fragmento que habían oído de camino a la carpataller:

... donde antiguos espejos lloran por barcos hundidos...

Y luego el final de la canción:

Donde el canto del cisne del espíritu fue silenciado,
los cinco han de seguir sus primeros y últimos pasos,
los últimos deben, mas sin violencia, haber luchado,
y a la reina han de presentar sus últimos respetos.

—¿Os he dicho ya cuánto odio las adivinanzas? —gruñó Bobby.

Flo no le hizo ningún caso.

—El canto del cisne es el último acto antes de morir.

—Pero ¿cómo puede silenciarse un canto del cisne? —caviló Mitchell.

Le dieron vueltas y más vueltas. Los terremotos retumbaban bajo el Nidal. Altísimos vientos huracanados azotaban las copas de sus árboles y aporreaban como puños furiosos los lados de la casa del árbol. Las emociones de Pícaro eran un lío tremendo: en un momento el vínculo estaba cargado de miedo, y al siguiente de emoción, luego de miedo otra vez... Skandar vio cómo la medianoche llegaba y se iba, trayendo consigo el solsticio. Intentó no pensar en los cinco golpes nítidos en las puertas de los hogares del Continente, en la pequeña congregación de aspirantes a jinete que esperarían en el unicornio de caliza de Uffington antes de subirse a los helicópteros que los llevarían hasta la puerta del Criadero.

¿Quedaría todavía al amanecer una puerta del Criadero?

En algún momento antes del alba, el cuarteto se quedó dormido encima de sus pufs.

Toc. Toc. Toc.

Skandar se despertó sobresaltado. Los demás dormían profundamente. Temiendo que pudiera ser un jinete poseído, el joven jinete trepó por el tronco del árbol para echar un vistazo a la plataforma desde arriba, a través del ojo de buey.

Era Rickesh. No parecía poseído, sino muy muy preocupado.

Intentando no despertar al resto del cuarteto, Skandar movió la librería justo lo suficiente para escabullirse a través de la puerta de la casa del árbol.

—¿Rickesh? —Skandar parpadeó ante la intensa luz de media mañana—. ¿Estás bien? —El comandante llevaba los brazos llenos de

cortes.

—Los grinos se marchan, Skandar. ¿Te vienes con nosotros? —Su voz era más monótona y seria que de costumbre.

Skandar frunció el ceño.

—¿Cómo que «se marchan»? ¿Adónde vais?

Rickesh le puso la mano en el hombro.

—¿Sabes lo que significa «peregrino»?

—Es un tipo de ave muy veloz, nos lo contaste...

Pero Rickesh ya estaba negando con la cabeza.

—No, no... El nombre, «peregrino», significa «errante». Escúchame bien: esta Isla se volverá inhabitable después del ocaso. No me hace precisamente gracia que separen a nuestra sociedad por elementos, que nos obliguen a irnos a algún lugar donde nuestros unicornios tal vez no pueden volar en libertad.

—No puedo marcharme así, sin... —empezó a decir Skandar, pero el comandante lo interrumpió.

—No te preocupes. Los grinos tienen a Suerte del Pícaro. Amber Fairfax lo agarró en un momento en que sus guardianes estaban distraídos por la posesión masiva de anoche.

Los pulmones de Skandar se quedaron sin aire.

—¿Dónde...? ¿Dónde está? ¿Amber se lo ha llevado?

—En la Plataforma del Crepúsculo.

Rickesh dio media vuelta para irse, y Skandar no se lo pensó dos veces.

Nunca había tardado tanto en subir hasta lo alto del Nidal. Había un montón de escaleras con los travesaños rotos y plataformas enteras se habían derrumbado en medio del caos de la noche anterior. Ni siquiera la idea de reunirse con Pícaro pudo distraer a Skandar de las vistas de la Isla. Había partes de Cuatropuntos que habían desaparecido por completo, muchas de sus coloridas casas de colores habían quedado reducidas a montones de madera y escombros, las gradas del estadio se habían derrumbado en algunos puntos y el gran arco de la meta se había volcado... El corazón de Skandar se encogía de tristeza por el lugar que más amaba en el mundo.

La Plataforma del Crepúsculo era un hervidero de actividad. Prim daba órdenes; Patrick cargaba su unicornio con alforjas llenas de provisiones; Fen daba vueltas en círculo con Escarcha, tratando de calmarla, y Marcus mantenía una intensa conversación con Adela.

Skandar divisó a Amber y a Ladrona Torbellino en el extremo más alejado de la plataforma. Un unicornio negro aguardaba pacientemente un poco más allá.

Suerte del Pícaro.

El vínculo estalló de una felicidad tan pura que a Skandar le dieron ganas de saltar en el aire. Pícaro relinchó de alegría, sus alas refulgieron de blanco y echó a galopar hacia el jinete a través de la plataforma metálica; Skandar corrió y corrió y lanzó sus brazos alrededor del cuello de ébano de su unicornio, que olía a hogar, a amistad, a almas gemelas... Sus emociones se acompasaron por completo cuando una serie de olas de alivio, de entusiasmo y de amor rompieron a través del vínculo, con tanta intensidad que a punto estuvieron de tirar al suelo al jinete.

—Hola, mi pequeño. —Skandar ni siquiera intentó contener los sollozos—. Hola, mi niño precioso... —Enroscó las manos en las crines negras del unicornio y apoyó la frente en su suave pelaje negro. Pícaro volvió la cabeza y acarició con el hocico el cuello de su jinete, soplándole ráfagas de aliento caliente. Podrían haberse quedado así para siempre.

Poco después, Amber cruzó lentamente la plataforma para acercarse con timidez a ellos. Skandar trató de enjugarse las lágrimas de los ojos, aunque sospechaba que tendría toda la cara roja.

—Gracias. —Las palabras casi no le salían, tenía la voz entrecortada por el llanto—. De verdad.

—No es nada. —Amber se encogió de hombros y la estrella eléctrica de su frente chisporroteó.

—Y... bueno, no quiero que pienses que no te estoy agradecido —añadió Skandar, adueñándose poco a poco de sus emociones—, pero ¿por qué lo has hecho? Llevas todo el año diciéndole a la gente que soy el culpable de las posesiones. Bobby me contó que incluso hablaste con el presidente Manning en el estadio, después de que yo...

—Bobby Bruna no debería meterse donde no la llaman. —Amber se frotó la nariz respingona, siendo un poco más la Amber de siempre —. En realidad, estaba intentando decirle al presidente que aquello no era culpa tuya. Que tú también habías estado poseído. Aunque está claro que no me escuchó, puesto que mi padre es diestro en espíritu.

—Esa historia me suena... —musitó Skandar.

—Y ahora estamos en paz. Tú me salvaste la vida en aquella reunión de la Sociedad Peregrina y diste la cara por mí delante de mi cuarteto. Y yo te he reunido a ti con Pícaro y a Pícaro contigo, así que eso vale por dos. Ahora podemos volver a odiarnos con todas nuestras fuerzas. Me supermuero de ganas.

Skandar se echó a reír, y Amber se apartó el pelo castaño de la cara y regresó junto a Ladrona.

Rickesh y Prim se acercaron para ver cómo estaba. El fantasma de una sonrisa se asomó a los labios de Prim al ver reunidos al jinete y al

unicornio, aunque enseguida fue directa al grano.

—Entonces, ¿te vienes con nosotros? Planeamos salir antes de que se ponga el sol, justo antes de la evacuación de Nina, así que...

Skandar ya estaba negando con la cabeza.

—No tengo palabras para deciros cuánto os agradezco que hayáis tenido a Pícaro a salvo aquí arriba, pero no voy a ir con vosotros. La Isla es mi hogar.

Rickesh suspiró.

—También es nuestro hogar, Skandar, el de todos, pero no va a durar mucho más. Construiremos uno nuevo, donde puede que ni siquiera existan las alianzas elementales. El primer jinete no las tenía cuando el mar lo arrastró hasta aquí.

Skandar miró fijamente a Rickesh, y le vino a la memoria la historia que el polluelo le había contado unos meses atrás.

«El primer jinete era un pescador, no mucho mayor que un cascarón, cuando la corriente lo arrastró hasta el pie de los Acantilados Espejo.»

Prim y Rickesh advirtieron la expresión en el rostro de Skandar.

—¿Qué? —preguntaron.

Skandar no contestó y se subió como pudo a lomos de Pícaro. Poder abrazar a su unicornio ya había sido increíble, pero ¿aquello? Volver a montar en él era una sensación perfecta. Por un instante todo iba bien en el mundo: la destrucción de la Isla había enmudecido, los grinos se habían desdibujado y sólo quedaban ellos dos, Skandar y Pícaro, unidos por fin en una burbuja de felicidad suprema.

La realidad volvió un segundo después para arrollarlos. Skandar hizo retroceder a Pícaro, preparándose para el despegue.

—¿Adónde vas? —preguntó Prim.

Pícaro extendió sus enormes alas negras mientras Skandar contestaba:

—No voy a renunciar todavía a la Isla. Y vosotros tampoco deberíais. No os marchéis hasta que se ponga el sol, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —gritó Rickesh a su espalda.

—¡Prométemelo! —chilló Skandar, y Suerte del Pícaro despegó desde la plataforma más alta del Nidal.

El dúo descendió en picado cortando el aire hasta que viraron bruscamente para aterrizar junto a su casa del árbol.

Skandar ni siquiera se molestó en desmontar.

—¡Bobby! ¡Mitchell! ¡Flo! ¡Salid enseguida!

Primero apareció Bobby, y la expresión de su cara al ver a Skandar montado sobre Pícaro fue casi cómica.

—¿Cómo has conseguido recuperarlo? —preguntó con recelo—.

¿No bastaba con una ladrona de unicornios en tu familia?

—Muy graciosa —repuso Skandar—, pero eso no importa ahora. Escucha, creo que lo he averiguado.

—¿Averiguado el qué? —preguntó Flo, bostezando mientras salía de la casa del árbol. Entonces vio a Pícaro sobre la plataforma y soltó un chillido de emoción.

Mitchell todavía estaba poniéndose las gafas cuando apareció.

—¡Creo que sé dónde está la entrada de la tumba!

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Dónde? ¿Ése es... Pícaro? —Mitchell pestañeó.

—¡La Cala del Pescador! Es allí donde la corriente arrastró al primer jinete. Era pescador, ¿os acordáis? «Donde antiguos espejos lloran por barcos hundidos...» Cuando me trajo a la Isla, Agatha me contó que a los marineros les resultaba casi imposible desembarcar en esa cala... ¡debajo de los Acantilados Espejo! ¿Lo veis? Y «sus primeros y últimos pasos...» Seguramente dio sus primeros pasos en esa cala y tal vez...

—También los últimos... ¿de camino a la tumba? —Bobby estaba prácticamente dando brincos, ansiosa por pasar a la acción.

—¿Y lo del «canto del cisne del espíritu silenciado»? —preguntó Flo.

Skandar respiró hondo.

—Vale, esto puede sonar un poco egocéntrico, pero creo que esa parte de la canción veraz podría ser sobre mí.

Bobby suspiró con dramatismo, pero con un gesto instó a Skandar a continuar.

—Creo que habla de cómo Canto del Cisne Ártico me trajo volando a la Isla. Pero también de que, de algún modo, yo impedí la muerte del elemento espíritu en la Isla, ¿no? Que fuera «silenciado...» ¿al venir aquí, al hacer aquel trato con Aspen McGrath el año pasado?

—¿Y Agatha y Canto del Cisne te dejaron en la Cala del Pescador? —preguntó Mitchell; por una vez era él quien intentaba seguir el razonamiento.

—¡Sí! ¡Debajo del Criadero! Tenemos que irnos. ¡Ya!

El caos reinaba en el Nidal mientras los monitores corrían de acá para allá, preparándose para la inminente evacuación en medio de los destrozos causados por las posesiones de la noche anterior. En cuestión de minutos, el cuarteto se había puesto la armadura, y Pícaro, Halcón, Puñal y Roja se alejaban a toda velocidad de la colina del Nidal, poniendo rumbo directamente a los Acantilados Espejo.

En cuanto los cuatro unicornios se dispusieron en su habitual formación de vuelo, Puñal empezó de repente a chillar y a bramar, tan fuerte que a Skandar le pitaron los oídos.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Mitchell a Flo, alarmado y con el casco ladeado.

Pero Flo estaba riendo.

—¡Está feliz! Se preocupó muchísimo cuando separaron a Pícaro y a Skandar, pero ¡ahora está contentísimo de que todos estemos juntos de nuevo! Creo que por fin ha entendido que él también es parte de este cuarteto. Que sin él no sería lo mismo. ¡Que aquí está su sitio!

Bobby tampoco pudo evitar sonreír.

—¡Mira tú por dónde! —gritó por encima del ruido del aleteo de sus unicornios—. Al final va a resultar que Puñal empieza a divertirse justo cuando el mundo se acaba.

Y aquellas palabras los devolvieron a todos al presente. Al desastre que arrasaba con todo bajo sus pies. Era cierto. Sí que parecía que el mundo se acababa. La devastación mágica que Skandar veía por encima de las alas de Pícaro era aterradora: al menos un cuarto de Cuatropuntos estaba en llamas, y en el aire resonaba el temblor constante de los desprendimientos de tierras y los terremotos. Skandar no podía culpar a la comodoro Kazama por intentar mantener a su población a salvo con la evacuación.

Cuando los cuatro unicornios sobrevolaron el Criadero, Skandar vio el trozo que faltaba en la cima del acantilado, allí donde dos de los Acantilados Espejo se habían derrumbado. Luego, antes de poder darse cuenta, habían alcanzado los confines de la Isla, y el cuarteto descendió en picado hacia la Cala del Pescador.

Pícaro aterrizó a cierta distancia de Roja, Puñal y Halcón, y Skandar se concedió unos segundos para dejarse llevar por el pánico. El sol ya estaba bien alto en el cielo. ¿Cuántas horas de solsticio les quedaban, antes de que el sol se pusiera? Estaban lejísimos del árbol del Nidal, ¿seguro que la entrada de la tumba estaba allí? ¿Cuánto tiempo tardarían en encontrarla, por no hablar del báculo de hueso? ¿Y si no eran capaces de «ganar la batalla», como el bardo había previsto en su canción veraz?

—¡Eres un genio! ¡Un auténtico genio!

La voz de Bobby sacó a Skandar del momento de pánico. No podía estar hablando con... ¿Era posible que estuviera piropeando a Mitchell?

—Tengo mis momentos... —dijo Mitchell, esforzándose por no sonreír de oreja a oreja—. Pero es que lo he visto claro en cuanto he aterrizado. Esta parte del Acantilado Espejo no me refleja bien: aparezco demasiado ancho y torcido, y Roja parece que haya encogido un poco. El panel reflector ha debido de doblarse y deformarse cuando los otros acantilados han caído.

—¿Estás seguro de que es eso? —preguntó Flo mientras Skandar se acercaba corriendo para ver de qué iba todo aquel jaleo.

—Si reventamos esa parte del espejo, apuesto a que detrás no hay sólo acantilado. Podéis creerme, tiene un aspecto distinto al resto.

La herida de Cría de Flo refulgió de verde al instante y, con magia de tierra, creó una jabalina con una punta de pedernal afilado.

Y antes de que ninguno de ellos pudiera siquiera parapetarse, la lanzó directamente al Acantilado Espejo.

El cristal estalló, las esquirlas afiladas volaron hasta aterrizar sobre los guijarros de la playa y reflejaron fragmentos de cielo azul.

—¡Diluvios diletantes, Flo! Habría sido un detalle avisarnos —gritó Mitchell, mientras le quitaba a Roja trocitos de cristal de las crines—. ¿Qué mosca te ha picado?

Bobby miraba a Flo fijamente, con una expresión de asombro y de respeto.

Flo se encogió de hombros.

—Soy diestra en tierra: unas veces soy sensata y otras me gusta lanzar rocas a las cosas.

Skandar miró hacia el acantilado. En vez de su reflejo y el de Pícaro, ahora lo único que veía era un túnel sombrío, justo lo suficientemente ancho para que por él entrara un unicornio.

Habían encontrado el camino que llevaba a la tumba del primer jinete.

KENNA

El solsticio de verano

Por fin llegó la tan esperada mañana del solsticio de verano y, de entre todas las personas del mundo en las que podría haber pensado, Kenna pensó en su padre. Pensó en lo que estaría haciendo hoy. Pensó en él recorriendo la calle mayor de Margate para comprar el periódico. Pensó en él poniéndole al café demasiado azúcar y removiéndolo mientras leía el último artículo que desglosaba los resultados de la Copa del Caos. Pensó en cómo había insistido en ser él quien remara para su encuentro con los unicornios en el mar, en lo orgulloso que se había sentido de ella...

Kenna tragó saliva. ¿Seguiría su padre sintiéndose orgulloso de ella después de la puesta de sol?

Desde su encuentro con Erika Everhart en la Tierra Salvaje, Kenna le había preguntado muchas veces si podía escribirle a su padre para contarle la buena noticia, que su querida «Rosemary» seguía viva. Pero Erika le había pedido que esperara. Todavía no era el momento.

Aunque una cosa estaba clara: Kenna sabía que a su padre jamás le habría parecido bien que montara el unicornio salvaje de su madre. Robert Smith siempre les había inculcado esa diferencia a sus hijos. Vinculados y salvajes. Los vinculados podías controlarlos. Los salvajes te comían. Con los vinculados podías competir. Los salvajes te mataban.

Aun así, cuando el unicornio salvaje de Erika Everhart atravesó como una centella la Tierra Salvaje, Kenna, que iba con las manos bien agarradas a la cintura de su madre, se olvidó de todos los miedos de Robert Smith. El solsticio había llegado. Por fin cabalgaban hacia su futuro. El futuro por el que ella había llegado hasta allí.

Erika aminoró el paso de su unicornio salvaje al recorrer la cima cubierta de hierba de un acantilado y, por primera vez, Kenna contempló la vista del Criadero. No sintió emoción ni asombro, como

había esperado, sino una honda tristeza, una desilusión eterna e inmutable. Su madre tenía razón: su sitio nunca estaría en aquella Isla, ella nunca sería como los demás. Y los odiaría por ello.

Se sintió desbordada por la amargura y la rabia. Ojalá pudiera aullar al cielo para siempre. Ojalá pudiera agarrar ese sol que se hundía y apretarlo hasta que estallara en mil pedazos.

En ese momento, como si la Isla comprendiera la agitación que la invadía hasta los tuétanos, la cima del acantilado tembló con violencia, se oyó un trueno ensordecedor y, como un puño elemental abrasador, un rayo cayó e hizo blanco en el Criadero.

Una grieta se abrió en la ladera del montículo cubierto de hierba, como unas fauces abiertas de par en par en la tierra. Kenna se aferró a la mortaja negra de su madre cuando el unicornio salvaje se encabritó, regodeándose con la destrucción.

Erika reía con una risa aguda y estridente.

—¡Bueno, pues eso me pone las cosas mucho más fáciles!

A Kenna se le erizó todo el vello de los brazos cuando su madre empezó a cantar:

Pero hay otra fuerza que crece en esta Isla:
del oscuro amigo del espíritu fiel sucesor.
Y la tormenta que traerá al despertar
acabará con todo lo conocido en su afán destructor.

—Nunca he tenido una gran fe en las canciones veraces —dijo Erika mientras avanzaban hacia la herida abierta en la ladera del Criadero—, pero tengo que reconocer que me encanta esa estrofa.

Y entonces ya no hubo tiempo para la vacilación ni la pena. Ni lugar para las preocupaciones por lo que diría su padre, o Skandar, o incluso la Kenna de su niñez, la que había soñado que un día abriría una puerta a una nueva vida.

Lo único que había era aquello. La decisión que estaba tomando, el futuro que estaba eligiendo.

18

A falta de uno

A los unicornios no les gustaba estar dentro del túnel. Pícaro estaba todo el rato intentando dar media vuelta, y obligaba a Skandar a hacer todo lo posible para no arañarse las rodillas con el interior rocoso. Olía a sal y a humedad, y a muy antiguo. La abertura por la que habían entrado iluminaba el camino por el momento, pero el túnel se oscurecía a cada paso. El malestar de Pícaro le hacía preguntarse a Skandar si su unicornio sabría algo que él no supiera respecto a lo que aquel camino les deparaba.

—Entonces... ¿creemos que es una batalla metafórica? —preguntó Flo, y su voz resonó en el túnel.

—Sí —contestó Skandar, más que nada para intentar tranquilizarse a sí mismo—. Quiero decir, el primer jinete murió hace miles de años, ¿no? —Intentó no pensar en la teoría del fantasma vengador de Rickesh.

Como de costumbre, Mitchell parecía más preocupado por lo que ocurriría luego, cuando recuperaran el báculo de hueso. Hablaba entre dientes de llevar el báculo a las líneas de falla, planeaba las rutas más rápidas para regresar al Nidal...

Bobby, mientras tanto, se había sacado un sándwich del interior de la armadura.

—¿Cómo puedes comer en un momento así? —le preguntó Flo—. ¡Podrían atacarnos en cualquier momento!

—Creía que habías dicho que la batalla era metafórica...

De pronto, todo el acantilado tembló, y el temblor envió desde el techo del túnel pedazos de roca que se estrellaron contra el suelo. Bobby limpió los restos que habían caído en la corteza del pan y se la dio a Halcón para que se la comiera.

Se les acababa el tiempo. Skandar dio unas palmaditas en el cuello

de Pícaro y lo animó a seguir adelante. El unicornio negro plantó los cascos en el suelo y se negó a moverse.

—¡Vamos, chico! Sé que no te gusta estar aquí dentro; a mí tampoco...

—¿Qué es eso?

La voz de Mitchell sonó aguda y muy seria, y a Skandar ese tono le produjo un escalofrío en la espalda. Levantó la vista.

Delante de ellos, un unicornio en llamas les cortaba el paso. Aunque, al mirarlo dos veces, Skandar no supo muy bien de qué se trataba exactamente. La criatura chisporroteante estaba hecha de fuego y nada más que de fuego. No había piel, ni crines, ni pezuñas... Sólo un fuego de rugientes llamas naranjas.

—¿Creéis que está aquí para ayudarnos o para matarnos? —susurró Bobby.

Como si le respondiera, las llamas del cuerpo del unicornio empezaron a crecer a lo alto y a lo ancho, hasta que perdió por completo su forma y el túnel que se abría delante de ellos empezó a arder como un infierno abrasador. El calor le chamuscó la piel a Skandar, y Pícaro chilló asustado.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó Flo entre carraspeos y toses mientras su unicornio plateado retrocedía varios pasos desde el fuego.

—Creo que está claro que es por ahí —dijo Skandar en cuanto estuvieron a una distancia segura de las llamas enfurecidas.

—¿Crees? —repuso Bobby sarcásticamente—. Menos mal que tenemos de nuestro lado al ave más lista del corral.

—Ése ya lo has usado antes —contraatacó Skandar.

Aun así, estaba muy nervioso. Era la primera vez que veía magia elemental causando estragos por sí sola. Se preguntó si no habría alguien controlándola al otro lado de las llamas.

—¿Creéis que es la reina de los unicornios salvajes? —preguntó Flo con voz atónita.

—Creo que es una de las formas de la reina de los unicornios salvajes —respondió Mitchell—. La tumba debe de estar más adelante. Es imposible que ya estemos debajo del Nidal. Creo que tendremos que atravesar esas llamas.

—¡Espera un momento! —exclamó Bobby—. Sois mi cuarteto y os quiero y todo eso, pero no estoy dispuesta a caminar literalmente a través del fuego por vosotros.

—No tendrás que hacerlo. —Mitchell rechinó los dientes—. Yo soy el único diestro en fuego del grupo. Soy el único que puede acercarse a eso.

—¡No, Mitchell! —gritó Flo—. Es demasiado peligroso. ¿No

podemos intentar apagarlo entre todos con ataques acuáticos?

—La magia es demasiado fuerte; puedo sentirla. Y no creo que sea así como funciona este camino. No me pasará nada —respondió él—. He estado leyendo todo lo que he encontrado sobre canciones veraces y bardos, básicamente todas las cosas en las que mi padre no cree. La magia dentro de este túnel... es antigua. Es el tipo de magia sobre la que cantan los bardos.

Bobby puso los ojos en blanco.

—Ah, usted perdone. No me había dado cuenta de que llevabas todo este tiempo leyendo sobre unicornios endemoniados en llamas. ¡Ojalá lo hubiéramos sabido antes!

—No, Roberta —repuso Mitchell, por una vez con paciencia—, pero llevamos todo el año modelando armas hechas de magia, y creo que eso es lo que puedo hacer en este caso. Si Delicia de la Noche Roja y yo colaboramos con la magia de fuego e intentamos modelarla, tal vez podamos contenerla para que vosotros paséis.

—Mitchell —empezó a decir Skandar—. No estoy seguro...

—Sé que tengo razón —lo interrumpió el jinete—. Déjame intentarlo, ¿vale?

Mitchell avanzó a lomos de Roja hacia el infierno abrasador que taponaba el túnel. A Skandar le habría gustado que Ira Henderson pudiera ver a su hijo justo en ese momento, y que por una vez se diera cuenta de lo valiente y generoso que era. Le habría gustado que pudiera ver que su hijo valía para mucho más que para ser comodoro.

La palma de Mitchell resplandeció de un intenso rojo cuando lanzó su propia magia hacia la bola de fuego que se alzaba ante él. Empezó a mover la palma de un lado a otro, confiriéndole a sus propias llamas la forma de una tormenta de fuego circular. Roja, con las crines enredadas y el pelaje tan desaliñado como solía llevarlo antes, se encabritó ante el fuego, y sus cascos se sumaron al incendio devastador para ayudar a su jinete. Skandar no podía ver la cara de su amigo, lo único que veía eran sus brazos, que temblaban por el esfuerzo de intentar controlar la magia. Hasta sus dedos parecían estar agotando las fuerzas.

Entonces Mitchell miró por encima del hombro y bramó:

—¡Adelante a la de tres! ¿De acuerdo?

—¿Adelante, dónde? —gritó Bobby.

Pero Mitchell ya se había dado la vuelta de nuevo hacia las llamas que tenía delante, y con la mano derecha lanzó un puñetazo al aire.

—¡Uno! —gritó.

Y dio otro puñetazo.

—¡Dos...!

Y dio un tercer puñetazo.

—¡Y tres!

Un círculo se abrió en medio de la tormenta de fuego abrasador, dejando un hueco lo bastante grande para que un unicornio lo cruzara de un salto.

—¡Adelante! —aulló Mitchell.

Halcón fue la primera. Pese a sus protestas previas, Bobby se mostró muy serena al cruzar el incendio de un salto y aterrizar limpiamente al otro lado. A través del fuego, Skandar apenas podía distinguir la figura de Bobby, ennegrecida por el humo, que agitaba la mano contenta, como si simplemente estuvieran de excursión. Flo y Puñal fueron los siguientes y también salvaron el obstáculo.

—¡¿Qué vas a hacer tú?! —le gritó Skandar a Mitchell. Las llamas lamían peligrosamente el agujero de la tormenta de fuego.

—¡Yo me quedo aquí, sujetando esto para cuando volváis! —respondió a gritos Mitchell, forzando la voz por el esfuerzo.

—¿Estás seguro?

—¡VAMOS! —gritó Mitchell.

Así que Skandar dirigió a Pícaro hacia las llamaradas y lo hizo saltar justo por el centro. El agujero se cerró detrás de la cola de Pícaro.

—¿Creéis que eso es todo? ¿Se acabó el fuego enloquecido? —se preguntó Skandar, volviendo la vista atrás para intentar divisar a Mitchell. Pícaro también chilló para llamar a Roja, y el eco de su desasosiego retumbó por todo el túnel.

Bobby tosió ceniza.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —farfulló, y Halcón fue la primera en adentrarse aún más en el túnel.

Flo y Puñal las siguieron, pero sin dejar de volver la vista atrás.

—Ojalá no tuviéramos que dejar ahí a Mitchell...

—Lo sé —murmuró Skandar—. A mí tampoco me gusta.

—¡Hey, vosotros dos! —los llamó Bobby desde más adelante—. Adivinad a quién le toca ahora.

Skandar sólo logró distinguir al unicornio de aire durante una milésima de segundo. Su forma era mucho más difícil de distinguir que la de la criatura en llamas que se les había aparecido antes: su silueta despedía chispas de electricidad, mientras que el resto de su cuerpo era tornado puro y succionaba la roca del túnel que había a su alrededor.

—Allá que vamos —gritó Bobby, con su flequillo moreno alzándose al viento.

La criatura volaba deshaciéndose en mil pedazos por la fuerza de

su propia tormenta, con un sinfín de pequeños tornados que se arremolinaban dentro de aquel reducido espacio. Y, por si atravesar aquello no fuera ya de por sí difícil, cada dos por tres se producía una explosión de culebrinas que iluminaban el túnel.

—¿Crees que podemos cruzarlo al galope? —le preguntó Skandar a Bobby—. ¿Esquivar la tormenta eléctrica?

—Ni en broma. Los tornados nos ralentizarían, y luego un relámpago nos freiría. A ver qué se me ocurre.

Skandar y Flo aguardaron mientras Bobby cavilaba entre dientes. Skandar no podía evitar preocuparse por el tiempo. Estaban tardando demasiado. Si la Isla empezaba a autodestruirse, no quería que les pillara precisamente atrapados en ese túnel.

—¡Vale, escuchadme bien! —gritó Bobby, interrumpiendo la espiral de miedo de Skandar—. Voy a seguir el ejemplo de Mitchell y voy a conjurar mis propios tornados. Si calculo bien el tiempo, creo que puedo usar mi magia para interrumpir el flujo de aire que tenemos delante y hacer que los tornados reboten unos con otros y se anulen... —Miró a Skandar y sonrió—. Como en uno de aquellos antiguos videojuegos.

—Pero... ¿y los relámpagos? —objetó Flo, pegando un salto en el momento en que otro más se estrellaba contra el suelo del túnel, estallando como un disparo.

—Siguen un patrón —contestó Bobby—. Si pasáis cuando yo os lo diga, llegaréis hasta el otro lado de la tormenta sin que os frían.

—Bobby... —Flo tenía cara de pavor.

—Confía en mí, Florence. Soy la mejor jinete del año, ¿recuerdas?

—Y la más humilde —añadió Skandar, intentando quitarle hierro al asunto. Lo cual no era precisamente fácil, teniendo en cuenta que estaban dentro de un túnel que intentaba acabar con ellos.

Halcón y Bobby se enfrentaron a la tormenta eléctrica, con la palma de la joven jinete refulgiendo de un intenso amarillo. Uno, dos, tres tornados salieron volando desde su mano, pero no dieron vueltas al azar como la magia de aire que se alzaba ante ellos. Bobby lo tenía todo bajo control, y con el más mínimo movimiento de su muñeca enviaba los tornados hacia donde ella quería. Cuando se hacían demasiado grandes o demasiado pequeños, volvía a modelar el aire como si fuera arcilla en un torno. Skandar se dio cuenta de que no había apreciado de verdad la belleza del elemento aire hasta ese momento.

—¡Habrá tres relámpagos más! —gritó Bobby, sin quitarles ojo a sus tornados, que rebotaban contra la magia del túnel y la apartaban cada vez más hacia los lados, creando de ese modo un paso franco a

través de la tormenta—. Y no esperéis el tradicional a la de tres de Mitchell Henderson. Cuando yo diga «ahora» es ahora.

—¡Entendido! —respondió Skandar a voz en grito, con el viento bramando en sus oídos.

Flo asintió con determinación.

Flash. ¡Bum!

Flash. ¡Bum!

Flash. ¡Bum!

—¡AHORA! —aulló Bobby.

Puñal de Plata y Suerte del Pícaro salieron disparados dejando atrás a Ira del Halcón, cruzando como un rayo el atajo sin viento que Bobby había abierto en medio de la magia.

Flash. ¡BUM! A Skandar se le erizaron todos pelos de la nuca cuando un rayo fue a estrellarse justo detrás de él. Flo empezó a volverse sobre su montura.

—¡No mires atrás! —le gritó Skandar—. ¡No te pares!

Flash. ¡BUM! El segundo relámpago. Flo gritó para instar a Puñal a ir más rápido. Bobby no era la única que se había aprendido el patrón. Tenían que vencer al tercer rayo, que les esperaba al final de la tormenta.

Flash. ¡BUM!

Skandar y Flo se quedaron sin resuello al ver cómo se estrellaba el tercer relámpago. Bobby chilló de entusiasmo desde el otro lado de la tormenta eléctrica, mostrándoles el pulgar en señal de aprobación.

—¿Crees que habrá un unicornio elemental para cada uno de nosotros cuatro? —preguntó Flo, viendo cómo Bobby manejaba sus tornados.

—Es posible —respondió Skandar. Y en su cabeza resonó una frase de la canción veraz de Jamie—: «Los cinco han de seguir sus primeros y últimos pasos...»

Cinco. Tenía sentido. Allí abajo, en el camino que conducía a la tumba del primer jinete, daba la sensación de que la magia era antigua, como si perteneciera a una era anterior. Anterior a los prejuicios contra el elemento espíritu. Lo que significaba que, si había cinco unicornios, les faltaba un jinete. Les faltaba un diestro en agua.

Skandar no tuvo el valor de comentarle a Flo aquel problema. Aún no.

Con la mitad de su cuarteto atrapado detrás de ellos, Skandar y Flo prosiguieron en medio de aquella quietud espeluznante. El lejano fulgor del fuego y los destellos de electricidad iluminaban la oscuridad del túnel detrás de ellos.

—¿Sabes lo que a veces me gustaría? —dijo Flo. El túnel tenía el

ancho justo para que el unicornio de espíritu y el plateado caminaran hombro con hombro, aunque de vez en cuando sus armaduras entrechocaban y el estruendo retumbaba a lo largo de la galería.

—¿Qué?

—Me gustaría que tú y yo fuéramos normales y corrientes. A veces cierro los ojos y nos imagino distintos. Me veo a mí misma rompiendo el cascarón de mi huevo, y entonces mi unicornio nace castaño, no plateado. Luego te veo caminar por las líneas de falla, y la mancha de Pícaro no es más que una marca y tú eres de verdad un diestro en agua.

—Pero entonces no seríamos nosotros, Flo.

Skandar pensó de repente en Bobby, y en la extraordinaria magia que acababa de crear. Pensó en la valentía de Mitchell y en cómo había sido el primero en enfrentarse al desafío del túnel. Pensó en Flo lanzándose de cabeza al estadio del Bastión para montarse en un unicornio salvaje. Pensó en cómo Amber lo había arriesgado todo para rescatar a Suerte del Pícaro y devolvérselo...

—Y creo que lo cierto es que... —continuó—, creo que lo cierto es que, en todo el mundo, no hay nadie normal y corriente. Es como un arma de espíritu. Te la puedes imaginar como un arma normal y corriente, pero en realidad no existe. O al menos no del todo. Así que creo que más nos vale intentar ser todo lo extraordinarios que podamos.

—A ver, dicho de esa forma parece facilísimo —suspiró Flo, sin quitarle ojo al túnel que tenían delante—, pero no lo es. Es difícil, Skar.

—Bueno, pues mira lo que te digo —repuso Skandar, intentando darle ánimos—: en cuanto acabemos de luchar para llegar al final del túnel y consigamos el báculo de hueso y salvemos la Isla, podemos hacer algo normal y corriente.

Flo se echó a reír.

—¿Como qué?

—Ah, no sé, algo aburrido. —Era maravilloso, aunque fuera por un instante, mantener aquella estúpida conversación en medio de aquel túnel antiquísimo. Puede que simplemente estuviera delirando por el miedo.

Flo ahora reía con ganas.

—En realidad no se te ocurre nada, ¿verdad?

Skandar también reía.

—Claro que sí. Dame... dame sólo un minuto y...

—¡Skar! —La risa de Flo se apagó de repente.

Aquel unicornio elemental no tenía nada que ver con lo que

Skandar se había esperado. Había estado pensando que tal vez estuviera hecho de rocas afiladas, o de tierra, pero aquella extraña criatura en forma de unicornio estaba hecha totalmente de arena, como un impresionante castillo hecho en la playa.

—Intentemos cruzarlo sin más —propuso Flo. Pero en cuanto Puñal dio un paso adelante, el unicornio de arena se desmoronó sobre el suelo de la galería. De repente, los granos amarillos caían en cascada desde todas las superficies del túnel, como una fuente de arena.

Skandar cayó en la cuenta de lo que sucedía demasiado tarde.

—¡Se está llenando! ¡Acabará cortándonos el paso! —gritó.

El muro de arena que tenían delante ya llegaba a la altura del pecho de Puñal. Era como si estuvieran atrapados dentro de un reloj de arena gigantesco. La arena achicharraba, como si llevara miles de años cociéndose en la playa. En cuestión de segundos había llenado por completo el túnel que tenían delante.

Pero Flo mostraba una expresión de determinación en el rostro, y su palma ya refulgía de verde. Unos misiles de roca afilada explotaron contra el muro de arena mientras la diestra en tierra lanzaba el brazo hacia delante y hacia atrás una y otra vez. Puñal no tardó en entender la idea y empezó a disparar diminutas rocas por el cuerno. Sin prisa, pero sin pausa, Flo estaba creando una abertura.

Sus dientes rechinaron.

—Vale, Skar. Ya casi he acabado. En cuanto tenga un hueco por dónde empezar, crearé mi propio túnel de arena y mantendré el agujero lo bastante ancho como para que tú y Pícaro podáis pasar por él. Es como cavar en la playa. —Tragó saliva—. O eso espero.

—Pero ¡esa arena pesará muchísimo! —gritó Skandar por encima del chorreo constante de arena caliente que se derramaba por todas las paredes del túnel.

—Puede que Bobby sea la mejor jinete, Skar, pero yo tengo un unicornio plateado. Puñal y yo somos fuertes. Podemos con esto.

Flo envió al túnel de arena otra ráfaga de rocas, que fue explotando hasta llegar al otro extremo. Se abrió una rendija de luz.

—¿Y si yo solo no puedo hacerlo? —dijo de repente Skandar—. No soy diestro en agua. ¿Y si no puedo llegar al báculo de hueso? ¿Y si...?

—Tú puedes con todo —respondió Flo—. Eres Skandar Smith. —Y lo afirmó con tantísima convicción que, al menos en ese instante, Skandar la creyó.

A Flo le temblaban los brazos por el esfuerzo de sujetar la arena a la vez que su propia magia de tierra se arremolinaba y se expandía, y a Skandar le vino una imagen a la cabeza: Kenna y él en la playa de

Margate. Llevaban horas construyendo un castillo de arena fortificado cuando de repente Kenna cayó en la cuenta de que el mar llegaría y lo arrasaría. A toda velocidad, empezó a amontonar arena, en un intento desesperado de levantar un muro contra una marea que, le gustara o no, al final acabaría venciendo. Por un instante, el recuerdo fue tan real que Skandar habría jurado que incluso podía oír la risa de su hermana mientras el mar se apresuraba a alcanzar los dedos de sus pies.

—¡Skar, es ahora o nunca! —gritó Flo.

Skandar se deshizo de su recuerdo de infancia mientras el fantasma de la risa de su hermana seguía retumbando por todo el túnel. Tenía que concentrarse. Sus amigos contaban con él.

Pícaro no quería de ninguna de las maneras entrar en el túnel de arena. Quemaba tanto que Skandar decidió lanzar un chorro de agua por la palma de la mano y empaparlos a los dos mientras entraban. Pícaro chilló al sentir el miedo que Skandar sentía. ¿Se sostendría el túnel? ¿Aguantaría lo suficiente? Intentó no imaginarse todas aquellas toneladas de arena que había encima derrumbándose sobre ellos.

Emprendieron el camino despacio. El hueco era demasiado estrecho para arriesgarse a moverse más rápido que al trote.

—¡Skar! —gritó Flo con voz temblorosa—. ¡No sé cuánto tiempo podré aguantar!

—¡Ya casi hemos llegado! —respondió Skandar a gritos, sin darse la vuelta—. Faltan unos pocos metros.

Flo chilló y Skandar cometió el error de mirar hacia atrás.

El túnel de arena se estaba derrumbando a su espalda. Ya no veía a Flo, que había quedado atrapada al otro lado, pero era cuestión de segundos que la cascada de granos calientes los arrastrara a él y a Pícaro hasta sus hirvientes profundidades.

—¡Pícaro, vamos!

Al unicornio negro no le hizo falta que se lo dijeran dos veces. La arena ardiente ya había empezado a caer sobre sus cuartos traseros y sus alas recogidas cuando decidió mandar al traste la prudencia y galopar hacia la abertura.

Lo habían logrado. Por los pelos. A Pícaro se le quedó uno de los cascos traseros atrapado en el remolino de arena, pero consiguió sacarlo justo antes de que el agujero se cerrara.

—¡Skar! ¿Estás bien? —La voz de Flo le llegó amortiguada.

Skandar suspiró de alivio. Su amiga estaba bien. O por lo menos todo lo bien que cabía esperar.

—¡Estoy bien! —respondió él a gritos—. ¡Lo conseguí!

—Este sitio no me gusta ni un pelo...

—¡A mí tampoco! —repuso él medio riendo—. Voy a seguir adelante, ¿vale? Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

—¡Intentaré despejar el camino de alguna forma para que podamos volver a casa! —gritó ella.

«Casa», pensó Skandar. Sólo esperaba que su casa siguiera existiendo allí afuera.

Ni siquiera había tenido tiempo de sacudirse toda la arena del pelo cuando un unicornio de agua de un azul intenso empezó a rielar unos metros más adelante. La criatura elemental parecía irreal, como un espejismo, casi transparente frente a la roca del túnel. Skandar parpadeó y el unicornio se desmoronó en el suelo. El agua empezó a salpicar contra las paredes del túnel y luego, como sorprendida en medio de una terrible tormenta, se retorció hacia arriba, luchando contra una fuerza invisible a la vez que se transformaba en un gigantesco maremoto ante los ojos de Skandar.

El joven jinete deseó con todas sus fuerzas ser un verdadero diestro en agua... Y no era la primera vez que lo deseaba. Ojalá se les hubiera ocurrido traer a Kobi, o a Rickesh. Acababa de ver al comandante de los grinos aquella misma mañana. Hasta ahora los obstáculos elementales habían sido brutales, y Skandar no tenía ni idea de cómo...

La ola estaba encrespándose a un lado del túnel, la espuma blanca silbaba en lo alto de la cresta. ¿Y qué hacen las olas después de llegar a la cresta?

Rompen. Y esta ola en concreto iba a romper justo hacia donde estaban él y Pícaro.

Skandar conjuró en su palma el elemento agua, aunque no tenía ni idea de cómo iba a impedir que la ola los arrastrara hasta la pared de arena. El olor del elemento, a sal, a menta y a pelo mojado, se atragantó en su garganta por culpa del pánico.

«¡Vamos, Skandar, piensa! —se dijo a sí mismo—. ¿Qué sabes hacer? ¿Qué se te da bien?»

Pícaro, que obviamente pensaba que no era el momento ideal para que su jinete mantuviera una conversación consigo mismo, apuntó con el cuerno hacia el agua que se acercaba a toda velocidad y agitó las alas asustado.

Alas... La mano de Skandar fue a posarse sobre la pluma de peregrino metálica que llevaba bajo la armadura.

Debía luchar... o volar. Dadas las circunstancias, sin duda tenía más posibilidades si volaba. Era miembro de la Sociedad Peregrina, la brigada voladora de élite del Nidal...

De repente, se le ocurrió un plan.

La ola se encrespó y la cresta empezó a descender hacia ellos, y, tal como se esperaba, el agua se curvó al caer, creando un túnel hueco de aire limpio y sin agua. El lugar que los surferos de más talento soñaban con atravesar sobre su tabla.

Skandar nunca había tenido una tabla de surf, pero sí tenía un unicornio...

Y él y su unicornio iban a atravesar volando justo el centro de la ola.

Una sacudida de entendimiento recorrió el vínculo. Pícaro también había visto la oportunidad de escapar del agua y sus emplumadas alas negras se abrieron de golpe. Uno, dos, tres aleteos y el unicornio negro despegó prácticamente desde cero y se lanzó directo hacia la espiral de la ola, con el agua espumeando y salpicando desde todos los ángulos.

En cuanto estuvieron a la altura de aquella galería acuática, Skandar decidió conjurar los elementos agua y espíritu en el vínculo, uno al lado del otro. Si iban a atravesar volando aquel remolino de agua, más les valía unirse a ella.

Pícaro movió las alas hacia atrás con fuerza, y entonces...

¡WHOOOSH!

El unicornio negro entró disparado como una bala por el rizo de la ola. El agua los envolvía por todas partes. Sin prisa, pero sin pausa, las crines de Pícaro, y luego todo el cuello, todo el pecho, la cabeza, las patas, los cascos, los cuartos traseros y por último la cola se convirtieron en agua, igualándose así al unicornio de agua reluciente responsable del obstáculo.

El agua daba vueltas y rugía a su alrededor, como si estuviera enfadada porque se hubieran burlado de ella. Mientras rozaba con la rodilla los bordes de la ola encrespada, Skandar casi era incapaz de distinguir qué agua de aquel tsunami pertenecía a la ola y qué parte pertenecía a su unicornio. Sintió que la duda empezaba a colarse con sigilo en su cabeza mientras la gigantesca ola los envolvía por completo. «No sé si podremos hacerlo, chico...» Pero Pícaro inyectó tranquilidad en el vínculo y tomó la iniciativa: con un ala rozó la cresta de la ola y con la otra apuntó hacia abajo, desviándose levemente hacia un lado para dirigirlos a través del agua, y Skandar apenas se dio cuenta de que el casco le salía volando de la cabeza cuando la ávida ola lo reclamó como premio.

Un nuevo impulso de las alas de Pícaro. Y...

—¡Uauuuuu! —gritó Skandar. Estaban fuera. Estaban calados hasta los huesos, pero estaban fuera. La sensación le recordó a su primer paseo por las líneas de falla, dos años atrás.

Aterrizaron al otro lado y, poco a poco, Pícaro fue recobrando su color negro habitual, como tinta que se propaga por un charco de agua.

El unicornio sacudió las alas.

—¡Hey! —Skandar se echó a reír cuando Pícaro lo salpicó de arriba abajo, aunque ya estaba totalmente empapado.

Entonces miró al frente por primera vez. Habían llegado al final del túnel. Una gran puerta redonda, casi idéntica a la del Criadero, aguardaba delante de él.

El joven jinete desmontó. Sabía lo que tenía que hacer.

Con las riendas de Pícaro en la mano izquierda, tendió la palma derecha y apoyó su herida de Cría sobre la redonda puerta de granito. Por un instante, el único sonido audible fue el de su pesada respiración, perfectamente acompasada con la de Pícaro.

Y entonces la puerta de la tumba se abrió chirriando.

19

El jinete fantasma

Skandar condujo a Pícaro a través de la entrada circular, con el corazón latiéndole desbocado en el pecho. La tumba era un óvalo gigantesco, con un suelo de tierra compactada que despedía un olor muy parecido al del pino fresco del Nidal, en la que descansaban unas piedras de colores que representaban los símbolos de los cinco elementos. A través del techo de barro sobresalían un montón de raíces: un bosque invertido de extremidades atrofiadas, que se retorcían y se entrelazaban, no muy distintas de las estalactitas de la cámara interna del Criadero. Skandar tragó saliva. La inmensidad del sistema de raíces confirmó lo que horas antes había adivinado: la tumba estaba debajo del gran árbol de entrada del Nidal, con sus coloridas hojas elementales, así que sin duda alguna pertenecía a ambos, al primer jinete y a la reina de los unicornios salvajes.

Aun así, aquello era muy extraño: mientras él y Pícaro exploraban el espacio ovalado, Skandar se dio cuenta de que allí no había ninguna tumba, ni por supuesto ningún báculo de hueso. Lo único que realmente destacaba estaba en el centro de la sala. Un montículo de tierra, más fresca y más oscura que la del resto del suelo.

El silencio allí dentro era sepulcral, demasiado intenso; era un tipo de silencio que Skandar jamás había oído. Le daba la impresión de que le presionaba los oídos. Le hubiera gustado que los demás estuvieran allí con él: Mitchell se habría puesto a estudiar las piedras elementales, Flo habría dicho algo tranquilizador, y Bobby habría hecho algún comentario sarcástico sobre el hecho de haber llegado hasta allí con tanto esfuerzo para que al final no hubiera nada.

Se acercó al montón de tierra, con Pícaro a su lado. Al meter dentro las pezuñas, sin embargo, el unicornio pegó un tirón con el

cuerno y dio un paso atrás. La sacudida empujó ligeramente a Skandar hacia un lado y, al tambalearse, movió una de las piedras blancas que componían los círculos entrelazados del símbolo del espíritu que había en el suelo.

Tres cosas ocurrieron a la vez.

Pícaro chilló asustado, y el sonido retumbó por toda la tumba ovalada.

Las raíces que colgaban encima de sus cabezas empezaron a retorcerse, como si fueran brazos de esqueletos que repiqueteaban...

Y una deslumbrante unicornio blanca y su jinete salieron disparados del montículo de tierra, bloqueando la salida de la tumba.

Instintivamente, Skandar saltó a lomos de Pícaro. Juntos eran más fuertes. Siempre.

Mientras montaba, intentó aplacar el miedo que sentía y se preparó para mirar de nuevo a la unicornio de color blanco y a su jinete. Ambos brillaban con luz trémula, enfocados y luego desenfocados, sus cuerpos eran fluidos, y sus rasgos, borrosos. ¿Eran fantasmas? ¿Eran mágicos? ¿Eran reales o no lo eran?

Entonces el jinete fantasma empezó a hablar, y todo aquello pareció muy pero que muy real.

—Buscas mi báculo de hueso, diestro en espíritu. —De su boca salió un chorro de luz blanca, como si fueran palabras espectrales, pero su voz era fuerte. Humana.

La de Skandar apenas se asemejó a un balbuceo conmocionado al contestar:

—Sí, lo necesito... Lo necesitamos... Han matado a unicornios salvajes, y la magia... está destruyendo la Isla.

La unicornio del primer jinete se encabritó sobre sus patas traseras y dejó escapar un grito terrible y lastimero. El grito de un unicornio salvaje. Aunque su cuerpo fuera de un blanco resplandeciente, su cuerno era inconfundiblemente transparente.

—Eres... la reina de los unicornios salvajes —susurró Skandar cuando los cascos de la unicornio blanca volvieron a tocar el suelo.

—La última reina de los unicornios salvajes —confirmó el primer jinete—. Está furiosa porque han hecho daño a su manada. ¡Los jinetes tenían que DEJARLOS EN PAZ!

El resplandeciente rostro del primer jinete se crispó de rabia, y las últimas tres palabras sonaron tan fuerte que Skandar tuvo que taparse los oídos. Notó que Pícaro vibraba de miedo debajo de él cuando el bramido del primer jinete retumbó por todo el sepulcro.

—Lo siento —se apresuró a decir Skandar.

Estaba aterrorizado y desesperado. Pensó en sus amigos, que

estaban luchando contra la magia elemental dentro del túnel. Pensó en los grinos, que estaban arriba, en la Plataforma del Crepúsculo, preparándose para marcharse. Pensó en los cascarones más recientes, que quizá nunca llegaran a pisar el Nidal, y pensó en Kenna, atrapada en el Continente, con su unicornio predestinado en la Tierra Salvaje, allí, en la Isla, condenado para siempre. Todos contaban con él. Respiró hondo y se tragó su miedo.

—Siento lo que ha ocurrido, pero tengo que detener la destrucción mágica. De lo contrario, no quedará Isla alguna en la que vivir: toda la manada de la reina se quedará sin hogar. Se me acaba el tiempo. Necesito el báculo de hueso... La Isla lo necesita. Por favor, ¿puedes dármelo?

La carcajada del primer jinete sonó espantosamente hueca, la luz blanca se sacudía con cada sonido que emitía.

—El báculo de hueso tienes que ganártelo, Skandar Smith. No voy a entregarlo a cambio de nada.

—¿Por qué no? —preguntó Skandar, olvidando por un instante el miedo que tenía—. ¿No me has oído? La Isla va a destruirse. ¡No hay tiempo para juegos!

—El báculo de hueso tienes que ganártelo —repitió el primer jinete, como si Skandar no hubiera dicho nada.

—Pero ¿cómo puedo ganármelo? —suplicó Skandar, puesto que el primer jinete no le daba más opción que seguirle el juego.

Ante esas palabras, el resplandeciente jinete inclinó la cabeza con caballerosidad.

—En una justa de espíritu. Al mejor de tres rondas.

—¿Quieres... quieres competir en una justa?

Antes de responder, el primer jinete ya estaba ordenándole con un gesto que retrocediese hasta el extremo del óvalo.

—A la Isla sólo puede salvarla alguien digno del poder del báculo. Si dicho jinete no existe, en verdad ha llegado el final de la Isla. Por lo tanto, sólo si ganas en justa lid te entregaré el báculo de hueso.

—¿Y qué pasa con mis amigos? ¿Detendrás la magia del túnel? Porque todos esos unicornios de ahí afuera... son todos tú, ¿verdad? —Skandar se volvió hacia la reina de los unicornios salvajes.

El primer jinete contestó por ella.

—Si ganas, tú y tus amigos quedaréis libres y podréis marcharos.

Skandar tragó saliva.

—¿Y si ganas tú?

—La Isla se destruirá. Tus amigos se quedarán en el túnel, luchando. Y tú y Suerte del Pícaro os quedaréis conmigo.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Skandar, temiendo la

respuesta.

—Algo más que una eternidad.

—¿Y si me niego a competir en la justa? —preguntó Skandar, consciente de que aquello no era en realidad una opción. Tenía que salvar su Isla, su hogar; tenía que salvar a sus amigos. No iba a abandonarlos, pero su miedo le hizo preguntarse si había alguna escapatoria posible.

—Si te niegas, las consecuencias serán las mismas que si pierdes —aclaró el primer jinete.

Así que Skandar no tenía escapatoria, por mucho que lo deseara.

La reina de los unicornios salvajes ya estaba piafando en el suelo con sus cascos relucientes, lista para el ataque. Skandar agarró con fuerza las riendas de Pícaro, con el miedo arañándole el pecho. ¿Cómo iba él a vencer al primer jinete, al jinete que había fundado el Nidal, y a una reina de los unicornios salvajes? Una vez más, deseó que Bobby, Flo y Mitchell estuvieran allí con él. No quería hacer aquello solo. Ni siquiera llevaba escudo.

A pesar de lo que el primer jinete había dicho, a Skandar sí que se le pasó por la cabeza intentar huir de la tumba junto a Pícaro. Por supuesto que sí. Pero sólo por un segundo. La Isla era su hogar, y algún día tal vez podría ser también el de Kenna. La idea de que los unicornios tuvieran que marcharse de aquel lugar mágico, de que a los jinetes los reagruparan por elementos, de que separaran a los cuartetos... Aquello significaría que jamás vería de nuevo a sus amigos. Y Skandar no iba a permitir que eso ocurriera sin antes luchar con todas sus fuerzas.

Así que, cuando las fantasmales formas blancas del jinete y la unicornio sepultadas en aquella cueva empezaron a fluir hacia él, ¿qué otra cosa podía hacer, salvo enfrentarse a ellas?

Pícaro bramó, en un intento de transmitirle valor a su jinete, y se lanzó al galope hacia sus adversarios. El óvalo era mucho más corto que una pista de justas normal y corriente, y Skandar apenas dispuso de un par de segundos para modelar un arma de espíritu. Un sable, una de sus favoritas, cobró forma en su mano derecha, pero el primer jinete ya le había lanzado tres hachas blancas, que se acercaban dando vueltas por el aire. Skandar perdió el control de la brillante espada que empuñaba, pero Pícaro se las arregló para sortear dos de las hachas, virando desbocado hacia un lado de la cámara mortuoria y esquivando por los pelos el montículo de tierra. La tercera de las hachas, sin embargo, le rozó el hombro a Skandar, que gritó de dolor al notar el abrasador impacto.

—Uno a cero —anunció el primer jinete desde su posición en el

otro extremo de la tumba, que casi parecía aburrirse de lo fácil que le resultaba aquello.

Skandar apenas tuvo tiempo de recuperarse antes de que la reina de los unicornios salvajes se abalanzara de nuevo sobre él y sobre Pícaro, y esta vez el error que cometió fue todavía mayor.

Modeló un arco, pensando que múltiples flechas le darían más posibilidades de hacer blanco en el primer jinete. Pero aquel fantasma espectral tenía los reflejos más rápidos que Skandar había visto jamás, era como si supiera desde dónde le llegarían las flechas antes incluso de que Skandar las hubiera lanzado con su arco... Y antes de que pudiera aminorar el paso de Pícaro, antes de que ni siquiera pudiera pensar en defenderse, de la mano del primer jinete salió despedida una lanza que se dirigió directa a su pecho.

Lo único que Skandar podía hacer era intentar mantenerse encima de Pícaro. Si caía, perdería la justa. La Isla desaparecería. Sus amigos seguirían luchando sin tregua contra sus elementos aliados en el túnel, y Pícaro y él se quedarían allí abajo con el primer jinete y la reina de los unicornios salvajes... para siempre.

La lanza se estampó contra el pecho de Skandar, y la sólida armadura de Jamie se aplastó hacia dentro y lo dejó sin aire. El diestro en espíritu se meció hacia atrás sobre su montura, pero, al comprender lo que pasaba, Pícaro lanzó su propio peso hacia delante para contrarrestar el impacto de la lanza.

—Gracias, chico —dijo Skandar casi sin aliento, esforzándose por respirar a través de la abollada armadura.

—Dos a cero —la voz del primer jinete reverberó por toda la tumba.

El único modo de que Pícaro y él ganaran era que el primer jinete acabara en el suelo.

Skandar estaba empapado en sudor, el pelo se le pegaba a la frente y el vínculo estaba tan destrozado por su miedo y el de Pícaro que apenas podía pensar con claridad.

Antes de que la reina de los unicornios salvajes pudiera arremeter contra ellos por última vez, Skandar se desabrochó el peto abollado de la armadura. Si lo llevaba puesto, no podía respirar y le resultaba imposible moverse con suficiente libertad como para lanzar cualquier tipo de arma. Su armadura negra aterrizó en el suelo con un ruido sordo, dejándolo con el pecho totalmente desprotegido.

—Hasta ahora has luchado con arrojo —gritó el primer jinete—, pero el báculo de hueso no saldrá contigo de esta tumba si no eres capaz de ganártelo.

«Luchado», pensó Skandar.

«Los últimos deben, mas sin violencia, haber luchado...»

El verso de la canción veraz de Jamie atravesó la mente de Skandar como un rayo. ¡Claro! Llevaba todo el rato intentando atacar a un unicornio salvaje, que era justo lo que el Círculo de Plata había hecho para meter a la Isla en aquel lío. Si la teoría de Skandar era cierta, tal vez tendría posibilidades de ganar, pero ¿y si se equivocaba? Lo más probable era que el primer jinete acabara matándolo.

Los dos unicornios se encabritaron, cada uno en su extremo del sepulcro: uno, negro como el cielo nocturno; el otro, de un blanco brillante y fantasmal. Skandar sentía un dolor punzante en el hombro herido, tenía el pecho magullado, las extremidades agotadas... pero la mente despejada.

Los unicornios salieron disparados el uno hacia el otro.

Cinco zancadas de distancia...

Cuatro zancadas de distancia... Una maza reluciente y llena de pinchos apareció en la mano del primer jinete.

Tres zancadas de distancia... Skandar separó su palma derecha de las riendas de Pícaro, que refulgía de blanco.

Dos zancadas... El primer jinete cogió impulso con su arma, listo para asestar el golpe definitivo de la victoria al pecho sin armadura de Skandar.

Una zancada...

Y Skandar hizo su jugada.

Cortó el aire rápidamente con la palma de la mano, subiéndola y bajándola delante de los arremolinados ojos blancos de la reina de los unicornios salvajes. La magia de espíritu se derramó por el vínculo e iluminó la tenue tumba con el escudo de Skandar. Era la primera vez que conjuraba uno, pero la barrera brillante le recordó lo que ocurría cuando un diestro en espíritu abría la puerta del Nidal: un millar de estrellas imperfectas se entretejían para crear una preciosa red impenetrable.

La reina de los unicornios salvajes derrapó hasta detenerse en seco justo delante de la barrera mágica, pero aquello cogió desprevenido al primer jinete, y el repentino cambio de velocidad lo despidió hacia delante por encima de la cabeza de la reina. Su extraño cuerpo fluido dio volteretas en el aire hasta chocar contra el escudo de espíritu, y cuando aterrizó como un guiñapo retorcido al lado del casco derecho de Pícaro, la maza salió volando de su mano y se desvaneció en el aire.

Skandar bajó la palma y el escudo titiló hasta apagarse.

En la tumba reinó un silencio sepulcral, hasta que, muy

lentamente, el primer jinete se levantó del suelo de tierra y se incorporó junto a la reina.

—No puedo decir que me lo esperara... —declaró el primer jinete. Y aunque Skandar no podía fijar la vista en su rostro centelleante, tuvo la sensación de que en él se ocultaba una sonrisa—. Es obvio que esta jugada no entra dentro de la etiqueta para justas que yo mismo inventé.

Skandar aguardaba, respirando con esfuerzo. El pecho le dolía con cada bocanada de aire.

—Pero, en cualquier caso, eres un digno ganador. —El primer jinete inclinó la cabeza—. Tienes buen corazón, Skandar Smith.

—Gracias —musitó él, al tiempo que lanzaba una mirada de preocupación hacia la puerta pensando en sus amigos, que seguían en el túnel.

El primer jinete siguió su mirada.

—Tus compañeros están perfectamente —anunció—. En cuanto conseguiste la victoria en la justa, la reina detuvo su magia elemental. Ahora mismo recorren el túnel a toda prisa para venir a tu encuentro.

—¿Qué sentido tenía todo eso? —preguntó Skandar, incapaz de callarse—. Si lo único que tenía que hacer era competir contigo en una justa para conseguir el báculo de hueso, ¿qué sentido tenían todas esas pruebas con los elementos en el túnel?

El primer jinete hizo una larga pausa, y Skandar tuvo la sensación de que lo estaba tanteando.

—¿Sabes cómo llegué hasta esta Isla, Skandar Smith?

—Sí —respondió—. Eras pescador. El mar te arrastró hasta la playa, justo delante de la entrada del túnel.

—Exacto. En aquellos tiempos, yo era más joven que tú. Las olas rompían contra mí y estaba muy débil. Pensaba que la muerte venía a buscarme, pero entonces llegó ella... —El primer jinete apoyó la mano sobre el cuello de la reina de los unicornios salvajes, y un rugido de satisfacción salió de lo más profundo de su vientre—. En aquel entonces no era reina. Era una potrilla blanca y salvaje, de sólo unos pocos meses de vida. Si mal no recuerdo, tenía el pelaje... un poco sucio. —Había cariño en las palabras del primer jinete—. Me encontró allí, en la playa, y me quedé maravillado. En el mundo del que yo venía, los unicornios eran bestias mitológicas. No se les aparecían a jóvenes pescadores moribundos en playas remotas.

»Ella me salvó. Me dio las fuerzas para seguir adelante. Apenas me percaté de su naturaleza sanguinaria, del hecho de que su mismísima esencia era la muerte, de cómo su piel iba pudriéndose a cada hora que pasaba... No nos fijamos en las imperfecciones de aquellos a

quienes amamos. Aunque la vi despedazar águilas en el cielo y derribar a osos adultos para arrancarles las entrañas, sabía en lo más hondo de mi ser que a mí jamás me haría algo así. Estoy seguro de que entiendes esa sensación. —Con un gesto, el primer jinete señaló a Suerte del Pícaro, que parecía no poder apartar la mirada de la reina de los unicornios salvajes.

Skandar asintió.

—Juntos nos hicimos cada vez más fuertes. Ella me enseñaba cosas sobre la Isla y me dejaba montarla. Yo la enseñé a pelear, le mostré cosas de los humanos que los unicornios salvajes jamás habían visto. Un día, cuando yo ya era casi un adulto, me perforó la palma con su cuerno. Yo no lo entendí. El dolor era terrible, espantoso e insoportable. Y seguí sin entenderlo hasta que apareció la magia. Había decidido compartir sus dones conmigo. Yo siempre había estado predestinado a ella, mucho antes de que el mar me arrastrase hasta esta Isla. Me había llamado a través de las olas.

«La Isla te llama, Skandar Smith.» Las palabras de Agatha aquella madrugada del solsticio de verano de repente cobraron sentido para él; había una razón, una historia detrás de todo aquello. Skandar apenas había entendido su significado hasta aquel momento.

—¿Con qué elemento estás aliado? —preguntó Skandar con curiosidad.

—Ésa no es una pregunta que sepa cómo responder —contestó el primer jinete, que prosiguió con su historia—. Ella se convirtió en reina, pero era distinta a las demás. Yo siempre estaba con ella; podía compartir su magia de una forma que nos hacía imparables. Comprendió que nuestra unión nos hacía más fuertes, no más débiles. Contaba con algo hasta entonces desconocido para los unicornios salvajes: la amistad. Y era algo que también quería para los suyos, así que me mostró la sima donde aparecían los huevos de unicornio de la Isla. Construimos un montículo de tierra para protegerlos. Todos los años los veíamos romper el cascarón y nacer salvajes, con la inmortalidad extendiéndose ante ellos. Y empezamos a preguntarnos... Empezamos a preguntarnos si podíamos cambiar las cosas, si podíamos crear más uniones como la nuestra.

»Así que nos marchamos de la Isla y recorrimos el mundo en busca de las personas que seguían adelante con sus vidas pese a su vínculo incompleto: a su alrededor había colores que centelleaban mientras dormían, mientras trabajaban. Y les hablamos de la Isla. De los unicornios. Algunos de ellos se vinieron con nosotros. La reina me enseñó a vincular a los unicornios con los humanos a los que habían llamado, a zurcir los hilos entre sus almas. Sus vidas inmortales se

fundieron en una, y así pudieron experimentar una alegría genuina, un sentido genuino. A diferencia de lo que había ocurrido con la reina de los unicornios salvajes, sus cuernos se llenaron de color, y dejamos de llamarlos salvajes. Luego empezaron a nacer niños en la Isla, y la puerta del Criadero decidía cuáles de ellos entraban. Descubrimos que, si se vinculaban con su unicornio en el momento en que rompían el cascarón, podían vivir y aprender juntos. Podían crecer en una unión genuina, igual que aquella potrilla salvaje blanca y yo habíamos hecho años antes.

»Construimos el Nidal para entrenarlos y vimos cómo los unicornios vinculados ganaban fortaleza. Inventamos la Copa del Caos para mantenerlos concentrados en un objetivo, pero en su fortaleza vimos un peligro: que un día pudieran volverse en contra de los unicornios salvajes, los que nunca habían encontrado un jinete con el que criarse. Porque, si mataban a los unicornios salvajes, sabíamos que la Isla tomaría represalias. Los unicornios salvajes estaban aquí antes que todos nosotros, no lo olvides. Están entretejidos con lo más profundo del tejido elemental de este lugar. Y siempre y cuando haya muerte, aquí seguirán.

»Así que, cuando yo ya estaba viejo y arrugado, y por fin preparado para la muerte que a punto estuvo de llevarme con ella cuando era un joven pescador, la reina y yo decidimos proteger a la Isla de sí misma. Sabíamos que nuestros sucesores cometerían errores; todos cometemos errores, todos nos perdemos por el camino a veces. Así que creamos un objeto que le permitiría a la Isla encontrar el camino de regreso desde el abismo.

—El báculo de hueso —murmuró Skandar.

—La reina se sacrificó a sí misma, me entregó su vida inmortal, sabiendo que el báculo que yo tallara contendría el poder de los cinco elementos en armonía, igual que nosotros durante toda nuestra vida.

Skandar no pudo reprimir la pregunta que llevaba haciéndose desde que vio al primer jinete surgir del montículo de tierra.

—Pero ¿estás muerto o sigues vivo o...?

—Ésa es una cuestión más bien personal, ¿no crees? —respondió el primer jinete.

Skandar no encontró respuesta para aquello, así que cambió de táctica.

—De todas formas, sigo sin entender por qué había protecciones elementales alrededor de la tumba.

—El báculo de hueso se basa en la armonía, Skandar. La armonía entre los unicornios salvajes y los vinculados. La armonía entre los elementos. Ningún diestro en espíritu podría haber llegado hasta esta

tumba actuando en solitario. Tú y tus amigos habéis colaborado para llegar hasta aquí. La reina y yo sabíamos que, siempre que siguiera habiendo jinetes de cada elemento capaces de colaborar entre ellos, había esperanza para la Isla. Sólo hacen falta un puñado de jinetes buenos para cambiar las cosas... pero eso tú ya lo sabes.

En ese instante, el techo de la tumba tembló con tanta violencia que cayeron terrones de tierra sobre Skandar y Pícaro.

—Llevo demasiado rato hablando. No queda mucho tiempo...

El primer jinete se acercó al montículo de tierra en el centro del sepulcro y, como si sacara el premio sorpresa más grotesco, hundió su brillante brazo blanco en la tierra y extrajo un largo báculo completamente blanco.

En silencio y con actitud reverente, el primer jinete lo pasó desde sus manos espectrales a las sólidas y un tanto sucias de Skandar. El báculo no tenía ninguna unión visible a ojos de Skandar; unos diminutos símbolos elementales eran las únicas imperfecciones talladas en el frío hueso: fuego en el extremo inferior, luego aire, luego tierra, luego agua y, finalmente, el símbolo del espíritu, tallado en la esfera redonda que había en lo alto.

—Espero que nadie vuelva a necesitarlo nunca más —dijo Skandar con vehemencia.

El primer jinete negó con la cabeza.

—Siempre hará falta, Skandar. Dentro de cien años, dentro de mil. Los errores son inevitables; lo único que podemos esperar es que, cada vez que cometamos uno, nos volvamos un poco más amables. Así que no te olvides de traerlo de vuelta en cuanto hayas cumplido con tu misión.

El primer jinete se montó una vez más a lomos de la reina de los unicornios salvajes y levantó una mano a modo de despedida. Sus cuerpos parpadearon como bombillas defectuosas.

—La persona a la que más quieres te traicionará, Skandar Smith. Desconfía. En el momento más importante, se volverá contra ti.

—¿Qué? —gritó Skandar, desconcertado—. ¿A quién te refieres?

Primero pensó en su cuarteto, y vio las caras de Bobby, de Flo, de Mitchell. Luego pensó en su familia: Kenna, su padre, Agatha...

Pero, como si se tratara de dos poderosas estrellas, las siluetas del primer jinete y de su amada reina se volvieron más y más brillantes, hasta que Skandar pestañeó y ambos desaparecieron.

La puerta de la tumba se abrió de golpe, y Pícaro relinchó para dar la bienvenida a Puñal de Plata, Ira del Halcón y Delicia de la Noche Roja, que saltaron a través de la abertura con sus jinetes listos para la batalla.

Bobby fue la primera en fijarse en el báculo de hueso que Skandar sostenía.

—¿Ya lo tienes? ¡Qué decepción! ¿Tuviste por lo menos que hacer algo, o simplemente estaba por aquí sin más mientras nosotros reteníamos a esos furiosos unicornios elementales?

Skandar no quería hablar de aquello todavía. Se derrumbó sobre el suelo de tierra. El puro terror a la alternativa, a la posibilidad de haber perdido, lo golpeó de repente.

En un segundo se vio rodeado de brazos que tiraban de él para abrazarlo. Los brazos de un cuarteto.

—Estás vivo, estás vivo... —repetía Flo una y otra vez.

—Estamos aquí, chico espíritu —decía Bobby con voz ronca.

Mitchell le agarró el brazo, sin decir nada pero sonriendo.

Por un instante Skandar se relajó, luego sus recuerdos lo ahogaron en un tsunami de pánico.

—¡Tenemos que llegar al Nidal!

El cuarteto salió de la tumba a toda velocidad. Sin la magia de la reina de los unicornios salvajes, ahora cabalgaban mucho más rápido por el túnel, y aun así tenían la sensación de que tardaban demasiado.

—¿Qué hora creéis que será ahí arriba? —preguntó Flo, preocupada.

A Skandar se le hizo un nudo en el estómago.

—No lo sé. Creo que el primer jinete me habría avisado si ya fuera demasiado tarde para llegar antes de la puesta de sol. Creo que no quería que la Isla se destruyera...

—¿Estás diciendo que de verdad has conocido a...?

Pero la pregunta de Flo se perdió entre los vítores de Mitchell y Bobby cuando por fin salieron por la boca del túnel y los cascos repicaron contra los guijarros de la Cala del Pescador.

Uno, dos, tres, cuatro unicornios despegaron hacia el cielo, con sus majestuosas alas reflejadas en los Acantilados Espejo, hasta sobrevolar a toda velocidad la cima del acantilado que pertenecía al Criadero.

Un intenso grito de dolor resonó por debajo de ellos.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Skandar, bajando la vista hacia el montículo verde del Criadero entre los aleteos de Pícaro.

Se lo quedó mirando fijamente.

En un lateral del Criadero había un agujero, parecía la herida inmortal de un unicornio salvaje. Al verlo, a Skandar le entraron ganas de llorar.

—¡Ahora mismo no podemos ocuparnos de eso! —gritó Mitchell por encima del viento; Roja volaba junto al ala izquierda de Pícaro—. ¡«De la tumba al cruce elemental», ¿recuerdas?!

Así que Skandar desvió a Pícaro del Criadero y, con la mano izquierda, sujetó con fuerza el báculo de hueso.

Más adelante vio la silueta de siete unicornios que salían volando del Nidal. La Sociedad Peregrina se estaba marchando, sus sombras aladas se alargaban bajo la última luz del solsticio.

«Por favor —le suplicó a alguien, a quien fuera, puede que incluso al primer jinete—. Por favor, que esto funcione.»

KENNA

El grito en la oscuridad

Los soportes vacíos para los huevos aguardaban como soldados a lo largo de la cámara interna del Criadero. Kenna intentó no imaginarse a Skandar allí dentro, con la mano encima de un huevo de unicornio y el cuerno de Pícaro perforándole la palma. Como se suponía que tenía que ser.

En vez de dejarse llevar por esa imagen, bajó la vista al carro lleno de huevos sin abrir que la Tejedora les había arrebatado por la fuerza a los centinelas antes de que pudieran transportarlos hasta la Tierra Salvaje. Durante la refriega, Kenna se había escondido en una de las oscuras celdas de cría con barrotes, con la única compañía de una silla de hierro destartalada. Los gritos le habían revuelto el estómago, pero estaba haciendo lo que tenía que hacer. Aquello era lo que quería, ¿no?

Sus dudas, sin embargo, se habían disipado en cuanto Erika había ido a buscarla a la celda con los ojos ardiendo de emoción.

Ahora Kenna tendía la mano para acariciar una a una las cáscaras blancas de los huevos. Huevos que ese solsticio de verano no habían encontrado a su jinete predestinado, huevos que eclosionarían salvajes y solos. Intentó no pensar en el unicornio tordo que la había rescatado en la Tierra Salvaje, que, de hecho, era una hembra, como le había contado Erika más tarde. Esa unicornio era el pasado, le había dicho su madre. Esa unicornio no era suficiente.

Erika esperaba con su unicornio salvaje no muy lejos del carro, atenta por si aparecían más centinelas. En voz baja, entonaba la misma estrofa escalofriante, mitad nana, mitad amenaza:

Pero hay otra fuerza que crece en esta Isla:
del oscuro amigo del espíritu fiel sucesor.

Y la tormenta que traerá al despertar
acabará con todo lo conocido en su afán destructor.

Kenna colocó la mano sobre uno de los huevos. En la palma no sintió ningún dolor que le dijera que era el suyo. Ningún destino. Así era como Erika Everhart quería que fuera. Quería que Kenna fuera la que eligiera, no que la eligieran. Quería que Kenna fuera extraordinaria, como ella. Quería que fueran imparables.

Así que, con la ayuda de su madre, Kenna levantó del carro el huevo elegido y lo acunó entre los brazos con cariño.

—Ven. —Erika ayudó a Kenna a arrodillarse sobre la fría roca del suelo del Criadero, con el foso del fuego ardiendo detrás de ella. La Tejedora señaló con el dedo el huevo que su hija sostenía en los brazos—. El destino ya no controla a Kenna Everhart.

Se oyó un trueno apoteósico sobre el Criadero, y Kenna miró hacia arriba con miedo.

—No te preocupes —la tranquilizó su madre—. Pase lo que pase, los unicornios salvajes seguirán aquí; como siempre.

El unicornio salvaje de la Tejedora se postró sobre los huesos astillados de sus rodillas, para permitirle que se subiera encima de su lomo en descomposición. Kenna acomodó el huevo de unicornio en su regazo. Una mano lo sujetaba por un lado, la otra descansaba en lo alto, igual que Dorian Manning le habría ordenado a Skandar en su día. Los movimientos de Kenna eran seguros, ensayados, irrevocables.

La luz blanca del elemento espíritu estalló en la palma de la Tejedora. Las volutas de magia de espíritu rodearon a Kenna y al huevo, y su pelo castaño le azotó la cara movido por una furiosa brisa.

La Tejedora se sentó serenamente a lomos de su unicornio salvaje, con la magia derramándose de su palma arrugada. Por debajo de la franja blanca de su rostro, sus ojos eran pura concentración.

Kenna cerró los ojos.

Las volutas de magia de espíritu la rodearon cada vez con más rapidez, revolviéndose en espirales verdes, luego rojas, luego azules y amarillas... sin pararse nunca, sin detenerse nunca.

Se produjo un destello cegador de pura luz blanca.

Un fuerte estruendo.

Un grito.

20

La reunión

—¿Dónde está todo el mundo? —susurró Flo cuando el cuarteto irrumpió a través de la entrada del Nidal.

Reinaba un silencio embrujado, parecía que incluso los pájaros se hubieran ido. Al menos cuatro de los árboles más altos habían sido arrancados de raíz, y varias casas habían caído de lo alto y yacían tristes y desvencijadas sobre el suelo del bosque. Se había derrumbado hasta una parte del muro de agua, y sus algas marinas se arrastraban por el suelo.

—¡Eso ahora no importa! —repuso Skandar, levantando la vista hacia el sol poniente—. Ya nos preocuparemos luego de esas cosas. —Sujetó el báculo de hueso con fuerza, concentrándose en el peso de la esfera que descansaba en su mano. «Sólo hacen falta un puñado de jinetes buenos para cambiar las cosas», le había dicho el primer jinete, pero tal vez era demasiado tarde.

El cuarteto entró en el claro a toda prisa. Debería haber estado repleto de residentes del Nidal presenciando cómo los nuevos cascarones caminaban por las líneas de falla, pero en vez de eso la Gran Brecha estaba vacía, sin ningún aro dorado ni monitores elementales a la vista.

Mitchell ya estaba pensando en cómo debían proceder.

—Las líneas de falla se cruzan justo en el centro de la Gran Brecha, así que, si clavamos el báculo en ella, penetrará en todas las zonas y en el tejido mágico de la Isla. Los unicornios salvajes mantienen los cinco elementos en equilibrio; el hueso debe de ser una especie de pararrayos, un botón de reinicio... —El joven lanzó un largo suspiro—. No sé por qué finjo saber lo que estoy diciendo. ¡No son más que teorías!

Pero Skandar sabía que Mitchell tenía razón. Todo aquello cuadraba perfectamente con lo que el primer jinete le había explicado.

El báculo de hueso representaba el sacrificio de una unicornio salvaje, el sacrificio de una reina por una Isla a la que amaba. Los jinetes llevaban siglos enterrando a sus unicornios vinculados en el suelo elemental de la Isla. Devolver los huesos de la reina a su tierra parecía la forma más sencilla de enviar una señal: «hemos cometido un error, pero podemos hacerlo mejor».

Skandar saltó al suelo desde el lomo de Pícaro con el báculo en la mano, y con el dedo índice raspó el símbolo del espíritu tallado en el hueso redondo de la esfera.

—¡Creo que, cuando lo introduzcamos en la Gran Brecha, tenemos que sujetarlo todos! —le gritó a sus compañeros, que desmontaron y se acercaron a toda prisa.

Les mostró las marcas elementales que subían enroscándose a lo largo del báculo.

—Entonces, ¿cada uno se agarra a su parte del báculo? —Mitchell necesitaba cerciorarse. No parecía tenerlo muy claro.

—Tuvimos que colaborar para entrar en la tumba del primer jinete, ¿verdad? —explicó Skandar, intentando convencerlos—. Tiene sentido que también tengamos que colaborar para hacer esto, ¿no creéis? La clave fundamental del báculo es la armonía entre los elementos. Entre los unicornios vinculados y los salvajes.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —preguntó Bobby—. ¡Es como si te hubieras convertido en una especie de oráculo óseo!

—Me lo contó el primer jinete, o su fantasma, o quienquiera que fuera.

Bobby parecía impresionada.

—Vale, tendremos que... hablar de eso más tarde... —consiguió balbucear—. Además, tenemos otro problema.

—¿Cuál?

—No contamos con ningún diestro en agua. Y el Nidal está totalmente desierto.

A Skandar se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que su amiga tenía razón. En el túnel habían logrado encontrar la forma de solucionar ese problema concreto, pero Skandar jamás podría ser un verdadero diestro en agua.

—Es imposible que todos los jinetes se hayan marchado ya de la Isla —afirmó Mitchell con toda la razón—. Volemos a Cuatropuntos para ver...

—¡No queda tiempo para eso! —gimió Flo.

—¿Y qué otra opción tenemos? —le espetó Mitchell.

—Probemos con el báculo —intervino Skandar—. Puede que sólo haga falta que esté en contacto con el suelo.

El cuarteto se dispuso en círculo sobre la Gran Brecha, cada uno con la mano derecha encima del símbolo de su elemento a lo largo del báculo de hueso.

—A la de uno —susurró Skandar—. Cinco… Cuatro… Tres… Dos… ¡UNO!

Clavaron el báculo en la tierra y…

No ocurrió nada.

Esperaron. Y esperaron un poco más. Probaron distintas combinaciones de manos. Lo intentó cada uno por su cuenta. Pero los terremotos siguieron runruneando, los relámpagos, iluminando el cielo, y el fuego, resplandeciendo de rojo a lo lejos.

—¡AAARGH! —Skandar apenas podía contener su frustración—. Tendremos que buscar a alguien. ¡Tendremos que correr el riesgo!

—Espera… —dijo Flo—. Espera, ¡ahí viene alguien! —Miraba entre los árboles acorazados del Nidal, más allá de las casas caídas y hacia la oscuridad del bosque.

—Estás de broma —repuso Bobby, siguiendo su mirada.

—Supongo que la probabilidad de que sea un diestro en agua es de uno entre cuatro —declaró Mitchell escéptico, forzando la vista hacia las sombras.

—¡Podría ser uno de nuestros monitores, que viene a comprobar cómo está el Nidal! —exclamó Flo entusiasmada—. ¡Podría ser incluso la monitora O'Sullivan!

Pero Skandar había dejado de escuchar a sus amigos, porque la persona que el veía no era la diestra en agua que tanta falta les hacía ni ninguno de los monitores del Nidal, no era ni siquiera alguien de la Isla.

Era Kenna.

Como una reina rebelde, su hermana caminaba entre los árboles acorazados del Nidal mientras la tierra sedienta de venganza iba derribándolos a su paso. Se detuvo al borde del claro, mirando atenta las líneas de falla, y una alegría desbocada pareció transformar su rostro. De repente, aparentaba mucho más que dieciséis años. Y pese a que estaba cubierta de ceniza y suciedad y llena de cortes, le sonreía a algo que apenas le llegaba a la altura de la cadera…

Era un unicornio.

Un unicornio salvaje.

Una cría de unicornio salvaje.

Skandar no lo entendía. No podía entenderlo. No quería entenderlo. Pero su mente iba asimilando poco a poco lo que estaba viendo: el cuerno transparente, los ojos rojos ensangrentados, los cascos medio podridos, la piel arrugada y envejecida… En los pocos

minutos que llevaba fuera del cascarón, la vida inmortal de aquella criatura ya le había pasado factura. Y eso era algo terriblemente penoso para un ser que acababa de contemplar el mundo por primera vez. Al verlo, los cuatro unicornios vinculados empezaron a bramar. Roja intentaba huir hacia los establos; Puñal se encabritaba sobre las patas traseras; Halcón echaba espuma por la boca, y Pícaro tenía todo el cuello bañado en sudor.

En ese momento, temblando y casi por instinto, Skandar apoyó la palma de la mano en el hombro de Pícaro y conjuró su elemento para comprobar si la conexión que sólo un diestro en espíritu podía ver existía realmente.

«No. Esto no puede estar ocurriendo.» Una oleada de náuseas lo arrolló en el momento en que el hilo que unía el corazón de Kenna con el del unicornio salvaje se hizo visible, a pesar de que titilaba descontrolado, incapaz de decidirse por un color, dando vueltas con los cinco elementos. Era exactamente igual que el de la Tejedora. Y en ese momento Skandar cayó en la cuenta de que aquel verso de la canción veraz que tanto lo había torturado no hablaba en absoluto de él.

Un vínculo forjado convertiría a Kenna en la fiel sucesora de la Tejedora.

«No... No... No, no, no...»

Mientras su cuarteto reaccionaba con estupor y con repugnancia ante aquel unicornio salvaje dentro del Nidal, Skandar avanzó hacia su hermana como si estuviera en una pesadilla. Kenna estaba en el Nidal. Era algo con lo que había soñado muchísimas veces... pero no así. Nunca así.

—¿Quién te ha hecho eso? —gruñó Skandar, mirando por fin a los ojos a su hermana.

—Oh, creo que es probable que la conozcas —respondió Kenna con voz envenenada. Cuando miró a Skandar, en su mirada faltaba algo. Algo que él no lograba identificar. Algo que, por supuesto, antes estaba allí sin que él lo hubiera sabido.

Skandar recordó entonces la pregunta que le había hecho a su hermana antes de intentar presentarse al examen de Cría: «¿No me odiarás si llego a ser jinete?» Y la sangre se le heló en las venas.

—¿La Tejedora te ha hecho esto? —preguntó, aunque en realidad no era una pregunta.

La furia le hervía en el pecho como si fuera lava. La Tejedora le había hecho daño a Kenna. Nadie le hacía daño a su hermana. Nadie. ¿Cómo se había atrevido a hacer algo así? ¿Cómo se había atrevido a hacerle aquello a su propia hija? Pícaro chilló confuso ante la

repentina explosión de rabia en el vínculo, y Skandar logró articular cuatro palabras más:

—Ella… ¿Por qué? ¿Cómo?

—Nuestra madre me dio lo que yo quería… Me dio lo que necesitaba… —Kenna respiró hondo y, muy despacio, añadió—. Nuestra madre, que está viva… ¡UN DETALLE QUE TÚ ME OCULTASTE! —La ira de Skandar se vio eclipsada cuando el grito que revelaba su traición resonó por todo el claro—. ¿Cómo pudiste mentirme así, Skar? ¡Soy tu HERMANA! ¡Y ella también es mi madre! ¿Cómo pudiste?

Las lágrimas caían ya por las mejillas de Skandar. Y eran lágrimas de vergüenza, no de rabia. Todas sus excusas por no habérselo contado a su hermana le parecían ridículas ahora mismo.

Aun así, lo intentó:

—No quería ponerte las cosas todavía más difíciles, Kenn. La Tejedora no… no es buena persona. Y yo… ¡El año pasado ella contaba con todo un ejército! Iba a atacar el Continente… ¡No sabía qué contarte!

—La verdad, hermanito —repuso Kenna con la voz temblándole de rabia—, la verdad habría estado bien.

—Lo siento. —Skandar seguía sollozando—. ¡Lo siento, Kenn!

—No me basta con eso, Skar —replicó Kenna en apenas un susurro. Y luego, alzando la voz, añadió—: ¡No me basta! Sabías que estaba predestinada a tener un unicornio. ¡Lo sabías todo! Que yo debería haber aprobado el examen, que podría ser diestra en espíritu… Pero te lo guardaste todo para ti mientras yo seguía atrapada en el Continente. ¿De verdad pensaste en algún momento que todo eso no me importaría? Y aun así me dejaste volar con Pícaro el año pasado. Me dejaste sentir todo ese poder. ¡Y entonces ya lo sabías!

—¡En aquel momento no estaba seguro! Pero ahora… ahora sí lo sé a ciencia cierta: eres una de las diestras en espíritu perdidas. Tu nombre está en la lista de continentales que automáticamente suspendieron el examen de Cría. He visto tu unicornio hembra predestinada, Kenn. Es torda y ha estado siguiéndome durante todo este tiempo… y creo que puedo vincularte a ella. Si soy zurcidor, si me dejas intentarlo, creo que puedo arreglar…

—Ahora ya tengo un vínculo —dijo Kenna en voz baja, y con un gesto señaló al unicornio salvaje, esbozando una sonrisa de verdadero placer.

«No nos fijamos en las imperfecciones de aquellos a quienes amamos», había dicho el primer jinete.

Pero lo único en lo que Skandar podía pensar era en cómo se había sentido durante aquel momento en el estadio, cuando estaba poseído

por el lado más oscuro de Pícaro. La parte de su unicornio que seguía siendo salvaje. La parte que deseaba muerte, destrucción y sangre más que ninguna otra cosa en el mundo. La parte de él que un vínculo auténtico equilibraba.

La parte que un vínculo forjado por la Tejedora jamás podría domar.

Su mente se vio atravesada por imágenes fugaces de la unicornio torda, y los sollozos lo ahogaron de nuevo. Aquello estaba mal. Todo aquello estaba muy mal. No sabía cómo revertir la situación, no sabía qué hacer... En un momento dado, deseaba con todas sus fuerzas dar caza a la Tejedora y hacerle pagar por lo que había hecho, y al siguiente lo único que quería en el mundo era que su hermana lo mirara como antes.

—Kenn, por favor, lo siento muchísimo, de verdad. Iba a contártelo todo cuando vinieras para el torneo, pero luego la Isla empezó a... ¿Estás...? —Skandar no sabía cómo acabar la pregunta. No sabía lo que quería preguntarle. ¿Estás sedienta de sangre? ¿Estás llena de maldad? ¿Estás llena de oscuridad? ¿Estás dispuesta a matarme? ¿Y a Pícaro también? —Lo intentó de nuevo—: ¿Estás... bien?

Kenna negó violentamente con la cabeza, su labio inferior no dejaba de temblar.

Y algo dentro de Skandar se rompió.

—Me ha abandonado... —susurró Kenna. Sus ojos marrones se llenaron de lágrimas a punto de desbordarse, aunque todavía se negaba a enfrentarse del todo a la mirada de su hermano.

Skandar no sabía qué sentir. Había tantas cosas que no entendía... Para empezar, ¿cómo había llegado su hermana hasta allí? No sabía si culparla a ella por el vínculo forjado o culparse a sí mismo. ¿Cómo iba ella a saber que las cosas acabarían así? Estaba claro que la Tejedora la había engañado. Si él hubiera estado en su lugar, ¿qué habría hecho? No podía estar seguro. Al fin y al cabo, él se había ido con Agatha sin saber quién era. Se había ido con ella sin pensárselo dos veces porque le había dicho que podía llevarlo al Criadero. ¿Y no era eso exactamente lo que había hecho su hermana? No se trataba de ser bueno o malo, ¿verdad? ¿No dependía todo de las opciones que habían tenido delante?

Kenna habló de nuevo:

—Mamá acaba de... abandonarme. Fue idea suya traerme hasta aquí, pero ahora se ha ido... Se ha ido otra vez, Skar —La última palabra fue más bien un sollozo.

—Pues claro —dijo Skandar amargamente—. Eso es lo que Erika Everhart hace siempre. —Jamás perdonaría a la Tejedora. Jamás le

perdonaría nada de todo aquello.

Finalmente, Kenna miró a su hermano a los ojos.

—Hay tantas cosas que no entiendo... Yo lo único que quería era un unicornio.

Y ése fue el momento. Ése fue el momento en que el amor de Skandar por Kenna venció a todo lo demás. ¿Cómo iba ella a entender lo que había hecho? Por supuesto que no podía. Como tantos otros, lo único que Kenna había querido era un unicornio.

Así que Skandar dio un paso hacia ella y le abrió los brazos, el corazón.

—No pasa nada —la tranquilizó, y la cría de unicornio salvaje emitió un pequeño gruñido.

Los dos se la quedaron mirando. Él intentó no acobardarse.

—Sí que pasa, Skar... —Kenna empezó a llorar y explotó con todo lo que tenía dentro—: Yo lo único que deseaba con todas mis fuerzas era un unicornio, y entonces un tal Dorian Manning apareció en nuestro piso. Vino y me dijo que él me conseguiría uno. Estaba capturando unicornios salvajes y los guardaba debajo del Bastión para mí.

Skandar recordó de repente las palabras de un centinela en el estadio: «demasiado viejo para ser el de ella».

—Estaba convencido de que yo te vincularía, ¿verdad? —Meses atrás, Agatha había adivinado que Dorian creía que Skandar era zurcidor. Y allí estaba la prueba.

—No lo sé, pero no me dijo que a cambio tendría que matar a Pícaro.

—¡¿Que quería que tú hicieras qué?! —El día que Skandar había visto el estadio de los gladiadores en el Bastión, creyó haber visto lo peor de la naturaleza de Dorian Manning. Pero al parecer no era así.

—¡Yo no sabía nada, Skar! —se apresuró a decir Kenna—. Y luego, cuando mamá me dijo ayer que ella era la responsable de que el Círculo de Plata descubriera cómo matar a los unicornios salvajes... Ellos no se dieron cuenta, pero eso es lo que ella planeaba... ¿Por qué quería hacer algo así? ¿Por qué iba a querer destruir la Isla? Y yo dejé a papá totalmente solo, y le... le dije que te escribiera él las cartas porque yo no quería mentirte. Seguro que se olvidó un montón de veces de los muñequitos de gominola para Pícaro, y mira que se lo recordé antes de irme.

Sin poder evitarlo, Skandar rompió a llorar de nuevo. Era ella. Era Kenna. No había reconocido a la joven que al principio había visto en el claro, pero aquella... estaba claro que aquella sí era su hermana. La que se preocupaba por su padre y por enviar los muñequitos de

gominola. Tiró de ella y la abrazó con fuerza.

—Lo siento mucho, Kenna —le susurró entre sollozos en el pelo—. Lo siento mucho, tendría que haberte hablado de Erika, tendría que haberte hablado del elemento espíritu, debería haberte advertido. Todo esto es culpa mía...

—Te perdono —dijo Kenna con voz apagada. Y aunque Skandar no podía verle la cara mientras lo decía, quiso creerla con todas sus fuerzas—. Y ahora tengo un unicornio hembra. Sé que no responde exactamente... a lo que tocaría.

Skandar se tragó su terror ante aquella cría de unicornio salvaje.

—¿Cómo te sientes? ¿Sientes que... necesitas sangre o, eh... que necesitas matar?

Kenna se echó a reír de verdad.

—¿Qué? ¡No! Me siento bien, Skar. En realidad, me siento casi superbién. ¡Aunque la mano me duele un montón! —La levantó ante él para que Skandar la viera.

Y allí estaba. El pinchazo redondo que la unicornio salvaje le había hecho con el cuerno al perforar la palma de Kenna, con una línea roja que serpenteaba hasta la punta de cada dedo. Una herida de cría recién hecha.

—No puedo creérmelo —susurró Skandar—. Eres una jinete, Kenna. ¡Mira, es idéntica a la mía!

Levantó la palma derecha para enseñársela a su hermana. Y ella levantó la suya para enseñársela a su hermano. Los dos hermanos entrelazaron los dedos. Los dos eran por fin jinetes.

Un unicornio negro y una unicornio salvaje relincharon junto a ellos, y Skandar comprendió de repente que su nueva vida en la Isla, la de los dos, no iba a parecerse en nada a lo que llevaban tantos años imaginándose. Estaba empezando a darse cuenta de que la vida nunca resultaba ser como uno esperaba, pero, cuando vio sus manos entrelazadas y pensó en la expresión decidida de sus amigos al irrumpir en la tumba para salvarlo, no le cupo ninguna duda de que la única cosa con la que podía contar era con el amor.

—Odio tener que interrumpir este feliz reencuentro familiar... —El resto del cuarteto acababa de acercarse ellos, y Bobby había dado un paso al frente—. Pero tenemos entre manos una especie de apocalipsis de la Isla y todavía no hemos encontrado ningún diestro en agua que pueda ayudarnos. —Bobby inclinó la cabeza—. Hola, Kenna, encantada de conocerte. ¿Un unicornio salvaje? Qué original.

Mitchell y Flo no le quitaban ojo al unicornio salvaje, con diferentes grados de repugnancia en el rostro. Al darse cuenta de que Skandar los miraba, rápidamente intentaron recomponer su expresión.

—A lo mejor yo puedo ayudaros... —dijo Kenna de pronto, soltándole la mano a Skandar—. Quiero decir, ¿hay algo que tal vez pueda hacer?

Mitchell la miró con impaciencia.

—Pues la verdad es que no, eres diestra en espíritu, lo ponía en el registro del Bastión. Y necesitamos una diestra en agua.

—Sólo intenta ser amable, Mitchell. No seas maleducado —lo reprendió Flo en voz baja, aunque sus ojos no dejaban de pestañear mientras su mirada iba de Kenna a la cría de unicornio hembra salvaje.

—Esperad... Es posible que Kenna sí pueda ayudarnos... —dijo Skandar, dándole vueltas al asunto.

—Es cierto. Los unicornios salvajes están aliados con los cinco elementos... —anunció Bobby con voz cantarina—. ¿No fue precisamente así como averiguamos incluso dónde estaba la tumba?

Skandar pensó en el vínculo forjado de Kenna, en cómo no se decidía por ningún color concreto, y recordó su conversación con el primer jinete.

«¿Con qué elemento estás aliado?»

«Ésa no es una pregunta que sepa cómo responder.»

Así que, aunque Kenna había estado predestinada a ser diestra en espíritu, quizá ahora las cosas habían cambiado... Quizá estaba aliada con los cinco elementos... igual que su unicornio hembra.

—Creo que Kenna debería sostener el báculo de hueso con nosotros —afirmó Skandar con determinación—. Vamos.

Kenna miró a su unicornio recién nacida, y luego siguió al cuarteto hasta la Gran Brecha.

—¿Qué tengo que hacer?

Skandar señaló el símbolo de agua tallado en el báculo.

—¿Lo ves? ¿Puedes agarrarlo justo por ahí? Vamos a clavarlo en el suelo todos juntos.

—¿Ser jinete siempre es tan épico? —preguntó Kenna maravillada.

—¡Skandar, el sol! —señaló Mitchell.

A Skandar el corazón le dio un vuelco. El día casi había acabado.

Skandar, Bobby, Flo, Mitchell y Kenna se dispusieron en círculo sobre la Gran Brecha, cada uno con la mano derecha sobre un símbolo elemental.

—A la de uno —musitó Skandar por segunda vez—. Cinco... Cuatro... Tres... Dos... ¡UNO!

Y cinco manos elementales hundieron juntas el don del primer jinete en la tierra de la Gran Brecha.

Skandar cerró los ojos al ensartar el báculo de hueso, pensando en

todo el amor que sentía por la Isla. No pensó en cosas grandiosas o impresionantes. Lo que de verdad importaba no era eso. Recordó el momento en que Pícaro y él se habían mirado a los ojos por primera vez en el Criadero. A Halcón y a Pícaro compitiendo el primer día de su año como pichones. La nieve cubriendo los árboles del Nidal. La fiesta sorpresa en el Santuario. A Mitchell delante de su pizarra y su cara iluminándose cada vez que se le ocurría una nueva forma de resolver un misterio. El olor de los sándwiches de Bobby. El grito de Pícaro cuando se habían reencontrado sobre la Plataforma del Crepúsculo. El instante en que se sentó al lado de Flo en la Colina de las Flores Silvestres, envueltos por el perfume de la belleza y la sensación de que eran una familia.

Y mantuvo los ojos cerrados durante cinco largos segundos.

Entonces sintió algo. De la esfera que estaba agarrando empezó a brotar un impulso de energía hacia sus dedos, hacia sus brazos. Un impulso que brotaba del propio báculo y se arremolinaba en su corazón. Sintió un cosquilleo en su mutación de espíritu.

Los ojos de Skandar se abrieron de par en par. Los demás seguían con la mano apoyada con firmeza en el hueso, pero ellos también miraban fijamente el suelo bajo sus pies. La Gran Brecha resplandeció de un intenso rojo, luego pasó al amarillo, luego al verde y finalmente al azul. En cuestión de segundos, los colores abandonaron el círculo y se extendieron como tinta derramada hacia las cuatro líneas de falla del claro, iluminando con su luz elemental los troncos acorazados a su alrededor.

—¡Funciona! —gritó Flo—. ¡Está funcionando!

Entonces el extremo superior del báculo de hueso refulgió de un blanco brillante bajo la mano de Skandar y se propagó por la tierra de la Gran Brecha que había debajo. Otro impulso de energía de la esfera envió a través de todas las líneas de falla unas ondas expansivas de luz cegadora, que se mezclaron con los colores del fuego, el aire, la tierra y el agua, y se extendieron y se extendieron hacia las cuatro zonas elementales. Toda la Isla se bañó de blanco, sólo por un instante, como si se tratara del nacimiento de una estrella elemental. Los pulmones de Skandar se llenaron de aquel milagro, hasta que sintió que estaba a punto de estallar de felicidad y de orgullo por ser parte de todo aquello.

Ésta era su Isla. Y su elemento estaba ayudando a curarla.

Cuando el sol del solsticio finalmente se hundió en el mar, la luz blanca del báculo de hueso se oscureció. Skandar notó una quietud en el aire, en su vínculo con Pícaro, en el fondo del alma... Una quietud que no había existido hasta ese preciso instante. El rostro sobrecogido

de sus amigos le decía que ellos también la notaban, y sus unicornios lo celebraban a voz en grito. Los elementos estaban en paz una vez más.

Entonces todo el báculo de hueso empezó a vibrar con violencia.

—¿Qué ocurre? —Bobby rechinó los dientes, intentando no soltar el tembloroso báculo.

—¿Se supone que esto tiene que ocurrir? —preguntó Mitchell.

—¡No lo sé! —respondió Skandar.

Y justo cuando pronunciaba esas palabras, de repente la esfera redonda se separó de su mano y el resto de las partes elementales empezaron a deshacerse. El báculo de hueso se estaba rompiendo, se rompía...

Y se rompió.

Todos se quedaron mirando las cinco partes del báculo de hueso que yacían sobre la Gran Brecha. Lo único en lo que Skandar podía pensar era en que el primer jinete le había ordenado que lo devolviera. Había dicho que la Isla podría necesitarlo de nuevo, y ahora estaba roto. ¿Era culpa suya?

—Esto... Skandar —musitó Mitchell, volviendo la vista atrás y apartándola de los huesos.

Mitchell no solía quedarse sin palabras, así que Skandar también miró hacia atrás.

Dorian Manning y su unicornio galopaban entre los árboles del Nidal como alma que lleva el diablo, seguidos de cerca por Rex sobre su propio unicornio plateado y por seis centinelas de máscaras plateadas. Detrás de ellos, a unos metros de distancia, iban la comodoro Kazama y el Consejo de los Siete al completo.

—¡DEBEMOS MATARLOS A LOS DOS! ¡MATARLOS A TODOS! —Dorian Manning echaba espuma por la boca y los miró como enloquecido cuando irrumpió en el claro.

—Vaya, qué desilusión —masculló Bobby cuando el cuarteto corrió hacia sus unicornios para montar en ellos—. Esperaba que Dorito Mocoso ya se hubiera largado de la Isla.

—¿Dorito qué? —preguntó Kenna.

—Luego te lo explico —dijo Skandar mientras montaba de un salto en el lomo de Pícaro, y dándose cuenta, con una punzada de pánico, de que con las prisas se habían olvidado de recoger los trozos del báculo de hueso.

Pero ya era demasiado tarde para pensar en eso. Ahora no podía preocuparse por ese detalle.

—¡Kenn, lleva a tu unicornio a la Gran Brecha! Os protegeremos a los dos.

Kenna estaba aterrada, pero Skandar sabía que Dorian Manning no iba a ser su único problema. A la comodoro no iba a hacerle ninguna gracia ver a Kenna vinculada con una unicornio salvaje, igual que la Tejedora.

El cuarteto dispuso a Pícaro, Puñal, Roja y Halcón alrededor de la Gran Brecha. Cuatro cuernos de unicornio miraban hacia fuera apuntando a Dorian Manning y a los demás unicornios que se acercaban, y cuatro palmas refulgieron con los colores del elemento aliado de cada jinete.

La palma de Dorian refulgió de rojo y una bola de fuego voló hacia los cuatro amigos.

En un abrir y cerrar de ojos, las cuatro palmas refulgieron de azul y cuatro escudos de agua anularon el ataque del presidente. Su fuego se desvaneció. Tenían la suerte de que sus emociones estuvieran descontroladísimas. En circunstancias normales, cuatro pichones no serían capaces de combatir con un plateado adulto.

—¡Esa niña asaltó el Criadero junto a la Tejedora! ¡Me atacaron a mí y a mis centinelas! ¡Está vinculada a un UNICORNIO SALVAJE! —chilló Dorian, decidido a atacar de nuevo.

—Está claro que no le gustas, Kenna —observó Bobby mientras bloqueaba una ráfaga de agua con su escudo de aire.

—¡Mi mujer está muerta por tu culpa! —chilló él de nuevo, con un destello de su lengua plateada atravesando el aire—. ¡LOS DIESTROS EN ESPÍRITU MATAN A TODO EL MUNDO! ¡HAY QUE DETENER AL ELEMENTO MUERTE!

El escudo de rayos conjunto de Flo y Bobby desvió una embestida de flechas de arena.

—Podría pasarme el día haciendo esto, la verdad —comentó Bobby encantada.

—¡Papá! ¡Para! —Rex Manning había llegado hasta su padre e intentaba captar su atención—. ¡Tienes que detener esto! ¿No te das cuenta de que Skandar y sus amigos acaban de salvar la Isla? Papá, ellos no mataron a los Veinticuatro Caídos... Ellos no mataron a mamá... —Rex se interrumpió de pronto, y su cara normalmente serena se arrugó y torció el gesto cuando sus mejillas chisporrotearon de electricidad.

—¡AAAARGH! —Dorian Manning empezó a modelar otra arma, pero se detuvo al ver que cuatro unicornios aterrizaban entre el cuarteto de Skandar y los plateados.

La monitora O'Sullivan, el monitor Webb, el monitor Anderson y hasta una ligeramente temblorosa monitora Saylor habían llegado por fin.

—¿Cómo te atreves a atacar a mis pichones? —Los ojos de la

monitora O'Sullivan se arremolinaban tan rápido que se volvían borrosos—. ¿Cómo te atreves a atacar a unos jinetes dentro del Nidal? Eso está ABSOLUTAMENTE PROHIBIDO —Y tras esas últimas palabras, alzó la palma de la mano derecha y la lanzó hacia delante. Un gran chorro de agua salió de su mano con tanta fuerza y tanta velocidad que se estampó contra Dorian Manning y lo derribó limpiamente de su montura. El presidente se dio la vuelta en el suelo, tosiendo y farfullando.

—¡¿Qué está pasando aquí?! Se supone que estamos evacuando la Isla y va y me llega un mensaje de emergencia del Círculo de Plata...

La comodoro se interrumpió cuando Skandar y Pícaro avanzaron hacia ella y le dejaron ver los huesos blancos del báculo, que descansaban en el suelo, detrás de ellos.

—¿Es el don del primer jinete? —preguntó con voz apagada, todavía montada sobre Error del Rayo—. Pensé que algo había cambiado, los elementos estaban en calma cuando hemos cruzado Cuatropuntos. ¿Has sido tú? ¿Lo has encontrado tú? ¿De verdad ha funcionado? —La emoción de Nina iba en aumento con cada pregunta y, al formular la última, su voz era la de la agui entusiasta que le había enseñado el Nidal a Skandar en su primer día en la Isla.

El joven jinete le sonrió.

—Se acabó —dijo con un gruñido de satisfacción.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de la comodoro Kazama.

—¡Y eso qué importa ahora! —farfulló Dorian desde el suelo—. Esa niña está vinculada con ese unicornio salvaje... —añadió señalando a Kenna—. Y es la hermana de Skandar.

Rex Manning se acercó a Nina con su unicornio.

—Comodoro Kazama... —Su voz estaba tan llena de pena y arrepentimiento que Skandar creyó que Rex iba a echarse a llorar. El joven plateado se apartó de los ojos un mechón de pelo—. Por favor, no escuches a mi padre. Fue el Círculo de Plata el que mató a los unicornios salvajes. Mi padre... No pude detenerlo. Le preocupaba que Skandar recuperara a los diestros en espíritu perdidos y los vinculara con sus unicornios predestinados. Y después trajo a esa pobre chica a la Isla porque quería contar con su propia diestra en espíritu. Iba a pedirle que matara a Suerte del Pícaro después de que Skandar la vinculara con su propio unicornio.

—¿Los diestros en espíritu pueden hacer eso? ¿Tú puedes hacer eso? —preguntó rápidamente la comodoro, volviéndose hacia Skandar.

—Quizá. Es probable, pero no estoy seguro —respondió él, vacilante—. Todavía no he hecho ningún zurcido de verdad ni nada

parecido —añadió, con la esperanza de que aquello no los metiera a él y a Kenna en un lío todavía mayor.

Rex aún no había acabado su confesión.

—Intenté que mi padre me escuchara, pero hizo caso omiso de las advertencias de la canción veraz y, cuando por fin se dio cuenta de las consecuencias, ya era tarde. —Rex agachó la cabeza, su unicornio plateado estaba totalmente inmóvil y en silencio.

—Ya lo ves —saltó Mitchell—, lo que os contamos hace ya unos meses, en la cámara del Consejo, era la verdad.

—Llevaos a Manning —ordenó Nina, con la voz más amenazadora que Skandar le había oído jamás.

Cuatro centinelas desmontaron y apresaron al presidente.

—¡No puedes hacer esto! —gritó Dorian mientras lo obligaban a poner las manos a la espalda—. ¡No tienes ninguna autoridad! ¡Tiene que haber un líder del Círculo de Plata!

Los ojos de remolino de la monitora O'Sullivan siguieron cada uno de los pasos de Dorian para asegurarse de que realmente lo sacaban del recinto del Nidal.

De pronto, Agatha Everhart apareció entre los árboles. Saltaba a la vista que venía corriendo desde muy lejos: llevaba su manto blanco hecho una piltrafa, y el sudor caía a raudales por su frente arrugada.

—¿Qué ocurre? Me ha llegado el mensaje de que...

La monitora O'Sullivan la conminó a guardar silencio.

—¿Y qué vamos a hacer contigo? —preguntó Nina, posando la mirada en la cría salvaje.

Kenna se había ido acercando poco a poco a su hermano, y su unicornio salvaje color miel la había seguido. Skandar se dio cuenta de que los monitores y todo el Consejo de los Siete daban un paso atrás.

El rostro de Agatha se puso blanco como el papel. Era como si estuviera viendo un fantasma.

—No —susurró con aspereza—. Otra vez no.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Nina mirando a Kenna.

Skandar se daba cuenta de que la comodoro estaba tratando de controlar su miedo. Al fin y al cabo, la única jinete que habían visto hasta ahora vinculada con un unicornio salvaje era la Tejedora.

El joven jinete respondió por su hermana, que estaba tan deslumbrada como aterrorizada al tener ante ella a la bicampeona de la Copa del Caos. El diestro en espíritu fue recomponiendo el puzle mientras hablaba:

—Lo ha hecho la Tejedora. Debe de haber forjado un vínculo con un huevo de unicornio del Criadero... El unicornio salvaje de Kenna

sin duda ha salido de uno de los huevos que no se han abierto, al no celebrarse la ceremonia de este año. Y bueno... Kenna, enséñales la palma de la mano.

Su hermana levantó la mano derecha. Y allí estaba su herida de cría, que todavía goteaba sangre. Sin poder evitarlo, Skandar pensó que a esas alturas ya debería estar curada.

Dos miembros del Consejo de los Siete murmuraron aterrorizados; otros chillaron enfurecidos.

—Ay, venga ya, no es para tanto —protestó Bobby con impaciencia a lomos de Halcón. La unicornio gris estaba entre Roja y Puñal, no muy lejos de la Gran Brecha.

Pero Skandar comprendía perfectamente la reacción de los consejeros. Un vínculo con un unicornio salvaje iba en contra de todo aquello en lo que creían los habitantes de la Isla. Kenna era la encarnación de lo que les habían enseñado a temer.

—Yo no imaginaba que esto acabaría así —se lamentó Kenna al ver sus reacciones—. Dorian Manning se presentó en mi casa en el Continente y me dijo que podía encontrar a mi unicornio predestinado. Y luego la Tejedora me prometió muchas cosas...

Skandar rezó por que no fuera a contarles que la Tejedora era su madre.

—Me prometió «esto» —añadió su hermana, mirando al unicornio salvaje—, pero yo... —Kenna interrumpió la frase y respiró hondo—. ¿Puedo quedarme aquí?

Uno de los miembros del Consejo carraspeó incómodo y, con un duro tono de advertencia, dijo:

—Comodoro, si el Continente se entera de esto, si el Continente se entera de que antes del solsticio de verano se llevaron a una niña...

—Me hago cargo, Oliver —lo cortó ella alzando la mano.

—No se lo contaré a nadie del Continente —se apresuró a añadir Kenna—, si es eso lo que os preocupa. Lo único que quiero es entrenarme en el Nidal. Como mi hermano.

—Entonces, ¿esa parte era cierta? —Nina se volvió hacia Skandar —. ¿Es tu hermana?

—Sí —asintió Skandar—. Eso explica que Dorian quisiera implicar a Kenna. Estaba intentando utilizarla; quería aprovecharse del elemento espíritu para llevar a cabo sus planes. ¡Con la única intención de acabar conmigo! Por favor, ¿no puede quedarse aquí como cualquier otro jinete?

—Pero ella no es como cualquier otro jinete, ¿es que no lo veis? —masculló otro de los miembros del Consejo, cuyo pelo moreno, largo y rizado echaba chispas sin ton ni son por las puntas—. No puedes

permitir que un unicornio salvaje entre en el Nidal, ¡por el amor del rayo!

La monitora O'Sullivan no pudo reprimirse más y se unió a la conversación al galope; Avemarina Celeste gruñía como una fiera a los unicornios que la rodeaban.

—No quiero ser maleducada... —su rostro estaba tenso—, pero el papel del Nidal en la Isla, desde que lo fundó el mismísimo jinete que nos ha donado ese báculo —dijo señalando hacia la Gran Brecha—, es entrenar a los jinetes a quienes se les ha concedido un unicornio. Jóvenes jinetes que portan la herida de Cría y que tienen la suerte de contar con la magia de un unicornio.

Skandar sintió una oleada de afecto por la monitora de agua.

—Debemos entrenarla por la misma razón que entrenamos a todos los demás jinetes —siguió diciendo O'Sullivan—: para dominar el caos, para someter a los elementos, para hacer más profundo el vínculo. Y espero que eso nos haga a todos, unicornios y humanos, un poco menos monstruosos. No es culpa suya haber sido víctima de la Tejedora, como tantísimos otros antes que ella.

Nina cerró los ojos un instante, preparándose para hablar.

—No, Persephone.

Kenna dio un grito y a Skandar se le cayó el alma a los pies.

—¿En serio? —dijo Bobby.

Mitchell y Flo guardaron silencio, y la monitora O'Sullivan intentó rebatir:

—Pero las sospechas del elemento espíritu, y en concreto de este chico, son, para empezar, lo que provocó la matanza de los unicornios salvajes. Tal vez vaya siendo hora de darle una verdadera oportunidad al elemento espíritu.

Nina negó con la cabeza.

—Kenna no es diestra en espíritu. Su vínculo es antinatural. No es como los demás jinetes. Su presencia en la Isla sembraría el pánico y el miedo, sobre todo después del año que acabamos de pasar. No puedo tomar esta decisión ahora mismo. No puedo hacerlo yo sola.

—Pero no estás diciendo que no, ¿verdad? —preguntó Skandar sin aliento.

—Tampoco estoy diciendo que sí —replicó Nina con firmeza—. Como comodoro, tengo una responsabilidad con esta Isla, y debo estar segura de que tomo la decisión correcta. Para todo el mundo. Por el momento, Kenna y su unicornio salvaje se quedarán en el Nidal bajo estricta vigilancia, hasta que se llegue a una conclusión.

La atención de Nina se apartó momentáneamente de Skandar. Miró con dureza a Rex, y el joven se estremeció a lomos de su unicornio.

Sus mejillas lanzaron un destello. Luego, por algún motivo, Nina miró a la monitora Saylor, a lomos de Pesadilla de la Brisa Boreal.

—Skye, ¿te jubilarás del Nidal según lo planeado? —la voz de Nina era amable.

La monitora de aire sonrió con tristeza.

—Sí, eso creo. Después de las lesiones, me temo que no estaría a la altura del entrenamiento de aire en el Nidal.

—Lo siento mucho, monitora Saylor —dijo Skandar de pronto—. Yo no...

Ella volvió la mirada hacia él, con zarcillos eléctricos centelleándole por el cuello.

—No es culpa tuya, Skandar. No tienes por qué disculparte, sobre todo después de todas las cosas buenas que has hecho desde entonces.

—Me estaba planteando... —intervino Nina, mirando de nuevo a Rex Manning y luego a la monitora Saylor.

La monitora O'Sullivan logró de algún modo poner cara de emoción y de malicia al mismo tiempo.

—No estaría mal que el Nidal y el Círculo de Plata estuvieran un poco más unidos, ¿verdad?

—Es justo lo que yo estaba pensando —admitió Nina.

Skandar no tenía ni idea de qué se traían entre manos.

—Es muy joven —musitó la monitora O'Sullivan.

Nina se encogió de hombros.

—Yo también lo soy. Rex, ¿cómo lo ves? —preguntó bruscamente la comodoro—. ¿Crees que puedes arreglártelas para ser el monitor de aire del Nidal y el líder del Círculo de Plata?

Rex alucinó tanto que se quedó boquiabierto; Skandar pensó que, por primera vez en su vida, su aspecto no era del todo perfecto.

—¿Lo dices... en serio?

—Muy en serio. —Nina sonrió—. Creo que podrías ser justo lo que el Círculo de Plata necesita.

Rex inclinó la cabeza.

—Sería... sería un honor, comodoro.

Flo parecía encantada, al igual que los demás monitores, pero Skandar no podía evitar la sensación de que la única razón por la que Nina y la monitora O'Sullivan tenían tantas ganas de ofrecerle ambos puestos a Rex era porque así podrían vigilar de cerca al nuevo líder del Círculo de Plata.

Cuando el Consejo de los Siete dio media vuelta para marcharse del Nidal, la comodoro Kazama le hizo un gesto a Skandar para que se acercara.

—Siento no poder dar el visto bueno al entrenamiento de Kenna, al

menos por el momento —susurró—, pero te prometo que haré todo lo que pueda y más para convencerlos de que tu hermana no tiene malas intenciones.

—Gracias —musitó Skandar.

Nina asintió y se marchó sobre su unicornio.

La monitora O'Sullivan dejó escapar un largo y lento suspiro.

—Skandar —dijo volviéndose hacia él con un destello en sus ojos azules en espiral—. ¿Tienes alguna noticia bomba más para la Isla que te gustaría quitarte de encima? Ya sabes, ahora que estamos metidos en faena.

El joven jinete notaba los ojos de Agatha clavados en él, pero intentó no mirar hacia ella. No creía que a Kenna le sirviera de nada que ahora revelara que eran hijos nada más y nada menos que de la Tejedora. Así que se limitó a negar con la cabeza y esperó que nadie fuera en busca de los trocadores de secretos para desenmascararlos.

—Persephone —dijo el monitor Anderson, con el fuego llameando en torno a sus orejas con inesperada urgencia—, la evacuación; probablemente deberíamos...

—¡Diantres! —gritó la monitora O'Sullivan—. ¡Sí! ¡Todavía creen que nos marchamos!

—¡Anunciemos la maravillosísima noticia! —exclamó el monitor Webb, enjugándose una lágrima.

La monitora O'Sullivan se volvió hacia Rex, que estaba diciéndole algo a Flo.

—Tú también, monitor Manning. Vamos.

—Tardaré bastante en acostumbrarme a oír eso de «monitor Manning» sin que me entre un escalofrío —declaró Skandar mientras se ponían en marcha para ir juntos hacia los establos.

Puñal se puso a la altura de Pícaro, y Flo echó un vistazo para asegurarse de que los demás no podían oírla.

—Menos mal que Kenna apareció en el momento justo. Aunque me da muchísima pena. Seguro que la Tejedora la engañó para crear el vínculo forjado. Y para todo lo demás.

Skandar asintió con rotundidad, sintiendo una intensa punzada de cariño por Flo. Kenna no estaba confabulada con la Tejedora. Era tal como el primer jinete había dicho: todo el mundo comete errores a veces. Y ahora que su hermana estaba allí, Skandar iba a hacer todo lo posible por ayudarla, con unicornio salvaje o sin él.

De repente, Flo bostezó, tapándose la boca con la mano.

—Dormir. Necesito dormir cien años.

Bobby soltó una risita.

—Ya hay alguien que lo probó. Y la cosa no salió muy bien. Todo

se llenó de malas hierbas y luego un tipo cualquiera decidió despertar a la pobre chica con un beso. Y sin preguntar antes, tengo que añadir. Una vergüenza.

Kenna soltó una carcajada, y Skandar cayó en la cuenta de que había pasado mucho, muchísimo tiempo desde la última vez que había oído aquel sonido. Era pura magia.

—Ya te dije que tu hermana y yo nos llevaríamos bien. —Bobby le guiñó un ojo a Skandar—. Con o sin vínculo forjado. Y no te preocupes —añadió dirigiéndose a Kenna—, la comodoro Kazama es de las buenas, una continental como nosotros. Seguro que consigue que autoricen tu entrenamiento.

—Bueno, ¿y ahora cuál es el plan? —preguntó Mitchell con impaciencia, echando un vistazo al Nidal abandonado, como si alguien fuera a aparecer de la nada para ponerse a dar órdenes a diestro y siniestro.

Siguiendo la mirada de Mitchell, Skandar levantó la vista y vio a siete unicornios que conocía muy bien y que regresaban a la Plataforma del Crepúsculo. La Sociedad Peregrina volaba de vuelta a casa.

Skandar le sonrió a Flo.

—¿El plan? Creo que deberíamos hacer algo total y absolutamente... normal y corriente.

21

El principio

Unas semanas después, Skandar Smith paseaba con Agatha Everhart entre hileras de árboles recién plantados. Skandar llevaba una regadera en la mano, pero Agatha se limitaba a caminar a su lado con las manos vacías. Por delante de ellos iban Bobby Bruna, Mitchell Henderson y Flo Shekoni, cada uno con su respectiva regadera. Kenna no participaba en aquella tarea; estaba demasiado ocupada en hacerles una pregunta tras otra a los nuevos volantones.

El torneo de justas se había disputado de nuevo, esta vez sin ningún jinete poseído de por medio, y al cuarteto, bueno, a casi todos, les había ido mejor de lo que Mitchell había pronosticado. A todos menos a Bobby, que había perdido la final frente a Amber Fairfax. Bajo ningún concepto podía hablarse del tema, aunque ahora a Skandar la victoria de Amber le fastidiaba menos de lo que le habría fastidiado unos meses atrás; al fin y al cabo, gracias a ella había podido recuperar a Pícaro.

Además, dado que el torneo se había disputado después del solsticio de verano, cuando los pichones técnicamente ya habían pasado a volantones, los monitores decidieron que aquel año no declararían nómadas a los seis últimos.

Jamie Middleditch se había recuperado después de cantar su canción veraz, pero no se había emocionado mucho al enterarse de que aquello había ayudado al cuarteto a encontrar el báculo de hueso.

—Sí, sí, es estupendo y todo eso —gruñó—, pero mis padres siguen dale que te pego con el rollo de lo joven que soy para haber cantado ya mi canción veraz. ¡No pueden estar más orgullosos de mí!

—Pero eso es algo bueno, ¿no? —se aventuró a decir Flo, intentando ser positiva.

—Yo sólo digo que ojalá estuvieran tan orgullosos de mí por mi trabajo como herrero —repuso Jamie, cabizbajo—. ¡Por hacer una

armadura que ha sobrevivido al ataque del primer jinete de unicornios de la historia!

—Bueno, casi —musitó Bobby.

Jamie no la había oído.

—Eso es mil veces mejor que cantar esa estúpida canción, ¿no creéis?

—Sea como sea, yo estoy muy orgulloso de ti —le había dicho Mitchell, y su rubor hizo juego con las llamas de su pelo—. Y además soy bastante inteligente, así que eso también debería contar.

Mitchell también estaba orgulloso de otra cosa. Después de enterarse de que su hijo había ayudado a conseguir el báculo de hueso, el mismísimo Ira Henderson en persona había subido al Nidal para felicitar a Mitchell y a su unicornio. El joven jinete les había contado que había sido un poco incómodo, aunque eso tal vez significaba que su padre empezaba a aceptar que no podía controlar quién era o dejaba de ser amigo de su hijo, o lo que al final acabara consiguiendo en la vida.

En cualquier caso, aunque el báculo de hueso había restablecido el equilibrio entre los elementos, no había reparado por arte de magia todos los destrozos causados en el transcurso del año. Así que, allá adonde uno fuera, desde Cuatropuntos hasta el Nidal, pasando por las zonas, podía ver cómo los isleños colaboraban en la reconstrucción de lo que había sido destruido. Daba igual que uno fuera un cascarón jovencito o un herrero o incluso la comodoro del Caos, todo el mundo ayudaba. Había muchísimo trabajo que hacer, pero Skandar pensaba que era algo bonito que toda la Isla se uniera para prestar ayuda allí donde fuera necesario.

A pesar de todo, el joven jinete había seguido preguntándose qué podía hacer con los pedazos rotos del báculo de hueso. Llegó a la conclusión de que por lo menos podría devolverlos a la tumba del primer jinete, pero, para su sorpresa, cuando la tarde después del solsticio regresó a la Gran Brecha para buscarlos, vio que los pedazos habían desaparecido.

• • •

Skandar y Agatha siguieron caminando mientras él reflexionaba sobre todo lo que había ocurrido. Se agachó para regar uno de los árboles y sintió una punzadita de orgullo. Unos días después del solsticio de verano, los unicornios salvajes que el Círculo de Plata había estado guardando para Kenna habían sido liberados de la cárcel que había debajo del Bastión, pero Skandar le había escrito a la comodoro Kazama para hablarle de los que habían matado y le había sugerido

que recuperaran sus cuerpos y los enterraran como si fueran unicornios vinculados. Hasta entonces, en la larga y sangrienta historia de la Isla tan sólo una vez había pensado un jinete en enterrar a un unicornio salvaje. Pero Nina había coincidido con Skandar en que era lo mínimo que se merecían aquellos inmortales caídos.

Así que allí estaban, paseando por el exterior de los muros del Nidal, donde aquellos unicornios salvajes por fin habían recibido sepultura.

—Quedarán preciosos cuando las hojas empiecen a brotar —dijo Agatha mirando los árboles, aunque algo en el tono de su voz le hizo intuir a Skandar que aquello no era realmente de lo que quería hablar.

—Estás preocupada por Kenna —se aventuró a decir.

—¡Pues claro que estoy preocupada por ella! —saltó Agatha, aunque luego bajó la voz—. Mira lo que el vínculo forjado le ha acabado haciendo a Erika, y eso que, en su caso, su verdadero vínculo con Equinoccio de la Luna de Sangre lo atenuó durante años.

Skandar se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez ése fuera el problema. Tal vez con Kenna sea distinto...

No podía fingir que a él no le preocupara; tenía pesadillas en las que una unicornio salvaje torda chillaba atormentada en la Tierra Salvaje, y había dado vueltas y vueltas en la cama preguntándose si existía una forma segura de deshacer un vínculo forjado. Pero Kenna parecía estar bien. Era la misma de siempre. No había nada en su conducta que la delatara como una futura jinete sanguinaria, y quería tanto a su unicornio salvaje que Skandar dudaba que ella pudiera perdonarlo si algún día él los separaba, si es que eso era posible. Así que, por lo visto, lo único que ahora esperaban era que la comodoro diera su visto bueno para que se entrenara en el Nidal.

—Los unicornios salvajes no son como los vinculados, Skandar. Sé que tus amigos están fingiendo, por el bien de Kenna, que no hay ninguna diferencia, pero ese unicornio no ha renunciado a nada por ella.

—¿A qué te refieres?

Agatha se frotó las mejillas mutadas, reprimiendo su frustración.

—Cuanto tú te vinculaste con Suerte del Pícaro, él renunció a su inmortalidad para vivir su vida junto a ti. Pero ese unicornio salvaje vivirá para siempre, incluso después de que Kenna muera. En definitiva, un vínculo forjado significa que un jinete se ve expuesto a la naturaleza primitiva de su unicornio. Que sólo toma, que no da nada. Piensa en cómo te sentiste cuando la naturaleza sanguinaria de Pícaro te poseyó, ¡y sólo fueron unos minutos! Skandar, las

advertencias sobre las que Erika y yo leímos hace ya tantísimos años...

—¡Kenna está aliada con los cinco elementos! —protestó Skandar—. Eso tiene que significar que el unicornio salvaje le ha dado algo, ¿no?

—Párate a pensarlo un instante. Cinco alianzas tirando de ti en direcciones distintas. Cinco mutaciones, probablemente. Cinco formas de que el poder del unicornio se apodere...

«Del oscuro amigo del espíritu fiel sucesor.»

—El primer jinete estaba vinculado a un unicornio salvaje, ¡y él era bueno! —insistió Skandar—. Construyó el Criadero, fundó el Nidal, y para empezar descubrió el vínculo. ¡Kenna podría ser como él!

Apartó de su mente la advertencia del primer jinete, las palabras a las que llevaba dando vueltas y más vueltas desde que las oyó en la tumba:

«La persona a la que más quieres te traicionará, Skandar Smith. Desconfía. En el momento más importante, se volverá contra ti.»

Agatha ya estaba negando con la cabeza.

—Skandar, si lo que el primer jinete te contó es cierto, entonces su vínculo no era forjado. La reina de los unicornios salvajes compartió el privilegio de su magia con él después de años de amistad y de amor. Era un vínculo arraigado en la bondad. Pero un vínculo forjado está básicamente arraigado en la avaricia: en tomar algo que nunca ha sido tuyo. —Agatha suspiró—. Además, ¿qué ha estado haciendo Kenna con Erika todo este tiempo? Tu hermana nos contó que se escapó del Bastión de Plata cuando la Lanza cayó, pero ¡eso fue hace semanas! Erika coge y trama un plan elaboradísimo para traer a Kenna a la Isla, para vincularla con un unicornio salvaje, ¿y luego va y la abandona sin más? Eso no es muy propio de Erika. ¿Crees sinceramente que tu hermana te ha perdonado de verdad después de todas las cosas que le ocultaste? Dijiste que, cuando llegó al Nidal, estaba furiosa y...

—No era ella —afirmó Skandar obstinadamente, y se detuvo junto a otro arbolito para mirar a la cara a su tía—. Si no estuviera bien, yo lo notaría. Es mi hermana.

—Y Erika es la mía. —Agatha dejó caer una pesada mano sobre el hombro de Skandar—. Ten cuidado, no bajes la guardia, es lo único que te pido.

Sin embargo, al ver a su hermana riéndose con sus tres mejores amigos, Skandar no pudo tomarse en serio la advertencia de Agatha, o al menos no del todo. Ésa era Kenna. La Kenna que lo había acunado de pequeño. La Kenna que le había secado las lágrimas. La Kenna que había creído que él podía llegar a ser jinete antes incluso de que él

creyera en sí mismo. Era la persona de mejor corazón que había conocido nunca. Y ni siquiera un unicornio salvaje iba a cambiar aquello. Si alguien iba a luchar contra la oscuridad y a vencerla, ésa era Kenna.

Skandar se fijó con más detenimiento en el arbolito que crecía junto a su rodilla y pestañeó. En una de las frágiles ramas nuevas había brotado una hoja, blanca como la nieve. Blanca como el elemento espíritu.

Y, de algún modo, aquello le pareció algo prometedor. Le pareció que podía ser el principio de algo.

Epílogo

Dos unicornios cruzaban una llanura cicatrizada por la batalla en una noche sin luna.

El primer unicornio galopaba a través de la Tierra Salvaje, espoleado por un jinete sin máscara. El segundo unicornio caminaba al compás del corazón corrompido de su jinete. Era un latido lento, un latido constante, el ritmo de un corazón acostumbrado al caos.

El jinete sin máscara fue el primero en llegar al punto de encuentro, las llamas de sus ojos eran la única luz en la infinita oscuridad. Vio acercarse a la Tejedora; el pam-pam de los cascos putrefactos de su unicornio repiqueteaba sobre el polvo como un tambor fúnebre.

Los ojos del jinete pestañearon por el miedo cuando la criatura inmortal de la Tejedora lo rodeó. Siempre la había temido. Y eso lo hacía sentirse vivo.

La Tejedora percibió el terror que le infundía. Siempre la temerían. Y eso no le hacía sentir nada.

—No entiendo por qué hicimos todo aquello. El Nidal se ha quedado con Kenna, la hemos perdido. —Las palabras salieron a trompicones de su boca, agitándose como las alas de un pájaro moribundo.

La pintura blanca de los labios de la Tejedora se agrietó cuando ella sonrió.

—Kenna Everhart está exactamente donde tiene que estar.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero daros las gracias a vosotras y vosotros, lectores, por creer en estos unicornios sanguinarios tanto como para seguir a Skandar y a Suerte del Pícaro durante toda su andadura hasta el final de su segunda aventura. Me resulta imposible expresar cuánto significa para mí que hayáis decidido dedicar vuestro tiempo a leer este libro, ¡en vez de todas las demás cosas que podríais haber estado haciendo! Saber que me acompañáis en este viaje me hace sentir algo parecido a como yo imagino el vínculo unicornio-jinete: un latido en torno al corazón que me da confianza.

Escribir el segundo libro de una serie es muy distinto a escribir el primero. Y tengo una gran deuda de gratitud con todas las personas que me han apoyado, tanto durante el remolino de emociones que supuso la publicación de *Skandar y el ladrón del unicornio* como durante el proceso de llevar a *Skandar y el jinete fantasma* desde el primer borrador hasta la estantería.

Igual que la familia y las amistades son importantes para Skandar, también lo son, y mucho, para mí. Así que muchas gracias a mi fantástica familia, cuya «Annie» un poco tímida de repente se convirtió en «la mujer de los unicornios». A mi madre, Helen, que siempre tiene a mano una palabra de aliento o una historia divertidísima para animarme cuando el estrés acecha. A mi hermano Hugo, por quedarse despierto hasta horas absurdas en la otra punta del mundo para que así podamos charlar un ratito sobre la vida, los unicornios y lo que surja. A mi hermano Alex y a mi casi cuñada Hannah, por vuestro generoso entusiasmo por esta serie. ¡Estoy prácticamente segura de que, si casi todo Kent conoce a Skandar, es gracias a vosotros!

Gracias a Sharon, a Sean y a Ollie, por ser las animadoras más entusiastas de estas historias: vuestro apoyo significa muchísimo para mí. A todos mis amigos, gracias por estar ahí cuando os necesito, ya

sea por encajar en la agenda un almuerzo rápido en plena gira o por pasar un fin de semana juntos en alguna parte entreteniéndonos con juegos tontos en el jardín, y por entender que, aunque el calendario me lo ponga difícil para pasar más tiempo juntos, os sigo queriendo. Y en especial, gracias a Ruth, a Aisling y a Claire, mis colegas escritoras que leyeron esta segunda historia antes que el resto. Vuestras cariñosas palabras de entusiasmo y ánimo llegaron justo cuando más las necesitaba.

También quiero agradecerle a mi agente, Sam Copeland, todos sus consejos y sugerencias y, por supuesto, su inestimable sentido del humor mientras yo me abría paso a través de este segundo libro. Gracias asimismo a mi agente cinematográfica, Michelle Kroes, ¡por ayudarme a acercar a estos unicornios a la gran pantalla!

Igual que Skandar encuentra su segunda familia en el Nidal, el increíble equipo de Simon & Schuster se ha convertido en una segunda familia para mí. Llevar a *Skandar y el jinete fantasma* hasta los lectores ha sido un auténtico esfuerzo de equipo, así que gracias a todas las personas que han formado parte de él.

Gracias a Rachel Denwood, tu ambición por esta serie es igual de grande que tu enorme y tierno corazón. A Ian Chapman y Jonathan Karp, por vuestra confianza en mí como escritora y vuestro entregado apoyo a esta serie. A mis editoras de mesa de Reino Unido y Estados Unidos, Ali Dougal, Kendra Levin, Deeba Zargarpur y Lowri Ribbons: si os diera las gracias en todas las lenguas del mundo, seguiría sin ser ni mucho menos suficiente. Vuestra perspicacia, dedicación y pasión por Skandar es sinceramente una lección de humildad, y no podría estar más agradecida por que juntas hayamos logrado que esta secuela brille tanto como su preciosa cubierta azul.

A Laura Hough, Dani Wilson y todo el equipo de ventas de Simon & Schuster en todo el mundo, que han trabajado de manera infatigable para llevar a Skandar literalmente a todos los lugares en los que a alguien se le podría ocurrir comprar un libro. A Sarah Macmillan, Ian Lamb, Eve Wersocki Morris y el resto de los equipos de marketing y publicidad tanto de Reino Unido como de Estados Unidos, por buscar y propiciar las oportunidades más brillantes para que se corra la voz sobre estos unicornios sanguinarios. A Sophie Storr, que es un as de la producción, y al equipo de diseño de Simon & Schuster, así como a Sorrel Packham y a Two Dots Illustration Studio por dar vida a una escena de *Skandar y el jinete fantasma* para crear una cubierta francamente excepcional. A Mauld Sepult, Theo Steen, Amy Fletcher y los equipos de ventas internacionales y de derechos de autor, por ayudar a estos unicornios a volar a lo largo y ancho del planeta. Y a

todos mis editores de mesa, traductores, revisores, correctores y editoriales de todo el mundo, gracias por seguir creyendo en estas historias y en mí.

Igual que Skandar ha ido encontrando nuevos amigos por el camino, esta serie también. A Florentyna, te agradezco muchísimo que hayas luchado por Skandar y hayas ayudado a estos unicornios a volar muy alto. A los increíbles libreros que he conocido desde la publicación de *Skandar y el ladrón del unicornio*, entre otros a Cat, Robbie, Rach, Amanda, Rhiannon, Craig y muchísimos más (si os menciono aquí a todos, ¡me pasaré el límite de palabras!), y a tantísimos otros que todavía me quedan por conocer. Vuestro apoyo a Skandar y vuestro compromiso por que los libros lleguen a manos de los lectores son para mí toda una lección de humildad. A todas las bibliotecarias, docentes y responsables de blogs sobre libros que han recomendado Skandar en sus escuelas, clases y comunidades, gracias. Es verdaderamente mágico, muchísimas gracias.

Y por último, a mi marido, Joseph, que siempre está encantado de quedarse entre bastidores para ver cómo Skandar y yo volamos alto. En cualquier caso, este libro, como el anterior, no existiría sin él ni sin su inquebrantable fe, su firme apoyo y su amor incondicional.

Las aventuras de Skandar continúan en esta espectacular secuela de la serie sobre unicornios sanguinarios y feroces batallas en los cielos

Skandar Smith ha conseguido su sueño: ¡por fin puede entrenarse como jinete de unicornio! Sin embargo, nuevas amenazas acechan el Nidal: alguien está matando a los unicornios salvajes y todas las sospechas recaen sobre el joven jinete. Además, las profecías de los bardos advierten de un terrible peligro, mientras tempestades extrañas azotan la Isla.

La situación es cada vez más volátil, también en el Continente dónde su hermana, Kenna, aún sueña con tener su propio unicornio. Con la creciente tormenta en el horizonte, Skandar buscará la clave para evitar que la Isla desaparezca, ¿podrá encontrar las respuestas antes de que sea demasiado tarde?

A. F. Steadman se crió en la zona rural de Kent; de niña le encantaba inventar mundos de fantasía y garabatear historias en sus cuadernos. Antes de centrarse en la escritura, trabajó en el ámbito del Derecho, hasta que se dio cuenta de que no era tan mágico como esperaba.

Título original: *Skandar and the Phantom*

Publicado por acuerdo con Simon & Schuster UK Ltd 1st Floor, 222 Gray's Inn Road, London, WC1X 8HB

A CBS Company

Primera edición: mayo de 2023

© 2023, De Ore Leonis, por el texto © 2023, Two Dots, por las ilustraciones All rights reserved. No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording or by any information storage and retrieval system without permission in writing from the Publisher.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2023, Irene Oliva Luque, por la traducción
Diseño de portada: Adaptación de Penguin Random House Grupo Editorial, basada en el diseño original de Two Dots Ilustración de portada: © 2023, Two Dots
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18797-99-6

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Skandar y el jinete fantasma

Prólogo
Kenna — La llamada a la puerta
1. Un pícnic sangriento
2. El problema de la canción veraz
3. La Ceremonia de las Monturas
Kenna — La chica del secreto
4. La visita no deseada
5. La Colina de las Flores Silvestres
6. La Sociedad Peregrina
7. Zurcidor
Kenna — Los plateados en el mar
8. Capítulos del Caos
9. El Bastión de Plata
10. Justas en la oscuridad
11. Cazadores de unicornios
Kenna — El hombre de los ojos en llamas
12. Acusados
13. La Fiesta del Agua
14. Los trocadores de secretos
Kenna — El ojo de la tormenta
15. El torneo
16. Historia de dos hermanas
17. Una nueva canción
Kenna — El solsticio de verano
18. A falta de uno
19. El jinete fantasma
Kenna — El grito en la oscuridad
20. La reunión
21. El principio
Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre A. F. Steadman
Créditos